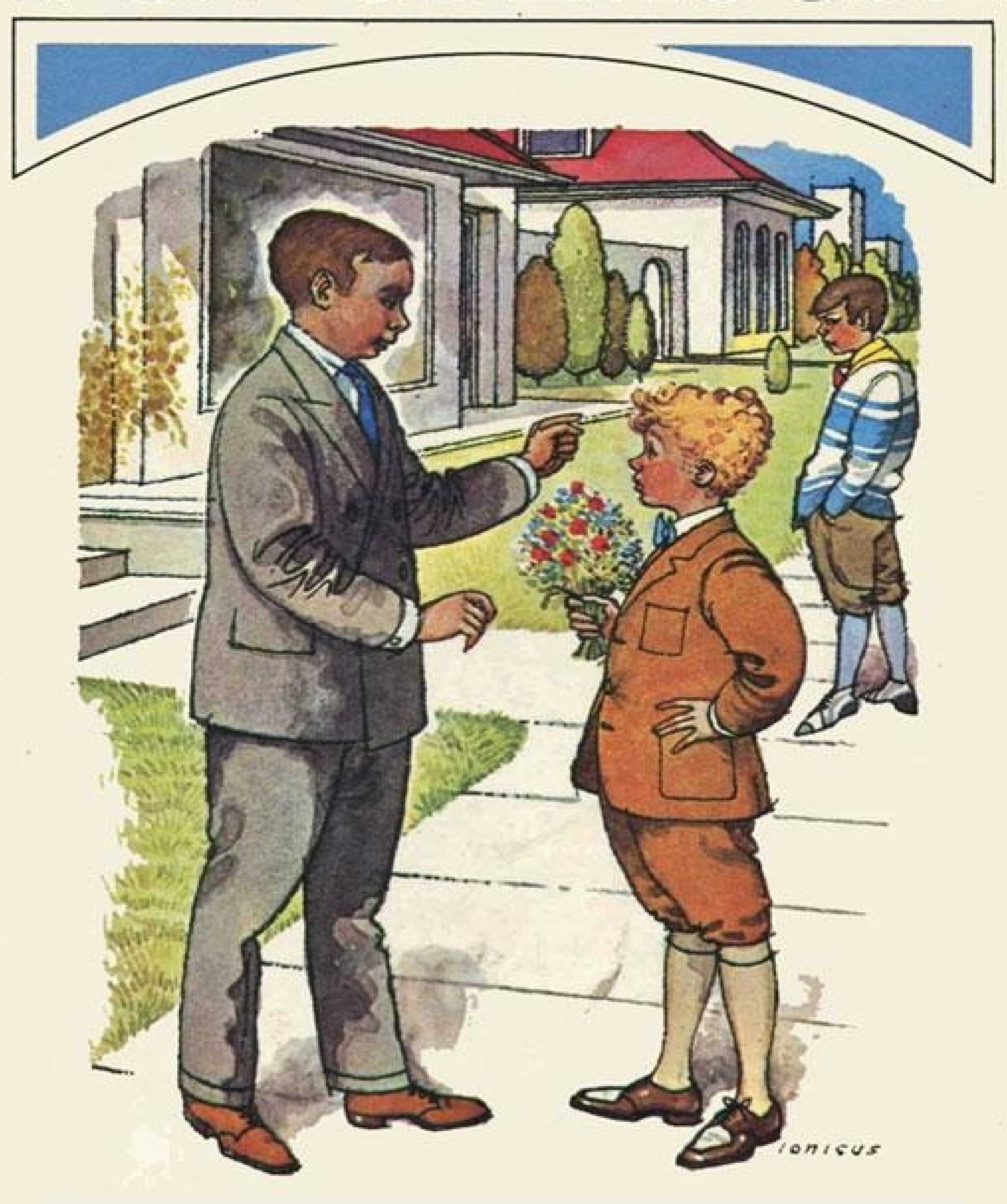
P. G. WODEHOUSE



EL GAS HILARANTE

Lectulandia

El gas hilarante, “Laughing gas” su título en inglés, es otra deliciosa novela de **P. G. Wodehouse**, publicada en 1936. En ella se cuenta la historia de Reggie, un conde inglés que va a Hollywood al rescate de un primo alcoholizado y termina en la consulta de un dentista.

En un cuarto contiguo, casi secuestrado y deseoso de vengarse, se encuentra el pequeño Cooley, un niño prodigio de la industria del cine que también espera que lo atiendan. No se sabe cómo, ambos ven trocados sus cuerpos: el conde con el cuerpo del pequeño actor y en su ambiente, y el pequeño actor con el cuerpo del conde pero con la mentalidad de niño.

A partir de ahí, se desencadenan toda clase de situaciones absurdas y desopilantes, hasta que, por accidente, se deshace el entuerto y todo vuelve a la normalidad. Una vez más, el humor inglés de Wodehouse, dibuja con gracia una simpática crítica de la aristocracia inglesa, de la sociedad americana y, en especial, del mundo de Hollywood.

Lectulandia

P. G. Wodehouse

El gas hilarante

ePub r1.0
GONZALEZ 25.08.15

Título original: *Laughing Gas*
P. G. Wodehouse, 1936
Traducción: Mónica Martín Berdagué

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Acababa de empezar a escribir esta historia cuando un amigo mío amante de las letras, que había pasado una velada un tanto escabrosa con los del PEN Club, se presentó de manera inesperada para pedirme un poco de bicarbonato y pensé que no estaría de más que me diera su opinión, no fuera a ser que ya hubiese metido la pata en el golpe de salida. Hay que tener en cuenta que, salvo alguna que otra anécdota en el salón de fumar del Club Los Zánganos sobre escoceses, irlandeses y judíos —que, por lo general, suelen ser un desastre— no he contado una historia en mi vida. Y si hay algo en lo que insisten los entendidos es en que hay que empezar con buen pie.

Así que le dije:

—Oye, ¿puedo leerte algo?

Y él me dijo:

—Si no hay más remedio…

A lo que yo repuse:

—¡Estupendo! Estoy tratando de escribir una experiencia bastante curiosa que viví hará cosa de un año —le expliqué—. No es que la tenga demasiado avanzada. Empieza cuando conocí al niño.

—¿A qué niño?

—Al niño que conocí —le aclaré. Y arranqué como sigue:

»El niño estaba sentado en un sillón. Yo estaba sentado en otro. El niño tenía la mejilla izquierda hinchada. Yo tenía la mejilla izquierda hinchada. El niño hojeaba el *National Geographic Magazine*. Yo también. En pocas palabras: ahí estábamos los dos.

Pensé que parecía un tanto inquieto, como si el *National Geographic* no le tuviera totalmente embelesado. A cada instante abandonaba la lectura y la reanudaba para abandonarla de nuevo al instante y fue precisamente durante una de esas fases de abandono-de-lectura-por-un-instante cuando me miró.

—¿Dónde están los demás chicos? —me preguntó.

Llegados a este punto, este amigo mío amante de las letras abrió los ojos, que hasta entonces había mantenido cerrados con expresión doliente. Su reacción fue la del hombre al que acaban de obligar a oler pescado podrido.

—¿Van a publicar esas sandeces? —me preguntó.

—Privadamente. Se colocará en los archivos familiares para que mis nietos la disfruten.

—Si quieres mi opinión —me dijo—, no van a entender una palabra. ¿Dónde se supone que ocurre la acción?

—En Hollywood.

—Bueno, pues eso hay que aclararlo. Y, luego, esos sillones, ¿qué? ¿Qué sillones

son? ¿Dónde están?

—Son los sillones de la sala de espera del dentista. Ahí es donde conocí al niño.

—¿Quién es ese niño?

—Bueno, luego resulta que es el pequeño Joey Cooley, el niño prodigio del cine, ídolo de las Madres Estadounidenses.

—¿Y quién eres tú?

—¿Yo? —le dije, un tanto sorprendido, porque habíamos ido juntos al colegio—. Hombre, tú ya me conoces: Reggie Havershot.

—Lo que quiero decir es que tienes que presentarte al lector. No sabe quién eres por ciencia infusa…

—¿Y no crees que sería mejor que se fuera dando cuenta poquito a poco, a medida que la narración se va desgranando?

—Rotundamente no. Cuando se narra una historia, la regla de oro es que tiene que quedar claro desde el comienzo quién es quién, cuándo, dónde y por qué. Así que será mejor que vuelvas a empezar desde el principio.

Y ahí fue cuando cogió su bicarbonato y se marchó.

Bueno, volviendo sobre mis pasos y aplicándome de nuevo a la tarea, os diré que mi nombre, como ya he anunciado vagamente en lo antedicho, es Reggie Havershot. Reginald John Peter Swithin, tercer conde de Havershot, para respetar las formas; pero Reggie para los amigos. Tengo veintiocho años y un poquitín más y, en la época en que transcurre la historia que estoy escribiendo, tenía veintisiete y un poquitín más. Mido un metro ochenta y cinco, tengo los ojos castaños y el pelo color zanahoria.

Sin embargo, debo advertiros que, aunque diga que soy el tercer conde de Havershot, eso no significa que lo fuera siempre. No, en absoluto: empecé desde abajo y fui subiendo poco a poco. Durante años y años, me paseé por el mundo como R. J. P. Swithin a secas, convencido de que ése sería el nombre que grabarían en mi lápida, cuando surgiera la cuestión de las lápidas. En cuanto a las posibilidades que tenía de hacerme con el título, no creo que al principio fueran más de ocho en cien, y eso siendo optimista. El campo estaba plagado de candidatos aventajados que podían ganarme con facilidad y sin esfuerzo.

Pero ya se sabe cómo son las cosas. Los tíos dan por terminado lo que se traían entre manos, los primos le pasan cubo y pala y, poquito a poco y pasito a pasito, antes de que uno se dé cuenta de qué ha ocurrido… bueno, ahí está y ha ocurrido.

Bien, pues ése soy yo y, aparte lo que acabo de contarles, no hay gran cosa de interés en cuanto a datos personales. Boxeé representando a Cambridge, pero eso es todo. Lo que quiero decir es que sólo soy uno de esos tipos. De manera que pasaré a explicar enseguida cómo llegué a Hollywood.

Una mañana, mientras me estaba zampando unos buenos huevos con bacon en mi residencia londinense, el viejo Horace Plimsoll me llamó por teléfono para pedirme si podía pasar por su despacho para discutir de un asunto de cierta importancia. «Naturalmente», le dije, «naturalmente», y fui para allá sólo para complacerle.

El viejo Plimsoll me caía simpático. Era el abogado de la familia y, en los últimos tiempos, nos habíamos visto a menudo debido a la cuestión de la herencia y todo eso. Así que fui hasta su despacho y, como de costumbre, lo encontré hundido hasta la nariz en un mar de autos de reivindicación y demás. Después de apartar a un lado esos papeles, emergió a la superficie y me miró por encima de las gafas.

—Buenos días, Reginald —me saludó.

—Buenos días —repuse.

Plimsoll se quitó las gafas, las limpió y se las puso de nuevo.

—Reginald —dijo, mirándome con ojos solemnes—, ahora eres el cabeza de familia.

—Sí, ya lo sé —admití—. Vaya un chiste, ¿no? ¿Es que hay algo que firmar?

—No; de momento, no. Hoy quería verte por un asunto relacionado con una cuestión de carácter más personal. Me gustaría que no olvidaras que, como cabeza de familia, tienes ciertas responsabilidades que estoy seguro no vas a eludir. Ahora tienes obligaciones, Reginald, y esas obligaciones hay que cumplirlas, sin importar lo que cueste. *Noblesse oblige*.

—¿Oh, ah? —solté, porque no me gustaba cómo sonaba todo aquello. Tenía toda la pinta de un sablazo—. ¿Cuál es la mala noticia? ¿Acaso hay un pariente colateral que quiere meter cuchara en el peculio?

—Deja que empiece por el principio —dijo el viejo Plimsoll y se sacó un aviso de embargo, o algo parecido, de la manga de la americana.

—Acabo de hablar con tu tía Clara. Está muy preocupada.

—¿Ah sí?

—Sumamente preocupada a causa de tu primo Egremont.

Bueno, así que era eso y solté unos vaya-vayas conmiserativos; pero no puedo decir que me sorprendiera. Desde que se había convertido en un hombre hecho y derecho, aquella desventurada tía padecía una preocupación crónica por culpa del sujeto en cuestión, conocido sobradamente por estos pagos como el más conspicuo borrachín de Londres Oeste 1. Durante años, todo el mundo se ha ocupado de repetir a Eggy que es inútil que trate de agotar las existencias de bebidas alcohólicas de Inglaterra, pero Eggy no ceja en su empeño. Demuestra la perseverancia del buldog, qué duda cabe, pero eso tiene muy preocupada a tía Clara.

—¿Conoces el historial de Egremont?

Tuve que pensar un rato.

—Bueno, una vez, la noche de la regata, lo vi zamparse dieciséis whiskies dobles con soda, pero si ha batido o no su propia marca es algo que ya no…

—Lleva años siendo un verdadero quebradero de cabeza para lady Clara y

ahora…

—No me lo diga —dije levantando la mano—. Deje que lo adivine. ¿Se dedica quizás a hundirles el casco hasta las orejas a los policías?

—No. Ha…

—¿Acaso lanza huevos pasados por agua contra los ventiladores de los restaurantes de lujo?

—No. Ha…

—No se tratará de un asesinato, ¿no?

—No. Ha huido a Hollywood.

—¿Que ha huido a Hollywood?

—Hu-i-do a Hollywood —repitió el viejo Plimsoll.

El sentido de aquel nuevo rumbo se me escapaba y así se lo confesé, por lo que el viejo Plimsoll me ayudó a seguirle la pista.

—Hace ya algún tiempo, lady Clara se alarmó ante el estado de salud de Egremont. Le temblaban las manos y se quejaba de sentir arañas en la nuca. Siguiendo los consejos de un especialista de la calle Harley, lady Clara decidió mandarle hacer un crucero alrededor del mundo, con la esperanza de que el aire fresco y el cambio de ambiente…

Enseguida advertí un error de cálculo evidente.

—Pero en esos barcos hay bares.

—Y los encargados tenían instrucciones muy estrictas de no servir a Egremont.

—Eso no le habrá gustado.

—No le gustó. Las cartas que mandaba a casa estaban llenas de quejas y los telegramas casi diarios también. Digamos que el tono general era displicente. Así que en el viaje de vuelta, cuando el barco atracó en Los Ángeles, lo abandonó y se fue a Hollywood… y ahí sigue todavía.

—¡Dios santo!, bebiendo sin vigilancia ni contención, supongo.

—Carecemos de pruebas de primera mano al respecto, si bien me siento inclinado a sospechar que éste debe de ser el caso. Sin embargo, esto no es lo peor. Cuando menos, no es la causa de la creciente inquietud de lady Clara.

—¿No?

—No. Tenemos motivos para creer… gracias a determinados pasajes de su última misiva… que se está planteando el matrimonio.

—¿Sí?

—Sí. Sus palabras no dejan ni sombra de duda. O se ha comprometido o está a punto de comprometerse con una señorita de allí. Y ya sabes la clase de jovencitas que abundan en Hollywood.

—Preciosidades, según tengo entendido.

—Físicamente, no cabe duda de que son como las describes. Sin embargo, no son en absoluto la pareja adecuada para tu primo Egremont.

Yo no lo veía así. Por mi parte, siempre había pensado que si un elemento como

Eggy conseguía dar con una chica que consintiera cargar con él podía darse por más que satisfecho. A pesar de ello, no se lo dije. El viejo Plimsoll ha sentido siempre un respeto espantoso hacia nuestra familia y ese comentario le habría ofendido. Así que, en lugar de eso, le pregunté qué idea tenía en mente. ¿Dónde entraba yo en todo aquello? ¿Qué suponía que podía hacer yo?

El viejo Plimsoll parecía un sumo sacerdote que exhorta al joven gran jefe de la tribu a la consecución de nobles hazañas.

—Hombre, tendrás que ir a Hollywood, Reginald, y hacer entrar en razón a ese jovencito descarriado. Hay que poner freno a todos estos disparates. Ejerce tu autoridad como cabeza de familia.

—¿Quién, yo?

—Sí.

—Mmm.

—No digas «Mmm».

—¡Bah!

—Y no digas «¡Bah!». Tu deber está más que claro. No puedes eludirlo.

—Pero es que Hollywood está tan lejos…

—Aún siendo así, insisto en que, como cabeza de familia, tu obligación es ir y, además, inmediatamente.

Me mordí el labio inferior. Tengo que admitir que no acababa de comprender por qué tenía que entremeterme en todo aquel asunto y tratar de poner freno a los amoríos de Eggy que, por lo demás, me parecían más que envidiables. Vive y deja vivir, éste es mi lema. Si Eggy quería casarse, allá él, así lo veía yo. Quizás el matrimonio le hiciera mejorar. En realidad, era difícil pensar en un cambio que no fuera para mejor.

—Mmm —repetí.

El viejo Plimsoll jugueteaba con lápiz y papel… al parecer, planeando rutas y demás.

—Como bien dices, el viaje es largo, pero muy sencillo. Una vez en Nueva York, tengo entendido que tendrías que coger el tren de la Twentieth Century Limited hasta Chicago y, tras una breve espera…

Me enderecé en la silla.

—¿Chicago? ¿De verdad hay que pasar por Chicago?

—Sí. En Chicago hay que hacer trasbordo y, de ahí hasta Los Ángeles no hay más que…

—Espere un momento —le interrumpí—. Esto ya empieza a parecerme una propuesta mucho más práctica. La mención de Chicago abre una nueva perspectiva de posibilidades. Dentro de una semana, más o menos, va a celebrarse en Chicago el campeonato mundial de pesos pesados.

Examiné el asunto a la luz de aquel nuevo enfoque. Siempre había querido presenciar uno de esos campeonatos mundiales, pero nunca había podido costearme el viaje. En ese momento me daba cuenta de que, gracias al título y a sus ventajas,

podía hacerlo si me venía en gana. Lo más sorprendente de todo era que nunca se me había ocurrido. Acostumbrarse a la idea de que uno nada en la abundancia siempre requiere su tiempo.

—¿Qué distancia hay de Chicago a Hollywood?

—Poco más de dos días de viaje, según creo.

—Entonces, no se hable más —dije—. Trato hecho. No creo que consiga hacer cambiar al bueno de Eggy, pero iré a verlo.

—Excelente.

Hubo un silencio y presentí que quedaba algo más.

—Y… eh… Reginald.

—¿Sí?

—¿Tendrás cuidado?

—¿Cuidado?

El viejo Plimsoll tosió y se puso a juguetear nerviosamente con una cédula de pago por arrendamiento en feudo.

—En lo que a ti concierne, quiero decir. Como muy bien decías hace un momento, esas mujeres de Hollywood cuentan con no pocos atractivos personales…

Me reí de buena gana.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé—. Pero si ni una sola chica me va a mirar.

Aquel comentario pareció zaherir el respeto que sentía por la familia y frunció el entrecejo de un modo reprobador.

—Eres el conde de Havershot.

—Ya lo sé, pero aún así…

—Y, si no me equivoco, las chicas ya te han mirado alguna que otra vez en el pasado.

Sabía a qué se refería. Hacía un par de años, estando en Cannes, me había prometido con una chica llamada Ann Bannister, una periodista estadounidense que pasaba las vacaciones allí y como, en aquella época, yo ya era el candidato más probable al título, el incidente había despertado una cierta inquietud en las ramas más rancias de la familia. Cuando el compromiso se rompió, creo que hubo un suspiro de alivio general.

—Los Havershot han sido siempre gente sumamente impresionable e impulsiva. En vosotros, el corazón rige la cabeza. De modo que…

—Oh, está bien. Iré con cuidado.

—Siendo así, no tengo más que decir. *Verbum*… ah… *sapienti satis*. ¿Estás de acuerdo con zarpar hacia Hollywood tan pronto como te sea posible?

—Inmediatamente —le dije.

El miércoles zarpaba un barco, de modo que metí a toda prisa un cuello y un cepillo de dientes en el equipaje y me embarqué. Tras una breve estancia en Nueva York y un par de días en Chicago, tomé el tren hacia Los Ángeles, que atravesaba a toda velocidad lo que, creo, se llama Illinois.

Y fue precisamente la segunda mañana de viaje, mientras estaba sentado fuera en el vagón mirador, fumando tranquilamente una pipa y pensando en eso y en aquello, cuando April June surgió en mi vida.

La impresión general fue como si me hubiese tragado seis peniques de dinamita y alguien los hubiera hecho estallar dentro de mí.

2

Estos vagones mirador, por si ustedes no lo saben, están donde se encuentra el furgón del jefe de tren en los trenes ingleses. En efecto, al final del tren hay una puerta que se abre a una plataforma con un par de sillones, en los que uno puede tomar asiento y disfrutar del paisaje. Se trata de un paisaje inagotable, por supuesto, pues, como probablemente ustedes ya saben, los Estados Unidos son un país muy extenso, especialmente las regiones del oeste y, cuando uno sube a un tren para Los Ángeles, no hace más que recorrer paisaje y más paisaje.

Pues bien, como iba diciendo, la segunda mañana de viaje estaba sentado tranquilamente en la plataforma mirador disfrutando del paisaje cuando, al abrirse la puerta, quedé aturullado.

Bueno, en realidad no fue exactamente así, de modo que cuando revise el texto tendré que acordarme de retocar esta frase. No me refiero a que la puerta en cuestión me golpeara en la cabeza o algo parecido. Lo que me dejó aturullado no fue que la puerta se abriera, sino lo que apareció por ella. Verbigracia, la chica más encantadora que he visto en mi vida.

Lo que más sorprendía al espectador y le hacía dar un respingo en el sillón como si acabara de oír el disparo de salida era la delicadeza dulce, tierna y melancólica de aquella dama. Alguna especie de negroide empleado del ferrocarril la había acompañado hasta el vagón mirador con un cojín, que se apresuró a colocar en el sillón situado frente al mío, gesto que ella agradeció con voz tan arrulladora y tan suave que los dedos de los pies se me encogieron dentro de los zapatos. Y si les digo que esta delicadeza melancólica iba acompañada de un par de ojazos azules, un chasis perfectamente construido y una dulce sonrisa que dibujaba un hoyuelo en la mejilla derecha comprenderán enseguida por qué, transcurridos sólo dos segundos desde su entrada en escena, tenía agarrada la pipa con tal fuerza que los nudillos se me habían quedado blancos y respiraba de un modo entrecortado y sin resuello. Con la mano que me quedaba libre me arreglé el nudo de la corbata y, de haber tenido un bigote lo suficientemente largo para retorcérmelo, estoy convencido de que me lo habría retorcido.

El hermano de color se esfumó, con toda seguridad para reanudar esos quehaceres a cambio de los cuales todas las semanas le entregaban el sobrecito de rigor, y ella se sentó como una flor cansada que languidece. Supongo que ya habrán tenido ocasión de ver languidecer flores cansadas. Bueno, pues así quedaron las cosas durante un rato. Olfateó el aire. Yo husmeé el aire. Observó el paisaje que desfilaba ante sus ojos. Yo también. No obstante, por lo demás, nos comportábamos como si estuviéramos en dos continentes distintos.

La tristeza de la situación empezaba a abrumarme como una densa capa de niebla cuando, de pronto, la oí soltar un gritito agudo y vi que se frotaba un ojo. No era necesario estar dotado de una inteligencia fuera de lo corriente para darse cuenta de

que se le había metido carbonilla en el ojo; elemento que flotaba en el aire en abundancia.

El incidente solucionaba el problema de cómo salvar la barrera que se interponía entre nosotros para presentarme, si entienden a qué me refiero. Además sucede que si hay algo en lo que soy un experto, es en extraer cosas de los ojos; ya sea carbonilla, moscas o mosquitos en comidas campestres o en cualquier otra circunstancia. Inmediatamente estaba yo pañuelo en mano, y no creo que hubieran transcurrido más de un par de segundos cuando me dio las gracias con su vocecita y yo me deshice en no-hay-de-qués mientras me volvía a meter el pañuelo en la manga. En efecto, apenas hacía un minuto había perdido prácticamente toda esperanza de entablar una bonita amistad, y ahí estaba, bien afianzado en el terreno.

Lo curioso del caso, sin embargo, fue que no encontré ni rastro de carbonilla, si bien debía de tenerla, pues me dijo enseguida que ya estaba bien y, como ya he dicho, se apresuró a darme las gracias con su voz melodiosa. Se mostró de lo más agradecida. Si la hubiera salvado de un atajo de bandidos de Manchuria no me habría podido demostrar mayor gratitud.

—Se lo agradezco infinitamente, «infinitamente», de veras —me dijo.

—No hay de qué —repetí.

—Es espantoso cuando a una se le mete carbonilla en el ojo…

—Sí. O una mosca.

—Sí. O un mosquito.

—Sí. O una mota de polvo.

—Sí. Y de nada sirve frotarse.

—He reparado en que se frotaba el ojo.

—Y eso que dicen que nunca hay que frotarse.

—Nunca, y creo que no debería nacerlo.

—Pero es que siempre me vienen unas ganas incontenibles de frotármelo.

—Son cosas que pasan.

—¿Tengo el ojo enrojecido?

—No. Azul.

—Pues yo lo siento enrojecido.

—Pues *parece* azul —la tranquilicé y hasta habría añadido que era la tonalidad de azul de los cielos veraniegos y las lánguidas lagunas, si no me hubiera interrumpido.

—Es usted lord Havershot, ¿no es cierto? —me preguntó.

Me dejó perplejo. Mi cara es característica y personal; pero nunca se me había ocurrido pensar que era famosa. Por otra parte, suponer que nos habíamos visto antes y que la había olvidado me parecía absurdo.

—Sí —repuse—. Pero ¿cómo…?

—Es que he visto su fotografía en los periódicos de Nueva York.

—Oh, ah, sí, claro —dije, al recordar el enjambre de individuos equipados con cámaras que no habían dejado de revolotear a mi alrededor al atracar en Nueva York

—. ¿Sabe usted? —le dije, dirigiéndole una mirada penetrante—, su cara también me resulta tremendamente familiar.

—Me debe haber visto en pelis.

—No, nunca he estado en ese sitio.

—En películas, quiero decir.

—En… ¡Santo cielo! —exclamé—. ¿No será usted April June?

—Pues sí.

—He visto docenas de películas suyas.

—¿Y le gustaron?

—Me encantaron. Y dígame, ¿dice usted que ha estado en Nueva York?

—Sí, tenía que presentarme en persona.

—Si lo hubiera sabido…

—Bueno, no era un secreto. ¿Por qué le habría gustado saberlo?

—Porque… Bueno, lo que quiero decir es que… Bueno, lo que quiero decir es que he pasado por Nueva York bastante deprisa y, de haber sabido que estaba usted allí… bueno… no habría tenido tanta prisa.

—Ya le entiendo —y se calló para apartarse del rostro un tirabuzón que se había desgajado de sus compañeros y que el aire hacía revolotear a placer. Hay mucho viento aquí fuera, ¿no le parece?

—Sí, un poquito.

—Podríamos ir a mi salón y le prepararé un cóctel. Ya casi es la hora del almuerzo.

—Encantado.

—Sígame usted, entonces.

Me sumí en un estado meditabundo mientras nos tambaleábamos por el tren. Estaba pensando en el viejo Plimsoll. Puede que el viejo Plimsoll tuviera toda la razón al recomendarme que anduviera con cuidado, pero algo como aquello le habría resultado imposible de prever.

Al llegar al salón tocó un timbre y, al cabo de un momento, apareció un sujeto negroide —que no era el mismo sujeto negroide que le había colocado el cojín, sino otro—, al que con voz amable pidió hielo. El sujeto negroide desapareció enseguida y ella volvió a dirigirse a mí.

—No acabo de comprender eso de los títulos ingleses —dijo.

—¿No? —repuse.

—No —repitió—. Nada hay que me guste más que retirarme con un buen libro inglés, pero los títulos siempre me dejan un tanto desconcertada. Ese periódico de Nueva York se refería a usted como al conde de Havershot. ¿Un conde es lo mismo que un duque?

—No exactamente. Los duques están un poquitín por encima de los condes.

—¿Entonces, es lo mismo que un vizconde?

—Tampoco. Los vizcondes están un poquitín por debajo. Nosotros, los condes,

tratamos a los vizcondes de un modo un tanto despectivo. Somos un poco altaneros con esos pobres diablos.

—Entonces su esposa, ¿qué es? ¿Condesa?

—No tengo esposa, pero si la tuviera sería condesa. Me pareció apreciar un brillo soñador en sus ojos.

—La condesa de Havershot —murmuró.

—Eso es. La condesa de Havershot.

—¿Y qué es eso de Havershot? ¿El nombre del sitio donde vive usted?

—No. No sé muy bien qué tiene que ver Havershot con todo esto. La chabola de la familia está en Biddleford, en Norfolk.

—¿Y es un sitio bonito?

—Bueno, es una chocita que no está del todo mal.

—¿Con almenas?

—Montones de almenas.

—¿Y venados?

—Algunos venados.

—¡Me encantan los venados!

—A mí también. He cazado alguno bastante decente.

En ese momento el chico del hielo entró con el hielo. Ella abandonó el tema de la ganadería para dedicarse plenamente a los preparativos. Al cabo de un momento ya estaba en situación de ofrecerme un trago.

—Espero que esté a su gusto. Mucho me temo que los cócteles no se me dan muy bien.

—Está exquisito —la tranquilicé—. Rebosa personalidad. ¿Y usted no bebe?

April June meneó la cabeza y me dedicó una de sus sonrisas.

—Soy bastante anticuada. No fumo ni bebo.

—¡Dios santo! ¿No?

—No. Tengo que reconocer que soy tranquila, casera y aburrida.

—No, mujer, por Dios. Aburrida, no.

—Oh, sí, sí que lo soy. Puede que a usted le parezca raro, especialmente teniendo en cuenta que trabajo en el cine, pero en casa me encuentro como pez en el agua. Soy feliz entre mis libros y mis flores. Y, además, me encanta cocinar.

—¿De veras?

—Sí, de veras. Por culpa de eso mis amigos siempre se ríen de mí. Cada vez que se presentan en casa para llevarme a alguna fiesta me encuentran en la cocina, con mi bata de guinga, atareada preparando una de esas tostadas con queso derretido y cerveza tan típicas de Gales. No hay lugar en el que sea más feliz que en mi cocina.

Di un sorbito al brebaje con reverencia. A cada palabra que pronunciaba más convencido estaba de que me encontraba en presencia de un ángel con apariencia humana.

—De modo que vive solo en… ¿Cómo ha dicho que se llamaba ese sitio?

—¿Biddleford? Bueno, no exactamente. En realidad, todavía no me he trasladado allí. Heredé el título hace relativamente poco, pero supongo que a su debido tiempo me instalaré allí. Me imagino que al viejo Plimsoll le daría un berrinche si no lo hiciera. Es el abogado de la familia, ¿sabe usted?, y es muy quisquilloso en esas cosas. El cabeza de familia debe alojarse siempre en un castillo.

—¿En un castillo? Entonces, ¿es un castillo?

—Oh, por supuesto.

—¿Un castillo de verdad?

—Sí, de verdad.

—¿Y es muy antiguo?

—Está irremisiblemente apolillado. Se trata de una de las ruinas que Cromwell dejó un tanto maltrechas, ¿sabe usted?

La misma mirada soñadora volvió a apoderarse de sus ojos. Suspiró.

—Tener un hogar tan antiguo debe de ser maravilloso. Hollywood es tan moderno y tan… estrafalario. Una acaba por cansarse de tanta extravagancia. Y todo es tan…

—¿Extravagante?

—Sí, extravagante.

—¿Y no le gusta? Bueno, quiero decir, ¿lo encuentra demasiado extravagante?

—No, no me gusta. Me disgusta enormemente. Pero ¿qué le voy a hacer? Mi trabajo está ahí y hay que sacrificarlo todo al trabajo.

Suspiró de nuevo y tuve la sensación de ser testigo de una gran tragedia humana.

Sin embargo, volvió a sonreír con valentía.

—Pero no hablemos más de mí —dijo—; hábleme de usted. ¿Es la primera vez que visita los Estados Unidos?

—Sí.

—¿Y por qué va usted a Hollywood? Porque irá usted a Hollywood, supongo. ¿O acaso va a apearse en algún lugar antes de Los Ángeles?

—No, no. Voy a Hollywood. Más o menos en viaje de negocios, por decirlo de algún modo. Es que ha surgido un problema familiar, ¿sabe usted? Tengo un primo que está haciendo muchas tonterías por estas tierras. ¿No lo conocerá usted, por una de esas casualidades? Es un tipo alto, con el pelo color mantequilla que se llama Egremont Mannering.

—No.

—Bueno, pues está en Hollywood y, por lo que hemos logrado averiguar, planeando contraer matrimonio. Conociendo a Eggy como lo conocemos, su futura esposa debe de ser una de esas mujeres alocadas entraditas en carnes. En cuyo caso, habrá que actuar con contundencia y sin demora, y a mí me han enviado hasta aquí para que me encargue de ello.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo comprendo y no me sorprende que esté inquieto. La mayoría de las chicas de Hollywood son tremendas. Ése es uno de los motivos por los que ese lugar me

resulta tan desagradable. Por eso tengo tan pocos amigos de verdad. Ya sé que hay gente que me tiene por una mojigata, pero ¿qué le voy a hacer?

—La entiendo perfectamente. Es un poco molesto.

—Pero antes que tener tratos con gente desagradable que sólo piensa en fiestas locas prefiero estar sola. Al fin y al cabo, ¿cómo se puede estar sola si se tienen libros?

—Tiene toda la razón.

—Y flores.

—Exactamente.

—Y una cocina, por supuesto.

—Naturalmente.

—¡Pero ya estamos otra vez hablando de mí! Hábleme más de usted. ¿Así que lo que le ha traído a los Estados Unidos ha sido únicamente su primo?

—No exactamente. Ha sido una manera de matar dos pájaros de un tiro, como quien dice. En Chicago se celebraba el campeonato de pesos pesados y tenía especial interés en presenciar el combate.

—¿De verdad le gusta el boxeo?

—Ya sé lo que me va a decir —respondí—. Nueve de cada diez combates son un desastre, por supuesto. Sin embargo, ése fue extraordinario. Valía la pena recorrer seis mil kilómetros sólo para ver el quinto asalto —su recuerdo me exaltó de tal modo que tuve que levantarme para ilustrar mis explicaciones—. Los asaltos anteriores habían estado muy bien, pero el quinto fue ya el no va más. El campeón consiguió arrinconar a su adversario en el cuadrilátero y le lanzó un directo en plena nariz. El otro salió con un ojo que había que verlo. Lucharon cuerpo a cuerpo. El árbitro los separó. El campeón le atizó la barbilla; el aspirante, las costillas. Volvieron a enzarzarse en un cuerpo a cuerpo. Tiempo. Lucha cuerpo a cuerpo por todo el cuadrilátero. El aspirante se desplomó en el suelo, el campeón volvió a darle en la nariz y luego un directo a la ídem. La sangre empezó a salir a raudales y dientes, orejas y un montón de cosas volaron por los aires. Y entonces, justo antes de que sonara la campana, el campeón le endilgó un puñetazo desde abajo…

Y de ahí no pasé porque ella se había desmayado. Al principio, al ver que cerraba los ojos, pensé que lo hacía para disfrutar de la narración, pero al parecer éste no era el caso. En efecto, fue resbalando en el asiento hacia un lado y se desvaneció.

Yo estaba de lo más preocupado. Debido al entusiasmo del momento, había olvidado por completo el efecto que podía tener mi narración sobre aquella delicada flor, y no sabía muy bien qué paso había que dar. Sin lugar a dudas, la mejor manera de conseguir que un sujeto víctima de un desmayo vuelva en sí es morderle la oreja, pero a esta criatura divina no podía mordérsela, entre otras razones porque no la conocía lo suficiente.

Por suerte, antes de que tuviera tiempo de tomar una decisión, pestañeó y exhaló un pequeño suspiro. Sus ojos se abrieron.

—¿Dónde estoy? —musitó.

Miré por la ventanilla.

—Bueno, soy extranjero en estas tierras —me excusé—, pero yo diría que en algún lugar de Nuevo México.

Ella se enderezó.

—¡Oh, estoy tan avergonzada!

—¿Eh?

—Debe de pensar que soy una boba por desmayarme de esta manera.

—La culpa es mía. No tenía que haber entrado en detalles tan escabrosos.

—No ha sido culpa suya. A la mayoría de las chicas les habría gustado. Yo lo considero algo tremendamente poco femenino, por supuesto… Pero prosiga usted, lord Havershot, ¿y luego qué ocurrió?

—No, no. No pienso contárselo.

—Se lo pido por favor.

—Está bien. En pocas palabras, le atizó en la barbilla y ahí terminó todo.

—¿Le importaría traerme un vaso de agua?

Me abalancé sobre la botella y ella bebió a pequeños sorbos, un tanto agitada.

—Gracias —me dijo—. Me encuentro mucho mejor. Siento haberme comportado como una tonta.

—Usted no es ninguna tonta.

—Pero me he comportado como una tonta, como una tonta de remate.

—No se ha comportado usted como una tonta en absoluto. Este incidente no hace más que confirmar que es usted profundamente femenina.

Y estaba a punto de añadir que nunca nada me había emocionado tanto en lo más profundo como el ver cómo caía redonda, cuando el sujeto negroide asomó la nariz por la puerta y anunció que el almuerzo estaba servido.

—Vaya usted —me dijo—. Debe de tener un hambre terrible.

—¿Y usted no me acompaña?

—Creo que me echaré a descansar un rato. Todavía me encuentro un poco… Pero vaya usted, vaya.

—Me merezco un buen puntapié.

—¿Y eso?

—Por haberme comportado como un perfecto estúpido. Herir sus oídos con palabras como ésas…

—¡Por favor! Vaya y almuerce.

—Pero ¿seguro que se encuentra bien?

—Sí, sí.

—¿Está usted segura?

—Sí, de veras. Me echaré un ratito y pensaré en flores. Lo hago muy a menudo: me echo y pienso en flores. Casi siempre en rosas. Entonces todo me parece tan bonito y fragante…

Así que me esfumé. Y mientras me comía mi bistec con patatas fritas, me dediqué a devanarme los sesos a conciencia entre bocado y bocado.

Entendía perfectamente lo que me había ocurrido, por supuesto. Aquella especie de actividad volcánica era inconfundible. El corazón de un individuo no se pone a latir rápidamente, como lo hacía el mío, por nada. Aquello iba en serio, de modo que lo que había considerado una pasión arrebatadora, al comprometerme con Ann Bannister dos años antes sólo había sido algo sin importancia. Sí, y de nada servía hacer la vista gorda. Por fin Amor había conseguido envolver a Reginald Havershot con sus cadenas de seda.

Me lo había temido desde el principio. En el preciso momento en que puse los ojos sobre esa chica supe en mi fuero interno que acababa de encontrar a mi alma gemela, y lo que acababa de ocurrir entre nosotros no hacía sino confirmar ese extremo. Era aquel aire melancólico, dulce y tierno lo que me había dejado tan aturullado. Me imagino que a los tipos robustos como yo siempre les debe de ocurrir lo mismo: las florecillas frágiles nos atraen de un modo irresistible.

Y con un aire serio y meditabundo me zampé el bistec y pedí una ración de pastel de manzana acompañada de un poco de queso.

3

Y les diré por qué estaba tan serio y meditabundo. Pues bien, lo estaba porque, como suele decirse en las novelas, veía que aquello no era el final, sino el principio. Me refiero a que esto del amor a primera vista está muy bien, pero con eso no iba a llegar muy lejos. ¿Cuál iba a ser el siguiente paso?, me preguntaba, ¿y el futuro, qué? En otras palabras, ¿qué había que hacer para que todo aquello tuviera un final feliz? Había que enfrentarse al hecho de que si la cosa iba a terminar con una lectura de las amonestaciones y con el cura soltando aquello de «Reginald, ¿aceptas…?», me esperaba un montón de trabajo por delante. Era evidente que no se podía enfocar el asunto como si fuera coser y cantar.

Verán, hasta ahora les he ocultado ciertos detalles de mi aspecto que me impiden ser el partido apetecible en lo que al otro sexo concierne. Mi estampa no es precisamente de las que tiran de espaldas. Físicamente, yo diría que he salido más bien al viejo, y si lo hubiesen visto alguna vez entenderían qué quiero decir. Es cierto que fue un soldado valiente y que jugaba al polo como el mejor, pero su cara recordaba a la de un gorila —mucho más aún que la de la mayoría de los gorilas— y, por lo que tengo entendido, en su pequeño círculo de camaradas lo llamaban con el sobrenombre de Cónsul, el Casi Humano. Pues yo soy su vivo retrato.

Y este tipo de cosas tienen su importancia para las chicas. Evitan unir su suerte a la de un individuo cuyo aspecto parece indicar que en cualquier momento puede encaramarse a un árbol y empezar a lanzar cocos.

Con todo, ya era demasiado tarde para ponerle remedio. Lo único que podía hacer era esperar, de todo corazón, que April June fuera una de esas raras personas capaces de atravesar el caparazón para descubrir el alma que hay debajo. Porque, en lo que a almas se refiere, la mía no está mal. Con eso no quiero decir que se trate de esa clase excepcional de almas de la que hablan hasta en la prensa, pero está por encima de la media.

Tengo que reconocer que, a medida que iban pasando los días, me sentía más y más animado. Todo parecía indicar que iba progresando. Nadie podría haber sido mejor compañera que April durante mi primera semana en Hollywood. Juntos fuimos a dar paseos en automóvil, juntos nadamos y juntos tuvimos largas conversaciones en atardeceres perfumados. Ella me confesó todos sus ideales y yo se lo conté todo acerca de la vieja casa solariega de Biddleford y le expliqué también cómo se presentaba a las condesas ante la corte, y cómo tenían acceso al palco real en Ascot y tantas otras cosas que parecían interesarle. Además, nada en su comportamiento parecía indicar que le repeliera el hecho de que yo tuviera el aspecto de un ejemplar salido directamente del zoo de Whipsnade.

Es más, para abreviar les diré que su camaradería me animó tanto que, a fines de la primera semana, ya había decidido empuñar las armas y pasar al ataque.

La ocasión que elegí como más idónea para presionar el botón que iba a poner en

marcha la maquinaria fue una fiesta que April quería celebrar en su casa de la avenida Linden. Antes me explicó que aunque a ella no le gustaran las fiestas porque le parecían vanas, una chica con una profesión como la suya tenía que dar alguna de vez en cuando, especialmente si había estado ausente una temporada.

Iba a ser una de aquellas alegres fiestas al aire libre de Beverly Hills en las que uno mismo se sirve la cena, se mete por todas partes entre un montón de gente y la velada concluye con una zambullida en la piscina. Sabiendo que la cosa iba a empezar entre las nueve y las diez, decidí presentarme a las diez menos cuarto.

Con todo, resultó que era demasiado temprano. Había ya unas cuantas parejas que paseaban bajo los farolillos de colores, pero April todavía se estaba vistiendo y la orquesta no había comenzado a tocar aún, así que estaba claro que tendríamos un intervalo de calma pasajera antes de que la juerga se animara de verdad.

En estas circunstancias, me pareció que la mejor manera de matar el tiempo sería acercarme al mostrador donde estaban las bebidas como quien no quiere la cosa y tonificarme un poquito con un trago o dos. Como sabía lo que me esperaba, quería estar en la mejor de las formas… lo cual no era el caso, pues me había pasado buena parte de la noche sin pegar ojo por culpa de un dolor de muelas.

A pesar de que mi idea de encaminarme a la barra para llenar el depósito me pareció buena, al acercarme a mi objetivo vi que no era del todo original. En efecto, a un individuo alto, delgado y con el pelo color mantequilla también se le había ocurrido lo mismo. Ahí estaba, de pie, anclado con firmeza, como si tuviera la intención de balancearse a discreción y, además, parecía tener mucha experiencia sobre cómo había que comportarse en esos sitios. Y había algo en él, algo en su técnica de levantar y dejar el vaso que, en cierto modo, me resultaba tremendamente familiar. Además, tenía la sensación de que había visto ese pelo antes. Al cabo de un momento ya lo tenía identificado.

—¡Eggy! —exclamé.

Afortunadamente, acababa de vaciar su copa cuando lo llamé, porque al oír aquella especie de grito de caza pegó un brinco que lo levantó quince centímetros del suelo. Al posarse de nuevo en tierra, se inclinó hacia el tipo que había detrás de la barra un tanto sobresaltado.

—Oiga —le dijo, hablando en un susurro y con voz temblorosa—, ¿no ha oído usted una voz, por casualidad?

El individuo en cuestión repuso que le había parecido oír a alguien decir no sé qué sobre huevos.[1]

—¡Ah!, entonces, ¿lo ha oído usted también?

—¡Eggy, imbécil! —exclamé.

Esta vez se volvió y se me quedó mirando. Su expresión era entre inquieta y aturdida.

—¿Reggie? —preguntó, como si no estuviera muy convencido.

Eggy parpadeó un par de veces antes de aventurarse a palparme el pecho con

mano prudente. Cuando notó que la pechera de mi camisa era efectivamente sólida, una expresión de alivio distendió sus facciones crispadas.

—¡Uf! —soltó.

Inmediatamente pidió otro whisky al pájaro que estaba detrás de la barra y no volvió a decir esta boca es mía hasta que no lo tuvo delante y se hubo atizado un trago generoso. Cuando habló de nuevo su voz era seria y estaba cargada de reproches.

—Reggie, aunque me conozcas desde hace un montón de tiempo, chaval —me dijo secándose el sudor que le perlaba la frente—, nunca vuelvas a hacer una cosa así. Yo te hacía a kilómetros y kilómetros de distancia, y cuando he oído esa voz tuya, tan tenebrosa y fantasmagórica… que me llamaba… como un maldito espíritu… Es lo único que me aterra: oír voces —me confesó—. Tengo entendido que, mientras no las oigas, puedes estar tranquilo, pero, en cuanto empiezas, es el principio del fin.

Eggy se estremeció y vació su copa de un trago. Al parecer, eso acabó de restablecerlo por completo, porque empezó a comportarse de un modo mucho más desenvuelto.

—Vaya, vaya, vaya —dijo—. De modo que estás aquí, ¿eh, Reggie? Hacía siglos que no te veía. Unos seis meses, más o menos. ¿Qué estás haciendo en Hollywood, si puede saberse?

—He venido a verte.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Como un buen primo. Tómate algo. Te recomiendo el whisky escocés. Oiga, tío del bar, ¿tendría usted la amabilidad de servir un whisky con soda a este pariente mío y lo mismo para mí?

Traté de disuadirlo.

—Yo no me tomaría otro.

—Pero si todavía no te has tomado ninguno.

—Si fuera tú, quiero decir. Ya estás como una cuba.

—Como media cuba —me corrigió, porque es muy muy puntilloso en este tipo de precisiones.

—Bueno, pues como media. Y sólo son las diez.

—Si un hombre no está como media cuba a las diez es porque no quiere. Pero no te preocupes por mí, Reggie, amigo mío. Todavía no estás familiarizado con las maravillas del clima californiano. Es tan tremendamente tonificante que todos los días te puedes atizar lo que te venga en gana sin que tu pobre hígado se resienta lo más mínimo. A eso es precisamente a lo que se refieren cuando hablan de California como del paraíso terrenal y por esta razón se vacían continuamente los trenes abarrotados de gente del Medio Oeste que llega con la lengua fuera. Me imagino que por eso habrás venido hasta aquí, ¿no es así?

—He venido a verte.

—¡Ah, sí! Ya me lo has dicho antes, ¿no?

—Sí.

—Y yo te he dicho que como un buen primo, ¿no?

—Sí.

—Y así es. Eres el mejor de los primos. ¿Dónde te hospedas?

—Tengo un bungalow en un lugar llamado el Jardín de las Hespérides.

—Lo conozco. ¿Y tienes bodega?

—Tengo una botella de whisky, si es eso lo que quieres decir.

—Eso es precisamente lo que quiero decir. Siendo así, procuraré pasar a hacerte una visita. Un oasis nunca está de más. Entretanto, apura bien tu copa y tómate otra.

Había un no sé qué en todo aquello que me escamaba y en ese momento ya sabía de qué se trataba. Recordaba haber hablado de Eggy en el tren y April me había asegurado que no lo conocía. En cambio, ahí estaba, paseándose por la casa de April como un tarambana de ópera bufa.

—¿Y qué haces aquí? —le pregunté, dispuesto a aclarar aquel misterio.

—Pues divertirme de lo lindo —me respondió de buena gana—, y voy a divertirme mucho más ahora que te he encontrado. Estoy encantado de volver a verte, Reggie. Espero que luego me cuentes qué te ha traído a California.

—¿Y no conoces a April June?

—¿A April qué?

—June.

—¿Qué le pasa?

—Te preguntaba si la conoces.

—Pues no, pero me encantaría. A cualquiera de tus amigos. Si es amiga tuya.

—Es que ésta es su fiesta.

—Eso ya dice mucho en su favor.

—Y no te han invitado.

Su rostro se iluminó.

—¡Ahora lo entiendo! Ahora veo adonde quieres ir a parar. ¡Por el amor de Dios, muchacho, en Hollywood no hace falta que estés invitado para ir a la fiesta de alguien! Lo único que hay que hacer es deambular por ahí y entrar tan pronto como divises unos farolillos de colores. Las veladas más deliciosas las he pasado como invitado de gente que no me conocía ni tenía la más remota idea de qué pintaba yo ahí. Pero, por una de esas casualidades, esta noche no me he tenido que colar. Me han traído. ¿Cómo has dicho que se llamaba? ¿April…?

—June.

—Eso. Ahora lo recuerdo. Mi prometida es la agente de publicidad de April June y por eso me ha traído.

Pensé que aquélla era una buena oportunidad para abordar la cuestión de su prometida. Llevaba rato pensando cómo desviar la conversación hacia ese tema.

—Precisamente quería hablarte acerca de esto.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de ese compromiso tuyo.

Le hablé de manera bastante brusca, con un tono muy cabeza-de-familia, porque la conciencia me azuzaba un poquitín. Tenía la sensación de haber defraudado por completo a Horace Plimsoll y a mi tía Clara. En realidad, me habían mandado hasta allí para que encontrara a aquel elemento y lo hiciera entrar en razón y yo, en cambio, llevaba ya una semana allí y no había pensado en él ni un solo minuto. De hecho, desde que me había apeado del tren en Los Ángeles se me había olvidado por completo. Eso demuestra de lo que es capaz el amor.

Eggy consideró mis palabras con cautela.

—¿Compromiso?

—Sí.

—¿De mi compromiso?

—Sí.

—¿Qué le ocurre a mi compromiso?

—Bueno, eso me pregunto yo.

—Soy el hombre más feliz del mundo.

—Pues la tía Clara no.

—¿Y quién es esa tía Clara?

—Tu madre.

—¡Ah, mi vieja! La conozco, en efecto. ¿Brindamos a su salud?

—No.

—Como quieras, pero me *parece* poco considerado por tu parte. Bueno, ¿y qué le pasa a mi vieja? ¿Por qué no es la persona más feliz del mundo?

—Porque está preocupadísima por ti.

—¡Dios Santo! ¿Y eso por qué? Me encuentro perfectamente.

—¿Qué quieres decir con eso de que te encuentras perfectamente? ¡Vergüenza tendría que darte! Te largas a Hollywood, y te encuentro aquí bebiendo alcohol como un aspirador…

—¿No crees que tu discursillo es un poco ampuloso?

Tenía toda la razón. Lo era, por supuesto. No obstante, estaba convencido de que la ampulosidad era de suma importancia. Lo que quiero decir es que no se puede pretender sermonear a un individuo si uno no se muestra un poco victoriano.

—Qué más da si lo es. Me pones enfermo.

Eggy adoptó una expresión afligida.

—¿Es Reginald Havershot el que me está hablando? —dijo, en tono de reproche—. El mismo y querido primo Reginald que, hace dos años, en la Nochevieja y en compañía del viejo Canalla Pomeroy y conmigo, rompió veintitrés vasos en el Café de l’Europe, del que fue posteriormente echado pataleando y gritando…

Le hice callar con un ademán insensible. Mi gran amor me había purificado hasta tal punto que escuchar las andanzas de aquel ser rastrero que había habido en mí dos

años antes me resultaba repugnante.

—Dejemos eso ahora —le aconsejé—. Lo que quiero es que me aclares todo ese asunto. ¿Cuánto tiempo hace que te comprometiste?

—Oh, hace ya algún tiempo.

—¿Y tienes intención de casarte?

—Mi querido amigo, eso es precisamente lo que tengo en mente. En aquellas circunstancias, encontrar las palabras adecuadas me resultaba un poco difícil. El viejo Plimsoll me había pedido que hiciera uso de mi autoridad, pero no sabía muy bien cómo había que hacerlo. Además, Eggy disponía de su propio dinero. Si le hubiera amenazado con dejarle sin un solo chelín, se habría limitado a que le mostrara el chelín, se lo habría metido en el bolsillo y, después de darme las gracias, habría seguido con el plan que se había trazado.

—Bueno, pues si te vas a casar, será mejor que empieces por dejar de beber —le recomendé.

Eggy negó con la cabeza.

—No entiendes, viejo. No puedo dejar de beber. Me da en la nariz que esa chica se ha comprometido conmigo con la intención de reformarme, así que imagínate lo ridícula que se sentiría si ahora yo voy y me reformo solito. ¡Lo desanimada que se sentiría! Seguramente, perdería el interés por mí y me dejaría plantado. Hay que pensar en todo, ¿sabes? Tal como lo veo yo, la estrategia más segura, juiciosa y prudente a seguir es continuar empinando el codo con regularidad hasta que se haya celebrado la ceremonia y, luego, ir moderándome gradualmente durante la luna de miel.

Era toda una teoría, por supuesto, pero no tenía tiempo para entrar en discusiones.

—¿Y quién es esa chica con la que te has comprometido?

—Se llama… —Eggy se quedó callado y frunció el entrecejo—. Se llama… Hombre, si me lo hubieras preguntado hace una hora… incluso hace media… ¡Ah! —exclamó, animado—. Ahí viene en carne y hueso, así que nos lo podrá decir personalmente.

Eggy saludó con alegría a alguien que estaba detrás de mí. Me volví. Una chica delgaducha se acercaba a nosotros por el césped. No podía distinguir si era guapa o no, porque tenía la cara en la penumbra. La chica le devolvió el saludo.

—¡Hola, Eggy! Así que estás aquí. Sabía que vendrías.

Un no sé qué en su voz me hizo dar un respingo y mirarla con mayor atención tan pronto como la luz le iluminó las facciones. Al mismo tiempo un no sé qué en mi semblante hizo que la chica diera otro respingo y me mirara con mayor atención. Al cabo de un instante, los dos nos mirábamos mutuamente con atención: ella a mí y yo a ella. Al cabo de otro instante, todas las dudas se habían disipado.

Leyendo de derecha a izquierda, allí estábamos yo y Ann Bannister.

4

—¡Ann…! —exclamé.

—¡… Bannister! —exclamó a su vez Eggy, dándose una palmada en la frente—. Sabía que acabaría por volverme a la memoria. Lo tenía en la punta de la lengua desde el principio. Hola Ann. Te presento a mi primo Reggie.

—Ya nos conocíamos.

—¿De antes?

—De mucho antes. Somos viejos amigos.

—¿Viejos amigos?

—Muy viejos amigos.

—Entonces no hay duda de que se impone un brindis. Oiga, tío del bar…

—No —le atajó Ann—. ¡Aléjate inmediatamente de la barra!

—¿Y no lo vamos a celebrar?

—No.

—¿Oh?

—Vete a dar una vuelta a la manzana, Egremont Mannering, y no vuelvas hasta que tengas la mente afilada como una navaja de afeitar.

—Pero si ya la tengo afilada como una navaja de afeitar…

—Pues entonces, que sea como dos. ¡Vete!

Ann siempre había sido una chica un tanto autoritaria. De hecho, en los viejos tiempos ya había tenido ocasión de experimentarlo en carne propia.

Era una de esas chicas pequeñajas, vivarachas y enérgicas, con una buena dosis de genio y de testarudez, que siempre consiguen manejar a la gente a su antojo. Así pues, Eggy se marchó caminando como un corderito con aire sumiso y nos quedamos solos.

Permanecimos un rato callados. Yo estaba meditando tristemente sobre el pasado y supongo que ella también.

Para que esta crónica siga por el buen camino, mejor será que les cuente con cierto detalle ese pasado que recordábamos. Como ya les he dicho, esta Ann Bannister era periodista, y cuando la conocí estaba de vacaciones en Cannes. Nos hicimos amigos. Le pedí que se casara conmigo. Ella estuvo encantada. Hasta ahí todo perfecto.

Pero entonces, de un modo más bien inesperado, el compromiso se rompió. Un día todo era retozar como críos de dos años, que se divierten y juguetean; al otro, las cosas se habían puesto fatal.

Lo que ocurrió fue lo siguiente. Una noche, mientras estábamos sentados el uno junto al otro en la terraza del Casino de Palm Beach, embelesados con el rielar de la luna en las rizadas aguas del Mediterráneo, Ann Bannister me apretó la mano con ternura y fue entonces cuando yo me incliné amoroso hacia ella y ella se inclinó hacia mí, esperando esa palabra tierna que, con toda la razón, creía iba a pronunciar

cuando, de pronto, solté:

—¡Por Dios, como me duelen los pies!

Bueno, me dolían, todo hay que decirlo. Es más, justo en el momento en que me inclinaba hacia ella, sentí una súbita y aguda punzada de dolor en los dos. En realidad, aquella noche estrenaba un par de zapatos de etiqueta y ya sabéis lo que pueden llegar a infligir a las extremidades un par de zapatos nuevos de charol. Con todo, qué duda cabe de que tendría que haber escogido otro momento para aquel tema de conversación. Se lo tomó bastante mal. Pareció ofenderse. De hecho, me volvió la cara y, para más inri, con desdén. Así que, para enmendar el entuerto, me incliné hacia adelante con el fin de darle un dulce beso en la nuca.

La idea estaba bastante bien… teóricamente hablando. El inconveniente fue que olvidé por completo que tenía un puro encendido en la boca y cuando me di cuenta, el mal ya estaba hecho. Pues bien, Ann Bannister dio un brinco como un gatito escaldado, me llamó granuja desalmado y rompió el compromiso. Al día siguiente, cuando fui a buscarla al hotel con un ramo de flores con la intención de arreglar las cosas, descubrí que se había marchado. En efecto, había desaparecido de mi vida.

Y ahí estaba de nuevo, al cabo de dos años.

No tengo el menor reparo en confesar que me sentía un poco incómodo al encontrarme cara a cara con aquel pedazo de unos buenos viejos tiempos que habían dejado de serlo. Siempre resulta un tanto embarazoso eso de encontrarse de pronto con una chica que solía ser la prometida de uno. Bueno, lo que quiero decir es que nunca se sabe muy bien cómo comportarse. Si uno se muestra alegre, no es que ella se lo tome precisamente como un cumplido. En cambio, si uno se muestra desanimado puede estar seguro de tener la sensación de que ella empieza a darse palmaditas en la espalda musitando: «¡Ajá! ¡Sabía que perderme haría pensar un poquito a ese merluzo!», y eso siempre hiere el orgullo de uno. Supongo que lo más indicado es adoptar una expresión fría e inescrutable, de esas que aparecen tanto en los libros.

Ella, por su parte, dado que las mujeres se desenvuelven mejor que los hombres en este tipo de situaciones, ya se había sobrepuesto por completo.

—¡Vaya! —exclamó.

Sus labios esbozaron una sonrisa complacida y me miró como si yo no fuera más que un conocido que no significara mucho en su vida, pero al que se alegraba de ver de nuevo.

—¡Vaya, me alegra verte por aquí, Reggie!

Me di cuenta enseguida de que aquélla era la conducta adecuada. Al fin y al cabo, lo pasado pasado está. Lo que quiero decir es que lo que había enturbiado nuestra relación era agua pasada. Cuando rompió nuestro compromiso la cosa me afectó bastante, por supuesto. Con ello no quiero decir que me quitara el sueño o el hambre, porque siempre he sido de los que duermen como un tronco y no se saltan sus tres comidas diarias y, aunque ni siquiera una tragedia de este calibre podía acabar con las

costumbres de toda una vida, sí tuve la sensación de que las cosas no funcionaban como de costumbre. Estaba melancólico, si entienden lo que quiero decir, inquieto, y empecé a mostrar una preocupante inclinación a la lectura de sonetos de amor portugueses y a fumar en exceso. Sin embargo, todo aquello había pasado hacía siglos y en ese momento podíamos volver a encontrarnos y mantener una relación amistosa y pacífica.

Así pues, opté, como ella, por un tono cordial.

—Yo también —dije—. Me alegra verte por aquí.

—¿Cómo estás?

—Oh, muy bien.

—¿Qué tal tus pies?

—Estupendamente.

—Me alegro.

—Tienes buen aspecto.

En efecto, lo tenía. Ann es una de esas chicas que siempre parece salida del último baño de agua fría que completa la serie de la docena diaria.

—Gracias. Sí, me encuentro bien. ¿Qué te trae por Hollywood, Reggie?

—Oh, varios asuntos.

Hubo un pequeño silencio. Volví a sentirme incómodo.

—De modo —dije por fin— que te has comprometido con el bueno de Eggy.

—Sí. Por lo visto os debe de venir de familia.

—Eso parece.

—¿Acaso no lo apruebas?

Me quedé pensativo unos instantes.

—Bueno, si quieres que te dé mi opinión, creo que lo que se propone Eggy es la mejor idea que ha tenido en su vida, de eso no cabe duda. Pero ¿qué va a suponer para ti? ¿No crees que esto te abre una perspectiva de futuro bastante sombrío?

—¿Por qué? ¿No te gusta Eggy?

—Lo quiero como a un hermano. Es uno de mis mejores amigos. Sin embargo, sigo pensando que, para la vida doméstica, te convendría más alguien que de vez en cuando estuviera sobrio.

—Eggy está muy bien.

—Claro que está bien. Le encanta beber.

—Tiene un montón de cosas buenas.

—Cierto y además se encarga de meterse unas cuantas más entre pecho y espalda a cada minuto.

—Lo que ocurre es que tiene demasiado dinero y demasiado tiempo libre. Lo que le hace falta es un trabajo y ya le he conseguido uno.

—¿Y lo ha aceptado?

—Por supuesto que lo ha aceptado. No daba crédito a mis oídos.

—Ann —confesé—, ¡eres una maravilla!

—¿Y eso por qué?

—Bueno, por conseguir que Eggy trabaje. Sería la primera vez.

—Y lo será. Empieza mañana mismo.

—Espléndido. No puedo evitar sentir cierta compasión por el infeliz que lo vaya a tener como empleado, pero me parece espléndido. Tenía a la familia muy preocupada.

—No me sorprende. No puedo imaginarme a alguien más capaz de tener a toda una familia preocupada que Eggy. ¡Imagínate que al pobre Job, además de un forúnculo, le hubiera caído Eggy!

El jardín empezaba a estar más concurrido y había ya algunas almas sedientas que merodeaban cerca del bar, como leones que acuden a beber al remanso del río. Decidimos cambiar de escenario.

—Cuéntame algo de ti, Ann —le pedí—. Sigues trabajando tanto como siempre, supongo.

—Por supuesto, siempre en la brecha… aunque sea poca cosa.

—¿Qué quieres decir con «aunque sea poca cosa»? ¿Acaso no te gusta?

—No mucho.

—Pues yo creía que eso de ser agente de publicidad te venía que ni pintado.

—¿Ser qué?

—Eggy me ha contado que eres la agente de publicidad de April June.

—Se ha anticipado un poco. Es lo que espero conseguir, si todo sale bien; pero todavía nada se ha concretado. Todo depende de que algo resulte.

—¿El qué?

—Oh, nada, una idea que tengo en mente. Si todo sale como lo tengo previsto, firmará en la línea de puntos. No lo sabré hasta dentro de un par de días. Entretanto, soy como una especie de institutriz-acompañante-niñera.

—¿Una qué?

—Bueno, no sé cómo iba a describir si no mi trabajo. ¿Has oído hablar de Joey Cooley?

—Es uno de esas pequeñas estrellas de cine, ¿no? Creo recordar que April June me comentó que había trabajado en su última película.

—Exacto. Bueno, pues yo le cuido, le atiendo, le vigilo y todo eso.

—¿Pero y el trabajo en el periódico? Yo creía que escribías para los periódicos y ese tipo de cosas.

—Me dediqué a eso hasta hace poco. Trabajaba para un periódico de Los Ángeles, pero la depresión lo estropeó todo y decidieron prescindir de mí. Entonces probé en otros periódicos, pero no había vacantes. Luego probé suerte trabajando por mi cuenta, pero actualmente las cosas están muy mal para eso. Así que finalmente me convertí en institutriz-acompañante-niñera de Joey.

Tengo que reconocer que sentí una punzada de dolor, pues sabía lo que disfrutaba con su trabajo.

—Lo siento muchísimo.

—Gracias, Reggie. Siempre has tenido buen corazón.

—¡Oh, no es para tanto!

—Sí, sí. Oro macizo en el lugar apropiado. Lo único malo que tenías eran los pies.

—Oh, basta ya, ¿por qué no dejas de insistir en eso?

—¿Estaba insistiendo?

—Por supuesto que estabas insistiendo. Es la segunda vez que hablas de mis pies. Si supieras lo mal que lo pasé aquella noche por culpa de los zapatos… Creía que en cualquier momento iban a estallar como una granada de metralla… De todos modos, ya no importa. Siento mucho que lo estés pasando tan mal.

—Oh, en realidad no está tan mal. No querría dármelas de mártir. Soy bastante feliz. Adoro al jovencito Joseph; es muy gracioso.

—Ya, pero de todos modos debe de ser bastante penoso para ti. Sé lo que te gusta ir de aquí para allá, buscando siempre la noticia y consiguiendo primicias o como quiera que lo llaméis.

—Eso que dices es muy considerado por tu parte, Reggie; pero de todos modos creo que me va a salir bien. Estoy casi segura de que esa cosa de la que te hablaba va a resultar… no veo por qué tendrían que surgir dificultades… y, cuando lo haya conseguido, voy a renacer de mis cenizas y haré algo grande.

—Estupendo.

—De todos modos, no vayas a creer que no tiene su lado malo. Ser la agente de publicidad de April June no va a ser precisamente una delicia.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Es una arpía.

Me estremecí de los pies a la cabeza, como un sólido navío a merced del oleaje.

—¿Una «qué»?

—Una arpía. En realidad, se me ocurre otra palabra que la describiría mucho mejor; pero arpía le cae como anillo al dedo.

Hice un esfuerzo por reprimir mis emociones.

—April June —dije— es la criatura más dulce, noble y divina que ha existido jamás. Es la persona más encantadora con la que uno podría vivir eternamente en la gloria, y es tan buena como preciosa. Es maravillosa. Es estupenda. Es súper. Es la mejor.

Ann me miraba con desagrado.

—¡Vaya! ¿Qué significa esto?

No veía motivo alguno para guardar en secreto la pasión que sentía.

—La amo —le confesé.

—¿Qué?

—Con locura.

—No puede ser.

—Pues lo es. Adoro el suelo que pisa.

—¡Es para ponerse a llorar a moco tendido!

—No sé qué significará esa expresión, pero ratifico mis palabras: Adoro el suelo que pisa.

Ann se quedó callada un momento y, cuando volvió a hablar, pareció aliviada.

—Bueno, gracias a Dios, no creo que se digne mirarte siquiera.

—¿Por qué no?

—Es la comidilla de Hollywood. Al parecer, ha echado el ojo a un pobre inglés chiflado. Un individuo que se llama lord Havershot y ése es el tipo con quien piensa casarse.

Sentí una fuerte convulsión que me dejó aturullado.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—¿Y es oficial?

—Casi, por lo que tengo entendido.

Aspiré profundamente. Tenía la sensación de que los farolillos de colores se habían puesto a bailar claque a mi alrededor.

—¡Un tipo con suerte! —dije—. Porque ése soy yo.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Desde que… mmm… nos vimos por última vez, la muerte ha causado serios estragos en mi familia y ahora tengo que cargar con el título.

Ann me miraba con ojos como platos.

—¡Oh, qué horror!

—¿Por qué «¡Oh, qué horror!»?

—Es espantoso.

—No es espantoso en absoluto. Estoy encantado. Ann me agarró de la chaqueta.

—Reggie, no puedes hacer una cosa semejante. ¡No te pongas en ridículo de esta manera!

—¿Qué no me ponga en ridículo?

—Sí. Serías muy desgraciado. Puede que dependa de ella para ganarme el pan, pero eso no va a impedir que haga todo lo que esté en mi mano para abrirte los ojos. Eres un tontorrón tan dulce y bonachón que no puedes ver lo que todo el mundo ve. Esa mujer es un mal bicho, es una desalmada. Todo el mundo lo sabe. Es vanidosa, afectada y una egoísta redomada y, además, tiene el corazón más duro que una piedra.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Con que más duro que una piedra, eh?

—Y más todavía.

Volví a reírme. Todo aquello me parecía condenadamente absurdo.

—Tú crees que es así, ¿verdad? —dije—. Es curioso que digas eso, sumamente curioso, porque si algo se puede decir de ella es que *es* amable, sensible y sumamente impresionable, y todas esas cosas que suelen decirse. Deja que te cuente un pequeño incidente que tuvo lugar en el tren: le estaba contando el quinto asalto de la final del

campeonato de pesos pesados y, de pronto, llegó el episodio de la sangre. Pues bien, April June puso los ojos en blanco y se desmayó.

—¿Con que se desmayó, eh?

—Se desmayó allí mismito. Nunca había visto algo tan femenino en toda mi vida.

—Y claro, como es natural, ni siquiera te pasó por la cabeza que pudiera estar haciendo comedia.

—¿Comedia?

—Comedia, sí. Y, al parecer, le dio resultado, pues tengo entendido que la sigues a todas partes balando como un corderillo.

—Yo no balo.

—Según los rumores que corren por los clubes nocturnos sí balas. La gente dice que, un día despejado, se te puede oír a kilómetros de distancia. Pobre Reggie, te ha estado tomando el pelo. Esa mujer no se pierde ni uno solo de los combates de boxeo de Los Ángeles y, además, se divierte como la que más.

—No te creo.

—Te lo digo en serio. ¿Todavía no has comprendido que hizo toda esa comedia porque eres lord Havershot? Es lo único que le interesa: el título. Por el amor de Dios, Reggie, déjalo, ahora que todavía estás a tiempo.

La miré con frialdad y liberé mi chaqueta de sus manos.

—Hablemos de otra cosa —le aconsejé.

—No quiero hablar de otra cosa.

—Entonces no hablemos. No sé si te habrás dado cuenta, pero lo que acabas de hacer raya peligrosamente con poner en entredicho el buen nombre de una dama… la clase de cosa por la que echan a la gente de los clubes a puntapiés.

—Reggie, ¿quieres escucharme de una vez?

—No, no pienso escuchar ni una palabra más.

—¡Pero, Reggie!

—No y no se hable más.

Ann soltó un pequeño suspiro.

—¡Está bien! —se rindió—. Me está bien empleado por tratar de hacer entrar en razón a un cabezota como tú… ¡April June!

—¿Por qué dices «April June» de esa manera?

—Porque es la única manera de decirlo.

—Pues permíteme que te diga que me ofende que digas «April June» como si mencionaras el nombre de una enfermedad especialmente desagradable.

—Pues así es como pienso seguir diciéndolo: «April June».

—Incliné la cabeza con sequedad.

—Muy bien —dije—. Haz lo que se te antoje. Al fin y al cabo, tus métodos de emisión de la voz son asunto tuyo. Y ahora, como veo que mi anfitriona se acerca, voy a dejarte para presentarle mis respetos. Eso te deja en plena libertad para retirarte a cualquier rincón y, si ése es tu deseo, seguir repitiendo el nombre «April June»

hasta que termine la fiesta, cierren la casa y saquen el gato[2] al jardín.

—A ella no la sacan al jardín. Vive aquí.

Preferí no responder a aquel comentario tan insolente. No habría sido digno de mí. Por otra parte, no se me ocurría qué responderle, así que me marché en silencio. Mientras me alejaba de Ann, sentía sus ojos en el cogote, como Eggy y sus arañas, pero no volví la cabeza. Me dirigí hacia April June, que estaba haciendo los honores a un rebaño de invitados, y me introduje en la conversación con la esperanza de que, al poco rato, conseguiría arrancarla de aquel atajo de individuos para tener una charla en privado sobre algún que otro tema amoroso y sentimental.

Y aunque, como es natural, no fue fácil, pues una anfitriona tiene siempre un montón de obligaciones que atender, pero finalmente pareció quedarse satisfecha con cómo andaban las cosas y consintió en dejar que la gente pasara el rato a su gusto y fue entonces cuando me hice con una mesa para dos en un rincón apartado del jardín y me la llevé hasta allí. Primero comimos pastel de carne y riñones y las guarniciones de costumbre, y luego atacamos el helado de vainilla.

Y, durante todo el rato, me esforcé por contenerme y no abrirle mí corazón. Los comentarios despectivos de Ann no me habían hecho cambiar de parecer en absoluto. Me parecían una solemne tontería. Mientras observaba a aquella chica encantadora engullir todo aquello, me negué a creer que no fuera perfecta. Traté de aunar fuerzas para el momento clave. Tenía la sensación de que podía presentarse en cualquier momento. Era puramente cuestión de esperar el momento psicológico y caer sobre ella como una tonelada de ladrillos en el preciso instante en que asomara la nariz.

La conversación giró hacia su trabajo. Me dijo que tenía la esperanza de poder retirarse disimuladamente a descansar a una hora prudente, porque a las seis de la madrugada del día siguiente tenía que estar en el plato lista y maquillada, para repetir algunas tomas. La sola idea de tener que abandonar el catre a una hora tan intempestiva me hizo sentir un escalofrío producto de la compasión.

—¡A las seis! —exclamé—. ¡Por Dios!

—Sí, no es una vida nada fácil. A menudo me pregunto si el público se dará cuenta de lo dura que es.

—Tiene que ser espantoso.

—Bueno, una se cansa un poquitín de vez en cuando.

—Menos mal —dije tratando de dar un enfoque más optimista a la cuestión— que da dinero, ¿no?

—¿Dinero?

—Y fama.

April June me dedicó una sonrisa cansada y llena de santidad al tiempo que se tragaba una cucharada de helado.

—El dinero y la fama no me interesan en absoluto, lord Havershot.

—¿No?

—No, no. Mi recompensa es saber que reparto felicidad, que con mi granito de

arena hago todo cuanto está en mi mano por insuflar alegría a este cansado mundo, que doy a la clase trabajadora la posibilidad de vislumbrar algo más grande, mejor y más bello.

—¡Oh! —exclamé con reverencia.

—¿No me toma por una boba por pensar de este modo?

—En absoluto, creo que es extraordinaria.

—¡Cuánto me alegro! ¿Sabe usted? Para mí es como una religión. Me considero una especie de sacerdotisa. Cuando pienso en todos esos millones de vidas grises, me digo a mí misma que este trabajo tan desagradecido y la repugnante publicidad que comporta no tienen la menor importancia si gracias a ello un insignificante rayito de sol consigue iluminar la monotonía de sus vidas. ¿Se está riendo usted de mí?

—No, no. En absoluto.

—Está el caso de Pittsburgh, por ejemplo. En Pittsburgh me adoran. Mi penúltima película recaudó veintidós mil en una semana. Y eso me hace muy feliz, porque pienso en todas esas vidas grises de Pittsburgh que se iluminan un poquitín. ¡Y Cincinnati! En Cincinnati fue una cosa tremenda. La gente también lleva una vida muy gris en Cincinnati…

—¡Es maravilloso!

April June suspiró.

—Supongo que debe de serlo. Sí, por supuesto que lo es. Quiero decir cuando se piensa en todas esas vidas grises. Y, sin embargo, ¿es suficiente? Eso es precisamente lo que una se pregunta de vez en cuando. Una se siente tan sola algunas veces… que desearía abandonarlo todo para convertirse en una esposa y madre feliz y corriente. A veces hasta sueña una en las pataditas de esos piececitos…

No esperé más. Si aquél no era el momento psicológico es que yo no reconocía un momento psicológico cuando lo veía. Me incliné hacia ella. Y estaba a punto de decir: «Querida, perdóneme si lo ha oído usted otras veces pero ¿consentiría en convertirse en mi esposa?», cuando sentí que algo estallaba como una bomba dentro de mi cabeza y tuve que abandonar la cuestión por completo.

Sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Un minuto antes todo era fuego y romanticismo, y lo único que ocupaba mi mente era que la chica que estaba sentada junto a mí era la chica a la que amaba y que enseguida iba a ponerla al corriente de los hechos y, al minuto siguiente, daba brincos en círculos con la mano en la mejilla, víctima de una tortura de mil demonios.

Ya fuera por inflamación espontánea o porque la falta de prudencia me había dictado llevarme a bordo un pedazo de helado demasiado grande, el caso es que la muela del juicio del bueno de Havershot había decidido imponer su personalidad.

Llevaba ya algún tiempo sin quitar ojo a aquella muela, pero supongo que no tenía que haber esperado tanto para adoptar medidas drásticas. Pero ya saben cómo son las cosas cuando uno está de viaje.

Un escalofrío le recorre el cuerpo a uno sólo de pensar que uno va a confiar sus

fauces a un dentista desconocido. Y uno se dice: «Resiste, muchacho, resiste hasta que regreses a Londres y puedas ir a ver al maestro que te cuida desde que eras así de pequeñín». Y, entonces, claro, empieza a chinchar sin avisar, como me ocurrió a mí.

Bueno, pues así estaban las cosas y, en estas condiciones, un individuo no puede abrir su pecho a nadie. Es más, no tengo el menor reparo en reconocer que, en aquella coyuntura, todos los pensamientos sobre amor, matrimonio, piececitos y todo lo demás se habían desvanecido de mi mente por completo. Con una apresurada palabra de despedida, dejé a April June allí sentada y me encaminé a la farmacia que había junto al Hotel Beverley-Wilshire en busca de alivio temporal. Al día siguiente ya estaba en la sala de espera del dentista, dispuesto a acudir a mi cita con I. J. Zizzbaum, el hombre de las pinzas.

Y, si hacen memoria, verán que volvemos a encontrarnos en el punto en que empezaba la historia, antes de que mi amigo amante de las letras interviniera. Allí estaba yo, como os iba diciendo, sentado en un sillón y, en el otro extremo de la habitación, sentado en otro sillón y hojeando el *National Geographic Magazine*, había un chico del tipo del pequeño lord Fauntleroy. Su mejilla izquierda, al igual que la mía, estaba hinchada y deduje que ambos nos encontrábamos esperando la misma llamada terrible.

Según pude observar, era un chico de singular belleza y ni siquiera la hinchazón de su mejilla conseguía ocultarlo. Tenía unos ojos grandotes y expresivos y rizos dorados. Unas pestañas larguísimas impedían ver sus ojos mientras leía el *National Geographic Magazine*.

Nunca he sabido cuál es la actitud correcta a seguir en estas ocasiones. ¿Debe uno tratar de facilitar un poco las cosas con un par de palabras amables, aunque sólo sea para hablar del tiempo? ¿O acaso es mejor permanecer en silencio? Precisamente me estaba debatiendo en este dilema cuando el chico inició la conversación.

En efecto, dejó el *National Geographic Magazine* y me miró a los ojos.

—¿Dónde están los demás chicos? —me preguntó.

5

El significado de aquella pregunta se me escapaba. No lo comprendía. Un chico enigmático, uno de esos que, como dice la expresión, hablan en enigmas. Me miraba inquisitivamente, así que le devolví la mirada, también inquisitivamente.

Entonces hablé y fui derecho al grano, dejando a un lado cualquier otra cuestión colateral.

—¿Qué chicos?

—Los chicos de la prensa.

—¿Los chicos de la prensa?

De pronto tuvo una idea.

—¿No eres reportero?

—No, no soy reportero.

—¿Qué estás haciendo aquí, entonces?

—He venido a que me saquen una muela.

Esto pareció sorprenderle y disgustarle al mismo tiempo. Cuando volvió a hablar, lo hizo con mucha sequedad:

—No puede ser que hayas venido a que te saquen una muela.

—Pues a eso he venido.

—Soy yo el que he venido a que me saquen una.

De pronto di con una posible solución.

—Quizá —dije, probando suerte y planteándole una posible solución— hayamos venido los dos a que nos saquen una muela, ¿no? Tú la tuya y yo la mía. Muela A y muela B, como quien dice.

Sin embargo, todavía parecía irritado y no dejaba de mirarme con cierta inquina.

—¿A qué hora es tu visita?

—A las tres y media.

—Imposible. Ésa es la mía.

—Y la mía. I. J. Zizzbaum ha sido de lo más claro en este punto. He concertado la visita por teléfono y sus palabras disipan toda duda. «Tres y media», me ha dicho I. J. Zizzbaum, tan clarito como te estoy viendo a ti en este momento.

El chico pareció tranquilizarse. Ya no tenía fruncida la frente de alabastro y dejó de mirarme como si fuera un atracadero un bandido. Era como si un rayo acabara de echar luz sobre el asunto.

—¡Ah! ¿I. J. Zizzbaum? —repitió—. De la mía se encarga B. K. Burwash.

Fue entonces cuando miré en derredor y me percaté de que en la sala de espera en la que estábamos sentados había una puerta en cada extremo.

En una de ellas se leía:

I. J. ZIZZBAUM

Y en la otra:

B. K. BURWASH

El misterio se había aclarado. Ya fuera porque eran viejos amigos de la facultad de Odontología o puramente por motivos de economía, el caso es que aquel par de arrancacolmillos compartían la sala de espera.

Convencido ya de que nadie trataba de arrebatarle un derecho que era suyo, el chico se convirtió en la amabilidad personificada. Como ya no me consideraba un rival que intentaba sentarse en el sillón de operaciones antes que él, sino un simple ser humano que, como él, tenía que enfrentarse a las vicisitudes de la vida, su tono pasó a ser de cordial interés.

—¿Y te duele la muela?

—Un horror.

—La mía también. ¡Uuuuh!

—¿Y dónde te duele más?

—Me duele todo el cuerpo, hasta las uñas de los pies.

—A mí también. Esta muela mía me hace un daño atroz. ¡Sí señor!

—Igual que la mía.

—Me juego lo que quieras a que la mía es peor.

—Imposible.

Entonces me puso al corriente de un dato que, sin lugar a dudas, consideraba definitivo:

—Me van a tener que administrar gas.

—También a mí.

—Me juego lo que quieras a que a mí me va a hacer falta mucho más.

—Pues yo me juego lo que tú quieras a que no.

—Me apuesto un trillón de dólares.

Tenía la sensación de que el resentimiento había vuelto a colarse en la conversación y que no pasaría mucho rato antes de que volviéramos a estar enzarzados en una vulgar trifulca. Así pues, para impedir que la discordia empañara la armonía de los acontecimientos, decidí cambiar de tema y hacer derivar la conversación hacia una cuestión que me tenía intrigado desde el principio. Como recordarán, al principio había tenido la sensación de que aquel chico hablaba en enigmas y todavía quería que me aclarase aquellas palabras suyas iniciales tan misteriosas.

—Seguramente tienes razón —dije, conciliador—. De todos modos, ¿qué te ha hecho pensar que era reportero?

—Es que espero una manada de ellos.

—¿Ah, sí?

—Seguro. También habrá cámaras y periodistas de artículos de interés humano.

—¿Cómo? ¿Sólo para ver cómo te sacan una muela?

—Seguro. Cuando me sacan una muela es noticia.

—¿Qué me dices?

—Seguro. Mañana aparecerá en la primera página de todos los periódicos del país.

—¿El qué, tu muela?

—Sí, mi muela. Mira, el año pasado, cuando me operaron de amígdalas, tuve en vilo a la civilización entera. Quiero que sepas que no soy un donnadie.

—¿Quieres decir que eres alguien especial?

—Quiero decir lo que digo. Soy Joey Cooley.

Teniendo en cuenta que una de las reglas inquebrantables de mi conducta en la vida es nunca ir al cine si mis informadores particulares me han advertido previamente que en la película aparece un niño, es natural que jamás hubiera visto a aquel mozalbete. Con todo, su nombre me era familiar, desde luego. Como recordarán, Ann me había hablado de él. Es más, April June también.

—¡Oh, ah! —exclamé—. De modo que tú eres Joey Cooley, ¿eh?

—Joey Cooley. Él mismo.

—Sí, he oído hablar de ti.

—Lo suponía.

—Conozco a tu niñera.

—¿A mi qué?

—Bueno, a la chica que cuida de ti o lo que sea: Ann Bannister.

—¡Ah, Ann! Es una tía estupenda esa Ann.

—Estoy de acuerdo.

—De bandera y no permitas que alguien diga lo contrario.

—No lo permitiré.

—Ann es una chica que tira de espaldas. ¡Sí señor! Ésa es Ann.

—Y el otro día, precisamente, April June me hablaba de ti.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te dijo?

—Pues me dijo que habías trabajado en su última película.

—Con que eso dijo, ¿eh? —repuso, resoplando bastante enfadado y frunciendo el entrecejo.

No cabía duda de que estaba molesto. Yo que sólo pretendía hablar de algo sin importancia y resultaba que había ido a meter el dedo en la llaga.

—¡Vaya desfachatez la de esa mujer! Así que en «su» última película, ¿no? ¡Permíteme que te aclare que fue «ella» la que trabajó en «mi» última película!

Resopló de nuevo. Había vuelto a coger el *National Geographic Magazine*, pero me di cuenta enseguida de que le temblaban las manos, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por reprimir un impulso muy poderoso. Al rato se le pasó el espasmo y volvió a ser el de siempre.

—De modo que conoces a esa pelmaza, ¿no es así? —me preguntó. Al que le tocó

temblar entonces fue a mí, y temblé como una gelatina.

—¿A esa qué?

—A esa pelmaza.

—¿Has dicho «pelmaza»?

—Eso mismo, «pel-ma-za». La cojas por donde la cojas, siempre será un adefesio.

Me levanté indignado.

—Estás hablando de la mujer que amo —le advertí.

Joey Cooley trató de responder, pero levanté la mano con frialdad, dije «Por favor» y sobrevino el silencio. Él se puso a leer su *National Geographic Magazine* y yo el mío. Durante unos minutos, la cosa se mantuvo en estos términos y fue entonces cuando me dije: «Oh, venga, hombre», y decidí que había que concertar una tregua. Y es que me parecía una solemne tontería que un par de individuos que se hallaban a punto de perder una muela estuvieran cada uno en su rincón leyendo el *National Geographic Magazine*, en lugar de tratar de olvidar el tormento que les esperaba con una pequeña charla.

—De modo que eres Joey Cooley, ¿eh? —dije.

Joey aceptó mi oferta en los términos en que yo la hacía.

—No has pronunciado palabra más cierta que ésta —me dijo, complaciente—. Ahora que lo dices, ése soy yo: Joey Cooley, el ídolo de las Madres Estadounidenses. ¿Y tú?

—Me llamo Havershot.

—Así que eres inglés.

—Exactamente.

—¿Y llevas mucho tiempo en Hollywood?

—Apenas una semana.

—¿Y dónde te alojas?

—En un bungalow del Jardín de las Hespérides.

—¿Y te gusta Hollywood?

—Oh, desde luego. Es un lugar estupendo.

—Pues entonces tendrías que ver Chillicothe, en Ohio.

—¿Y eso por qué?

—Esa es mi tierra y ahí es precisamente donde me gustaría estar en este momento. ¡Sí señor! De nuevo en mi pequeño y querido Chillicothe.

—¿De modo que lo echas de menos?

—Y que lo digas.

—Aun así, aquí en Hollywood no lo debes de pasar tan mal…

Su expresión se ensombreció. Al parecer, había vuelto a meter la pata.

—¿Quién, yo? No.

—¿Y por qué no?

—Te diré por qué no: porque prácticamente llevo la vida de un condenado a

trabajos forzados. Aunque estuviera en la Isla del Diablo, en la Legión Extranjera o donde fuera, no lo pasaría peor. ¿Quieres que te diga una cosa?

—¿Qué?

—¿Sabes qué se le ocurrió al viejo Brinkmeyer cuando estaban redactando el contrato?

—No, ¿qué?

—Pues se le ocurrió incluir una cláusula que me obligaba a vivir bajo su techo. Así no me quita ojo de encima.

—¿Y quién es ese Brinkmeyer?

—El jefazo de la sociedad para la que trabajo.

—¿Y no te gustan los ojos que tiene?

—No, si no es por él. Ése es un viejales bonachón. Es por su hermana Beulah. Fue ella la que le instigó a hacerlo. Es la mala de la película. Tiene muy mala sombra. ¿Has oído hablar de Simón Legree?

—Sí.

—Pues es igualito a Beulah Brinkmeyer. ¿Sabes lo que es un siervo?

—Bueno, ¿te refieres a un mamífero rumiante de grandes cuernos?

—No, no me refiero a un ciervo, sino a un siervo. Ese al que siempre pisotean, oprimen y al que siempre le toca recibir. Pues ése soy yo. ¡Cielo santo, qué vida la mía! ¿Quieres que te cuente una cosa?

—Adelante.

—Pues no me permiten jugar, porque podría hacerme daño. No me permiten tener un perro, porque podría morderme. No me permiten bañarme en la piscina, porque podría ahogarme. Y escucha ésta, escucha, porque es de lo que no hay: no me permiten comer dulces porque podría engordar.

—¿Hablas en serio?

—¡Y tan en serio! Está todo en el contrato: «La parte de la segunda parte, en adelante llamado el artista, se abstendrá de ingerir todo tipo de helados, cremas de chocolate, helados con crema, almíbares, frutas y nueces, dulces de chocolate o azúcar y toda clase de chupa-chups y piruletas, en adelante llamados golosinas, que engloban asimismo los buñuelos, dulces de malvavisco, pasteles, alimentos ricos en fécula y pollo». ¿Te cabe en la cabeza que mi abogado les permitiera hacer semejante jugarreta?

Tengo que reconocer que me había dejado pasmado. Los Havershot siempre hemos sido gente de buen comer y nada hay que me apene más que saber de alguien que está a régimen. Me imaginaba cómo me habría sentido si, a su edad, una mano de hierro me hubiese mantenido alejado de una tienda de golosinas.

—Me sorprende que no lo abandones.

—¡No puedo!

—¿Porque amas este Arte por encima de todo?

—No.

—¿Porque te gusta llevar un rayito de sol a esas vidas grises de Pittsburgh y Cincinnati?

—Aunque todo Pittsburgh se ahogara me importaría un bledo. Y lo mismo digo de Cincinnati.

—Entonces será porque la fama y el dinero te compensan de todo eso que podríamos llamar privaciones inhumanas.

Joey resopló de nuevo. Parecía tener tan mal concepto del dinero y la fama como April June.

—¿Qué tienen de bueno el dinero y la fama? Que yo sepa, no son comestibles. Lo que más me apetecería en el mundo sería deshacerme de todo este tinglado y regresar a Chillicothe, Ohio, donde los corazones son puros y los hombres, hombres. Ahora mismo me gustaría estar con mi madre. ¡Tendrías que probar su pollo frito al estilo sureño! Y, además, estaría encantadísima de volverme a tener en casa, pero no puedo marcharme. Tengo un contrato de cinco años y puedes estar seguro de que se cuidarán muy mucho de que lo cumpla.

—Ya.

—Sí, sí, soy como el Tío Tom. Pero ¿sabes una cosa? Un día llegará mi oportunidad, sólo es cuestión de esperar. Un día creceré y, cuando sea mayor… ¡oh, bueno…!

—¿Oh qué?

—He dicho: ¡oh, bueno…! Voy a darle un buen puñetazo en los morros a esa Beulah Brinkmeyer.

—¿Qué? ¿Serías capaz de pegar a una mujer?

—¡Toma si sería capaz! ¡Sí señor, le daré una buena zurra! Y hay unos seis directores que también se van a llevar un buen puñetazo en los morros, ésos y toda su pandilla de supervisores y productores. Y ese agente de prensa que tengo, tampoco se va a librar de otro puñetazo en los morros. ¡Sí señor! En realidad, sería difícil pensar en alguien que no se vaya a llevar un buen puñetazo en los morros cuando sea mayor —dijo, resumiendo—. Tengo todos sus nombres apuntados en una libreta.

Joey se sumió en un silencio melancólico y yo me quedé sin saber muy bien qué decir. Tenía la sensación de que con mis palabras no conseguiría aliviar a aquel chico tan apenado. La herida que llevaba en el alma era demasiado profunda como para que un simple «¡Ánimo, chaval!» pudiese surtir algún efecto.

De todos modos, luego resultó que tampoco habría tenido tiempo de invertir mis esfuerzos en una charla alentadora pues, en ese preciso momento, la puerta se abrió y dio paso al alboroto y a una manada de individuos, unos de sexo masculino, otros del femenino, unos con cámaras y otros sin ellas y el aire se llenó con sus entrevistas y sus *flashes*, hasta tal punto que me habría resultado imposible meter baza. Así que me quedé sentado leyendo mi *National Geographic Magazine*, hasta que apareció una ayudante con bata blanca para anunciar que B. K. Burwash ya tenía las pinzas a punto y aquella bandada de individuos se metió en su consultorio para entrevistar a este

último.

No pasó mucho rato hasta que salió otra ayudante con bata blanca y me dijo que I. J. Zizzbaum estaría encantado de atenderme, de modo que encomendé el alma a Dios y la seguí hasta la sala de operaciones.

6

I. J. Zizzbaum resultó ser un sujeto de aspecto bastante melancólico. Tenía toda la apariencia de un dentista consumido por una secreta aflicción. En respuesta a mis «Buenas tardes» se limitó a indicarme que me sentara con un triste ademán de la mano. Era uno de esos dentistas firmes y de pocas palabras.

Yo, en cambio, estaba de lo más parlanchín. En realidad, siempre lo estoy cuando me encuentro encerrado con uno de esos sacamuelas. Hasta me atrevería a decir que a ustedes les debe ocurrir otro tanto. Supongo que uno lo hace con la idea de que si uno consigue que la conversación no decaiga, acabará por despertar el interés del sacamuelas en cuestión, que dejará a un lado el trabajo sucio para entregarse a una charla agradable. Así que fui directamente al grano.

—¡Hombre, hola! Aquí me tiene. ¡Buenas tardes, buenas tardes! Un día estupendo, ¿no le parece? ¿Es aquí donde hay que sentarse? Perfecto. ¿Reclino la cabeza hacia atrás? Pues, adelante. ¿Tengo que abrir la boca? Al momento.

—Un poco más, por favor —me pidió I. J. Zizzbaum, con voz cansina.

—Desde luego. ¿Ya está todo listo para la administración del gas hilarante? Perfecto. ¿Sabe usted? —dije, incorporándome en la silla—. Han pasado un montón de años desde la última vez que me lo administraron. No debía de tener más de doce. Recuerdo perfectamente que era sólo un chavalín, porque resulta que fue cuando todavía iba a la escuela privada y uno termina la escuela privada a muy tierna edad. Y hablando de chavalines, ¿a que no adivina usted quién estaba en la sala de espera? ¡Pues el mismísimo Joey Cooley! Y da la casualidad de que a él también van a administrarle gas. Eso demuestra que el mundo es un pañuelo, ¿no le parece?

Me callé, avergonzado. Ni siquiera era necesario reparar en la fugaz mueca de dolor que contrajo el rostro de I. J. Zizzbaum para saber que acababa de meter la pata con un comentario inconveniente. Me habría dado de puñetazos.

En efecto, de pronto caí en la cuenta de cuál era el problema y de por qué aquella tarde ese hombre no era el jovial I. J. Zizzbaum que con su alegre risa y graciosas ocurrencias debía de hacer las delicias de la convención anual de dentistas. I. J. Zizzbaum estaba resentido porque el gran premio mundial de odontología, esto es, el premolar de Joey Cooley, estaba en manos de su rival del gremio, B. K. Burwash.

Qué duda cabe de que había estado escuchando sin ser visto todo aquel montón de entrevistas y de disparos de las cámaras y los gritos de los reporteros de temas de interés humano mientras estaban enfrascados en su trabajo debieron de ser sin duda muy amargos de oír, puesto que le restregaban por las narices, como quien dice, que el buenazo de su amiguito Burwash iba a ver su nombre impreso en la primera página de todos los periódicos y a convertirse prácticamente en el Amorcito del Mundo mientras que Zizzbaum sólo podía esperar de mí el pago de una modesta factura.

Bastaba para dejar deprimido al más alegre de los dentistas, y se me partía el corazón por el pobre infeliz. Me devané los sesos tratando de dar con la frase

consoladora que devolviera el color a sus mejillas, pero lo único que se me ocurrió fue citarle ciertos descubrimientos que recientemente se habían realizado en la cuenca del Congo y que arrojaban una nueva luz sobre no recuerdo qué asunto. Y eso lo sabía de buena tinta por el *National Geographic Magazine*.

Sin embargo, mis observaciones no parecieron animarle en exceso. Seguramente, la cuenca del Congo no le interesaba. A la mayoría de la gente le ocurre lo mismo. Así pues, se limitó a suspirar profundamente, me abrió un poco más la mandíbula, se asomó al abismo, suspiró de nuevo como si no tuviera un gran concepto del contenido, y con un gesto indicó a su edecán que se acercara con el gas.

Y así fue como, después de un breve interludio durante el cual tuve la sensación de estarme ahogando allí sentado, perdí el conocimiento.

No sé si estarán o no familiarizados con este asunto de la administración del gas. Si lo están, convendrán conmigo en que tiene sus inconvenientes, aparte de la sensación de morir en la flor de la vida por estrangulación de la tráquea. Además, puede provocar sueños y visiones de lo más desagradables. La última vez que me lo habían administrado, en la ocasión que precisamente acababa de mencionar en mis comentarios preliminares, recuerdo que pensé que alguien me tiraba al mar y luego tuve la inconfundible impresión de que los tiburones me rondaban.

En esta última ocasión, si bien el proceso me pareció bastante curioso, no lo pasé tan mal. Los tiburones no entraban en el programa, pero el pequeño Joey Cooley interpretaba el papel estelar.

Tenía la sensación de que estábamos los dos en una habitación muy parecida a la sala de espera, aunque un poco más grande, que tenía también dos puertas, una en cada extremo.

En la primera se leía:

I. J. ZIZZBAUM

Y en la otra:

B. K. BURWASH

Pues bien, Joey Cooley y yo nos dábamos empellones porque los dos queríamos pasar por la puerta de Zizzbaum.

Cualquiera se habría dado cuenta de que aquél no era modo de comportarse, de manera que yo intentaba hacer entrar en razón a aquel gamberro bribonzuelo que iba tan desencaminado. Una y otra vez le repetía: «Deja de empujar, hombre; ¿no ves que te equivocas de puerta?», pero de nada servía, porque Joey seguía empujando. Me empujaba tanto que al final me mandaba a un sillón de un empellón y me ordenaba que me estuviera allí sentadito leyendo el *National Geographic Magazine* mientras él abría la puerta y desaparecía.

Después de eso, todo se volvió un tanto confuso durante un momento. Cuando se

me aclaró un poquitín la cabeza, me di cuenta de que seguía sentado en un sillón, pero esa vez se trataba del sillón del dentista, y fue entonces cuando caí en la cuenta de que acababa de salir de los efectos del gas.

Lo primero que vi fue a I. J. Zizzbaum con su bata blanca, que me miraba con una sonrisa amable.

—¡Bueno, hombrecito! —me dijo, en un tono que pareció paternal—. ¿Te encuentras bien?

Y ya estaba a punto de preguntarle qué diantres quería decir con eso de hombrecito —porque aunque seamos sociables, los Havershot siempre hemos tenido muy claro el sentido de la dignidad—, pero de pronto vi que no estábamos solos. La sala estaba literalmente abarrotada de gente.

Ann Bannister también estaba allí, de pie a mi lado, si bien eso no me importó. Si de algún modo se había enterado de mi operación y los restos de su antiguo amor y el afecto que todavía vivían en su corazón la habían impulsado a querer estar junto a mí en aquel mal trance, bueno, pues me parecía muy bien. «Muy considerado de su parte», pensé. Pero lo que sí me molestaba profundamente era la presencia de todos aquellos otros sujetos. Lo que quiero decir es que los desconocidos no tienen derecho a presentarse en tropel, ni a abrumar a uno cuando le van a sacar una muela. Aunque sólo sea entonces, uno tiene derecho a ese poquito de intimidad.

Formaban un rebaño nutridito y tenía la extraña sensación de haberlos visto antes en algún lugar. Algunos eran del sexo masculino, otros del femenino. Unos iban con cámaras, otros sin. Fue entonces cuando me incorporé, bastante malhumorado. Me sorprendía que I. J. Zizzbaum les hubiera permitido entrar en el consultorio, y precisamente estaba a punto de decírselo —y no tenía ni la más mínima intención de medir mis palabras— cuando fui protagonista del más curioso de los descubrimientos, a saber, que el individuo de la bata blanca no era I. J. Zizzbaum. En realidad, en nada se le parecía.

Y precisamente estaba a punto de hacer mis averiguaciones al respecto cuando, de pronto, sobrevino otro descubrimiento. El descubrimiento en cuestión me dejó sin habla después de soltar un «¡Cómo!».

Tengo que aclarar que, al llegar a la sala de espera vestía un traje de un gris sobrio y calcetines a juego con una elegante corbata de un azul pálido que parecían fundirse, como quien dice, con unos zapatos de ante de un gusto exquisito. Y, en ese momento, por Dios, que me cuelguen si no llevaba pantalones de golf y medias. Y luego tropecé de pronto con mi cara reflejada en el espejo, y vi que era de singular belleza y que estaba coronada por unos rizos dorados. Además, los ojos que me miraban eran unos ojazos grandotes y expresivos de larguísimas pestañas.

—¡Demonios! —exclamé.

Bueno, ¿quién no lo habría hecho? y enseguida supe qué había ocurrido. Alguien, como bien dice el poeta, había metido la pata. Por lo visto, a Joey Cooley y a mí nos habían sometido a los efectos del gas en el mismo momento y, debido probablemente

a una disfunción en el procedimiento durante la fase en la que ambos deambulábamos por la cuarta dimensión, o como quiera que la llamen, se había producido una conmutación inesperada. En efecto, aquel alocado impetuoso se había metido en mi cuerpo y yo, en vista de que no tenía adonde ir, me había colado en el suyo.

La culpa de todo aquello la tenía aquel tontuelo, desde luego. Yo ya le había advertido que dejara de empujar.

7

Me quedé petrificado en el sillón mirándome al espejo, y seguía todavía sumido en plena mirada de aturdimiento cuando el individuo de bata blanca que me había llamado hombrecito —B. K. Burwash, supongo—, se me acercó.

—Supongo que querrás quedarte con ella, ¿no? —me dijo, sin abandonar aquellos modales tan paternales y tendiéndome una cajita de cartón.

Yo seguí con mi mirada ensimismada. Aquél no era momento para cajitas de cartón. Todavía no me había adaptado a aquel nuevo giro que había tomado el guión.

Convendrán conmigo en que todo este asunto era como para dejarle a uno sin respiración. Había leído un montón de historias en las que ocurrían cosas parecidas, desde luego; pero nunca se me había ocurrido que uno debía prever una eventualidad semejante como parte posible del guión en la vida real. Ya sé que la gente dice que siempre hay que estar preparado para cualquier cosa, pero ¡caramba!

Además, todo había sido tan repentino… En las historias que había leído siempre salía el científico malvado de rigor atareado con tubos de ensayo o el hechicero gitano que echa un maleficio, pero la cosa siempre tardaba semanas, por no decir meses. Si lo que se deseaba era un servicio rápido, entonces ya había que tener un anillo mágico o algo parecido. En cualquier caso, nunca se conseguía un resultado tan imprevisible como éste… caído del cielo.

—La muela —me aclaró B. K. Burwash—. Querrás conservarla.

Entonces metí la cajita en el bolsillo distraídamente, gesto que despertó una oleada de protestas entre la chusma. Aquella insignificancia pareció poner nerviosos a todos.

Arrancó un parloteo de voces.

—¡Oye!

—¡No te la guardes!

—¡Queremos hacerte una foto mientras la miras!

—¡Como si estuvieras meditando sobre ella!

—Como si estuvieras diciendo para tus adentros: «¡Vaya, vaya!».

—¿Tienes algo que decir a la prensa?

—¿Qué opinas de la situación política actual?

—¿Confías en el presidente?

—¿Cuál es el futuro del cine?

—Danos un mensaje para el pueblo de los Estados Unidos. Que tenga gancho y sentimiento.

—¡Eso! ¿Qué prefieres para desayunar?

Siempre había sabido que Ann Bannister era una chica decidida y con carácter, y tengo que reconocer que, ante aquel estado de cosas, volví a simpatizar con ella. Enseguida se hizo con las riendas de la situación y empezó a echarlos a empujones, como un matón de una taberna de la zona portuaria que acaba de aceptar el empleo y

está dispuesto a demostrar que vale.

—Denle una oportunidad al pobre chico, ¿no les parece? —dijo, a gritos—. ¿Qué se proponen molestándole en un momento como éste? ¿Acaso les gustaría que se lo hicieran a ustedes?

El individuo que acababa de pedirme un mensaje para el pueblo de los Estados Unidos repuso que perdería su trabajo si se presentaba en la redacción sin una respuesta.

Ann se mantuvo firme.

—Les transmitiré todos los mensajes que hagan falta —dijo—. Les daré lo que quieran, pero ahora fuera todos.

Y así siguió con los empellones hasta que, gracias a su magnetismo personal, consiguió desalojar la sala y B. K. Burwash y yo nos quedamos a solas.

—¡Qué manera de atosigar! —comentó B. K. Burwash—. ¡Ah, bueno, es el precio de la Fama!

Hablaba con la sonrisa en los labios, con una de esas sonrisas joviales y radiantes de dentista que sabe que, además de embolsarse una bonita suma, acaba de conseguir mil dólares en publicidad gratuita.

Sin embargo, yo no estaba en situación de compartir su optimismo. El momento de aturdimiento había pasado y estaba muy nervioso. Era consciente de que me acababa de meter en un buen lío.

Lo que quiero decir es que la vida ya es de por sí lo suficientemente complicada. Uno no desea agravar la complejidad general de las cosas cambiándose por un niño con pantalones de golf y ricitos de oro. Un bonito asunto si aquel estado de cosas resultaba ser permanente. Daría al traste con cualquier posibilidad de llevar a April June al altar, eso por descontado. Una chica de su posición nunca se avendría a caminar al son de la marcha nupcial con un chiquillo con pantalones de golf.

¿Y qué dirían mis compañeros de Los Zánganos cuando me presentara con aquella cabeza coronada de rizos dorados? Por ahí sí que no iban a pasar. El Club Los Zánganos es lo que podríamos llamar un club bastante liberal; pero por ahí no iban a pasar, sencillamente. «Aquí no puede usted hacer eso», resumiría más o menos la actitud que adoptaría la junta directiva.

No hay que sorprenderse, pues, de que no estuviera de humor para andarme con bromas y guasitas con aquel dentista jovial.

—No se preocupe ahora por el precio de la Fama, B. K. Burwash —le dije, apremiante—. Ya hablaremos de eso luego. Ahora lo que querría es hacer una declaración. Ha ocurrido una cosa terrible y, de no adoptar inmediatamente las medidas necesarias a través de canales adecuados, se armará un escándalo de todos los demonios. Permítame que le diga que, además, conozco a los cabecillas.

—Vamos a ver, recuéstate y relájate.

—No pienso recostarme ni relajarme. Lo que quiero es hacer una declaración.

Y precisamente estaba a punto de hacerla cuando la puerta se abrió y apareció una

mujer. Parecía un tanto molesta, porque entró resoplando.

—¡Vaya jaleo! —se quejó—. Me agotan la paciencia. Como si el niño no fuera ya lo suficientemente vanidoso.

Era una mujer alta, como un peso semipesado un tanto larguirucho y de aspecto severo. Tenía toda la apariencia de ocupar un cargo importante entre el personal de un centro penitenciario para mujeres muy conocido. Que su filiación no era ésta quedó claro cuando B. K. Burwash se dirigió a ella como a la señorita Brinkmeyer y yo deduje que tenía que ser la mujer que el pequeño Cooley me había confesado aborrecer.

—Creo que el hombrecito ya se encuentra bien, señorita Brinkmeyer —dijo B. K. Burwash.

La señorita Brinkmeyer recibió aquellas amables palabras resoplando, en una muestra de hastío y desdén. Comprendía perfectamente por qué al pequeño Cooley no le gustaba aquella mujer. A mí tampoco me gustaba. Carecía de aquel algo indefinible que se conoce como encanto.

—Naturalmente que se encuentra bien. ¿Por qué habría de encontrarse mal?

B. K. Burwash le explicó que uno siempre se siente un poco alterado después de haberle sido administrado el gas. Eso pareció enojarla todavía más.

—¡Bah! ¡Eso no es más que una mamarrachada y una tontería! ¡Gas! De niña nunca me administraron gas. Mi padre solía atar un extremo del cordel al diente y el otro a la puerta del granero, y luego la cerraba de un portazo. ¡Y nunca salí en los periódicos! En cambio, todo este alboroto por culpa de un dientecillo de nada, que además nunca le habría dolido si no se hubiera estado atracando de golosinas a escondidas, y eso que conoce perfectamente la Cláusula B (2) del contrato. ¡Pienso llegar hasta el fondo de este asunto de las golosinas! Debe de haber alguien que se las está pasando de contrabando y voy a descubrir quién es. Es más pillo que un atajo de gamberros…

De pronto sentí que me iba sulfurando. Estaba sumido en mis cavilaciones y trataba, una vez más, de resolver los problemas a los que me enfrentaba, pero su voz entorpecía mis pensamientos. Tenía una voz áspera y estridente, y su timbre en nada se diferenciaba de un aserradero.

Exigí silencio con la mano.

—No hable tanto —dije, lacónicamente.

—¿Qué has dicho?

—He dicho: «No hable tanto». ¿Cómo quiere que piense con tanto parloteo? ¡Por el amor de Dios, señora, métase un calcetín en la boca y déjeme concentrar!

Esta salida arrancó una risita burlona a B. K. Burwash, y eso que no pretendía hacerme el gracioso. Sin embargo, la señorita Brinkmeyer se puso coloradísima y empezó a respirar con dificultad.

—¡Ahora mismo te tumbaría en mis rodillas y te daría una buena azotaina!

Alcé la mano.

—¡Nada de payasadas, se lo ruego! —dije, distante.

Y entonces me vino a la cabeza un detalle que me pareció aclarar la situación. De pronto recordé lo que el pequeño Cooley me había explicado al contarme los planes que tenía para cuando fuera mayor.

Pues bien, Dios sabe que ya era lo suficientemente mayor para cuanto se propusiera. La rama de la familia a la que pertenezco siempre se ha caracterizado por una cierta tendencia a la robustez, y yo no iba a ser menos. En mis tiempos como boxeador de Cambridge, solía pesar noventa y ocho kilos, desnudo.

De buena gana solté una carcajada, la primera que me salía con ganas desde hacía un buen rato.

—Mujer —dije—, en lugar de amenazar a los demás con actos violentos, más le valdría ir con cuidado. Puede que no lo sepa, pero se encuentra en una situación muy delicada. El vengador le pisa los talones. Cuándo le caerá encima, eso ya no sabría decírselo, pero un día, en algún lugar, se va a llevar un buen puñetazo en los morros. Es oficial.

B. K. Burwash se puso serio. Parecía preocupado.

—Espero no haberme excedido con el gas —aventuró—. Esto no me gusta. Parece que delire. Este pequeñín se ha estado comportando de un modo muy extraño desde que ha vuelto en sí.

La Brinkmeyer rechazó su teoría.

—¡Tonterías y mamarrachadas! No delira en absoluto. Sólo dice esas cosas para molestarme.

—¿Usted cree?

—Desde luego. ¿Ha tenido que cuidar alguna vez de un niño estrella respondón, arrogante y chistoso y que se cree el rey del mambo sólo porque una pandilla de mujeres chifladas van a admirarlo en la pantalla y se pasan el rato diciendo: «¿No os parece monísimo y tierno e inocente?»?

B. K. Burwash le confesó que no, que nunca había vivido aquella experiencia.

—Bueno, pues yo ya llevo un año aguantándolo y me conozco todos sus trucos.

Esto pareció tranquilizar al inquieto dentista.

—Entonces, ¿usted cree que no hay motivo de preocupación?

—Por supuesto que no.

—Me quita usted un peso de encima. Me estaba temiendo que su comportamiento no fuera normal.

—Pues es de lo más normal, por desgracia.

—¡Ya! —exclamé, con una sonrisita, porque aquello me pareció de lo más original. Irónico, podríamos decir—. Curioso que diga eso, porque precisamente, por decirlo en pocas palabras, es totalmente lo contrario.

Me pareció que aquélla era una oportunidad única para hacer mi declaración. No podía haber presentado el asunto de un modo más claro.

—Señora —dije— y usted, B. K. Burwash, prepárense para una pequeña

sorpresa. O mucho me equivoco, o esto les va a dejar un tanto patidifusos.

—¡Venga, basta ya!

—Como muy acertadamente dijo el poeta Shakespeare, muchas más cosas hay en el cielo y en la tierra que las que hayamos podido imaginar jamás con nuestra vana filosofía. Y precisamente una de ellas acaba de desencadenarse en esta sala. No me cabe la menor duda de que les interesará saber que, debido a un imprevisible cruce de cables en la cuarta dimensión…

—¡Deja de decir tonterías y vámonos a casa!

—Pero es que quiero hacer una declaración. Pues bien, para no andarme con más rodeos, debido, como decía, a un curioso incidente en la cuarta dimensión… Y fíjense bien que digo cuarta, pero podría muy bien decir quinta, porque siempre he andado un poco flojo en eso de las dimensiones…

—Y más flojo vas a andar en cuanto empiece a despabilarte, y voy a empezar ahora mismo; sé que lo haré. Me agotas la paciencia. ¿Quieres hacer el favor de venir conmigo a casa?

Y me fui con ella a casa. Y si consideran que fui demasiado débil, lo único que puedo decir en mi defensa es que hasta la estatua del Albert Memorial la habría seguido exactamente igual que yo si la señorita Beulah Brinkmeyer la hubiese agarrado fuerte de la muñeca y hubiera tirado de ella. Así que abandoné el sillón del dentista como el corcho que emerge del cuello de la botella por mediación de un robusto mayordomo.

—¡Oh, está bien! —dije, resignándome a lo inevitable—. ¡Hasta la próxima, Burwash!

En realidad, no me sabía tan mal que me hubiesen interrumpido a media declaración, porque la Razón había recuperado su trono y había caído en la cuenta de que había estado en un tris de hacer el mayor de los ridículos.

Lo que quiero decir es que una de las cosas que se aprenden en ese tipo de historias sobre individuos que se meten en el cuerpo de otros individuos es que, en estos casos, las declaraciones de nada sirven. Son una pérdida de tiempo. Sólo un gasto inútil de saliva. Los personajes de las novelas siempre lo intentan, pero nadie se cree una sola palabra de lo que dicen. Así pues, decidí que, en adelante, me comportaría de un modo frío y taciturno, y reprimiría cualquier tentación de delatarme ante el público. Por muy fastidioso que pueda parecer mantenerse calladito ante una cuestión sobre la cual tanto tenía que decir, juzgué que la actitud más prudente era mantener la más absoluta de las reservas.

Así pues, me contenté con advertirle que si me pegaba me encontraría mal y seguí a la señorita Brinkmeyer hasta la puerta. Sin embargo, mi caminar no debía de ser particularmente garboso, porque tengo que confesar que no las tenía todas conmigo y que me sentía receloso. Me preguntaba cómo me las iba a arreglar para hacer mi vida soportable en compañía de aquella vieja bruja. Al compararla con Simón Legree, el pequeño Cooley había demostrado que sabía juzgar a las personas. Por si fuera poco,

aquella mujer parecía poseer también algunas de las cualidades menos agradables del difunto capitán Bligh del *Bounty*.

En la calle nos esperaba un automóvil imponente, subimos y nos alejamos inmediatamente, con la señorita Brinkmeyer sorbiendo a cada momento por la nariz —como si mi compañía le hubiese contagiado el moquillo— y yo con la cabeza reclinada en el asiento y el entrecejo fruncido. Al poco rato el automóvil traspasaba ya una verja y se detenía ante una gran casa blanca.

8

Chez Brinkmeyer —o, cuando menos, eso supuse que era— se erigía, sin duda, como una de las mansiones más impresionantes de Hollywood. El ojo avistaba grandes extensiones de césped, pistas de tenis, piscinas, pérgolas, buganvilla, tres jardineros, un ciervo de hierro, una terraza cubierta para jugar al *ping-pong* y otros indicios de riqueza. Y, para disipar cualquier duda acerca de la opulencia en la que vivía su propietario, el mayordomo que abrió la puerta principal en respuesta a los bocinazos del chófer resultó ser inglés. En Hollywood apenas se tropieza uno con mayordomos ingleses, a no ser que se esté en casa de un personaje de categoría. Los personajillos suelen contentarse con japoneses y filipinos.

La presencia del mayordomo contribuyó a infundirme ánimo. Sentí como una ráfaga de aire fresco del hogar ante aquel hombre robusto, mofletudo y con ojillos como un par de grosellas, propios del buen mayordomo de familia de rancio abolengo y, conforme lo contemplaba, fui librándome de la sensación de haber ido a caer entre salvajes. Tuve la impresión de que, con él, el tormento que supondría la compañía de la señorita Brinkmeyer resultaría más llevadero.

De todos modos, en aquel momento no me fue permitido regalarme la vista con aquel espectáculo, porque mi acompañante —vigilante, carcelera o lo que fuese— me agarró de nuevo de la mano y, prácticamente a rastras, me hizo caminar a buen paso hasta que llegamos a una especie de salón larguísimo y de techo bajo con puertaventanas que se abrían a un patio.

Su único ocupante era un individuo corpulento y rechonchete con gafas de montura de concha. Al verlo repantigado en el sofá como si todo aquello le perteneciera, deduje que era suyo; es decir, que era mi anfitrión, el señor Brinkmeyer, bajo cuyo ojo vigilante iba a residir en aquella casa.

Una vez más el pequeño Cooley demostró ser un observador perspicaz. Me había dicho que aquel hombre era un viejales bonachón y bastaba una mirada para darse cuenta de que ése era precisamente el caso.

El aspecto del señor Brinkmeyer me gustó. Claro está que, después de haberme pasado un buen rato en compañía de su hermana no podía mostrarme demasiado quisquilloso con el aspecto de la gente —lo que quiero decir es que en aquel momento me habría conformado con cualquier cosa—, pero me pareció una persona amable.

Sus primeras palabras no hicieron más que confirmar esa supuesta amabilidad.

—¡Ah, ya estáis aquí! —nos saludó—. ¿Ha salido todo bien? ¿Se encuentra bien?

La señorita Brinkmeyer chasqueó la lengua.

—¡Por el amor de Dios, ahora no vayas a empezar tú! Desde luego que se encuentra bien. La gente exagera de una manera… que cualquiera diría que al niño le acaban de amputar una pierna o algo así. ¡Todo este alboroto me agota la paciencia!

—¿Acaso ha alborotado el chico?

—Me refiero a los periodistas y a toda esa pandilla de mujeres chifladas. ¡Bah! Menudo atajo de vejestorios.

—¿Se le han echado encima?

—Sí y de la manera más impertinente.

—Es fantástico para la publicidad —le recordó el señor Brinkmeyer, condescendiente.

La señorita Brinkmeyer volvió a soltar un resoplido.

—Y muy malo para el chico.

—Pero muy bueno para la taquilla.

—Me importa un rábano. Me saca de quicio. No hace más que alimentar su vanidad. Como si no estuviera ya hinchado como un gallito…

El señor Brinkmeyer me examinó como un búho benévolo a través de los cristales de sus gafas de montura de concha.

—No parece tan hinchado como antes.

—¿Cómo?

—Decía que la hinchazón le ha bajado un poco.

—Sí, gracias a Dios.

Con la esperanza de crear un ambiente afable y cordial, le dije que era muy amable por su parte mostrarse tan comprensiva. Ella me dijo que me callara la boca.

—No, ya no da la impresión de tener paperas —añadió—, así que creo que ya se habrá repuesto para la inauguración de la estatua.

—Sí —convino el señor Brinkmeyer y me pareció notar cierta tristeza en su voz —. Sí, supongo que sí.

Siguiendo mi política encaminada a que todo el mundo se sintiera cómodo, pregunté de qué estatua se trataba. Ella me dijo que me callara la boca.

—Y tampoco habrá que cancelar lo de las Madres de Michigan.

—¿Qué madres de Michigan?

Por tercera vez me dijo que me callara la boca. Mantener una conversación con aquella mujer no era cosa fácil.

—Si tuviera la cara hinchada como una calabaza, habríamos tenido que aplazarlo, y Dios sabe el escándalo que habrían organizado, después de un viaje tan largo. Pero, afortunadamente, el flemón ha desaparecido casi por completo, de modo que mañana seguro que está fresco como una rosa —y se quedó pensativa un rato antes de añadir —. Mejor que nunca, el niño repelente.

Por ahí sí que no pasaba.

—Considero este comentario sumamente ofensivo.

Por cuarta vez me dijo que me callara la boca y, acto seguido, me agarró de la muñeca de aquel modo tan suyo, me sacó a rastras del salón y me llevó escaleras arriba hasta un dormitorio que estaba en el primer piso. Después de hacerme entrar de un empujón, me ordenó que me tumbara en la cama y echara una siestecita.

No daba crédito a mis oídos.

—¿Una siestecita?

—Por la tarde tienes que echar una siestecita, ¿recuerdas?

—Pero, maldición…

—¡Cállate la boca! —dijo.

Con ésa ya iban cinco. Luego se esfumó y cerró la puerta con llave. Tengo que confesar que solté una risita un tanto abatido. ¡Una siestecita! ¡Menudo chiste! Una siestecita, ¿para qué? Como si tuviera tiempo para tonterías como ésa. A mi modo de ver, lo que con mayor urgencia reclamaba mi atención era examinar la situación cuanto antes y, siempre que cupiera dentro de lo posible, tratar de averiguar qué demonios podía hacer al respecto. Porque algo había que hacer y sin pérdida de tiempo. Tendría que explorar un montón de caminos y no dejar piedra por remover. Lo que tenía que hacer no era echar una siestecita, sino reflexionar.

Así pues, me senté en la cama y me puse manos a la obra.

No sé cuánto tiempo estuve reflexionando, pero fue un buen rato, y así hubiera estado indefinidamente sin probar bocado si en el transcurso de mis meditaciones no me hubiese levantado de la cama para acercarme a la ventana. En el preciso momento que llegué las cosas se aclararon de pronto. Fue entonces cuando vi lo que tenía que haber visto desde el principio: que el primer paso que había que dar era establecer contacto con el pequeño Cooley y concertar una cita.

No es que creyera que pudiera ser capaz de dar con una solución para ese pequeño problemilla nuestro —pues no era un brujo egipcio—, pero por lo menos sabría darme algún que otro consejo de utilidad para aquella nueva vida mía. Y fue entonces cuando pensé que lo mejor que podía hacer para localizarlo era ir hasta mi bungalow del Jardín de las Hespérides y ver si había aparecido por allí. Ya le había dicho que ése era el lugar donde vivía, de modo que, si recordaba mis palabras, lo más probable era que se asomara por allí tarde o temprano.

Nosotros, los Havershot, somos hombres de acción, incluso cuando nos han convertido en niños de rizos dorados que huelen —como empezaba a notar— a una marca de brillantina bastante repulsiva. De pronto me invadieron unos deseos incontenibles de salir de allí. Me sentía ahogado, ésa era la palabra. A un metro escaso del alféizar de la ventana se veía el tejado de una especie de edificio anexo, y de ese tejado al suelo no había más que un salto. Al cabo de medio minuto ya estaba en el jardín y medio minuto más tarde lo había dejado atrás y corría hacia mi antiguo hogar.

No sé si realmente esperaba encontrarme al chico en el bungalow, pero el caso es que no estaba allí. El bungalow estaba vacío. Se encontrara donde se encontrase, lo que saltaba a la vista era que Joey Cooley no estaba sentado en un sillón del Jardín de las Hespérides reflexionando tranquilamente.

Así las cosas, lo único que podía hacer era esperar. De modo que me senté en un

sillón y me entregué de nuevo a mis cavilaciones.

Cualquiera habría asegurado que, con el abundante material que me habían proporcionado los inquietantes acontecimientos recientes, mantener el cerebro ocupado y no alejarse del meollo de la cuestión iba a ser cosa de niños. Pero no. Se alejaba de él de lo lindo. No llevaba ni dos minutos sentado y ya había enterrado en el olvido todos los puntos del orden del día para entregarme, con unos remordimientos espantosos, a meditar sobre helados, buñuelos, pasteles de calabaza, natillas, pasteles de bizcocho, pasteles de chocolate, dulces de chocolate o azúcar, montañas de cacahuetes y todo tipo de chupa-chups y piruletas. No podía apartar la mente de ellos. Después de hacer un esfuerzo terrible, conseguía arrancar mis pensamientos de los helados y, ¡bingo!, en un abrir y cerrar de ojos ya estaba soñando con buñuelos. Y, tan pronto como había conseguido borrar la visión de los buñuelos, me asaltaban los pasteles de calabaza y todo tipo de chupa-chups y piruletas.

Para mí era una experiencia totalmente nueva. No pensaba en ese tipo de alimentos desde hacía un montón de años… por lo menos no con semejante deleite. Y, sin embargo, los dulces de chocolate o azúcar y el pastel de chocolate parecían estar entregados a una zarabanda desatada ante mis ojos y no dudaba de que habría dado cualquier cosa por poderles hincar el diente. No recordaba un hambre tan atroz desde los lejanos días de mi primera escuela privada. Apetito no es la palabra; más bien me sentía como una tenía que se ha quedado sin hogar.

De pronto caí en la cuenta de lo estúpido que había sido en mi experiencia anterior como Reginald, lord Havershot, por no haber pensado en hacer provisión de un buen lote de todos estos artículos para un caso de emergencia. No dejaba de repetirme que tendría que haber previsto que nunca se puede estar seguro de cuándo se verá uno convertido en un chico de doce años, así que, teniendo en cuenta que dicha posibilidad siempre forma parte del programa, era una locura no tener siquiera un bocadito al que echar mano en la nevera.

Y aún diré más, empezaba a ver con ojos críticos a mi anterior «yo» —porque nunca he podido soportar a esos tipos de cabellos rizados y manirrotos que nunca piensan en el mañana— cuando unos pasos que se acercaban a la puerta principal me interrumpieron de golpe.

—Reggie —dijo alguien.

Reconocí la voz enseguida. Era la de mi primo Egremont. De pronto recordé que me había comentado que pasaría a hacerme una visita para catar mi bodega y tendría que haberme imaginado que no se haría rogar.

—Reggie, muchacho. Reggie, ¿estás ahí?

Bueno, ya saben cómo son las cosas. Hay momentos en los que a uno no le apetece ver gente. Uno no se siente con ánimos. Como ya había comentado a Ann Bannister, el buenazo de Eggy me era muy simpático, y en el pasado —como por

ejemplo en ocasión de la fiesta de Nochevieja a la que había hecho referencia—, había disfrutado mucho en su compañía y, sin embargo, en aquel momento trataba de evitarla. Pensé que se quedaría muy sorprendido al ver a un niño de cabellos dorados en lugar del primo de cabellos color zanahoria que esperaba encontrar, y entonces me haría un montón de preguntas de lo más tedioso, todo un interrogatorio, y no me sentía con fuerzas.

Así que, para evitar aquel encuentro tan desafortunado, me levanté del sillón sin hacer ruido y me agaché detrás del respaldo con la esperanza de que, cuando entrara y viera que no había nadie se marcharía sin más.

Pero eso ni soñarlo, desde luego. Tendría que haberme imaginado la reacción de una psicología como la suya. Eggy no es precisamente la clase de individuo que se marcha de una casa en la que hay whisky escocés sólo porque no hay nadie. Mientras tenga todo lo necesario, a Eggy no le preocupan los anfitriones ausentes. Así que nada más entrar fue derechito a su objetivo como una paloma mensajera. No podía verlo, pero sí oí un salpicar musical seguido de un engullir, para luego oír otro salpicar musical seguido de otro engullir y hasta un tercer salpicar musical, así que podía leer sus actos como en un libro abierto. Primero se había zampado un par de copas rápidas y en ese momento se estaba preparando para la tercera con toda calma.

Parecía estar dispuesto a tomarse su tiempo con aquella copa. Ya había saciado aquella primera sed tremenda que le aquejaba, así que, por decirlo de algún modo, en ese momento podía tomarse las cosas con calma y saborear la sustancia a placer. Le oí pasearse por la habitación y, a continuación, el chisporroteo de una cerilla que se enciende y una columna de humo se elevó hasta el techo, lo que me confirmó que acababa de encontrar mis puros. Al cabo de un momento ocurrió lo que ya debería haberme figurado. Se acercó al sillón y se dejó caer en él con un lujurioso suspiro de alivio. En realidad, era el único asiento cómodo que había en toda la habitación, así que no era de extrañar que se hubiera dirigido hacia él como una flecha.

De modo que allí estábamos los dos: él con todo dispuesto para una agradable velada y yo agazapado junto a la pared, prisionero. No habría estado en escondrijo más seguro ni siquiera si hubiera sido el Tratado Naval metido dentro de una caja de seguridad del Almirantazgo.

Era una de esas situaciones que a uno le hacen fruncir el entrecejo para tratar de dar con la solución más apropiada, y estaba precisamente entregado a dicha tarea cuando alguien llamó a la puerta.

Al parecer, había alguien fuera.

9

—Adelante —dijo Eggy.

Me resultaba imposible saber quién acababa de entrar en respuesta a su invitación, desde luego, pero al ver que se ponía de pie deduje enseguida que la recién llegada tenía que ser una chica o algo parecido. El bueno de Eggy no es de los que levantan su trasero de un sillón sólo para saludar a un miembro del sexo masculino. La voz que habló me confirmó que estaba en lo cierto. Era una voz firme y autoritaria, pero decididamente femenina.

—Buenas tardes —dijo la voz.

—Buenas tardes —respondió Eggy.

—¿Es usted el propietario de este bungalow?

—¡Oh, no!

—Pues parece que se ha instalado usted como en su propia casa.

—Oh, no se inquiete. Pertenece a un individuo llamado Havershot y yo soy pariente suyo. De Havershot, quiero decir. Es mi primo.

—Ya entiendo.

—Y en su nombre, porque estoy convencido de que si estuviera aquí haría lo mismo al instante, ¿me permite que le ofrezca un lingotazo?

—¿Un qué?

—Un trago. Le recomiendo el whisky escocés.

—¿Me está sugiriendo usted que beba una bebida alcohólica?

—Ésa era la idea.

—Pues permítame que le diga, señor Man…

—… nering.

—¿Cómo dice usted?

—Me llamo Mannering.

—¿Oh? Pues bien, permítame que le diga, señor Mannering, que no bebo. He venido aquí porque estoy haciendo una colecta para el Templo de la Nueva Aurora.

—El… ¿puede repetirlo?

—¿Acaso no ha oído hablar del Templo de la Nueva Aurora?

—No, que yo recuerde.

—¿Ni tampoco de la hermana Lora Luella Stott?

—No. ¿Quién es?

—Es la mujer que va a sacar a California de esta ciénaga de alcohol.

—¡Santo cielo! —por el tono de voz, enseguida me di cuenta de que Eggy estaba muy interesado en aquello—. ¿Insinúa usted que hay una ciénaga de alcohol en estas tierras? Los Estados Unidos son un país sorprendente. Y luego hablan de los progresos del mundo moderno. ¿Y se puede ir allí, sin más, y dar unos lengüetazos?

—Hablaba en sentido figurado.

—¡Ya decía yo que tenía que haber gato encerrado! —se lamentó Eggy,

decepcionado.

—La hermana Lora Luella está convirtiendo toda California a la abstinencia absoluta.

—¡Qué espanto!

Hubo un silencio. Por las palabras que a continuación pronunció la mujer supuse que había estado examinando a Eggy con cierto detenimiento, porque dijo:

—¡Cielos! Tiene usted un aspecto lamentable.

Eggy le dijo que no había necesidad de entrar en cuestiones personales. Ella le respondió que sí, que sí la había.

—Tiene usted temblores y mirada de bobo. ¿Y ha visto su piel?

—Es lo mejorcito que tengo —repuso Eggy, un tanto seco o, por lo menos, eso me pareció.

—Sí y es lo mejor que tendrá mientras siga empapándose en ese brebaje terrible. ¿Sabe usted lo que se está bebiendo?

—White Tistle.[3]

—La perdición negra, eso es. ¿Quiere que le diga lo que haría la hermana Lora Luella Stott si estuviera aquí presente?

—¿Qué?

—Le arrancaría la copa de la mano.

—¡Oh! —exclamó Eggy y no estoy seguro de que no fuera «¡eh!».

—¿Ah, sí?

—Eso es exactamente lo que haría. Y tendría toda la razón. Hasta una pobre piltrafa humana como usted merece que la salven.

—¿Pobre piltrafa humana?

—Eso he dicho.

—¡Eh! —exclamó Eggy y esta vez con mucha claridad. Hubo otro silencio.

—Dígame —dijo Eggy por fin, con arrogancia en la voz—. Sólo dígame una cosa, señorita…

—Prescott.

—Sólo dígame una cosa, señorita Prescott: ¿acaso tiene usted la impresión… ha caído usted en el descabellado convencimiento… juzga realmente tan mal a la gente, que se imagina que estoy borracho como una cuba?

—Si con «borracho» quiere usted decir…

—Quiero decir borracho. Ahora escuche —dijo Eggy con cierto orgullo en la voz—: Tres tristes tigres comen trigo en un trigal. El caballo bayo salta la valla, vaya caballo bayo. Un carro cargado de piedras va por la carretera. El cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará? El desenladrillador que lo desenladrille, buen desenladrillador será. ¿Y ahora qué me dice?

Tengo que reconocer que yo no habría sido *capaz* de responder, pero ella sí lo fue.

—¡Bah!, muy instructivo para los niños, desde luego, pero nada significa. Todos esos trabalenguas tan trillados…

—Eso también lo puedo decir: trabalenguas trillados. Vamos a ver. Tres tristes tigres iban por la carretera cargados de piedras y el caballo bayo saltó la valla con el cielo enladrillado y un trabalenguas trillado. ¿Lo ha oído usted? Tan clarito como la luz del día. Para que luego ponga usted en entredicho mi sobriedad.

—¡Bah! —repitió la mujer, que seguía en las mismas—. El mero hecho de que sea capaz de decir todo esto no hace sino empeorar las cosas. Significa que ha superado usted la fase en la que se le traba la lengua y va usted derecho a la línea de peligro. Y sepa que sé muy bien lo que digo. Mi padre acostumbraba beber, hasta que tomó conciencia, y se vanagloriaba de ser capaz de decir lo que fuera, a cualquier hora del día o de la noche, aunque estuviera como una cuba, sin equivocarse en una sola sílaba. Pero yo siempre recuerdo lo que le decía el doctor: «Eso no es más que un apeadero. Usted es un expreso y los expresos no tienen paradas en los apeaderos. Pero, ¡ya verá! Espere a llegara la estación terminal».

—¿A la estación terminal?

—Se refería a cuando empezara a ver cosas…

—¡No hable de ver cosas!

—… y a oír voces…

—Y no hable de oír voces —dijo Eggy.

—Pues eso es precisamente de lo que le voy a hablar. Alguien tiene que hacer algo para quitarle este mal hábito. Soy su mejor amiga, créame. Tendría que darme las gracias de rodillas por haberle advertido. Si no hace usted un esfuerzo y lo deja enseguida, va a recibir su merecido. Conozco bien los síntomas. Papá tomó conciencia cuando se encontró a un conejillo rosa que le pidió una cerilla, y a usted le va a ocurrir algo parecido si no hace algo al respecto. Así que piénselo. Bueno, no puedo quedarme aquí charlando con usted toda la tarde. Tengo que seguir con mi colecta. ¿Qué me dice de un pequeño donativo para la causa?

—¡Bah! —dijo Eggy, devolviéndole el golpe con sus propias armas con mucha astucia.

—Bueno, de todos modos tampoco contaba con él —repuso la mujer—. Pero recuerde lo que le he dicho.

Al parecer, la mujer debió de marcharse en ese momento, porque el sillón crujió cuando Eggy volvió a dejarse caer en él. Oía cómo respiraba con dificultad.

Ahora bien, tengo que decir que, a pesar de haber estado escuchando con mucha atención todas y cada una de las palabras de esta conversación, lo que se llama mi subconsciente debió de estar trabajando de lo lindo todo el rato sin que me diera cuenta. En efecto, cuando volví a concentrarme en mis asuntos personales, descubrí que mi punto de vista había cambiado. Veía las cosas de un modo completamente distinto y consideraba que había cometido un error estratégico al empeñarme en esquivar a Eggy.

Ese hambre feroz de buñuelos y demás seguía provocándome retortijones, pero comprendía que podía hacer algo constructivo para remediarlo. En lugar de un

pelmazo, me pareció que Eggy podía ser mi salvador. Bien es verdad que no era millonario, pero tenía unas rentas holgadas y estaba convencido de que, si sabía cómo abordarlo, conseguiría que me pagara una piruleta. Así pues, me puse de pie con la intención de darle un sablazo.

Entiéndase bien, al mirar hacia atrás, me doy perfecta cuenta de que fui a elegir un mal momento. Sin embargo, entonces no me lo pareció. No pensaba más que en conseguir lo que necesitaba. Así que, como ya he dicho, me puse de pie.

El presunto cliente que tenía la intención de contactar —como dicen en los Estados Unidos— estaba recostado en el sillón y respiraba de un modo estertoroso todavía cuando mi cabeza se asomó por detrás de la suya. Convendrán, pues, en que estaba muy bien situado para dirigir mis comentarios a su oreja izquierda.

—Eggy —dije.

Recuerdo que una vez, cuando era un chiquillo —el motivo lo he olvidado, pero estoy seguro de que fue por pura diversión—, me escondí en una especie de hueco que había en la escalera principal del castillo de Biddleford y solté un «¡Uuuuh!» al mayordomo que subía por la escalera cargado con una jarra de licor, un sifón y varios vasos en una bandeja. Según dice la gente, Biddleford es un castillo encantado por una Dama de los Quejidos, así que no es de extrañar que el mayordomo no volviera a posarse en el suelo hasta que fue a aterrizar en la piel de tigre del vestíbulo, dos tramos de escalera más abajo. Siempre había considerado que ese episodio era el no va más en materia de sobresaltos hasta que, como ya he dicho, asomé la cabeza lentamente por detrás del respaldo del sillón y dije: «Eggy».

La reacción de mi buen amigo no fue tan inmediata como lo había sido la del mayordomo. Este último salió disparado al instante, cual paloma alada, mientras que Eggy se quedó inmóvil en el sillón unos seis segundos, como si se hubiera quedado petrificado, con la mirada extraviada en el vacío y sin mover un solo músculo. Transcurrido ese tiempo, giró lentamente la cabeza y nuestras miradas se encontraron.

Hasta ese momento no se dedicó con empeño a la labor. Después de un arranque pausado, demostró ser capaz de alcanzar la velocidad del rayo. Soltó un grito desgarrador, todavía retumbaba en el aire cuando descubrí que estaba solo. A pesar de encontrarse recostado en el sillón cuando le sobrevino la idea de marcharse, aseguraría que Egremont Mannering cruzó el umbral de la puerta principal en menos de un segundo y dos décimas y media. Ya no era más que una figura borrosa y un silbido.

Fui hacia la ventana a toda prisa y me asomé con mucha cautela. Sentía curiosidad por ver dónde había ido a aterrizar el pobre muchacho, teniendo en cuenta la velocidad de vértigo a la que había salido disparado, me parecía increíble que todavía se encontrara en California y, sin embargo, por sorprendente que pueda parecer, ahí estaba, a unos pocos metros. Supongo que debió de frenar enseguida.

Estaba con una chica vestida de beige y, al oír su voz, supe enseguida que se

trataba de la mujer que acababa de visitarnos. Seguramente, se estaría alejando ya de la casa cuando aquel chillido espeluznante la hizo volver sobre sus pasos para no perderse el último boletín de noticias. Eggy la tenía agarrada por el brazo, como un náufrago se agarraría a un clavo ardiendo.

Tengo que admitir que el aspecto de la chica me dejó un tanto sorprendido. A tenor de la voz y del tono general de la conversación, me había hecho a la idea de que sería alguien en cierto modo del tipo de Beulah Brinkmeyer y, en cambio, era una chica bastante bonita, pero, eso sí, de un modo un tanto austero. Tenía todo el aspecto de la hija del vicario que juega a hockey y reprende a los feligreses cuando quieren casarse con las hermanas de sus difuntas esposas.

—¿Y ahora, qué ocurre? —le preguntó.

Eggy seguía aferrado a su brazo.

—¡Uf! —exclamó—. ¡Ahí dentro!

—Ahí dentro ¿qué?

—Hay un duendecillo espantoso ahí dentro. He asomado la cabeza por detrás del respaldo del sillón y, mirándome a los ojos, ha dicho: «¡Eggy, vieja peonza, he venido a buscarte, Eggy!».

—¿Ah, sí?

—Puede estar segura. «He venido a buscarte, Eggy, vieja peonza», me ha dicho. En un tono de lo más familiar, y eso que no había visto a ese personajillo en mi vida.

—¿Y está usted seguro de que no se trataba de un conejo rosa?

—No, no, no. Era un duendecillo. ¿Se cree usted que no reconozco a un duendecillo en cuanto lo veo?

—¿Y qué tipo de duendecillo era?

—De la peor calaña. Me disgustó desde el primer momento. La chica frunció los labios.

—Bueno, ya se lo advertí.

—Sí, pero ¿cómo iba a saber yo que me iba a ocurrir de un modo tan repentino? Ha sido lo inesperado del asunto lo que me ha sobresaltado. El pillastre del duendecillo se ha presentado así, de repente, sin avisarme siquiera.

—¿Y qué esperaba que hiciera? ¿Que le mandara primero una carta de presentación?

—«He venido a buscarte, Eggy», ha dicho. Con una voz espantosa y socarrona. «Yu-hu, Eggy», me ha dicho, «he venido a buscarte, amigo». ¿Qué cree usted que debería hacer?

—¿Quiere que le diga lo que debería hacer?

—Eso es precisamente lo que quiero saber. Me ha dicho: «Hasta la vista, Eggy».

—Lo único que puede hacer es una cosa: venirse conmigo y ponerse en manos de la hermana Lora Luella Stott.

—¿Y entiende de duendecillos?

—Son su especialidad.

—¿Y tiene bodega?

—¿Que si tiene qué?

—Bueno, como es natural, necesito un reconstituyente. Y lo necesito con urgencia. Así que no vale la pena que vaya a ver a esa tal Stott si no va a poder invitarme a un trago.

La chica me miraba con ojos incrédulos.

—¿No me va a decir que ya está pensando en beber después de lo que acaba de ocurrir?

—Nunca había necesitado tanto una copa en mi vida. ¿Beber? Desde luego que voy a beber. Voy a vaciar un cubo entero.

—¿No va a renunciar a ese vicio?

Entonces le tocó a Eggy mirarla con incredulidad. La chica le había hablado como si no diera crédito a sus oídos, y en ese momento era él el que hablaba como si no diera crédito a sus oídos.

—¿Renunciar? ¿En un momento como éste? ¿Cuando todos los nervios de mi cuerpo han roto amarras y están hechos un enredo? ¡Vaya una idea más absurda! No me cabe en la cabeza que una chica inteligente como usted se lo plantee siquiera. ¿Acaso ha pasado por alto el hecho de que todo esto me ha dejado muy pero que muy trastornado? Tengo los ganglios temblando como gelatina expuesta a un vendaval. No creo que comprenda usted la magnitud del horror de todo este asunto. «Eggy, aquí me tienes, Eggy, muchacho», ha dicho, como si nada…

La chica hizo un ademán desesperado, como la hija del vicario que acaba de descubrir erastianismo entre los feligreses del pueblo.

—Bueno, como quiera. Haga lo que le parezca. Al fin y al cabo, es su entierro…

—Odio esa expresión.

—Pero cuando lo necesite… y va a necesitarlo muy pronto y con urgencia…, recuerde que siempre será bienvenido en el Templo de la Nueva Aurora. No hay piltrafa ni desecho humano que no vaya a encontrar allí un refugio, por muy corrompido que esté.

Y, dicho esto, se marchó sin más, dejando a Eggy totalmente abatido. Después de mirar hacia mi casa un tanto perplejo, como si se preguntara si sería prudente volver a entrar y dar otro tiento al whisky escocés, decidió que no lo era y desapareció bamboleante en el horizonte con la resolución de tomarse su reconstituyente en cualquier otro lugar. Y yo, que había concedido al pequeño Cooley otro cuarto de hora de plazo para presentarse, también decidí largarme. Así que, después de una escalada sin complicaciones hasta el tejado del edificio anexo, regresé al dormitorio más hambriento que nunca.

Al parecer, fui de lo más puntual, pues apenas me acababa de sentar en la cama cuando la llave giró en la cerradura y apareció la señorita Brinkmeyer.

—¿Has echado ya tu siestecita?

La insistencia de aquella mujer con lo de la siestecita me estaba empezando a

hartar.

—No —repuse.

—¿Y por qué no?

—Porque tenía hambre.

—Pues, ¡por Dios!, si tanta hambre tenías ¿por qué no has tocado el timbre? Ahora mismo voy a pedir que te suban la cena.

La señorita Brinkmeyer se retiró y, al poco rato, apareció un criado o algo por el estilo… yo diría que filipino, a juzgar por su aspecto. Traten de imaginar mi sobresalto al comprobar que, en la bandeja que llevaba no había más que cuatro galletas dietéticas, un vaso de leche y un platito de café lleno de ciruelas pasas.

Bueno, traté de razonar con aquel sujeto y le recordé las excelencias de las buenas chuletas y los pasteles de carne; pero lo único que conseguí arrancarle fue: «Discúlpeme, sí», y «Tiene usted razón, hola», o «No, tal vez, también», y un montón de bobadas por el estilo; así que acabé por pedirle que se retirara con un ademán cansado. Luego me comí el contenido de la bandeja sin dejar ni una migaja y me sumí en un estado de meditación.

Empezaron a caer las sombras de la noche. Cuando ya llevaban un buen rato cayendo, me pareció oír pasos que se acercaban por el pasillo. Al cabo de un momento, la puerta se abrió y apareció Ann Bannister.

10

Ann estaba maravillosa. Para alguien que, en cuanto la puerta empezó a abrirse, esperaba ver aparecer a la Brinkmeyer, la visión de la alegre cara de Ann era como encontrar Maná en el desierto. Iluminó hasta el más pequeño rincón de mi corazón y no me avergüenza reconocer que ese rayito de sol me hacía mucha falta. Esas ciruelas pasas me habían dejado de lo más afligido.

Ann me sonrió como lo haría un amigo a otro.

—Bien, Joseph —dijo—, ¿cómo te encuentras?

—Tremendamente hambriento.

—Pero, por lo demás, ¿estás bien?

—Oh, bastante bien.

—¿Y no te duele ni pizca donde tenías esa muela molestona?

—Ni pizca, gracias.

—Eso está bien. Bueno, señor, no te podrás quejar del recibimiento que te han hecho.

—¿Cómo?

—Me refiero a los chicos y chicas de la prensa.

—Ah, ya.

—Por cierto, les he dado lo que querían. En realidad, tu agente de publicidad tendría que haberse encargado de esto, pero estaba tan atareado con esas «Madres de Michigan» que he decidido pasar a la ofensiva antes de que te dejaran hecho pedazos. Les he dicho que deberían citarte diciendo que el presidente cuenta con todo tu apoyo. ¿Te parece bien?

—Desde luego.

—Bien. No estaba muy segura de tus ideas políticas. Luego me han preguntado tu opinión sobre el futuro del séptimo arte y yo les he dicho que querías declarar públicamente que, en tu opinión, el futuro del séptimo arte estaba muy seguro en manos de hombres como T. P. Brinkmeyer. He pensado que a nadie heríamos con ese pequeño elogio al bueno de B. A ti te cae simpático y, además, a la señorita Brinkmeyer le va a gustar, teniendo en cuenta que no ha estado demasiado amable contigo desde que le pusiste aquel lagarto cornudo mexicano en la cama.

—¿Qué?

—¿Qué quieres decir con eso de «qué»?

—Yo no puse un lagarto cornudo mexicano en la cama de la señorita Brinkmeyer. ¿Lo hice?

—¡No puedes haberlo olvidado! Naturalmente que lo hiciste, y bien divertido que fue; aunque puede que la señorita Brinkmeyer no riera con tantas ganas como algunos.

Me mordí el labio. No sería exagerar decir que me había dejado pasmado. En ese momento comprendía que al adoptar la identidad de aquel renacuajo me había metido

en un buen lío. Si alguna vez ha habido un niño con un pasado, ése era Joey, y no me extrañaba que no gozara de simpatías en algunos barrios. Lo que más me sorprendía era que se las hubiese arreglado para salir incólume hasta entonces.

Al entrar en aquel hogar aparentemente tranquilo no tenía ni la menor idea de que me estaba metiendo en un torbellino de pasiones encontradas. Aquel maldito chico era un enemigo público de armas tomar y no me sorprendía que la señorita Brinkmeyer me hubiese agarrado de la muñeca y tirado de mí, como si lamentara que no se tratara de mi pescuezo. No puedo decir que compadeciera a la señorita Brinkmeyer, porque no era precisamente de las mujeres que invitan a la compasión, pero comprendía su punto de vista. Seguía sin dificultad el hilo de sus pensamientos.

—He pensado que un poquito de propaganda para el viejo ayudaría a suavizar las cosas. ¿Te parece bien?

—Oh, desde luego —repuse. No me cabía duda de que aquello aliviaría la situación por esos barrios.

—Bueno, luego me pidieron un mensaje para el pueblo de los Estados Unidos, y yo les solté no sé qué sobre no perder la esperanza porque los buenos tiempos estaban a la vuelta de la esquina. No es que sea una gran declaración, pero fue lo único que se me ocurrió en ese momento. Además, «Según Joey Cooley, los buenos tiempos están a la vuelta de la esquina» no quedará tan mal en los titulares.

—Ni mucho menos.

—Luego he llamado a las oficinas de la Perfecto Prune Corporation[4] para decirles que atribuías tu maravillosa y rápida recuperación al hecho de comer Ciruelas Pasas Perfecto en todas las comidas.

Aquello me afectó profundamente.

—¿Todas las comidas?

—¿Acaso no es verdad?

—¿Lo es? —dije, todavía aturdido.

—Esta noche no hay quien te entienda, Joseph. Te comportas de un modo de lo más extraño. Pareces un poco desorientado. Primero olvidas que pusiste ese lagarto cornudo en la cama de la señorita Brinkmeyer, y eso que fue la atracción de la semana, y ahora no pareces demasiado entusiasmado con la situación de las ciruelas pasas. Me parece que todavía no te has recuperado del todo de ese gas. Aún estás bajo sus efectos. Lo que necesitas es un buen descanso, así que lo mejor será que te metas en la cama enseguida.

—¿En la cama? ¿A esta hora del día?

—Es la hora de siempre. Y ahora no me digas que también lo has olvidado. Pero primero ven que voy a darte un baño.

Cualquiera se habría imaginado que, después de todo lo que había pasado, a esas alturas ya estaría curado de espanto, pero no era el caso. Al oír estas espantosas palabras, tuve la sensación de que la habitación entera empezaba a dar vueltas, y la miré atónito como si la viera a través de una densa capa de niebla. Aun cuando ya me

había advertido que era la institutriz-acompañante-niñera de Joey Cooley, nunca se me había ocurrido que pudiera mantener una relación de semejante intimidad. Mi recato natural se rebeló con vehemencia.

—¡No! —exclamé.

—No seas bobo.

—¡No! ¡Jamás!

—¡Pero tendrás que bañarte!

—Delante de ti, nunca.

Me pareció desconcertada. No cabía duda de que era la primera vez que se enfrentaba a una situación tan tensa.

—Te dejaré tener tu patito de goma.

Rechacé la propuesta con un ademán.

—Es inútil que trates de sobornarme —le dije con firmeza—. No voy a permitir que me bañes.

—Oh, venga ya.

—¡No, no y mil veces no!

La situación parecía haberse estancado. Ann me miró con ojos suplicantes, pero me enfrenté a su mirada con redoblada firmeza. En eso se abrió la puerta y apareció la señorita Brinkmeyer.

—Ya es hora de que tomes…

—Venga, no empieces ahora.

—… tu baño —concluyó.

—Eso es precisamente lo que le estaba diciendo —se excusó Ann.

—Y, entonces, ¿por qué no está en la bañera?

Ann vaciló. Comprendí enseguida que no quería meterse en líos con la Gran Jefa Blanca y le agradecí la amabilidad de su gesto. Decidí ayudarla a salir del trance.

—No quiero bañarme —dije.

—¿Que no quieres? —dijo la Brinkmeyer, soltando uno de sus ya famosos resoplidos—. No es una cuestión de que quieras o no, es una cuestión…

—De recato —solté, interrumpiéndola sin más—. Es una cuestión de principios. Uno tiene sus códigos de comportamiento. A un baño, *quâ* baño —proseguí, tomando prestada la palabreja de Horace Plimsoll—, no tengo nada que objetar. Podría afirmar incluso que me gustaría. Ahora bien, si lo que me piden es que me preste a convertirlo en una especie de orgía babilónica…

La Brinkmeyer miró a Ann.

—¿De qué demonios está hablando?

—No lo entiendo. Esta noche está muy chistoso.

—Pues a mí no me hace la menor gracia.

—Quería decir que está un poco raro.

—Pues a mí no me parece raro —resopló la Brinkmeyer—. Eso es justamente lo que me dijo el idiota del dentista ése. Quería que me tragara que deliraba, pero yo ya

le dije que este niño es un pelmazo y que siempre lo ha sido. Y eso es precisamente lo que es ahora.

Decidí presentarles un ultimátum. Y lo hice de un modo civilizado, pero inflexible.

—Me bañaré, pero cruzaré el umbral del baño solo.

—Sí, para que remuevas un poco el agua con la mano y luego salgas diciendo que te has bañado.

Respondí a aquella calumnia con el silencioso desdén que se merecía. A continuación, cogí el pijama, me metí en el baño de un salto y cerré la puerta con pestillo. Hay que actuar con rapidez y decisión, cuando todavía están parloteando: ésa es la única manera de tratar a las mujeres. Se quedan boquiabiertas ante un *fait accompli*.

Supongo que la Brinkmeyer debió de soltar un montón de gritos —todos ellos de la categoría despectiva, desde luego—, desde el otro lado de la puerta, pero el ruido del agua ahogó sus comentarios con conmiseración. Abrí el grifo de agua caliente y me metí debajo de él con deleite. Todavía me llegaba la voz de la Brinkmeyer, que decía algo sobre frotarme bien detrás de las orejas, pero no le hice caso. Esas cosas no se discuten con las mujeres. Encontré el patito de goma y me quedé sorprendidísimo al comprobar lo mucho que disfrutaba jugando con él. Ya fuera gracias a eso o al efecto reparador de un buen remojón prolongado, la cuestión es que al cabo de veinte minutos salí del baño con mi sistema nervioso casi totalmente restablecido. Mi sensación de *bien-être* fue completa al descubrir que la Brinkmeyer ya no se encontraba entre nosotros. Derrotada ante la superioridad de mis dotes de mando, había optado por retirarse frustrada, eso seguro. Y, sin embargo, allí estaba Ann, esperando para acostarme.

Tengo que confesar que lo hizo de un modo tan maternal que me dejó un tanto perplejo. Ann siempre me había caído simpática —es más, recordarán que durante una época llegué incluso a amarla—, pero en mi trato con ella siempre había notado una cierta… no diré dureza, pero sí una especie de espíritu de mujer mandona y segura de sí misma que no está para bromas, tan común entre las chicas estadounidenses que trabajan, y siempre lo había considerado un defecto. Echaba en falta en ella esa gracia tierna, dulce y agradable que tanto me había atraído en April June. Y, sin embargo, en ese momento ese poema sobre «Un ángel auxiliador: tú» le habría caído que ni pintado. Pues bien, como decía, me dejó un tanto perplejo.

Me cubrió bien con las mantas, tratándome con mucho cariño al hacerlo.

—¡Vaya un hueso duro de roer está hecho el pequeño Joseph! ¿Qué te pasa esta noche?

—Estoy perfectamente.

—Uno de tus accesos de humor, supongo. Con que eres un chiquillo chistoso, ¿eh? Pero, si sigues así de guasa con la señorita Brinkmeyer, un día de éstos te va a agarrar y te vas a ganar un buen bofetón. ¡Si hasta me sorprende que no te llevaras

uno hace un momento!

Aquellas palabras me hicieron volver a la realidad. Reconocí que tenía razón. En ese momento que evocaba la escena con cierta distancia, recordé haber visto temblar un par de veces la mano de la señorita Brinkmeyer, como si sintiera unos deseos incontenibles de darme un bofetón.

—Mmm —dije.

—Sí, yo en tu lugar me andaría con cuidado. Lo que te pasa, Joseph, es que tienes un sentido del humor demasiado exacerbado. Cualquier cosa por una carcajada, ése es tu lema. Bueno, hasta mañana, pillín.

—Buenas noches.

—¿Estás bien?

—Muy bien, gracias.

—Lo mejor será que te duermas cuanto antes. Mañana tienes un día muy atareado —y me dirigió una mirada cargada de intención; el porqué ya no lo sé—. Muy atareado, ¿a que sí?

—Oh, mucho —dije, porque no quería que me delatara mi ignorancia.

—Ya está todo preparado para mañana por la noche.

—¿Ah, sí?

—Sí. Bueno, que duermas bien.

Me dio un beso en el pelo y desapareció, dejándome ahí tumbado y meditabundo. Tal como yo lo veía, uno de los mayores problemas que suponía cambiarme por el pequeño Joey Cooley era que, hasta que no lo tuviera todo bajo control, no iba a comprender ni la mitad de lo que me decía la gente. Todo un fastidio, desde luego, pero había que aguantarse.

Así que me quedé allí tumbado, mirando con ojos pensativos la ventana abierta, que se había convertido en un rectángulo azul oscuro claveteado por unas pocas estrellas. Y así estaba, ensimismado, cuando de pronto las estrellas desaparecieron. Algún cuerpo sólido se debía de haber interpuesto entre ellas y yo y me llegaba el ruido de una pierna deslizándose sobre el alféizar de la ventana.

Encendí la luz. Había una persona de pie, en la habitación. Era la figura de un tipo más bien entrado en carnes enfundado en un traje de un gris sobrio, que remataban unos calcetines de un azul pálido, a juego con una elegante corbata, y que parecían fundirse, como quien dice, con unos zapatos de ante de un gusto exquisito. Así pues, para decirlo en pocas palabras, el conde de Havershot en persona.

—¡Caray, chaval! —exclamó el hombre con satisfacción—, al fin te encuentro.

11

Lo primero que me llamó la atención de esta nueva edición revisada de Joey Cooley fue que lo que acababa de ocurrir no parecía molestarle en absoluto. Ese cambio tan reciente le había afectado muy poco, por no decir nada. Me dio la impresión de que estaba de lo más tranquilo y bastante sosegado. Despreocupado, sería la palabra para describir su actitud. Se acercó a la cama y se sentó, como si nada hubiera en el mundo de qué preocuparse.

Me imagino que la explicación de todo esto es que, en Hollywood, uno acaba por aprender a aceptar las cosas tal como vienen y, con el tiempo, ya nada le sorprende, ni siquiera el hecho de despertarte y encontrarte en el pellejo de otro. Uno se limita a exclamar «¡Hombre!, con el cuerpo de otro, ¿eh? ¡Bueno, bueno!», y ya está. Su primer comentario nada tenía que ver con nuestro intercambio, sino con el menú de mi cena.

—¡Ciruelas pasas! —exclamó, mirando los huesecitos con un ligero estremecimiento—. ¡Tenían que ser ciruelas pasas! No creo que haya un niño con vida que se haya comido más ciruelas pasas que yo. Bueno, chaval, que te aprovechen.

Y, añadiendo por lo bajo no sé qué sobre las espinacas, se sacó un helado de cucurucho del bolsillo de la pechera que tenía un aspecto bastante lamentable y le sacudió un poco el polvo con un golpecito.

El espectáculo me afectó en lo más profundo. Todas las fibras de mi cuerpo parecían pedir a gritos ese cucurucho.

—¡Eh, dame un poquitín! —exclamé, con voz emocionada.

Joey me lo ofreció sin vacilar. Aunque hubiera sido sir Philip Sidney con el soldado malherido, no podría haberse comportado con mayor diligencia.

—Pues, claro —dijo, de lo más amable—. Todo para ti. Es curioso, pero los cucuruchos ya no me entusiasman tanto. Antes me podía dar verdaderos atracones, pero ahora ya no ejercen la misma fascinación sobre mí. Y me ocurre lo mismo con el pastel de chocolate y los dulces de chocolate o azúcar y el pastel de calabaza y los buñuelos y…

Le hice callar de golpe con un grito desgarrador.

—¡Basta!

—¿Eh?

—No menciones esas cosas en mi presencia. ¿Te crees que uno es de piedra?

—Oh, lo siento.

Hubo un silencio y yo me terminé el helado.

—¡Caramba, tienes un aspecto de lo más cómico! —dijo.

—Tú también tienes un aspecto de lo más cómico —repliqué.

—Supongo que los dos tenemos un aspecto cómico —prosiguió, de buen humor —. ¿Cómo crees que ocurrió? ¡Vaya una sorpresa me llevé! De pronto me despierto

en otro consultorio, con un dentista rarísimo que me ofrece un vaso y me mete prisa diciéndome que me enjuague y entonces voy y descubro que soy otro y, cuando me miro en el espejo, te veo a ti. Me hizo muchísima gracia, de verdad.

—Pues yo no le veo la menor gracia.

—Quizá tengas razón, pero en ese momento me pareció divertido. Me dije: «Anda, aquí ha habido alguna equivocación». ¿Tienes idea de cómo pudo ocurrir?

Entonces le conté mi teoría sobre la posible confusión en la cuarta dimensión. Pareció dejarle bastante convencido.

—Sí señor, tiene que haber sido algo así, supongo. Con este gobierno que tenemos nunca sabe uno lo que le puede ocurrir, ¿no?

—Bueno, de todos modos lo importante no es cómo ocurrió. La cuestión es que no es normal y quiero saber qué vamos a hacer para remediarlo.

—No creo que podamos hacer algo.

—Podríamos hacer una declaración.

—¿Qué, decir a la gente que tú eres yo y que yo soy tú? Claro que podríamos, siempre que no te importe que te encierren en un manicomio.

—¿De verdad crees que ése sería el resultado?

—Bueno, ¿cuál si no?

—Supongo que tienes razón —dije, después de meditarlo—. Sí, ya entiendo lo que quieres decir.

No cabía la menor duda de que tenía razón. ¡Vaya un pensador rápido y astuto estaba hecho aquel chico! El manicomio es el destino inevitable de la gente que se pasea por ahí contando historias de este calibre. En ese momento me daba cuenta de que el público no se limitaría a mostrarse incrédulo y a dejarme marchar como si nada, tal como había supuesto en un principio. Aquello requeriría quitar el polvo de unas cuantas celdas acolchadas y unas camisas de fuerza.

—Además —me dijo—, no tengo la menor queja. Para mí es todo un descanso. Me gusta.

A pesar de que estaba en deuda con él por haberme dado aquel cucurucho, no pude evitar considerar su actitud muy irritante.

—Con que sí, ¿eh?

—Pues claro. Siempre había querido ser grande, y ahora soy grande. ¡Fenomenal! Tal como yo lo veo, las cosas van de rechupete.

Mi irritación se acentuó. Aquella indiferencia despreocupada me atacaba los nervios. Aquel joven bribonzuelo sólo pensaba en sí mismo.

—Así que de rechupete, ¿eh?

—De rechupete, eso es.

—Será para ti.

—Bueno, era en mí en quien estaba pensando.

—Pues entonces piensa un poquitín en mí.

—¿En ti?

—Sí, en mí. Si quieres saber mi opinión, estoy más que harto de todo este maldito asunto. Tengo la inconfundible sensación de que me ha tocado la peor parte del trato. Ahí estaba yo, paseando por la vida perfectamente feliz como miembro de la nobleza británica, comiendo bien, durmiendo bien, con unas buenas rentas y todo lo demás, y hasta había conseguido rebajar mi handicap hasta un número de una sola cifra. ¿Y qué ocurre entonces? De pronto, sin que se me consulte, me meten dentro del pellejo de un chico que tiene que mostrarse escurridizo para que las mujeres no lo bañen y cuya condición social se parece a la de un malhechor que cumple cinco años de condena en Dartmoor o en un lugar semejante. Mandado a ir por aquí, mandado a ir por allá…, metido en coches, sacado de esos coches…, arrastrado escaleras arriba, encerrado en un dormitorio…

Joey me miró con ojos inquisidores.

—Ya veo que has conocido a la vieja.

—Sí, la conozco.

—¿Te ha agarrado ya de la muñeca y te ha llevado a rastras?

—Sí, lo ha hecho.

—A mí también solía agarrarme de la muñeca y llevarme a rastras. Rebosa energía, esa mujer. Debe de comer mucha levadura.

—No se trata sólo de energía. Hay un rencor detrás de todo esto.

—¿Cómo?

—Decía que el rencor inspira sus actos. Salta a la vista que odia tu estampa.

—Bueno, sí. En realidad, nunca hemos hecho buenas migas.

—¿Y eso porqué?

—No lo sé.

—Pues yo sí lo sé. Porque no has sabido ganártela. Porque nunca te has tomado la molestia de tratarla con tacto y amabilidad. Una pizca de afabilidad por tu parte y un poquito más de ese espíritu pacificador y hasta podría haber llegado a ser una segunda madre para ti. Pongamos un ejemplo muy sencillo: ¿se te ha ocurrido alguna vez regalarle una manzana bien coloradita?

—No.

—¿Lo ves?

—¿Porqué tendría que hacerlo?

—Para ganártela. Es un método archiconocido. Pregunta a cualquier pequeñajo en la escuela de párvulos más cercana. Nada te habría costado llevarle una manzana bien coloradita. Lo podrías haber hecho hasta con los ojos cerrados. Pero en lugar de eso —proseguí, con amargura—, te paseas por la casa metiendo lagartos mexicanos cornudos en su cama.

Joey se sonrojó ligeramente.

—Bueno, sí.

—Pues ahí lo tienes.

—Pero eso no es nada. ¿Qué es un lagarto mexicano cornudo entre amigotes?

—¡Bah!

—Lo siento.

—Demasiado tarde para sentirlo. Le has agriado el carácter.

—Vale, pero ella también me ha agriado el estómago, con todas esas ciruelas pasas y espinacas.

—¡Bah! —repetí. Estaba muy enfadado.

Nos quedamos callados de nuevo. Joey frotaba los pies contra el suelo y yo miraba ante mí con ojos tristes.

—Bueno, así son las cosas —dijo finalmente. Luego consultó mi reloj de pulsera —. Caramba. Tendré que marcharme dentro de un momento. Pero, antes de que me vaya, vamos a aclarar un par de cosas. Me has dicho que te llamabas Havershot, ¿no?

—Sí.

—¿Y eso cómo se escribe?

—Encontrarás un tarjetero en esa chaqueta. Buscó el tarjetero.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Así que eres uno de esos «*aristócratas*» ingleses?

—Pues sí, mejor dicho, lo era.

—Y yo que siempre había pensado que eran tipos altos y delgaduchos sin barbilla. Por lo menos, así son en las películas.

—Pues yo solía dedicar bastante tiempo a juegos, deportes y pasatiempos, y así desarrollaba músculos y energía.

—De modo que eras una especie de atleta, ¿eh?

—Exactamente. Y eso es lo que más me molesta en particular de todo este asunto. Mira qué brazo —le dije, mostrándoselo.

—¿Qué tiene de malo?

—¡Qué tiene de malo! ¿Qué futuro puedo esperar con un brazo como éste? Deportes como el boxeo y el rugby quedan totalmente descartados. En cuanto al crícquet, ¿cómo quieres que vuelva a ser el lanzador rápido de antes? Es más, dudo que con un brazo como éste sea capaz incluso de tener un juego de piernas, aunque fuera lento al lanzar. Es el brazo de uno de esos casos perdidos de la Naturaleza para el crícquet. Su lugar está en algún sitio entre los subequipos de fracasados.

—No sé de qué estás hablando.

—Te estoy hablando de lo que me va a ocurrir dentro de unos años, cuando vaya a la escuela. ¿Acaso crees que me entusiasma la perspectiva de convertirme en el pequeño y espantoso escuchimizado que probablemente será el contralto del coro y que va a provocar peleas entre sus compañeros, sólo para determinar quién tiene el privilegio de propinarle un puntapié en el trasero?

—Bueno, escucha —exclamó Joey con vehemencia—. ¿Y tú te crees que me gusta la perspectiva de tener que andar con una cara como ésta el resto de mi vida?

—Vamos a dejar mi cara en paz.

—No, mejor será que echemos tierra al asunto. ¡Menuda jeta!

—¡Por favor!

—Has empezado tú.

Hubo un silencio bastante tenso. Los dos estábamos disgustados, Joey volvió a consultar el reloj.

—Tendré que marcharme —dijo—. Debo hacer una llamada a Malibú. Hay que ir a visitar a mi agente de publicidad.

—¿Para qué?

—Oh, sólo para saludarle.

—No puedes saludar a tu agente de publicidad con esa facha.

—Claro que sí. Lo entenderá. Oye, hay otra cosa que me gustaría saber: ¿adónde voy por la noche?

—Perdón, ¿cómo dices?

—Bueno, en alguna parte tendré que dormir, ¿no? ¿Dónde vives?

—Ya te lo he dicho. Tengo un bungalow en el Jardín de las Hespérides.

—Entonces, todo está arreglado. ¿Hay alguna cosa que quieras saber?

Me quedé pensando un rato. Tenía un montón de preguntas que hacerle, pero en ese momento no se me ocurría ninguna. De pronto, sin embargo, me vino algo a la cabeza.

—¿Qué es todo ese asunto de inaugurar la estatua?

—Ah, sólo es una estatua del viejo Brinkmeyer.

—Ya.

De modo que iban a erigir una estatua en homenaje al viejo, ¿eh? Bueno, por mí no había inconveniente. Un honor merecido, sin duda. Si resultaba o no prudente que un hombre con el aspecto de un globo cautivo permitiera que se exhibieran estatuas de su estampa era un asunto única y exclusivamente de su incumbencia.

—¿Y a mí me toca descubrirla?

—No, eso no. ¿Alguna cosa más?

—Luego he oído hablar de unas Madres de Michigan.

—Sí, se trata de una delegación procedente de Detroit. Las tienes que recibir.

—¿Admiradoras?

—Exactamente, de la filial de Michigan del Club de Fieles Admiradoras de Joey Cooley.

—¿Y vienen a presentar sus respetos, como si dijéramos?

—Esa es la idea, y tú tienes que recibirlas.

—Ah, bueno, no será para tanto.

Joey no dejó escapar aquella oportunidad. Estaba empeñado en animarme y levantarme la moral.

—Claro que no. Nada será para tanto. No vayas a creerte todo lo que te he dicho en la sala de espera. Es que estaba un poco deprimido, por culpa de esa muela que me estaba dando la tarde. Ya verás como todo esto te parece una bicoca de lo más descansada. Tienes más seguidores que cualquier otro personaje del cine. Y espera a ver las cartas de tus admiradoras. Además, actuar delante de una cámara es bastante

divertido. Sí señor, te va a gustar. Bueno, ahora tengo que largarme. Encantado de haberte visto.

Joey se fue hasta la ventana y pasó una pierna al otro lado del alféizar.

—Ah, oye, se me olvidaba —dijo, sentado en la ventana—. Es sobre la vieja Brinkmeyer. Si alguna vez necesitas otro lagarto cornudo, pídeselo al jardinero bizco, el que tiene la verruga en la nariz. Siempre anda por aquí. Tú dile que es para meterlo en la cama de la señorita Brinkmeyer y así te lo dará gratis.

Y, dicho esto, desapareció para volver a asomarse al cabo de un momento.

—¡Ah, escucha! —dijo—, tengo que prevenirte de una cosa. Ya te llamaré mañana.

Me incorporé en la cama, temblando.

—¿Prevenirme de qué?

—Venga, ahora no tengo tiempo para contártelo, pero ve con cuidado con una cosa. Te llamaré mañana por la mañana.

Joey desapareció de nuevo y yo me tumbé en la cama asustado. Aquellas últimas palabras no me gustaban. Me pareció que tenían un sonido un tanto siniestro.

De todos modos, no tuve mucho tiempo para reflexionar sobre ellas. La Naturaleza se apoderó de aquel cuerpo cansado y, antes de que pudiera darme cuenta de dónde estaba, había cerrado los ojos y dormía como un tronco.

Mi primer día como Joey Cooley había tocado a su fin.

12

Supongo que, en algún momento de su vida, todo el mundo habrá pasado por la experiencia de despertarse por la mañana después de una pesadilla —con leopardos que le perseguían, caníbales que le devoraban o algo por el estilo— y, después de exhalar un suspiro, ha dicho para sí aliviado: «¡Uf! ¡Vaya una suerte! Sólo era un sueño». Una sensación condenadamente agradable, por otro lado.

Pues bien, eso es precisamente lo que me ocurrió a la mañana siguiente, cuando abrí los ojos al nuevo día y pasé revista a los acontecimientos más recientes. Fue como si me hubieran quitado un gran peso de encima. Durante cosa de cinco segundos la sensación de alivio fue fenomenal. «Bueno, bueno, menuda broma, de lo más curioso», pensé, pero de pronto todo se vino abajo.

Lo primero que me dio que pensar fue ver la manga de la chaqueta de mi pijama. Resulta que, en materia de pijamas, siempre he sido un poquitín exigente. No soy de esa clase de individuos que entran en cualquier establecimiento y se llevan lo primero que encuentran. Un pijama tiene que ser de seda y, además, ha de tener un estampado bonito y alegre. Y en cambio, cualquier observador, por muy poco atento y descuidado que fuera, habría visto a la primera que aquella manga estaba confeccionada con una de esas lanas toscas para preservar la buena salud. Y, por si fuera poco, era de un verde claro y bilioso, como mi primo Egremont a la hora del desayuno.

—¡Caramba! —me dije—, ¿qué es esto?

Y entonces fue cuando reparé en aquella abominable manita que, sobresalía del extremo de la manga y comprendí la verdad de lo ocurrido. Ni siquiera fue necesario que saltara de la cama de un brinco para mirarme en el espejo. Aquel trocito de mano contaba ya lo suyo. Me comunicaba del modo más estrictamente oficial que lo que me acababa de tomar a la ligera como un sueño no había sido tal sueño. Me había convertido de verdad en aquel maldito niño Cooley de pies a cabeza y, una vez más, tuve que preguntarme: «¿Cómo acabará todo esto?».

La impresión fue tan fuerte que me quedé allí tumbado, de espaldas, con la mirada fija en el techo. Me sentía como si acabara de recibir un derechazo mientras boxeaba con el herrero del pueblo.

De todos modos, no tuve demasiado tiempo para calentarme los cascos con aquel mal trago. Por lo visto, la jornada del pequeño Cooley empezaba muy temprano. No creo que hubieran pasado más de diez minutos de lamentaciones silenciosas cuando una especie de secretaria se presentó con pluma estilográfica y un fajo de fotografías en mano para firmar. A continuación, le tocó el turno al masajista. Luego apareció el encargado de la limpieza del cutis y de la puesta a punto de mi cara. Y, para terminar, me visitó el peluquero, que me arregló los rizos.

Y a todo esto yo seguía allí tumbado, un poco cansado, preguntándome si el próximo punto del programa sería el pedicuro o alguien que me sometería a una

sesión de respiración rítmica, cuando la puerta se abrió y apareció el mayordomo.

—Buenos días, señor —me dijo.

—Buenos días —respondí. Estaba contento de verle. Al igual que el día anterior, encontraba su presencia reconfortante. La visión de aquella cara redonda y bien afeitada y de aquel chaleco ancho tenía un efecto reparador—. Pase usted y tome asiento —le propuse, hospitalario; porque hacía ya mucho rato que me había resignado al hecho de que mi dormitorio fuera como una especie de punto de encuentro de las naciones—. ¿O es que sólo está usted de paso?

—Le traigo el desayuno, señor.

Esto todavía me infundió más ánimos —pues desayunar en la cama no deja de ser desayunar en la cama—, hasta que se marchó para volver a aparecer con la bandeja y vi que lo único que contenía era leche, algo con aspecto de serrín y un nuevo lote de aquellas asquerosas ciruelas pasas. Toda una mala noticia que dar a un pobre estómago que ha estado soñando con huevos revueltos y riñones.

—¡Caramba! —exclamé.

—¿Decía el señor?

—¿Qué es todo esto?

—Su desayuno habitual, señor.

—¡Maldita la gracia! —exclamé, de corazón—. Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Supongo que siempre es mejor que nada.

El mayordomo me miró con afectuosa compasión mientras atacaba el serrín.

—Debe de ser duro, señor.

—Decididamente asqueroso.

—Según tengo entendido, es para que no aumente usted de peso.

—Oh, me imagino que se habrán inventado cualquier cuento.

—Es lo que se llama una dieta equilibrada. Pero no debe de ser agradable verse obligado a someterse a, ¿cómo le diría yo?… este régimen espartano. Sé lo que les gusta a los señoritos.

—Yo también.

—Sé cómo se siente, señor. Puede que sea un personaje de mucha importancia en el mundo del cine, pero al fin y al cabo no es más que un chiquillo, ¿no?

—Y un chiquillo que no tiene muchas probabilidades de crecer con esta bazofia.

—Si de mí dependiera, le dejaría comer cuanto quisiera. Sólo se es joven una vez.

—O dos.

—¿Decía el señor?

—Nada, nada.

—Si me permite el atrevimiento, lo que le gustaría sería un buen plato de salchichas.

—¡Por favor!

—Es lo que están comiendo abajo. Salchichas y pastel.

—¿Pretende usted torturarme, mayordomo?

—Oh, en absoluto, señor. Es que estaba pensando que si se aviniera usted a pagarme unos pequeños honorarios para compensaren algo el riesgo de perder mi empleo, estaría dispuesto a subirle algo de contrabando.

Las ciruelas pasas quedaron reducidas a cenizas en mi boca, aunque ello no alteró en exceso su sabor.

—No tengo dinero.

—¿Nada en absoluto, señor?

—Ni un solo penique.

El mayordomo suspiró.

—Bueno, en ese caso, qué le vamos a hacer. Así son las cosas.

Terminé las ciruelas pasas en silencio y pasé a la leche. No podía dejar de pensar en ese asunto del dinero. Tal como yo lo veía, en eso residía la solución a todos mis problemas. Nada de líquido.

—¿Podría usted prestarme algo?

—No, señor.

Me bebí la leche sin prisas. El mayordomo suspiró de nuevo.

—Hay mucho dolor en el mundo, señor.

—Mucho.

—Míreme a mí.

Y le miré con gran detenimiento. Sus palabras me habían dejado pasmado.

—Bueno, nada raro hay en usted, señor. Está usted perfectamente.

—Nada más lejos de la verdad, señor.

—No se ponga usted pesado, mayordomo. Seguro que ha desayunado hasta reventar.

—He tomado un buen desayuno, sí señor. Pero ¿acaso el desayuno lo es todo en la vida?

—Comprendo su punto de vista. También están los almuerzos, y las cenas.

—Y la congoja del exilio, señor. ¿Qué me dice de la añoranza de estar lejos de todo? Y la desesperación de vivir la vida superficial y deslumbrante de esta ciudad de oropeles, en la que la tragedia está bajo miles de sonrisas falsas.

—¡Oh! ¿No me diga? —dije con indiferencia.

No estaba de humor para escuchar la historia de las desventuras de los demás. Me negaba a permitir que aquel mayordomo me llorara en el hombro. Parecía esperar de mí que estrechara su mano entre las mías y me portara como una buena madre, pero no estaba dispuesto a hacer algo parecido.

—Y supongo que se estará usted preguntando cómo he venido a parar hasta aquí, señor.

—Pues no.

—Es una larga historia.

—Ahórresela para las noches de invierno.

—Muy bien, señor. ¡Ah, Hollywood, Hollywood! —se lamentó el mayordomo, al

que no parecía gustarle el lugar—. ¡Ciudad dorada de las penas, donde la fama embauca y la tentación acecha, donde las almas se consumen en el fuego de los deseos, donde las calles están empapadas de lágrimas avergonzadas de doncellas engañadas!

—Es suficiente.

—¡Hollywood! Hogar de glorias efímeras y miserias de lentejuelas, donde el fuego quema sin tregua las alas de cándidas mariposas y la belleza se marchita en la implacable rueda del pecado. Si ha terminado usted con la bandeja, señor, me la llevaré.

Y se marchó apesadumbrado. Así que, considerando que no parecía tener más visitas pendientes —uno de esos períodos de calma que sin duda se dan en la más atareada de las vidas—, me levanté de la cama, me puse la camisa de chorrera y los pantalones de golf y bajé para ver cómo andaban las cosas en la familia Brinkmeyer.

Al parecer, habían desayunado en el patio, porque había una mesa con mantel blanco junto al estanque de los peces de colores. Todavía quedaban restos de comida y descubrí con emoción incontenible que en el centro de la mesa había una fuente con una salchicha abandonada. Como se hartaban hasta no poder más, aquellos tragones no se habían visto con ánimos para rematar la faena y, ante la abundancia, habían dejado aquella admirable salchicha.

Los pececillos de colores me miraban con ojos anhelantes, esperando su parte; pero mi necesidad era más patética que la suya. Me zampé la desechada. Los pececillos hicieron muecas al estilo Leslie Henson y se batieron en retirada. Luego cogí el periódico de la mañana que estaba encima de la mesa. No era mera curiosidad lo que me impulsaba a enterarme de los sucesos del día anterior. Dado que ocupaba el puesto del pequeño Joey Cooley como quien se hace cargo de un negocio que marcha, con todo su buen nombre y demás accesorios, sus noticias eran entonces mis noticias.

Si aquel periódico era un ejemplo fiable de la línea del pensamiento crítico, había tenido buena prensa. A pesar de la congoja de mi corazón y del vacío de mi estómago, no podía dejar de sentirme recompensado al ver que prácticamente había barrido de la primera página las noticias de todo el mundo. Bien es verdad que aparecía el anuncio de siempre, según el cual el presidente —el buenazo de viva la Virgen, Dios bendiga su corazón— tenía la intención de gastarse otro billón de dólares de dinero ajeno en no sé qué cosa, pero aparte de esto, el único artículo no-Cooley era un párrafo relegado al rinconcito inferior derecho, que informaba de que la inauguración de la estatua de T. P. Brinkmeyer, jefe de la Brinkmeyer-Magnifico Motion Picture Corporation, iba a tener lugar ese mismo día, a las seis de la tarde, en los estudios Brinkmeyer-Magnifico.

Y justamente había empezado a pasar páginas para ver si había más material en el interior, sin dejar de revolver distraídamente entre los platos por si quedaba aún una salchicha en alguna parte, cuando el señor Brinkmeyer en persona cruzó las

puertaventanas que daban al patio, caminando a la deriva y ataviado con su batín, con más aspecto de globo cautivo que nunca.

Su comportamiento, o por lo menos eso me pareció, era el de un globo cautivo que está dándole vueltas a algo en la cabeza. Había una mirada inquieta en sus ojos y rondaba por el patio, seguido del cordón de su batín, frotándose las manos con nerviosismo.

—Buenos días —me dijo.

—Buenos días.

—Un tiempo estupendo.

—Fenomenal.

Soltó un ruidito entre risita y gruñido.

—Bueno, amiguito, hoy es el día.

—Sí —dije, y supuse que se refería al asunto de la estatua—. Va a ser toda una juerga, sin duda.

—¡Pues yo desearía que ya se hubiera terminado!

El señor Brinkmeyer soltó otro de sus curiosos gruñidos y entonces pensé que unas palabras de ánimo no le vendrían mal. Pude ver que pertenecía a esa clase de hombres que aborrecen las apariciones en público y demás jolgorios.

—Tranquilo, Brinkmeyer —le dije.

—¿Cómo?

—He dicho: «Tranquilo». No se ponga nervioso.

—Pero lo estoy. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Ella me ha dicho que tendré que ir de chaqué y con cuello almidonado.

—Va a ser la belleza del baile.

—Y con una gardenia. Y polainas. Como un mariquita.

El señor Brinkmeyer se dio otra vuelta por el patio.

—¡Polainas! —repitió, mirándome con ojos lastimeros. Empezaba a estar un poco harto de que todo el mundo me tomara por su paño de lágrimas y pretendiera que les solucionara sus problemas. Aquel tipo me era simpático, pero uno también tenía sus propios quebraderos de cabeza.

—Supongo que no pensaría aparecer con zapatillas de deporte y un jersey, mi querido amigo —le dije… no demasiado amable quizá, pero, como ya he dicho, estaba enfadado.

—Sí, ya lo sé. ¡Pero polainas!

—Hombres mejores que usted las han llevado.

El señor Brinkmeyer seguía con sus paseos.

—¿Sabes lo que te digo? Que la mitad de los problemas de este mundo existen porque la gente se vuelve ambiciosa. Nunca tienen suficiente.

—Un planteamiento muy sagaz, Brinkmeyer.

Este comentario hizo que se detuviera bruscamente. Se concedió un descanso en

su deambular por el patio y me dirigió una de sus características miradas de búho.

—¿Cómo?

—He dicho: «Un planteamiento muy sagaz, Brinkmeyer». Tiene mucha razón en lo que dice.

—Esta mañana tienes un modo de hablar muy raro —dijo, pero enseguida volvió a sus antiguas cavilaciones—. Mira, yo me he vuelto demasiado ambicioso.

—¿Ah, sí?

—Ahí estaba yo, feliz como el que más, con mi negocio de trajes y abrigos y ahí me tendría que haber quedado. Pero no, tenía que meterme en las películas. Y mírame ahora: presidente de la organización, valorada en veinte millones de dólares…

De pronto me vino una idea a la cabeza.

—¿Y no podría prestarme algo?

—… Y todo esto ¿para qué? Tengo que estar de pie, con las polainas puestas, con el aspecto de un enamorado ridículo mientras todo el mundo me mira. Tendría que haberme imaginado que acabaría así. Siempre ocurre lo mismo. Las cosas empiezan a irte un poquitín bien por este mundo y a la que te das cuenta ya te están erigiendo estatuas. Les das la espalda un momentín y ya está. Tendría que haber seguido con mi negocio de abrigos y trajes.

Olvidé todos mis problemas. Aquello me enternecía. Y, de pronto, pensé en lo poco que la gente del mundo exterior sabía de las penas que afligían a casi todos los corazones con que uno se tropezaba en Hollywood. El observador poco atento habría sentido envidia al verlos a todos paseándose por el lugar, dando por supuesto que tenían que ser felices porque estaban bien provistos de fondos. Y, en cambio, la tristeza les tenía atenazado el corazón. Sólo en mi pequeño círculo, April June quería ser esposa y madre; Joey Cooley quería regresar a Chillicothe, Ohio, para comer pollo frito al estilo sureño; el mayordomo no estaba demasiado satisfecho con cómo le andaban las cosas y el pobre Brinkmeyer suspiraba por su negocio de abrigos y trajes. De lo más conmovedor.

—¡Ésos sí que eran buenos tiempos! Todos los amigos juntos como una pandilla de chiquillos… Combinando tejidos, haciendo guasa con los clientes…

Tengo la sensación de que habría hablado largo y tendido sobre el asunto, pues su modo de hablar parecía indicar que le quedaban aún muchas cosas guardadas en el pecho, pero en ese preciso instante la señorita Brinkmeyer salió de la casa y el señor Brinkmeyer se mordió los labios para impedir que las palabras brotaran de su boca. Parecía avergonzado y hasta yo noté que me embargaba un cierto embarazo, como solía ocurrirme siempre en presencia de aquella mujer. Ahí estábamos los dos frotando un pie contra otro. Teníamos el aspecto de un par de colegiales a los que el director de la escuela acaba de sorprender fumando tranquilamente en un rincón del campo de crícquet.

—Ah, querida —dijo el bueno de Brinkmeyer—. Estaba aquí charlando con el pequeño Cooley.

—¿Ah, sí?

Daba la impresión de estar pensando que sobre gustos no hay nada escrito. La mirada que me dirigió fue severa. Era evidente que aquel lagarto cornudo todavía estaba vivito y coleando en su recuerdo. Saltaba a la vista que no veía razón alguna para modificar su opinión de que yo sólo era escoria de los bajos fondos.

—Sobre la estatua.

—¿Qué le pasa a la estatua?

—Oh, sólo hablábamos de ella. Intercambiábamos impresiones.

—Bueno, pues espero que se haya metido bien en la cabeza lo que tiene que hacer. ¡No vaya a liarla ahora!

Aquello me asustó visiblemente.

—¡Cielo santo! —exclamé—. Espero que no estaré involucrado en este jolgorio de la estatua.

Tenía ya mucha práctica. Desde que había dejado de ser Reginald, lord Havershot, la gente siempre me salía con algo nuevo a cada paso. Empezaba a preguntarme si habría existido algún niño con una vida más ajetreada que ese pequeño Cooley. Ni un momento de paz. Cuando no era esto y aquello, era lo de más allá.

La señorita Brinkmeyer alzó las manos clamando al cielo. Uno no podía dejar de notar cierta crispación.

—¡Por todos los…! ¿No me digas que se te ha olvidado, después de haber estado ensayando todas y cada una de las palabras y movimientos…?

Vi enseguida que la situación exigía tacto.

—Oh, no, no. La idea general la tengo. Pero ya sabe lo que pasa. Con tantas cosas en la cabeza… Es posible que haya olvidado un par de detalles de todo el asunto. Vamos a hacer una cosa. Repasemos los puntos principales del programa y así veré si lo tengo todo claro.

La señorita Brinkmeyer tragó saliva un par de veces. Todavía un poco sobreexcitada, me pareció.

—La ceremonia empieza a las seis en punto.

—Sí. De eso estoy enterado.

—Mientras se pronuncian los discursos…

—¿Es que voy a pronunciar un discurso?

—No, tú no. Y que no te pille intentándolo. Mientras pronuncian los discursos, tú estarás de pie, en un segundo plano.

—Eso lo puedo hacer. Quiero decir que cabe dentro de mis posibilidades.

—Después de los discursos, se descubre la estatua. Cuando el señor Hays haya descubierto la estatua, tú echas a correr hacia el señor Brinkmeyer y le ofreces un ramillete de flores.

Fruncí el entrecejo.

—¿Ha dicho usted un ramillete de flores?

—Eso he dicho.

—¡Santo cielo!

—¡Por el amor de Dios!, la cosa es bastante sencillita, ¿no?

Sencillita sí. Sin embargo, lo que me tenía preocupado era el ridículo que íbamos a hacer como un par de asnos. ¡Ramilletes de flores! Además, saltaba a la vista que el señor Brinkmeyer estaba totalmente de acuerdo conmigo en este punto. No le gustaba lo del chaqué. No le gustaba lo de la gardenia. No le gustaba lo de las polainas. Y si a eso había que añadir un ricitos de oro que se abalanza sobre él con un ramillete de flores ya teníamos algo que podía hacer que un hombre con predisposición a la jubilación quisiera verse de nuevo en el negocio de los abrigos y trajes.

Le dirigí una mirada compasiva que pareció apreciar en lo que valía.

—Y, cuando le des el ramillete de flores, le dices: «Unaz bonitaz florez para uzté, zeñó Brinkmeyer».

Bueno, no estaba tan mal. También es verdad que no era una perspectiva terriblemente atractiva, pero podía haber sido mucho peor. Hasta me podría haber tocado dirigirme a la multitud. Aun cuando no estaba acostumbrado a hablar en público, estaba seguro de no meter la pata con una payasada tan corta y fugaz como aquélla.

Asentí con cara de enterado.

—Ya, sí, creo que ya lo tengo. «Unas bonitas flores para usted, señor Brinkmeyer».

La señorita Brinkmeyer volvió a sus antiguas flexiones y contorsiones. Parecía presa de la desesperación. Su actitud era la de la persona que ya no puede con su alma.

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que estás sordo o sólo pretendes amargarme la existencia? ¿Acaso no te lo he repetido centenares de veces? «bonitas» no, «bonitaz»; «flores» no, «florez»; «usted» no, «uzté». Y no digas «señor Brinkmeyer», di «zeñó Brinkmeyer». ¿Quieres hacer el favor de aprenderte bien el papel? Mira que hemos tenido una reunión tras otra…, y los escritores mejor pagados de la organización trabajando en esto… y vas tú y lo echas todo a perder. Tienes que decir: «Unaz bonitaz florez para uzté, zeñó Brinkmeyer». Y ni una sílaba más. Y nada de hacerte el gracioso.

—Entendido.

—Con mis polainas, por ejemplo —intervino el señor Brinkmeyer.

—Entendido.

—Y nada de risitas. Sonrisas, pero nada de risitas.

—Entendido.

—Y luego te preparas.

—¿Para el ramillete?

—Para la fotografía.

Aquello me dejó pasmado.

—¿Qué fotografía? No ha mencionado ninguna.

La señorita Brinkmeyer se salió por la tangente.

—¿Acaso necesitas audífono o qué?

—No.

—Entonces no te hagas el gracioso. Después de lo del ramillete, dices tu frasecita y te preparas para la fotografía.

—Quiere decir que no te muevas —me aclaró el señor Brinkmeyer.

—Exactamente. Te estás quietecito y esperas el beso.

—¿Beso?

—Sí, aquí es donde yo te doy un beso —dijo el señor Brinkmeyer, con una voz extraña y ahogada, como si me estuviera hablando desde la ultratumba. Detrás del cristal de sus gafas, sus ojos tenían un aspecto acosado y ojeroso.

Yo todavía estaba temblando.

—Así que me da un beso.

—Naturalmente que te da un beso. ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo? Ya no entiendes el inglés, ¿o qué? Te-da-un-be-so. Y así tendremos una fotografía bonita y conmovedora.

Y estaba tratando de encontrar las palabras adecuadas para dejar bien claro lo poco conmovedor que me parecía todo aquello, cuando el criado que me había servido la cena la noche antes hizo acto de presencia.

—Discúlpeme si posiblemente —dijo.

—¿Qué sucede?

—Tipo en puerta —dijo el criado, expresándose con mayor claridad.

La señorita Brinkmeyer asintió.

—Debe de tratarse de tu nuevo profesor de dicción —dijo, encaminándose hacia la puerta—. Creo que deberías hacer un repaso con el chico, Theodore. Es tan zoquete que lo más seguro es que todavía no le haya quedado claro. Podrías utilizar la cafetera como si fuera el ramillete.

—Supongo que no habrá que ensayar también el beso, ¿no? —preguntó el señor Brinkmeyer, suplicante—. Así que nos lo saltamos y listo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Entiendo que no quieras besar a ese renacuajo más de lo estrictamente necesario —dijo la señorita Brinkmeyer y, tras pronunciar estas palabras tan ofensivas, se marchó.

Yo esperé a que hubiera desaparecido para mirar al señor Brinkrneyer con dureza.

—Brinkmeyer —dije, con voz grave y severa—, ¿no habrá sido idea suya?

El señor Brinkmeyer negó la acusación con vehemencia.

—¡A mí estas ñoñerías sentimentaloides no me van! ¡Un buen apretón de manos y no te habría tocado ni un pelo!

Yo pensaba exactamente lo mismo.

—Lo mismo digo —repuse—. Un buen apretón de manos y no le habría tocado ni un pelo.

Nos miramos el uno al otro con algo muy parecido al afecto. Dos almas gemelas.

—¿Y si nos limitáramos a darnos la mano? —le propuse—. O podría darme unas palmaditas en la espalda.

—No. Tengo que darte un beso. Ésas son sus órdenes. Por lo menos, mañana a estas alturas ya habrá terminado todo. Es un consuelo. Pero nunca tendría que haber dejado el negocio de los abrigos y trajes.

Todavía conseguía conmoverme. Así que pensé que había que aclarar quién era el responsable de todo aquello.

—Entonces, si no ha sido idea suya, ¿a quién se le ha ocurrido?

El señor Brinkmeyer frunció el entrecejo.

—Ha sido cosa de ese agente de publicidad que tienes, ese tal Booch, el que lo ha urdido todo. Dijo que era la clase de publicidad que nos hace falta, el muy sinvergüenza. Y a Beulah le pareció una gran idea. ¡Pero estoy encantado de que le hayan dado en los morros! Dicen que es un misterio, pero a mí lo que me parece un verdadero misterio es que a nadie se le haya ocurrido antes.

Me quedé de una pieza. Aquello me sonaba de algo.

—¿Que le han dado en los morros? ¿Así que alguien le ha dado en los morros?

—¡Pero, bueno!, ¿no has leído los periódicos o qué?

—Eso no.

—¡Pues mira! —dijo el señor Brinkmeyer, cogió el periódico y lo abrió por las páginas centrales. El abatimiento se había borrado de su cara. Estaba radiante de alegría, casi animado, diría yo.

Cogí el periódico y mis ojos tropezaron con los titulares. Decían lo siguiente:

EXTRAÑO SUCESO EN MALIBÚ
LOCO MISTERIOSO ATACA DOS VECES.
«NOS DIO EN LOS MORROS», ASEGURAN LAS VÍCTIMAS

Tras estos titulares el periodista continuaba:

Durante una temporada, será inútil que envíen ustedes ramos de rosas a Cosmo Booch, el conocido agente de publicidad, o a Dikran Marsupial, el magistral director de cine, puesto que ninguno de los dos va a estar en condiciones de apreciar *su* perfume. En el momento de escribir la presente, ambos se encuentran en sus respectivos hogares con las narices hinchadas, como consecuencia del encontronazo con lo que a todas luces parece tratarse de un demonio de primera clase.

Como muy bien dijo Fausto en una ocasión, hay momento en los que todo el mundo necesita de un demonio, pero ni Cosmo Booch, el conocido agente de publicidad, ni Dikran Marsupial, el magistral director de cine, deseaban su compañía cuando invadió la confortable casita de campo que el primero posee junto al abominable mar de Malibú. En el momento del incidente, se encontraban jugando a las damas y no necesitaban de un tercero.

TESTIGO PRESENCIAL

En cuanto a lo ocurrido, vuestro corresponsal no tiene más remedio que confesar su perplejidad. En consulta telefónica a altas horas de la noche de ayer, Cosmo hizo gala de una total incoherencia. Lo mismo ocurrió con Dikran. Ambos soltaron sendos farfulleos, pero contribuyeron muy poco, por no decir nada, a aclarar a este corresponsal lo ocurrido. Afortunadamente, todo parece indicar que contamos con un testigo presencial en la persona, si es que se le puede llamar persona —haría muy bien dejando de comer alimentos ricos en fécula— de George G. Frampton, célebre y popular miembro del Club de Escritores de Hollywood.

DEMONIO PROPINA CODAZO A GEORGE

George G. Frampton, como todo el mundo sabe, es el responsable del área comercial de *Screen Beautiful* (la reina de las revistas de cine) y estaba realizando una de sus arrasadoras campañas a la caza de suscriptores, o lo que fuera, cuando de pronto se encontró en Malibú. Precisamente estaba a punto de ir a visitar al señor Booch para que sufragara media página del Número Especial, cuando le llamó la atención que un demonio le echara a un lado.

SALTA LA CERCA

George conoce a muy pocos demonios y, según sus afirmaciones, éste, en concreto, era un completo desconocido para él. De acuerdo con su descripción, tenía un físico poderoso y facciones gorilescas y, según palabras textuales, vestía un traje de un gris sobrio y zapatos de ante, como acostumbran llevar los demonios de categoría. Después de saltar la cerca de poca altura que protege los dominios del señor Booch de la zona costera, se encaminó hacia el porche.

EN UN TRIS

Según George, que es tan capaz de construir una frase como cualquiera, todo sucedió en un tris. El demonio se precipitó hacia el porche y disipó inmediatamente cualquier duda que pudieran albergar las mentes de los jugadores de damas de que se trataba de un mirón interesado en la partida que con el aliento pegado a sus cogotes había acudido a ofrecerles consejo, al propinar un señor puñetazo a las narices de Cosmo Booch. Y, mientras Cosmo amenazaba con llevar sus quejas hasta el Tribunal Supremo por inconstitucionalidad de procedimiento, el demonio infligió exactamente el mismo trato al señor Marsupial. Una vez hecho esto, el demonio salió por la puerta principal o la entrada cochera.

¿PERTURBADO MENTAL?

Todo este asunto está rodeado de un halo de misterio. Lo único que este corresponsal consiguió arrancar a las dos víctimas fue la declaración: «Nos dio en los morros». Con todo, se sintieron incapaces de ofrecer explicación alguna. Era la primera vez que veían al asaltante y —esto es una suposición nuestra— no desean verlo de nuevo. Lo único que quieren es algo que les rebaje la hinchazón. Otra de las facetas del misterio es la siguiente: ¿por qué ese demonio no atizó a George G. Frampton, si es que tenía que atizar a alguien? El hecho de que, estando en situación de propinar un buen golpe a las narices de George, no lo hiciera abre un interrogante de lo más desconcertante. ¿Rondará por la región un perturbado mental?

Seguimos el desarrollo de los acontecimientos muy de cerca.

El señor Brinkmeyer, que había estado leyendo el artículo por encima de mi hombro, parecía un tanto molesto.

—¡No veo por qué le tienen que llamar demonio! —protestó—. ¿Por qué demonio? Yo encuentro que se parece mucho más a un buen *boy scout*. Fue directamente al grano y le dio su merecido. Me encantaría ver a ese individuo.

—A mí también —dije y lo decía muy en serio. Deseaba ponerme en contacto con el pequeño Joey Cooley cuanto antes y tener una charla con él.

Como ya os habréis imaginado, la lectura de aquella noticia había despertado en mí sentimientos contrapuestos. A pesar de que el responsable de que tuviera que aceptar un beso del presidente de la Brinkmeyer-Magnifico Motion Picture Corporation hubiera recibido un buen gancho en las narices no me resultaba desagradable en absoluto, no podía dejar de darme cuenta de que aquello era un arma de doble filo.

Porque, bueno, por mucho que el alma de uno se haya metido en el cuerpo de otro, uno no puede evitar sentirse un poco responsable de ese cuerpo que solía ser el de uno antes de que el alma de otro se metiera en él. Y a uno no le gusta que el nuevo inquilino perjudique su prestigio y rebaje su nivel social.

De seguir las cosas por ese camino, no creía que fuera a pasar mucho tiempo antes de que el escudo de armas de los Havershot sufriera la mácula de ver al cabeza de familia encerrado en un calabozo, bajo pena inconmutable de treinta días de arresto.

Y precisamente acababa de llegar a esta conclusión cuando se presentó el criado.

—Teléfono, quizás, seguramente —dijo.

—¿Para mí? —preguntó el señor Brinkmeyer.

—No, gracias, por favor. Para el joven juvenil.

—¡Perfecto! —exclamé—. Estaba esperando una llamada. Guíeme hasta el aparato.

13

El teléfono se encontraba en una especie de cabina junto al vestíbulo, así que cerré la puerta para proteger mi intimidad y, una vez garantizada, solté unas exclamaciones de impaciencia.

—¡Diga! —dije—, ¡diga! ¡diga!

En cuanto articuló palabra quedó de manifiesto que aquel niño estaba de un humor excelente. Advertí inmediatamente en su voz un tono festivo.

—¿Hola? ¿Eres tú?

—Sí.

—Estoy hablando con el centésimo quincuagésimo duque de Havershot.

—Duque no. Conde. Y tercero, botarate.

—Bueno, ¿y cómo va todo? ¿Has desayunado ya?

—Sí.

—¿Estaban buenas las ciruelas pasas?

—¡Malditas sean!

Joey se rió de buena gana.

—Tendrás que irte acostumbrando a que te gusten, amiguito. ¿A que no adivinas lo que he desayunado yo?

—Me niego a adivinar lo que has desayunado.

—Pues créeme, estaba bueno. Oye, ¿has echado un vistazo al periódico?

—Sí.

—¿Y has leído lo del Horror en Malibú?

—Sí.

—Todo un notición, en mi opinión claro. Dime una cosa, ¿has boxeado alguna vez?

—Sí.

—Me lo suponía. La coordinación de movimientos fue estupenda.

—¿No me digas?

—Sí señor. Tuve la sensación de descargar un montón de fuerza con los puñetazos, así que te estoy muy agradecido. ¡Menudo par de guantazos se llevaron esos tipejos! Tendrías que haberlo visto. Pim… Pam… y al suelo con ellos. Un poco más y me muero de risa.

Pensé que había llegado el momento de despachurrar al niñito. Demasiado entusiasmo, en definitiva. Parecía tener la impresión de que aquél era el día más feliz y divertido de aquel año nuevo incomparable…, impresión totalmente errónea.

Le hablé con considerable severidad.

—En menudo lío te has ido a meter. Menudo lío, créeme.

—¿Y?

—¿Qué quieres decir con eso de «y»?

—Quiero decir que por qué.

—¿No te das cuenta de que te has convertido en un fugitivo de la ley?

—¿Y qué?

—No estarás tan campante cuando las manos de los gendarmes se cierren sobre tus hombros y te metan de un empujón en una celda por agresión.

Se echó a reír con despreocupación. El entusiasmo parecía ganar terreno.

—Oh, no te preocupes.

—Con que eso crees, ¿eh?

—Pues claro. Ese par de tíos raros no me habían visto en su vida. Tú no los conoces, ¿o sí?

—No.

—Pues ya está.

—Pero ahora imagínate que te los vuelves a encontrar.

—No me reconocerían.

—Naturalmente que te reconocerían.

—No, no me reconocerían. Al menos después de que me haya afeitado el bigote.

Solté un grito desgarrador.

—¿Te atreverías a afeitarte mi bigote?

La emoción embargaba mi voz, porque quería mucho a aquel pequeñín. Había sido mi compañero inseparable durante muchos años. Había cuidado de él en la salud y en la enfermedad, criándolo con perseverancia incansable hasta conseguir que una especie de tiznajo hitleriano y chamuscado adquiriera la gallardía y prestancia del momento. Para mí siempre había sido un hijo, más que un bigote.

Con todo, el chavalín no parecía carecer de buenos sentimientos, pues cuando me habló advertí remordimiento en su voz.

—No tengo otro remedio —dijo, avergonzado—. Mi aspecto cambiará por completo.

—He tardado años en conseguir tenerlo así.

—Lo sé, lo sé. Es una lástima. Pero, mira, voy a hacer una cosa para compensarte. Te puedes cortar mis rizos.

—Estupendo, gracias.

—No hay porqué.

Y, una vez cerrado este pacto entre caballeros, dejó a un lado la cuestión y pasó a otra que sin duda consideraba de mayor importancia.

—Todo arreglado, entonces. Y ahora quiero que hablemos de la estatua.

Sus palabras evocaron en mi mente la sombría perspectiva que me esperaba.

—Sí, desde luego. Nunca me dijiste que el viejo Brinkmeyer tuviera que darme un beso.

Eso pareció divertirle. Oí cómo trataba de contener la risa.

—Y eso es lo que te tiene preocupado, ¿no?

—Naturalmente que me tiene preocupado —un repentino temblor se apoderó de mi cuerpo—. ¿No pretenderás decirme que todavía queda algo más?

Trató de contener la risa de nuevo. Una risita disimulada de lo más siniestra.

—Puedes apostar a que sí. No sabes de la misa la mitad. Si el beso del señor Brinkmeyer fuera tu única preocupación a la vista, podrías ponerte a cantar de alegría por toda la casa ahora mismo. Lo serio es la estatua.

—¿Eh?

—Sí señor. Con eso sí tienes que andar con cuidado. Con la estatua.

—¿Que ande con cuidado con la estatua?

—Eso.

—¿Qué quieres decir?

Le hice la pregunta un tanto irritado, porque aquello parecía ya un diálogo de besugos y eso me ponía nervioso. Porque, ¿cómo iba a andarme con cuidadito con una estatua?

—Tendrás que tomar medidas.

—¿Qué medidas?

—Medidas drásticas. Hay que actuar con rapidez. Lo que tienes que hacer es ir corriendo al estudio ahora mismo… No, ahora mismo no vas a poder, porque está lo de tu clase de dicción… Supongo que esta mañana no podrá ser… Pero lo primero que tienes que hacer a mediodía…

—¿De qué demonios me estás hablando?

—Me preguntaba si… No, pero este mediodía tampoco va a ser posible. Está lo de esas Madres de Michigan. ¡Hay que aguantarse! Creo que habrá que dejarlo correr. ¡Menudo fastidio!

De pronto me invadió un cierto desasosiego por lo de esas Madres de Michigan. No sé por qué. Seguramente porque, con los sustos que me había llevado ya en esta nueva vida mía, empezaba a ver encerronas por todas partes.

—Escúchame un momento —le dije—. Cuando dices que tendré que recibir a esas pelmazas de Madres, ¿qué se espera que haga exactamente?

—Ah, nada. Sólo aceptar sus besos. ¿Qué?

—Eso es todo. Pero, claro, eso requiere su tiempo. No veo muy claro cuándo vas a tener tiempo para acercarte a esa estatua.

Hice caso omiso de aquel parloteo inútil sobre estatuas. Mi mente todavía luchaba contra aquella idea tan espantosa.

—¿Has dicho que me dan besos?

—Eso es. Se ponen en fila y van pasando y dándote besos.

—¿Y cuántas son?

—Oh, sólo un puñado. Eso no es más que parte de una de las filiales. Así que no creo que vayan a ser más de quinientas.

—¿Quinientas?

—Seiscientas a lo sumo. Pero, como te decía, requiere su tiempo. No sé cómo te las vas a arreglar para hacer lo de la estatua.

—Pero, vamos a ver, ¿insinúas que tendrá que besarme el señor Brinkmeyer y

seiscientas Madres de Michigan?

—Y es una lástima porque, en un par de minutos, con una esponja y ácido fénico o algo parecido todo quedaría arreglado. Bueno, siendo así, lo mejor será negarlo rotundamente. Al fin y al cabo, no pueden saber que has sido tú. Sí, cualquiera que sea la manera en que lo mire, me parece lo mejor. Te cierras en banda y lo niegas rotundamente. Ya lo he hecho otras veces.

—De pronto tuve la vaga impresión de que me estaba diciendo algo.

—¿Qué?

—Pues eso, que no vas a tener tiempo de borrarlo con una esponja, así que niégalo rotundamente.

—¿Borrarlo con una esponja?

—Pero te digo que no pueden saber que has sido tú.

—¿Saber que yo qué?

—Puede que sospechen, pero no pueden estar seguros.

—¿Seguros de qué?

—Podría haberlo hecho cualquiera. Tú díselo así. Ponte duro. Di-les: «¿Y por qué yo, eh? ¿Cómo sabéis que he sido yo? Podría haber sido cualquiera». Exígeles que lo demuestren.

—¿Que demuestren qué?

—Pues eso, lo de la estatua.

—¿Qué le pasa a la estatua?

—Que anteayer —me dice el maldito criajo, que por fin se había decidido a contar escuetamente los hechos— fui y le pinté la nariz de rojo.

Es verdad que en una reducida cabina telefónica uno no se puede tambalear demasiado, pero me tambaleé tanto como las condiciones me lo permitieron.

—¿Que le pintaste la nariz de rojo?

—Sí señor.

—¿Porqué?

—En ese momento me pareció una buena idea.

—Pero, ¡por el amor de Dios…!

—¡Pero si no pasa nada! Si van a descubrir una estatua y tú vas y encuentras de repente un bote de pintura abandonado en uno de los platos, no vayas a desperdiciarla… —se justificó el chiquillo, haciendo un razonamiento de una lógica innegable.

Sin embargo, aun cuando comprendía la trabazón de sus ideas, aquello nada solucionaba. Todavía me estremecía de los pies a la cabeza.

—¿Y qué va a pasar cuando se enteren?

—¡Ah!

—Van a temblar hasta los cimientos del infierno.

—Habrá jaleo —reconoció—. Sí señor, jaleo lo va a haber, eso nadie te lo quita. Se van a poner a correr en círculo, pegando alaridos y clamando al cielo. Pero si te

cierras en banda y lo niegas rotundamente, los vas a dejar desconcertados.

—No los voy a dejar desconcertados. No se van a desconcertar ni siquiera por un maldito segundo. ¿De qué me iba a servir negarlo rotundamente? ¿Te crees que no he estado dentro de tu pellejo lo suficiente para saber que tu nombre está totalmente desacreditado por el vecindario? La señorita Brinkmeyer sabrá la verdad enseguida. Lo verá todo claro de inmediato. De bien poco va a servir negarlo delante de ella, tanto si es rotundamente como si no.

—Pues no veo qué otra cosa podrías hacer.

—No, ¿eh?

—No, no, ahora ya no tienes tiempo de ir corriendo a limpiar la estatua con una esponja y ácido fénico o lo que sea. Ya nada se puede hacer.

Aquella actitud indolente me molestó.

—Hay muchísimo que hacer.

—¿Como por ejemplo…?

Bueno, ahí sí que me había pillado. De pronto, sin embargo, tuve una idea. Se hizo la luz.

—Voy a salir de todo esto.

—¿Cómo, de todo?

—Sí.

—Y a dónde vas a ir.

Empezaba a encontrarme mejor. Mi plan iba tomando cuerpo.

—Mira, vas a tener que regresar a Inglaterra dentro de muy poco.

—¿Porqué?

—Vas a ir, desde luego. Vives allí.

—Nunca había pensado en eso.

—Tienes una propiedad que cuidar.

—¡Toma! ¿Tengo una propiedad?

—Naturalmente que tienes una propiedad. Y una posición social y todo eso. Y eso por no hablar de tus arrendatarios y demás. Tendrás que estar ahí para atender un montón de asuntos.

—¡No podría!

—¿Qué?

—Que no señor. Que no podría hacerlo ni en mil años. Me refiero a eso de encargarme de una propiedad, para que luego me abucheen todos mis arrendatarios. No pienso acercarme a Inglaterra.

—Sí lo vas a hacer y nada va a ocurrirte, porque yo voy a estar a tu lado para ayudarte y darte consejo. Me escaparé de aquí y me reuniré contigo en el barco. Tendrás que adoptarme o algo así, el viejo Plimsoll ya nos explicará el procedimiento a seguir, y entonces podré vivir contigo en Biddleford y, cuando llegue el momento, iré a Eton y luego a Cambridge y llevaré la propiedad por ti y me convertiré en tu sustento cuando te llegue la vejez. No tendrás que hacer nada, sólo tumbarte a la

bartola a observar cómo se te van endureciendo las arterias.

—¿Así que éste es tu plan?

—Un plan estupendo.

—Ya.

—Y, claro, para marcharme me va a hacer falta dinero. Así que tendrás que enviarme inmediatamente unos cuantos centenares de dólares dentro de un sobre lacrado, a entregar en mano, para que pueda pagar el billete… ¡Oye! ¡Oye! ¿Estás ahí?

No estaba ahí. Al oír que tendría que desprenderse de efectivo, había colgado.

Salí de la cabina… aturdido, diría yo. Sí, aturdido, eso es, porque justamente estaba aturdido. No había final feliz a la vista. Los actos son más elocuentes que las palabras y el hecho de que aquel niñito detestable hubiese colgado el auricular justo en el momento en que empezábamos a entrar en materia de abastecimiento dejaba muy claro que nada quería tener que ver con el aspecto financiero. Estaba decidido a aferrarse a sus fondos como una lapa y a no cederme ni un solo penique.

Pensé que tenía que procurarme una fuente con liquidez lo antes posible. Amenazaba tormenta y no tardaría en ver relámpagos. Después de lo que me había contado el chico sobre la estatua, no hacía falta tener una mente privilegiada para darse cuenta de que las cosas se estaban poniendo feas y que alzar el vuelo era la única salida.

Permanecer allí no sólo implicaba someterse a un diluvio de besos del señor Brinkmeyer y las Madres de Michigan —cosa que aún hubiese podido soportar apretando bien los labios y haciendo acopio de mi fortaleza de hierro—, sino también vergüenza y acusación pública por el asunto de la nariz roja de la estatua. Ahí estaba el problema. Porque, inmediatamente después de la vergüenza y de la acusación pública, vendría el ajuste de cuentas con la señorita Brinkmeyer, una mujer que, si bien todavía no me había dado un sopapo en la oreja había sido sólo gracias a una capacidad de contención fuera de lo corriente. Pero, en esta ocasión, no habría capacidad de contención que le impidiera pasar a la acción. No podía evitar pensar que una situación como ésta requeriría una azotaina de tercer grado con la ayuda del envés de un cepillo de pelo.

Sí, no había duda de que tenía que conseguir fondos.

Sin embargo, tampoco había duda de que no parecía disponer de una fuente de donde poder extraerlos.

Estaba Eggy, claro. Informado del estado de cosas y puesto al corriente de que un préstamo temporal de su bolsillo era lo único capaz de interponerse entre su agradable primito y el envés del cepillo de pelo de la señorita Brinkmeyer, sin duda no vacilaría en prestarme lo necesario. Pero ¿cómo iba a ponerme en contacto con él? No tenía ni la menor idea de dónde vivía. Y mi libertad de movimientos era tan limitada que no podía plantearme siquiera el ir deambulando de fiesta en fiesta hasta dar con la que él hubiera elegido para colarse.

Además, necesitaba el dinero de inmediato, en el acto. Pasadas unas horas sería ya demasiado tarde.

Estaba desesperado. No veía solución posible. Bien es verdad que era una conclusión desagradable a la que me había visto obligado a llegar, pero era inútil tratar de negarlo; me encontraba en un callejón sin salida. Tendría que permanecer donde estaba y aceptar lo que el futuro me deparara, con la esperanza de que, en caso de llegar lo peor, un listín telefónico o una toalla de baño bien gruesa, colocados en el interior de mis pantalones de golf, me ayudarían a aliviar el dolor.

Sumido en estas cavilaciones, me encontré delante del salón. Se trataba de un salón sin puertas, con un arco que cerraban unas cortinas. Y, de pronto, cuando ya estaba a punto de entrar, una voz me llegó desde el otro lado de las cortinas.

—Oh, sí —dijo—, claro.

Me detuve embelesado: el orador era Eggy.

14

Por un momento creí estar soñando. Lo que quiero decir es que era demasiado bonito para ser verdad que precisamente el individuo que me hacía falta se asomara por el escotillón exactamente en el momento psicológico. Aunque hubiera sido Aladino y acabara de frotar la lámpara maravillosa no me habría quedado más sorprendido.

Para cerciorarme, me acerqué a las cortinas sin hacer ruido y me asomé con mucha cautela.

Era Eggy en persona. Estaba sentado en el borde de una silla chupando el mango de su bastón. Enfrente tenía sentada a la señorita Brinkmeyer, que me daba la espalda, pero podía ver la cara de Eggy con suficiente claridad. Y, como de costumbre a aquellas horas del día, su piel tenía un color verdoso, si bien no del todo desagradable. Eggy es el clásico individuo de rasgos patricios bien definidos a los que el verde suele sentar bien.

La señorita Brinkmeyer estaba hablando.

—Celebro que esté de acuerdo conmigo —decía, y había una inusitada camaradería en su voz, como si estuviera tratando con un alma afín—. Como profesor de dicción, ya debe de saberlo usted.

El misterio se había aclarado. Después de atar unos cuantos cabos sueltos, pude seguir sin dificultad el desarrollo de la trama. Recordé que Ann me había contado que había conseguido un trabajo para Eggy. El pequeño Cooley había mencionado que aquella mañana tenía una clase de dicción. Y cuando el criado había anunciado su llegada hacía apenas un rato, la señorita Brinkmeyer había dicho: «Hombre, el profesor de dicción», o algo por el estilo.

Me parecía de lo más sencillo y, además, no me sorprendía en absoluto descubrir que Eggy iba a ejercer aquella profesión. Desde la aparición del cine sonoro, en Hollywood no se puede dar un paso sin tropezar con un profesor de dicción de nacionalidad británica. El lugar está abarrotado de britanos resueltos a triunfar y, si no consiguen trabajo como actores, se dedican al negocio de la enseñanza de la dicción. No se exigen ni títulos ni referencias. Con tal de que sea inglés, es bienvenido. Según tengo entendido, en Hollywood hay profesores de dicción ingleses que están amasando verdaderas fortunas y ni siquiera tienen paladar.

—No hay nada más importante —prosiguió la señorita Brinkmeyer—, cuando se habla de películas, que un buen acento. El aspecto físico, la manera de actuar y la personalidad de nada sirven si se tiene una dicción de pescadero.

—Cierto.

—Y eso es precisamente lo que le ocurre a ese niño. ¿Le ha visto usted alguna vez en la pantalla?

—Pues no. Con una cosa y otra…

—Ahí lo tiene. Y viene usted de Inglaterra.

—Sí.

—¿De Londres?

—Sí.

—Y supongo que llevará usted viviendo allí cierto tiempo.

—Bastante, sí.

—Y nunca ha visto una película de Cooley. A eso me refería precisamente. El señor Brinkmeyer no deja de repetirme que la voz de ese pequeño demócrata del sur le parece bien, que tenga en cuenta lo mucho que se recaudó la última vez en Kansas City o donde fuera, y siempre me sale con las mismas. Pero yo ya le he dicho al señor Brinkmeyer que los Estados Unidos no lo es todo.

—Cierto.

—Uno no puede permitirse el lujo de olvidarse de Gran Bretaña y de los dominios. Fíjate qué desastre es en Londres, eso es lo que le digo yo al señor Brinkmeyer, y ahora me lo confirma usted diciendo que ni siquiera le ha visto en su vida.

—Ah.

—A juzgar por las ganancias, me imagino que casi nadie lo conoce ahí. Y eso, ¿por qué? Pues porque tiene un acento de Ohio que tumba de espaldas.

—Vaya.

—Y no dejo de insistir al señor Brinkmeyer que lo que hay que hacer es limar bien esas asperezas si no queremos perder dinero.

—Naturalmente.

—Tampoco pretendemos que tenga uno de esos acentos ingleses impecables, claro está. Pero hay un término medio que siempre sirve en todas partes. Como por ejemplo el de Ronald Colman y esa gente.

—Ah.

—Y eso es justamente lo que quiero que le enseñe.

—Claro, claro.

—No sé cuáles serán sus métodos, desde luego, pero la señorita Bannister me aseguró que era usted el profesor de dicción más célebre de Londres y que había trabajado con todos los locutores de la BBC.

Aquel comentario pareció sobresaltar un tanto a Eggy. No es que se tragara el bastón, pero estuvo a punto.

—¿No me diga? —logró articular, después de conseguir que el bastón emergiera de nuevo a la superficie.

—Por supuesto. Me explicó que era especialmente eficaz a la hora de borrarles el acento de Lancashire. Por eso pensé que quizá fuera usted capaz de curar ese achaque de Ohio que padece el chico.

—Oh, desde luego. Veré lo que puedo hacer… Mmm… ¿Cómo se encuentra la señorita Bannister esta mañana?

Fue lo primero que dijo fuera de lugar. La señorita Brinkmeyer se puso muy tiesa

en la silla con una expresión de frialdad. No sé qué debía de tener en contra de Ann, pero era evidente que no le resultaba simpática.

—Esta mañana todavía no he visto a la señorita Bannister.

—¿No?

—Pero, en cuanto la vea, le diré un par de cositas.

—¿Y eso? ¿Ha ocurrido algo?

—Preferiría no hablar del asunto.

—Oh, comprendo.

Hubo un momento de silencio. Aquella nota discordante había dejado la conversación temporalmente concluida. La señorita Brinkmeyer estaba sentada con los brazos cruzados. Eggy chupaba el mango de su bastón.

La señorita Brinkmeyer fue la primera en romper el silencio.

—Pues bien, como le iba diciendo, no sé cuáles serán sus métodos. No tengo ni la más remota idea de cómo abordan este tipo de problemas ustedes, los expertos en la materia…

Eggy se reanimó.

—Se lo explicaré —dijo—. Existen distintos métodos y hay también diferentes escuelas de pensamiento. Cada una tiene su sistema. Yo, personalmente, prefiero empezar siempre con un buen trago de whisky escocés con soda…

—¿Cómo?

—O, mejor dicho, con dos whiskies escoceses con soda. Despierta la mente y le pone a uno de humor para la enseñanza. Así que si tuviera usted en casa whisky escocés…

—No, no tengo.

—Entonces que sea whisky de centeno —dijo Eggy, que era un hombre de recursos.

La señorita Brinkmeyer lo miró con frialdad.

—En esta casa no encontrará usted bebidas alcohólicas.

—¿De ninguna clase?

—De ninguna clase.

—¿Oh? —dijo Eggy, y supongo que eso es todo lo que se puede esperar que diga un tipo cuyos sueños y visiones acaban de sufrir un revés tal.

—El señor Brinkmeyer y yo asistimos regularmente al Templo de la Nueva Aurora.

—¿Oh? —repitió Eggy y volvió a chupar su bastón, como si pretendiera extraer de él la poca sensación refrescante que podía ofrecerle.

—Sí, me costó lo suyo convencer al señor Brinkmeyer de que se convirtiera en uno de sus fieles, pero al final lo conseguí, y ahora se encuentra bajo los auspicios de la hermana Stott.

Eggy se quitó el bastón de la boca, se enderezó y, después de aclararse la garganta, habló con voz firme y sonora.

—Se encuentra bajo los auspicios de la hermana Stott.

—Eso es lo que he dicho: se encuentra bajo los auspicios de la hermana Stott.

—¡Puedo decirlo!

—No le comprendo.

—Es estupendo, ¿no le parece?

—¿Qué le parece estupendo?

—Ser capaz de decirlo.

Eggy pareció comprender lentamente que el asunto requería una explicación.

—Estaba pensando en algo que me ocurrió ayer. Conocí a una chica que me dijo las sandeces más subversivas que he oído en mi vida. Verá usted, yo había dicho de un tirón cosas como «Tres tristes tigres comen trigo en un trigal» y «Un carro cargado de piedras va por la carretera» como si nada, y ella pretendía que me creyera que el hecho de ser capaz de decir cosas como ésas nada significaba. Me asustó un poquitín, lo admito, pero hoy veo con claridad diáfana lo engañoso de sus argumentos. Es absurdo insistir en que un individuo no está totalmente sano si es capaz de decir cosas como «tres tristes tigres comen trigo en un trigal» y «Un carro cargado de piedras va por la carretera», eso por no hablar de frases tan intrincadas y complejas como «Se encuentra bajo los uspicios de "larmana" Stott»… quiero decir los uspicios… A ver, un momento —dijo Eggy, tratando de aunar sus fuerzas—. No hay que permitirse incurrir en confusiones. Éste es un asunto perfectamente claro y bien definido. Así que, en pocas palabras, se encuentra bajo los uspicios…

Eggy se concedió una pausa. Una expresión de cierta preocupación apareció en su cara. Y, entonces, cuando estaba a punto de volver a intentarlo, su voz se fue ahogando hasta convertirse en una especie de suspiro sibilante. El bastón se deslizó entre sus débiles dedos y cayó al suelo con estrépito. Se puso muy tieso en su asiento mientras la nuez subía y bajaba lentamente. Me había pillado espiando entre las cortinas.

No podía ver la expresión de la señorita Brinkmeyer, pero es de suponer que lo miraba con aire interrogador. Con una de esas miradas de extrañeza. Su voz sonó a extrañeza.

—¿Le ocurre algo, señor Mannering?

El tono verdoso de la tez de Eggy había dado paso a una delicada blancura. Había traspasado las cortinas y estaba allí de pie, sonriéndole con simpatía. Quería que el pobre muchacho se sintiera cómodo.

—No —repuso—. Oh, no, no, gracias.

—No parece tener buen aspecto.

Eggy tragó saliva un par de veces.

—No, me encuentro perfectamente, gracias. Nunca me he sentido mejor.

Apartó sus ojos de los míos con visible esfuerzo.

—¡Si por lo menos no hiciera muecas!

—¿Muecas?

—No veo por qué tiene que hacer muecas.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada —dijo Eggy—. Es que tiene un aire malicioso y repulsivo. Los conejos de color rosa deben de ser muy diferentes, de eso estoy seguro.

La señorita Brinkmeyer empezó a tener el convencimiento de que se enfrentaba con un caso bastante grave.

—¿Quiere usted un vaso de agua?

—¿Eh? No. No, gracias.

Hubo otro silencio.

—Y, dígame —dijo Eggy—, hábleme de ese Templo. Es una idea que me atrae. La chica de la que le hablaba lo mencionó ayer y la cosa me gustó. Se trata de uno de esos centros para curas, ¿no es cierto? Pongamos el caso de un individuo, vamos a llamarlo A, que le ha estado dando un poquitín al asunto, ¿lo acogerían y lo ayudarían?

—Eso es precisamente lo que hacen.

—¿Aunque sea prácticamente un caso perdido?

—No hay caso perdido que la hermana Stott no pueda salvar.

—Creo que voy a afiliarme. Ahora ya soy casi abstemio, desde luego, pero últimamente he tenido algunos problemas con los duendecillos. Nada grave, pero molesto. ¿Dónde está ese Templo?

—En Culver City.

—¿Y es necesario que le recomienden a uno?, ¿que le apadrinen y esas cosas?

—Todos los que llegan son bienvenidos.

—Eso está bien.

—Pero ahora no tenemos tiempo para hablar de esas cosas.

—No, no, desde luego.

—Quiero que sea usted precavido con el chico.

—Oh, naturalmente.

—No le permita ni una sola tontería. En cuanto vea una oportunidad tratará de gastarle una bromita de las suyas.

—Un sinvergüenza, ¿eh?

—Sinvergüenza como el que más. Yo lo describiría como una especie de zorrillo humano con hidrofobia.

No estaba dispuesto a aguantar aquel tipo de comentarios. Crítica constructiva, de acuerdo; pero nada de insultos vulgares.

Me acerqué a ellos.

—He oído ese comentario —dije con frialdad. La señorita Brinkmeyer se volvió.

—Ah, así que estás aquí, ¿eh?

—¡Cielo santo! —exclamó Eggy—. ¿Usted también lo ve?

—Perdón, ¿cómo dice?

—¿Ve usted a ese duendecillo que está ahí de pie?

—Demonio, más bien. Ése es el niño Cooley.

—¿Ah, sí?

—Desde luego.

—¡Uf! —suspiró Eggy, abandonándose de nuevo en su asiento y secándose la frente.

La señorita Brinkmeyer me dirigió una de sus miradas desagradables.

—Llevas los rizos hechos un desastre. ¿No puedes ir bien peinado? Éste es el señor Mannering y va a tratar de resolver lo de ese acento tuyo. Di: «¿Cómo está usted, señor Mannering?».

Estaba dispuesto a satisfacerla en aquel detalle sin importancia.

—¿Cómo está usted, señor Mannering? —repetí.

—Bien —repuso Eggy—. Creo que conozco tu cuerpo astral.

—Bueno, ahora ya le ha oído hablar —dijo la señorita Brinkmeyer, poniéndose de pie—. Voy a dejarles a solas. Tengo que hablar con el cocinero. Haga cuanto esté en su mano por pulirle el acento. Y líbrele usted de ese tono nasal de Ohio, aunque tenga que usar un hacha.

Cuando la señorita Brinkmeyer se hubo marchado, Eggy estuvo un rato doblando el pañuelo y removiéndose en el asiento, como un océano agitado por el temporal. Finalmente, se guardó el pañuelo.

—¡Gracias a Dios, qué alivio! —suspiró—. Me diste un buen susto, amiguito, te lo aseguro. Tendrías que hacer algo con ese cuerpo astral que tienes, encadénalo si es preciso. Puede que no estés al corriente de esto, pero ayer se escapó para hacerme una visita y me susurró en la oreja izquierda, cosa que no sólo me sobresaltó y desanimó, sino que me puso sobre una pista totalmente falsa que me provocó una visión absolutamente equivocada del estado de cosas. Ahora ya está todo solucionado, naturalmente. Y entiendo que todo este asunto…

Yo seguía sumido en mis cavilaciones. Puesto que ya había conseguido estar a solas con él, trataba de encontrar la mejor manera de abordar el delicado asunto que me preocupaba.

—Y ahora entiendo que todo este asunto no ha sido más que un fenómeno psíquico perfectamente explicable. Un fenómeno psíquico perfectamente explicable —volvió a decir, como si repetir aquellas palabras le hiciera algún bien—. No diré que lo comprendo, porque seguramente nuestra mente no está preparada para comprender este tipo de cosas; pero supongo que es algo que ocurre continuamente y en todas partes. ¡Y esa chica que pretendía hacerme creer que estaba en las últimas! Eso demuestra que no hay que hacer el menor caso de lo que dice la gente. Lo hacen con la mejor intención del mundo, pero no dicen más que sandeces. ¿Te das cuenta de que, de no haberte conocido, nunca habría sabido que todo esto era un fenómeno psíquico perfectamente explicable y a estas alturas ya me habría convertido en un detestable abstemio? Puedes creerme. Estaba decidido. Estaba resuelto a ir a ese Templo de cómo se llame para firmar y llegar hasta el final de todo esto.

Yo seguía con mis pensamientos. Era consciente de que la situación en que me encontraba requería una buena explicación. Era imprescindible que hiciera una declaración, por supuesto, pero era algo que debía hacer de la manera adecuada.

Estaba convencido de que al final conseguiría ponerle al corriente de los hechos más significativos. Puede que Eggy sea un tipo aprensivo, pero no tiene un pelo de escéptico. Por poner sólo un ejemplo, siempre se ha creído a pies juntillas todas y cada una de las palabras que los especialistas en carreras de caballos escriben en los periódicos de la mañana. Supuse, por lo tanto, que sería un interlocutor receptivo.

Con todo, habría que pasar por los *pourparlers* preliminares.

La voz de Eggy traslucía malhumor.

—¡Menuda mema, esa chica! Vamos a suponer que es cierto que su padre vio un conejo rosa. Vamos a suponer que le pidió una cerilla. Bueno pues, ¿y qué? Ésas son cosas personales que sólo le atañen a uno. Lo que hace que un hombre vea conejos de color rosa puede que no afecte en absoluto a otro que sea más fuerte. Es una cuestión de constitución y de glándulas, así lo veo yo. Tengo una constitución inmejorable y mis glándulas son soberbias, de modo que no hay por qué preocuparse. Pero no puedo perder toda la mañana así, de cháchara, y, además, seguramente te estoy aburriendo mortalmente. Se supone que soy tu profesor de dicción. Bueno, ya he oído tu voz, amiguito, y estoy de acuerdo con el vejestorio en que hay que hacer algo al respecto. Requiere masaje o amputación, o alguna otra cosa en esa línea, ya se verá. Lo que más me preocupa son esas «oes». Has dicho «¿Cómo está usted?» como si fueras un banjo con las tripas revueltas. Vamos a empezar por arreglar eso. Repite conmigo: «Como, lomo, todo, tomo…».

Tomé una decisión. Era inútil andarse con rodeos. Había que poner las cartas sobre la mesa. Puede que más adelante fuera necesario dar ciertas explicaciones, pero lo primero que había que hacer era ir directamente a lo que el viejo Plimsoll llama la *res*.

—Escucha —le dije—. Tengo una cosa que decirte.

—Exacto. «Como, lomo, todo, tomo». Venga, chiquitín, repite conmigo: «Como, lomo, todo, tomo y sólo a los bobos robo».

No estaba dispuesto a abandonar mi propósito sólo por complacerle con bobadas como aquélla.

—Tengo que empezar por comunicarte que soy tu primo, Reggie Havershot —le anuncié.

Eggy estaba repitiendo todavía el «Como, lomo, todo, tomo» con una entonación animada y alentadora, pero mi declaración le dejó sin habla, como alcanzado por el rayo. Parpadeó varias veces.

—¿Decías algo? —me preguntó, con voz desalentada y fantasmal.

—Te decía que soy tu primo, Reggie Havershot. Así de sencillo —y, para tranquilizarle, añadí—: Mi alma se metió en el cuerpo equivocado.

Durante unos momentos reinó el silencio. Parecía estar tratando de asimilarlo. Y,

entonces, cuando pensaba que ya empezaba a captar el problema, soltó un suspiro largo y estremecedor y, con un gesto de triste resignación, se agachó para recoger su bastón y su sombrero.

—Esto es el final —dijo—. Me rindo. Si alguien preguntara por mí, estaré en el Templo de la Nueva Aurora. Dirigid las cartas a la hermana Stott.

Eggy traspasó las cortinas con la cabeza gacha.

—¡Eh! ¡Espera un momento! —grité y eché a correr tras él hasta colisionar con un cuerpo sólido.

Durante unos instantes, lo vi todo negro, pero enseguida descubrí la causa de aquel apagón. Allí estaba, con la *cabeza* hundida en un estómago humano.

Retrocedí unos pasos y alcé los ojos. Se trataba del mayordomo, en cuyo diafragma acababa de aparcarme.

15

—¡Uf! —se quejó, frotándose la contusión—. ¡Uufff!

De haber sido el individuo atento de siempre, qué duda cabe que me habría detenido para presentarle mis excusas y pésame, pues saltaba a la vista que había arremetido contra aquel hombre como un canalla. Tenía la cara de un tono malva muy acusado y sus ojillos derramaban lágrimas a discreción. Sin embargo, no tenía tiempo para formalismos civilizados con mayordomos. Quería alcanzar a Eggy y proseguir con mi declaración.

Con este propósito en mente, salí disparado hacia la puerta principal, pero descubrí que había desaparecido de mi vista. Se había marchado sin dejar ni rastro.

Así que regresé al vestíbulo con el ánimo abatido. El mayordomo seguía allí, con el aspecto de haberse repuesto ligeramente. Aquel rubor violáceo había desaparecido de su cara y había dejado de sobarse el chaleco. Estaba apoyado contra la pared y resoplaba ligeramente. Al parecer, la naturaleza y una constitución robusta le habían ayudado a superar aquel mal trance.

Le dirigí una mirada ceñuda. No podía perdonarle aquella intromisión tan poco oportuna. De no haber tropezado con él en plena carrera, habría podido proseguir mi charla con Eggy y, con ello, ampliar aquella declaración con mayor detalle, como diría el viejo Plimsoll. Debido a aquel contratiempo, lo acababa de perder. Se había evaporado, como el rocío de una rosa. Malditos mayordomos metomentodo, así es como lo veía yo.

—Señorito —dijo, al verme pasar.

Le dirigí otra mirada ceñuda. Conversar con él era lo último que me apetecía. Quería meditar.

—¿Podría hablar con usted, señorito?

Proseguí mi camino.

—Se me ha ocurrido una idea, señor. Está relacionada con el asunto que hemos estado tratando mientras desayunaba.

Seguí caminando sin detenerme.

—Se trata del asunto del dinero, señor.

Aquello me hizo parar en seco. Ninguna otra palabra lo habría conseguido. Me detuve, lo miré y escuché.

—¿Insinúa usted que se le ha ocurrido el modo de reunir un poco de capital?

—Sí, señor. Creo haber encontrado la solución a ese problema.

Lo miré con ojos como platos. No era un hombre de aspecto particularmente inteligente y, sin embargo, si había que dar crédito a sus palabras, había salido airoso donde pensadores privilegiados se habrían estrellado.

—¡No me diga!

—Sí, señor.

—¿Pretende usted decirme que, después de haberlo pensado detenidamente, ha

decidido usted prestarme aunque sólo sea una miseria?

—No, señor.

—Entonces, ¿a qué se refiere?

El mayordomo adoptó un aire misterioso. Miró a un lado, miró al otro, echó una ojeada al salón y otra a la escalera.

—Se me ha ocurrido mientras estaba limpiando la plata, señor.

—¿Qué cosa?

—Esta idea, señor. Ya he advertido en otras ocasiones que mi mente se vuelve ostensiblemente más brillante cuando limpio la plata. Es como si esos movimientos rítmicos y regulares estimularan el pensamiento. Su señoría solía decir que…

—Dejemos en paz a su señoría. ¿Cuál es esa idea?

El mayordomo volvió a las zarandajas de Sociedad Secreta. «¿Estamos solos y fuera del alcance de miradas ajenas?», parecía preguntarme con su actitud. Finalmente, bajó el tono de su voz hasta convertirlo en un susurro.

—¡La muela, señor!

No acababa de seguir su razonamiento.

—¿Qué nuera?

—Nuera, no, señor… muela, señor.

—¿Muela?

—Sí, señor. Mientras estaba limpiando la plata, la muela me ha venido a la cabeza. Me ha venido así, de sopetón.

Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Sus palabras me parecieron las de un mayordomo borracho como una cuba. Y, sin embargo, era imposible que un mayordomo estuviera borracho tan temprano. Ni siquiera Eggy lo estaba, por lo menos no muy a menudo.

—¿La muela de quién?

—La suya, señor —la inquietud se apoderó de pronto de su expresión—. Porque tiene usted la muela, ¿no es cierto?

Yo seguía sin entender.

—Ayer me quitaron la muela.

—Sí, señor. A ésa me refiero. ¿Y el dentista se la dio, señor?

—¿Qué quiere decir con eso de si me la dio? Me la quitó.

—Sí, señor. Pero cuando era un chiquillo, cada vez que me arrancaban una muela, el dentista me la daba para que la conservara con todos mis chismes. Y tenía la esperanza de que…

Negué con la cabeza.

—No. Ése no fue el ca… —me callé. Acababa de recordar algo—. Sí, pues me la dio, ¡caramba! La tengo aquí, en una cajita de cartón.

Busqué en el bolsillo y se la enseñé. El mayordomo soltó un extasiado «¡Ah!».

—Entonces todo va bien, señor —dijo, con alivio, como un mayordomo que se acaba de quitar un peso de encima.

Seguía sin entender palabra.

—¿Porqué?

Se convirtió de nuevo en la Mano Negra. Miró a derecha y a izquierda. Echó una ojeada aquí y otra allá. Luego bajó el tono de su voz hasta convertirlo en un susurro inaudible.

—¡Hable más alto! —le ordené con sequedad.

Entonces se agachó y me habló al oído.

—¡En esa muela hay oro!

—¿Oro? Querrá usted decir un empaste.

—Dinero, señor.

—¿Qué?

—Sí, señor. Eso es lo que se me ha ocurrido de pronto mientras estaba limpiando la plata. Mi mente era árida cual desierto, como quien dice y, al cabo de un momento, ya había caído. Precisamente estaba sacando brillo a la copa que el señor Brinkmeyer ganó en el Torneo Anual de Golf de los Magnates del Mundo del Cine y se me ha caído de las manos. «¡Qué me trinchen las tripas!», me he dicho…

—¿Cómo?

—«¡Que me trinchen las tripas!», señor. Era la expresión favorita de su señoría en los momentos de emoción. «¡Que me trinchen las tripas!», he dicho. «¡La muela!».

—¿Y qué quería decir con eso?

—¡Reflexione, señor, reflexione! Piense en el lugar que ocupa en el corazón de la gente. Es usted el ídolo de las Madres Estadounidenses. Y los admiradores sienten un deseo incontenible de poseer algo que haya pertenecido a sus ídolos, eso se lo puedo asegurar. He visto cómo importantes sumas de dinero cambiaban de manos sólo por uno de los botones del pantalón de Fred Astaire, sumas muy importantes. Y convendrá usted conmigo en que no se puede comparar el encanto de un botón de pantalón con el de una muela.

Me estremecí. Por fin había captado su idea.

—¿De modo que cree que podría vender esa muela?

—Por dinero contante y sonante, señor, por dinero contante y sonante.

Me estremecí de nuevo. Aquel hombre había conseguido sofocarme.

—¿Y quién la compraría?

—Cualquiera, señor. Cualquiera de esos grandes coleccionistas. Pero eso requerirá su tiempo. Yo había pensado más bien en contactar con una de esas revistas de cine. *Screen Beautiful* es la primera que se me ocurre. ¡No me sorprendería que le dieran dos mil dólares por ella!

—¿Qué?

—Como lo oye, señor, y ellos recuperarán doce veces esa cantidad.

—¡No me diga!

—Desde luego, señor. Seguramente, organizarán un concurso entre sus lectores y, a cambio de un dólar por participar, el vencedor se llevará la muela de Cooley por

hacer cualquier cosa que se les ocurra; como por ejemplo nombrar en el orden correcto a las doce estrellas de cine más populares, o algo por el estilo.

La cabeza me hervía. Me sentía como si acabara de apostar por un caballo desconocido en el Grand National y en ese momento lo estuviera viendo salvar el último obstáculo con tres cuerpos de ventaja.

—¿Dos mil dólares?

—Incluso más, señor. Con un buen agente, hasta cinco mil.

—¿Y conoce usted a algún buen agente?

—Si no le importa a usted, señor, yo podría encargarme del asunto en su nombre.

—¿Lo haría?

—Hacerlo me llenaría de orgullo y satisfacción, señor. A cambio de la comisión habitual, claro está.

—¿Y a cuánto ascendería eso?

—Al cincuenta por ciento, señor.

—¿Al cincuenta? Conozco a un escritor que tiene un agente que le vende lo que sea por el diez por ciento.

—Producciones literarias sí, señor; pero no muelas. Las muelas se cotizan mucho más.

—El cincuenta es demasiado. ¡Es mi muela, caramba!

—Pero usted no está en situación de negociar.

—Ya lo sé, pero…

—Necesita a alguien que sepa hablar de negocios.

—¿Y usted sabe hablar de negocios?

El mayordomo se echó a reír de un modo condescendiente.

—No me preguntaría usted si me hubiera visto negociando mi comisión con los tenderos del barrio, señor.

Me quedé pensativo. La conversación habría llegado a un punto muerto si él no se hubiera decidido a intervenir.

—Muy bien, señor, vamos a dejarnos de regateos. ¿Digamos un veinte por ciento?

Aquello me pareció más razonable.

—De acuerdo.

—Con un veinte por ciento por la transacción no me voy a hacer rico, pero será como usted dice. Debería usted entregarme la caja y quizás unas líneas de su puño y letra que garanticen su autenticidad. Últimamente, esos directores de revistas de nadie se fían, sobre todo desde que estafaron a los de *Film Pandes* con una supuesta camiseta de Clark Cable que luego resultó ser falsa. Aquí tengo la pluma, señor. Si fuera usted tan amable de escribir cuatro palabras en la tapa.

—¿Algo así como: «Muela auténtica de J. Cooley. La única genuina»?

—Eso serviría admirablemente, señor. Muchas gracias, señor, muchas gracias. La llevaré a la redacción de la revista tan pronto como haya terminado el almuerzo.

Hasta entonces, mucho me temo que los deberes de mi cargo me obligarán a permanecer confinado en este edificio.

16

Unas horas más tarde, me paseaba junto a la piscina tarareando una alegre melodía. El almuerzo había terminado. Y con él mis problemas. El futuro, antaño oscuro, se me *aparecía* en ese momento bañado en un dorado resplandor.

La celeridad y eficacia que había demostrado aquel excelente mayordomo al hacerse cargo de mis asuntos bastaba para convencerme de que no podría haberlos dejado en mejores manos. Cualquiera diría que se había dedicado a vender muelas toda su vida. Había telefoneado ya a *Screen Beautiful* para concertar una cita y para advertirles que la suma que se acordara debería pagarse en billetes pequeños y luego se había marchado inmediatamente a la redacción para cerrar el trato.

Había tenido que contentarme con un almuerzo lamentable, en el que el motivo de las espinacas se había repetido en infinitas variaciones hasta el absurdo, pero, a pesar del vacío que notaba con dolor dentro de mí, me sentía como nuevo. Era todo felicidad y optimismo. Aunque aquel mayordomo resultara ser un vendedor menos persuasivo de lo que me había imaginado y sólo consiguiera sacarles un par de miles, sería más que suficiente para mi propósito. Y había algo en aquella cara serena y resuelta y en su manera de conducirse tranquila y segura de sí que me decía que conseguiría la cantidad máxima.

Y, como iba diciendo, estaba yo tarareando una alegre melodía, y así habría seguido tarareándola largo tiempo, de no haberme llamado la atención una especie de silbido intermitente que parecía proceder de un grupo de arbustos que se alzaban al otro lado del césped. Al principio pensé que se trataba de algún pajarillo local dedicado a sus tareas, pero al cabo de un momento me llegó la voz de una mujer.

—¡Eh! ¡Joseph!

Era la voz de Ann, así que me acerqué a ver qué quería.

El arbusto era tan tupido, que al principio no la vi. Pero enseguida se me apareció su cara y advertí que, al igual que el mayordomo unas horas antes, mostraba una expresión conspiradora. Tenía un ojo cerrado en un guiño muy significativo y un dedo pegado a sus labios.

Además fruncía la nariz como si quisiera prevenirme de algo y, cuando habló, lo hizo en un susurro convulso.

—¡Shhhh! —hizo.

—¿Eh?

—¡Silencio y sigilo!

—¿Cómo?

—¿Dónde está la señorita Brinkmeyer?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Aquí se está cociendo algo, jovencito. Habla en voz baja, que hasta las paredes tienen oídos. Te he traído un pastel de cerdo.

—¿Qué?

Creo que no me he sentido más conmovido en mi vida. En ese preciso instante, toda la devoción que profesaba a April June pareció transferirse de golpe a aquella chica que estaba delante de mí. Tuve la impresión de descubrir lo más recóndito de su ser por primera vez. Le hablé con voz temblorosa.

—¿Lo tienes ahí?

—Está en casa.

—¿Y de qué tamaño es?

—De los grandes.

—¡Cielos!

—No tan alto. ¿Estás seguro de que la señorita Brinkmeyer no anda por ahí?

—No la he visto.

—Estoy segura de que va a asomarse… ¡Mírala!

Procedente de la casa, me llegó el sonido de una voz áspera y, al volverme, vi a la maldición del barrio asomada a una de las ventanas del primer piso. Me miraba de un modo ofensivo e interrogador.

—¿Qué haces ahí? —me preguntó, con el tono del que está convencido de que, fuera lo que fuese lo que estuviera haciendo, era algo que no debía hacerse. Incluso a esa distancia, uno notaba enseguida su falta de fe y confianza.

El momento requería una mente hábil y pragmática.

—Estoy observando a un escarabajo.

—¿A un qué?

—Que hay un escarabajo y lo estoy observando.

—No voy a permitir que traigas escarabajos a casa.

Enarqué las cejas. Toda una pérdida de tiempo, desde luego, teniendo en cuenta la distancia.

—No tengo intención de llevármelo a casa. Sólo observo sus costumbres.

—Si sólo es eso, procura no volver hecho una porquería.

Desapareció, y Ann volvió a asomar la cabeza cual ninfa de los bosques.

—¿Lo ves? Vigilan el menor movimiento. Entregarte un pastel de cerdo, amiguito, es como tratar de hacer llegar un despacho al otro lado de las líneas enemigas. Te iba a proponer que te escondieras aquí y esperaras mi regreso, pero no me parece prudente. Había olvidado que podría vernos desde la ventana de su dormitorio. Te diré lo que vamos a hacer. Tú aléjate paseando, como si nada y, cuando llegues a la caseta, te metes dentro. Me reuniré contigo allí.

Como es de suponer, me alejé del lugar con una tristeza considerable. Cada minuto que me separaba de aquel pastel se me antojaba horas. Me encaminé contrariado a la caseta.

Al llegar, me encontré con el jardinero, que estaba pasando la fregona.

—Buenas tardes, señorito —me saludó.

La pureza de su pronunciación me dejó gratamente sorprendido, porque parecía japonés y yo me esperaba algo parecido al ruido que hace un búfalo al sacar la pata

de una ciénaga. Fuera como fuese, no tenía tiempo de entrar en aquel tipo de consideraciones, pues lo que quería era que despejara el lugar con la mayor premura.

—¿Le falta mucho? —le pregunté.

—¿Le apetece sentarse en la caseta, señor?

—Sí.

—En ese caso ya he terminado. Creo que ya está.

El jardinero hizo un par de pasadas más con la fregona y salió. Al pasar junto a mí, vi que era bizco y que tenía una verruga en la nariz, y enseguida supe que se trataba del hombre del que Joey Cooley me había hablado. De pronto me entraron ganas de hablar con él del asunto de los lagartos cornudos. La ventana a la que se acababa de asomar la señorita Brinkmeyer estaba separada de mi dormitorio únicamente por otra ventana, la tercera empezando por la derecha, de modo que entonces ya sabía a dónde tenía que ir para que los lagartos cornudos demostraran al máximo su eficacia. Además, después de haberse entrometido de aquel modo y de echar por tierra mis planes, se merecía que le dieran una buena lección.

Con todo, traté de resistir aquella tentación y me metí en la caseta. Al poco se presentó Ann.

Al verla me puse de pie de un brinco lleno de entusiasmo, pero mis sueños no iban a hacerse realidad tan deprisa. Lo único que me traía era lo que la señorita Brinkmeyer habría descrito como un ramillete de rosas. Lo miré sombrío.

—Lo siento —se excusó Ann, al reparar en mi desengaño y advertir inmediatamente *su* causa—. Tendrás que esperar un poquito. Cuando me disponía a salir del vestíbulo, la señorita Brinkmeyer bajaba por la escalera, así que he tenido que esconder el pastel a toda prisa dentro de un jarrón oriental. Lo iré a rescatar tan pronto como no haya moros en la costa, de modo que no pongas esa cara.

Traté de no poner esa cara, pero el desengaño había sido muy fuerte y me resultaba difícil ocultarlo tras una máscara.

—Y, además, te he traído una cosa que te va a hacer reír —me anunció—. ¿Ves estas rosas? ¿A que no adivinas quién te las ha enviado?

Me encogí de hombros malhumorado. Me importaba un bledo quién las hubiera enviado. Aquellas rosas, como sustituías del pastel de cerdo, me dejaban totalmente indiferente.

—¿Quién?

—April June.

Salí de mi estado de letargo como si me despojara de una prenda liviana.

—¿Qué?

—Sabía que te haría una gracia tremenda.

No me había hecho una gracia tremenda en absoluto. Había enfocado la cuestión desde el ángulo equivocado. Aquello me emocionó en lo más profundo. Sólo de pensar que April June había sido capaz de encontrar un hueco en el ajetreo de su atareadísima existencia para enviar flores a un niño doliente —medianamente

doliente— me conmovía. Incluso consiguió hacerme olvidar el hambre que me estaba consumiendo.

Había algo tan bello y característico en la gentileza de aquel gesto… El tierno corazón de April June había funcionado totalmente de acuerdo con el libro de ceremonias. Sentí renacer en mí la antigua devoción que sentía por ella.

—Sí, te ha mandado rosas. La conciencia, supongo.

—¿La conciencia? —le pregunté con frialdad, porque había hablado con un tono burlón y desagradable que no me gustaba. De pronto me di cuenta de que la estaba mirando con desconfianza. Sentí que toda la admiración que había despertado en mí al ofrecerme aquel pastel de cerdo empezaba a desmoronarse, y pensé que quizá me hubiera equivocado al juzgar lo más recóndito de su ser. En ese momento la veía como una chica superficial—. ¿La conciencia? —repetí—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Me imagino que pensó que te debía algo, después de entrometerse en tu gran escena como lo hizo y tratar de robarte publicidad de aquel modo. No sé para qué necesitará un agente de publicidad, esa mujer. No hay nadie en el gremio capaz de enseñarle un truco nuevo que la sitúe siempre bajo el foco de atención.

Ann se echó a reír.

—¿Es que nadie te lo ha contado? Ayer, mientras estabas bajo los efectos del gas, de pronto la puerta se abrió de par en par y April June entró avasallando. «¿Dónde está mi pequeño colega?», preguntaba, frotándose las manos con crispación y haciendo una escena de las suyas. «Quiero ver a mi pequeño compañero»… y, mientras lo decía, dirigió una mirada de lo más estudiada a los chicos de la prensa, que se apresuraron a sacarle instantáneas en seis posturas diferentes, incluyendo una en la que se inclinaba sobre ti para besar tu frente inanimada. Pero, por fin, alguien consiguió sacarla de allí sin prisas, hecha un mar de lágrimas. ¡Ésa miente más que habla!

Volví a dirigirle otra mirada glacial. A pesar de que la expresión que acababa de utilizar era totalmente nueva para mí, su significado era fácil de deducir. Aquel tono burlón y ofensivo me irritaba de un modo insoportable.

—Considero su comportamiento de lo más angelical —dije.

—¿Qué?

—Naturalmente. No hay otra palabra para describirlo. ¿Cuántas chicas en su situación se habrían tomado la molestia de hacer un hueco en su agenda para besar frentes?

Se me quedó mirando boquiabierta.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No.

—¿Pretendes decirme que April June no te parece una pelmaza?

La primera vez que había oído aquella monstruosa palabra aplicada a la mujer a la que amaba —en boca de Joey Cooley, mientras leía el *National Geographic*

Magazine— recuerdo que acabé por tragarme mi enfado para hacer las paces. Sin embargo, esta vez no estaba de humor para pasar por alto aquella calumnia.

—Ya he aguantado lo suficiente —dije—. O dejas de hablar despectivamente de esa divina mujer, o vas a tener que alejarte de mi lado.

Saltaba a la vista que estaba molesta. Un rubor repentino se apoderó de sus mejillas. Se notaba enseguida que algo la reconcomía, pero no la vergüenza y el remordimiento, sino la rabia.

—¿Ah, sí? —dijo—. Muy bien, si eso es lo que quieres… De acuerdo. Adiós.

—Adiós.

—Y ahora te vas a quedar sin pastel de cerdo. Sí, señor, ni siquiera vas a olerlo.

Tengo que reconocer que vacilé. Aquélla era toda una acometida. Pero resistí con firmeza y le dije adiós con la mano con indiferencia… por lo menos, con toda la indiferencia de la que fui capaz.

—Eso es asunto tuyo —repuse, con cautela.

Ann se detuvo en el umbral. Su actitud delataba su indecisión. Por lo visto, su parte buena todavía no había muerto por completo.

No me digné dirigirle la palabra.

—Sabes perfectamente que te parece una pelmaza. Si me los has dicho tú.

—Preferiría no hablar del asunto.

—Muy bien, como quieras.

Ann se marchó y yo me quedé allí sentado, meditando. Mis pensamientos eran muy amargos. Entonces, como tenía tiempo para concentrar toda mi atención en aquel asunto una vez más, caí en la cuenta de lo mucho que significaba para mí aquel pastel de cerdo. Todos mis actos giraban en torno de él. Y el hecho de saber que April June nunca se enteraría del sacrificio que había hecho por ella me dolía como una mordedura de serpiente.

Me levanté y me fui a dar un paseo bajo el sol de la tarde, apretándome previamente el cinturón con la esperanza de aplacar el dolor que me atormentaba. Eché a caminar al azar, demasiado absorto para darme cuenta de dónde pisaba, hasta que, de pronto, una inusitada blandura en el terreno me hizo bajar la vista y entonces vi que me había desviado del camino y que me encontraba en una franja de tierra sembrada, al otro lado de la cual había un muro bajo que rodeaba la propiedad de los Brinkmeyer, y me hallaba a punto de volver sobre mis pasos —pues estaba convencido de que en aquella casa le caía a uno un castigo inimaginable por pisar parterres de flores— cuando de pronto me quedé paralizado al ver una cabeza. Se había asomado sin avisar por detrás del muro y había gritado: «¡Oah!». Fue una aparición tan inesperada que me quedé boquiabierto, con los ojos fijos en ella.

Era una cabeza pelirroja, redonda y de orejas protuberantes, que recordaba esos jarrones antiguos con asas a ambos lados y pertenecía a un chico de aspecto vigoroso, de ojos verdes y cara cubierta de pecas. Me miraba con una hostilidad sin ambages.

—¡Bah! —exclamó.

El individuo me era totalmente desconocido. Por otra parte, eso nada tenía de particular, pues en aquella nueva vida mía, prácticamente todo el mundo me resultaba desconocido. Supuse que Joey Cooley debía de conocerlo muy bien. A juzgar por su aspecto y por el tono de su voz, deduje que debía de tratarse de alguien que había sufrido las ofensas verbales o físicas de mi predecesor.

Mi silencio pareció incitarle a adoptar nuevas técnicas de ataque.

—¡Bah! —repitió—. ¡Si es el pequeño lord Fauntleroy!

Noté que me estaba enfadando. Al principio, aquella especie de burbuja humana me había dejado indiferente, pero en ese momento empezaba a sentir que dentro de mí iba tomando cuerpo el convencimiento de que lo que necesitaba aquel chaval era un buen puñetazo en la mandíbula. El epíteto «pequeño lord Fauntleroy» había conseguido atravesar mi armadura y hacer diana. Desde que había recobrado el conocimiento en la silla de B. K. Burwash, aquellos rizos de oro eran mi cruz secreta. Y estaba tan furioso que estoy seguro de que habrían saltado al otro lado del muro para luchar contra él con dientes y uñas si no me hubiera parado en seco la contemplación de aquella manita tan pésima y poco apta que ya me había tenido deprimido a primera hora de la mañana. Tratar de atizar a alguien un directo a la mandíbula con un puño como aquél habría sido perder el tiempo. Con un suspiro, acepté que una batalla con todas las de la ley quedaba totalmente descartada.

Me vi obligado a echar mano de las palabras.

—¡Bah! —exclamé, sabiendo que no existían derechos de autor que impidieran el uso de aquella exclamación tan efectiva. No era una salida extremadamente brillante, desde luego, pero por lo menos era algo.

—¡Bah! —repuso.

—¡Bah! —ataqué de nuevo, rápido como una centella.

—¡Bah! —replicó—. ¡Mariquita! ¡Gallina! ¡Zampabollos!

Empecé a temer que me iba a ganar por puntos.

—¡Ricitos de oro! ¡Pareces una nena!

De pronto, me vino a la memoria una feliz expresión con la que Barmy Fotheringay-Phipps, del Club Los Zánganos, había obsequiado a Oofy Presser en mi presencia, cuando este último se negó a prestarle diez chelines hasta el miércoles siguiente. Según recordaba, aquello había puesto a Oofy hecho una furia.

—Pareces un perro con pecas —le dije.

Fue un golpe acertado. El chico dio un respingo y su cara pasó a un tono bermellón. Me imagino que a todo individuo profusamente pecoso le disgusta que le recuerden lo profusamente pecoso que es.

—¡Ven aquí! —me ordenó—. ¡Te desafío!

No respondí. Me palpé el brazo para ver si, a pesar de todo, podía intentar hacer algo al respecto. Sin embargo, el antebrazo era como una cerilla y el bíceps se confundía con un grano. Nada que hacer.

—¡Te desafío! ¡Te desafío y te desafío!

Sin saber cómo, se me ocurrió la solución, así, de sopetón. Ya les he dicho que estaba pisando un parterre de flores. Y, si mis ojos no me engañaban, en ese parterre reinaba un arbolito, en el que el prodigioso sol californiano había hecho crecer gran cantidad de naranjas duras y al alcance de mi mano. Aquello alteraba por completo el estado de cosas. ¡Dilo con naranjas! Precisamente lo que me hacía falta.

Arrancar una y hacerla volar fue para mí cosa de instante. Y podéis imaginar mi satisfacción al descubrir que Joey Cooley, a pesar de lo limitado de su capacidad física, era un lanzador de naranjas de primera. David no habría demostrado mejor puntería en su enfado con Goliat. Mi misil hizo diana en la punta de la nariz del individuo y, antes de que hubiera tenido tiempo de reponerse del susto y disgusto naturales, le había alcanzado de nuevo nada menos que tres veces: una en el ojo izquierdo, otra en el ojo derecho y la última en la barbilla, en el orden indicado. Una vez hecho esto, arranqué más naranjas y reanudé la ofensiva.

Fue cosa de niños. Era la historia de siempre: el cerebro manda. El salvaje sin instrucción brinca de aquí para allá, profiriendo amenazas a gritos y exigiendo la batalla sucia de un cuerpo a cuerpo, mientras que el astuto vástago de una raza de muchas más luces se limita a mantener las distancias, le ataca con su artillería de largo alcance y lo hace quedar como un asno.

Aquel mozuelo pelirrojo quedó mucho peor que un asno. Soportó con estoicismo otra media docena de naranjas y finalmente decidió reconocer la superioridad de mis dotes de mando. Cuando se dio a la fuga, con un último esfuerzo, conseguí darle en el cogote.

Fue el último esfuerzo porque, cuando me estaba preparando ya para un nuevo lanzamiento, una mano de hierro me agarró del brazo y me vi revoloteando en el aire como una de esas moscas artificiales para pescar truchas.

—¡Por el amor de Dios! —se quejó la señorita Brinkmeyer, sin la menor compasión—. ¿Es que no puedo quitarte los ojos de encima ni un minuto sin que hagas otra de tus barbaridades? Has destrozado mi naranjo.

No me quedaba resuello suficiente para emplearme en una defensa digna, y no creo que me oyera cuando le hice un comentario acerca de la necesidad militar. La señorita Brinkmeyer me llevó a casa a rastras.

—¡Y ahora mismo te vas derechito a tu habitación! —me ordenó, entre otros muchos comentarios de naturaleza ofensiva—. ¡Y que no te pille yo saliendo hasta que llegue la hora de ir al estudio!

No podía dejar de considerar pobre la acogida a mi regreso al hogar después de haberme conducido con notable destreza y de haber conseguido una victoria tan memorable, pero nada iba a conseguir con discutir el asunto. Era evidente que no iba a encontrar en ella a una buena oyente. Por consiguiente, le permití que me escoltara hasta mi habitación y luego se marchó sin olvidarse de cerrar de un portazo. Me tumbé en la cama y me abandoné a mis pensamientos.

Me puse a especular sobre la posible identidad del individuo pecoso y me

pregunté cuál sería la causa de aquella patente aversión por Joey Cooley. Conociendo a Joey Cooley, supuse que aquel caso de sarampión debía de tener por fuerza sus buenas razones, pero de todos modos me alegré de haber puesto los puntos sobre las íes. Mi orgullo estaba en entredicho. Hay ciertos comentarios que no se deben tolerar y, cuando uno se ha visto obligado a asumir la identidad de un niñato con ricitos de oro, «pequeño lord Fauntleroy» es uno de ellos.

Con todo, apenas si tuve tiempo de revivir aquella escena tan reciente y saborear la magnitud de mi proeza. De improviso, como si alguien hubiera presionado un botón, aquel acuciante deseo de comida se impuso una vez más.

Estaba todavía luchando contra él cuando oí pasos en el corredor y Ann entró en mi dormitorio.

—¡Aquí lo tienes, mentecato! —me dijo—. No he podido ser tan cruel como para no dártelo.

Ann deslizó algo en mi mano. Era un pastel de cerdo, enorme y suculento.

Me dejó sin habla. En esos momentos tan memorables las palabras sobran. Así pues, me llevé aquella cosa a los labios y le hinqué los dientes.

Y todavía tenía los dientes clavados en él cuando la puerta se abrió de par en par y la señorita Brinkmeyer apareció en el umbral con el aspecto de lady Macbeth en el peor de sus momentos.

—¡Lo que me sospechaba! —exclamó—. Sabía que le estaban pasando comida de contrabando y siempre pensé que tenía que ser usted. ¡Señorita Bannister, queda usted despedida!

Me enfrentaba a un dilema. Dos alternativas se presentaban ante mí. Podía dejar de comer y emplearme a fondo en la defensa de Ann con toda la elocuencia de la que era capaz, o seguir aplicado a la tarea, para devorar cuanto pudiera antes de que me arrebataran el pastel de las manos.

Opté por el camino más noble. Supliqué.

De nada sirvió, naturalmente. Habría sido mucho mejor permanecer calladito y dedicar todas mis energías a lo mío cuando todavía estaba a tiempo. El veredicto ya estaba dictado y no había apelación posible. Mi benefactora acababa de ganarse el despido por haberse comportado con la mejor y más amable de las intenciones.

Se me ordenó que me callara la boca. Se me zarandeó. Se me despasteló. Ann desapareció por el foro. La Brinkmeyer desapareció por el loro. Me quedé solo.

Con un taco malhumorado, empecé a pasearme arriba y abajo. Aquello me llevó junto a la ventana. Al estar junto a la ventana, me asomé. Y allí, arremetiendo a tijeretazos contra un arbusto que crecía al lado del edificio anexo, vi al jardinero bizco con la verruga en la nariz.

Me detuve, tieso como un palo. Verle había abierto una nueva perspectiva a mis pensamientos.

Al poco rato me encontraba ya en el tejado del edificio anexo y llamaba su atención con un cauto «¡Oiga!».

17

La nueva línea de pensamiento que aquel jardinero bizco con verruga acababa de abrir era, en pocas palabras, la siguiente. Contaba con la palabra de Joey Cooley de que aquel individuo sin tacha tenía lagartos cornudos mexicanos en su poder y que estaba dispuesto a proporcionármelos, gratis y sin ningún tipo de incremento por el servicio, siempre que su destino fuera la cama de la señorita Brinkmeyer. Y lo que me había venido a la cabeza de improviso, como suele ocurrir con esta clase de ideas, era que ya no había motivo alguno que me impidiera disponer de sus servicios.

Era indudable que la señorita Brinkmeyer necesitaba un lagarto cornudo en la cama con urgencia. Si alguna vez una mujer lo ha pedido a gritos, ésa era ella. Y en ese momento me daba cuenta de que el único obstáculo que me impedía asignarle uno —el temor a posibles consecuencias desastrosas y a un amargo ajuste de cuentas— se había desmoronado. Estaba en situación de descartar por completo aquella posibilidad, porque cuando estallara la tormenta yo estaría muy lejos. Tan pronto como regresara el mayordomo y me pasara los fondos, me ausentaría sin pérdida de tiempo. Por consiguiente, cuando la dama entrara en contacto con el reptil y agarrara el cepillo del pelo a toda prisa para ir a presentarme sus respetos, la señorita Brinkmeyer se encontraría con que la habitación estaba vacía y la cama por deshacer.

Así pues, me situé de un brinco en el tejado del edificio anexo y grite «¡Oiga!», hasta que el educado jardinero se acercó para desentrañar la naturaleza de mis deseos.

Descubrí que tumbado boca abajo y tensando el cuello al máximo podía mantener una conversación en un prudente susurro.

Fui directamente al grano. No tenía tiempo para andarme por las ramas.

—Oiga —le dije—. Quiero un lagarto cornudo.

Aquello pareció despertar su interés.

—¿Para el propósito de costumbre?

—Sí.

—¿Entrega urgente?

—Inmediata.

El jardinero suspiró.

—Siento tener que decirle que en este momento no dispongo de lagartos cornudos.

—¡Oh, vaya!

—Pero podría proporcionarle ranas —dijo, con un tono más esperanzado.

Estudié la proposición.

—Bueno, con las ranas ya me las arreglaré, siempre que sean escurridizas.

—Las que tengo son muy escurridizas. Si se espera un momento, iré a buscarlas enseguida.

El jardinero se esfumó, para volver al poco rato con una cesta cubierta, que me entregó diciéndome que me estaría muy agradecido si tenía la amabilidad de

devolvérsela cuando hubiera terminado, pues se trataba de la cesta que uno de sus colegas utilizaba para guardar el almuerzo. Después de tranquilizarle sobre ese punto, salí como una flecha para preparar lo necesario.

El descubrimiento del traje de gala de la señorita Brinkmeyer encima de la cama, listo parta ser lucido en la juerga de la tarde, me sugirió un ligero cambio de planes. Coloqué una rana en cada uno de dos zapatos y distribuí las restantes entre las diferentes prendas de lencería. Pensé que el efecto moral de aquel gesto seria mucho más espectacular que si me limitaba a colocarlas en las sábanas.

El jardinero me estaba esperando cuando volví a salir al tejado. Me dijo que confiaba en que todo hubiera salido bien y, una vez más, me sorprendió la pureza de su dicción, que tan mal casaba con aquel aspecto de japonés.

—Habla usted el inglés extraordinariamente bien —le dije. Pareció agradecer el halago.

—Es muy amable de su parte, sin duda —repuso, esbozando una sonrisa bobalicona—. Sin embargo, tengo la impresión de que se ha dejado usted guiar por un ligero error de percepción. Probablemente, el maquillaje le ha inducido a usted a suponer que soy de origen extranjero, lo cual no es el caso.

—Entonces, ¿no es usted japonés?

—Sólo externamente. Me presenté aquí con este tosco disfraz con la esperanza de atraer la atención del señor Brinkmeyer. Una vez en la casa, siempre cabe la posibilidad de que el ojo del amo repare en uno, ¿sabe usted? La productora B-M tiene previsto el rodaje de una película sobre japoneses y espero que me den algún papelito.

—Oh, entiendo —llevaba en Hollywood el tiempo suficiente para saber que hay muy pocas cosas que son lo que parecen—. ¿De modo que es usted actor?

—Hago siempre papeles de carácter. Y espero que se presente la ocasión que me permita improvisar alguna pequeña escena capaz de impresionar al señor Brinkmeyer. Pero me he dado cuenta un poco tarde de que habría sido mucho mejor formar parte del personal de la casa. Ellos siempre tienen un contacto mucho más íntimo con el señor Brinkmeyer. Envidio especialmente a Chaffinch.

—¿Chaffinch?

—El mayordomo. Ocupa un puesto envidiable.

—Pero ¿no será actor?

—Oh, sí, sí, por supuesto. Prácticamente todos los empleados domésticos de los grandes magnates del cine son actores de carácter. Es la única manera de acercarse a ellos. Es inútil acudir a las oficinas de contratación de actores. Se limitan a tomar nota del nombre de uno y si te he visto no me acuerdo. Ése es el problema que tiene Hollywood. El sistema no funciona.

Aquello me dejó pasmado.

—¡Vaya! ¡Pues, caramba, sí me ha engañado!

—Me lo suponía.

—Habría jurado que era auténtico. Con esa tripa y esos ojos protuberantes…

—Sí, da muy bien el personaje.

—Y luego se refería a cuando había servido a su señoría y todo eso.

—Eso es saber crear el ambiente. Es un artista redomado.

—Bueno, pues… ¡Cielos! —exclamé de pronto. Se me acababa de ocurrir una idea espantosa—. Tenga la cesta. Tengo que hacer una llamada.

Salí disparado y bajé corriendo a la cabina telefónica del vestíbulo.

No era momento para ponerse a pensar qué excusa daría a la señorita Brinkmeyer si me pillaba usando el aparato. Estaba de lo más inquieto y les diré por qué.

Al confiar al tal Chaffinch las negociaciones relacionadas con mi muela, toda mi estrategia había partido del convencimiento de que aquel hombre era el mayordomo que aseguraba ser. La honradez de los mayordomos es proverbial. No hay gremio que merezca mayor confianza. El auténtico mayordomo moriría antes que permitirse incurrir en algo que pudiera describirse, aunque sólo fuera remotamente, como un asunto turbio.

Por otra parte mi relación con actores de segunda fila había arraigado en mí la convicción de que son gente de poco fiar. Puede que tenga mis prejuicios y permita que mi opinión se vea influida por un incidente que tuvo lugar durante mis tiempos de universitario, cuando uno de los actores de una compañía que representaba *His Forgotten Bride* de pueblo en pueblo me dio un sablazo de cinco libras, en una taberna de Newmarket, en un juego que él llamaba «Los monarcas persas»; pero eso es lo que pienso. Desde ese episodio me repito a mí mismo: «Reginald, aléjate de los actores. Son gente sin escrúpulos».

Así que, mientras buscaba el número de teléfono de *Screen Beautiful* en el listín, me asaltaron innumerables temores. Por primera vez, como si me hubieran atizado un golpe con una anguila disecada, caí en la cuenta de que si la redacción de aquella condenada *Screen Beautiful* se encontraba a una distancia razonable de casa, Chaffinch había tenido ya tiempo sobrado para estar de regreso con la misión cumplida. Le había visto salir justo después del almuerzo y ya eran más de las cuatro.

Además, no se había marchado andando. Le había visto coger un taxi con mis propios ojos.

Encontré el número y, si las circunstancias hubieran sido otras, me habría sentido halagado al ver el respeto que despertaba mi nombre en la centralita. Pero, desgraciadamente, las circunstancias eran ésas y no otras. No necesitaba respeto, sino que me tranquilizaran.

Pero de tranquilidad, nada. Transcurridos dos minutos, habían descargado sobre mí un golpe tremendo y me enteraba de que había ocurrido lo peor. El editor en persona me informó de que había entregado a mi agente cinco mil dólares en billetes pequeños hacía más de hora y media. Y cuando conseguí dominar mi voz, que mostraba una acusada tendencia a fluctuar en el registro, le pregunté cuánto tiempo se tardaba en regresar a bordo de un taxi y repuso que diez minutos.

Fue entonces cuando colgué el auricular, cortando en seco no sé qué tonterías sobre reportajes fotográficos y declaraciones personales.

No cabía error posible. Los hechos hablaban por sí solos. Se había aprovechado de mi ingenuidad. Al confiar ciegamente en aquel condenado Chaffinch, había caído en la trampa y me había timado. Podía estar seguro de que, a aquellas alturas, ese sinvergüenza disfrazado de mayordomo ya debía de viajar rumbo al este con el botín metido en el bolsillo de sus tejanos, seguro de que nadie iba a darle alcance.

Decididamente, aquella cabina telefónica no me traía buena suerte. Sólo había entrado en ella un par de veces y en las dos ocasiones había salido aturdido. La primera vez había salido de ella presa de la angustia, y en ese momento volvía a salir presa de la angustia. Saber que no iba a disponer de fondos y que tendría que abandonar mis sueños de huir a un mundo más libre y sin horizontes me indujo a caminar haciendo eses, como Eggy en el día de su cumpleaños.

Poco a poco, una nueva preocupación fue abriéndose paso en mi mente. Confiado en la locura de que podría ahuecar el ala de la zona de peligro inmediatamente, había abarrotado de ranas el dormitorio de la señorita Brinkmeyer.

No perdí el tiempo con lamentaciones inútiles. Había bajado la escalera a todo correr, pero la subí como una exhalación. Si no conseguía localizar las ranas y me espabilaba en sacarlas de allí, me asustaba sólo de pensar en las consecuencias que podía acarrear todo aquello. La cosa estaba muy clara. Tenía que encontrarlas antes de que la señorita Brinkmeyer las descubriera o me caería encima una buena tormenta.

No sé si habrán intentado cazar ranas alguna vez. Se trata de una de las modalidades de caza más difíciles. Coger escaramujos… fácil. Nueces en mayo… cosa de niños. Pero localizar y reunir a un pelotón de ranitas jóvenes y vivarachas, con el tiempo que se le echa a uno encima, es una tarea que exige toda la destreza y habilidad de un hombre.

La situación era si cabe más complicada debido a que, en ese momento, no recordaba con exactitud a cuántas de esas criaturas había esparcido por el lugar. El jardinero me había regalado un montón y yo me había limitado a distribuirlas a diestro y siniestro, cual sembrador que va esparciendo la simiente. No me había molestado en contarlas siquiera. En ese momento, un censo de la población de batracios me habría parecido ocioso. Por consiguiente, no fue hasta entonces, mientras estaba allí pensativo acariciándome la barbilla y tratando de recordar si las seis ranas que tenía en el bolsillo conformaban el lote completo, cuando me di cuenta de la locura que había cometido al tomarme a la ligera un asunto tan serio como aquél.

Ahí estaba devanándome los sesos con la cabeza gacha y habría seguido devanándome los sesos indefinidamente si un alarido estremecedor procedente del

jardín no hubiera interrumpido mis cavilaciones. Al parecer, algo estaba en plena ebullición. Toque de corneta y zafarrancho de combate, como quien dice. Lo que más afectaba al oído era lo estridente del chillido femenino.

Bueno, de haber sido las dos de la madrugada y, teniendo en cuenta que me encontraba en Hollywood, la cosa no me habría alarmado en absoluto y habría dado por supuesto que algún vecino estaba celebrando una fiesta. Sin embargo, a aquella hora tan temprana, era imposible que se tratara de una fiesta. Así que, si no se trataba de una fiesta, me preguntaba, ¿qué podía ser?

Acercarme a la ventana con cautela y asomarme fue cosa de un instante. De pronto me vi contemplando una gran extensión de césped y parte de la piscina de mármol pero, desgraciadamente, la glorieta cubierta por un entramado de parra limitaba mucho mi campo de visión. Los chillidos procedían de algún punto que quedaba fuera del alcance de mi vista. Por consiguiente, la mujer que se estaba desgañitando tendría que continuar siendo, por el momento, una voz y nada más. De haber sido interrogado al respecto, lo único que habría podido decir era que tenía unos buenos pulmones.

Con todo, transcurridos unos instantes, contaba ya con más datos. Junto a una de las esquinas de la piscina y avanzando a buen paso, apareció la señorita Brinkmeyer y, pisándole los talones, una silueta ataviada con un traje de un gris sobrio. Y, cuando la luz del atardecer iluminó sus extremidades inferiores, vi que terminaban en unos calcetines azul pálido y zapatos de ante.

No creo que mucha gente haya tenido la oportunidad de observar desde una ventana de un primer piso cómo una mujer de mediana edad corre dando vueltas alrededor de una piscina, víctima de una persecución encarnizada. Se trata de una experiencia curiosa, y lo digo con conocimiento de causa.

Es cierto que a uno lo deja un tanto pasmado, pero, a pesar de todo, resulta sumamente entretenido. Teniendo en cuenta la naturaleza de mis relaciones con la señorita Brinkmeyer —me refiero al hecho de que, desde mi llegada a aquella chabola, me había mostrado invariablemente el lado más siniestro y menos agradable de su carácter— disfruté del espectáculo de todo corazón. En realidad, disfruté tanto que cuando los corredores desaparecieron de mi vista, me sentí muy contrariado.

Y, cuando, al cabo de un momento, llegó hasta mis oídos el claro chapoteo de un cuerpo pesado que se hundía en el agua, solté imprecaciones a diestro y siniestro. Tenía la deprimente sensación de haberme perdido algo que valía la pena, lo cual resulta siempre muy desagradable.

Sin embargo, otros pensamientos vinieron a imponerse a mi disgusto y, con ellos, la suposición de que, habiendo caído en la piscina, la señorita Brinkmeyer no tardaría en aparecer por su habitación para cambiarse de ropa. Todavía estaba un poco vacilante con lo de las ranas, pero era evidente que no podía permanecer allí y proseguir con mis investigaciones. Puede que tuviera a toda la población, y puede que no, pero, aunque no la tuviera, tenía que salir de allí antes de que me cortaran la

retirada.

Tardé unos minutos en llegar a esta conclusión, pero, una vez llegado a ella, no me entretuve en tonterías. Como ya he dicho, mi dormitorio quedaba dos puertas después de la suya, así que me metí en él a toda prisa, como conejo que se apresura a esconderse en su madriguera.

Y no fue hasta que hube llegado a mi dormitorio cuando mis esfuerzos por solucionar el problema de las ranas se vieron recompensados con el éxito. Entonces me acordé. En un principio había ocho ranas: llevaba seis encima y había colocado las otras dos en los zapatos de mi anfitriona, donde seguían estando.

18

Este descubrimiento tuvo el efecto de enturbiar la alegría que había sentido al imaginarme a la señorita Brinkmeyer dándose un chapuzón en la piscina. Era consciente de que me encontraba ante una situación difícil y compleja. Era demasiado tarde para volver sobre mis pasos y recuperar aquel par de ranas y, sin embargo, limitarse a no hacer nada y permitir que la Naturaleza siguiera su curso sólo podía conducir a otro disgusto de bastante categoría. En efecto, no se trataba de uno de esos incidentes que se saldan con una simple disculpa.

En pocas palabras, no resultaba fácil tratar de dar con la mejor manera de proceder, y estaba todavía frunciendo el entrecejo y esforzándome por encontrar una solución práctica, cuando se presentó el criado filipino.

—Discúlpeme, sí, por favor, sin duda —dijo.

A pesar de que, como ya he aclarado, me encontraba un poco nervioso, por un momento la curiosidad consiguió vencer mis preocupaciones.

—Dígame —le pregunté—, ¿habla usted así porque no sabe hablar de otro modo o es usted otro de esos actores de carácter, moneda corriente al parecer en esta casa?

Se quitó la máscara.

—¡Exactamente! —repuso, con un inmaculado acento estadounidense—. Ha dado usted en el clavo, sí señor. Me dedico a representar retazos de comedia y tragedias hogareñas. Un día de éstos, cuando pille a ese buitre a solas y no pueda escabullirse, le voy a soltar un monólogo en dialecto a toda pastilla, de esos tragicómicos, y el señor Brinkmeyer firmará en la línea de puntos en menos tiempo del que una corista tarda en zamparse una lata entera de caviar. La mayor parte de los empleados de la casa somos del gremio.

—Eso tengo entendido. Y dígame —añadí, porque aún me aferraba a la esperanza —. ¿No habrá usted visto a Chaffinch, por casualidad?

—Se ha marchado.

—Ya sé que se ha marchado, pero pensaba que quizás ya habría vuelto.

—No, no, se ha despedido. Ha telefoneado desde la estación hará cosa de una hora para decir que le había caído una herencia inesperada de un tío rico que tiene en Australia y que tenía que irse a Nueva York inmediatamente. ¡Vaya una suerte!

Creo que nunca abrigué grandes esperanzas, en realidad; pero después de aquello dejé de abrigar la menor esperanza. A tenor de esa información de primera mano, de poco habría servido tratar de ser optimista. Mi intuición no me había engañado. Tal como imaginara, el muy sinvergüenza había hecho un hatillo con las ganancias de nuestro acuerdo y ya debía de estar muy lejos. Solté un modesto gemido y me pasé una mano temblorosa entre los rizos.

Sin embargo, una de las ventajas de ser Joey Cooley era que uno nunca disponía del tiempo suficiente para preocuparse demasiado por algo porque, en cuanto uno empezaba a ponerse en situación, siempre le caía encima algo mucho peor y tenía que

empezar a preocuparse por otra cosa.

—Bueno, vamos, amiguito —dijo el criado—. Espabila.

—Perdón, ¿cómo dice?

—La vieja me ha mandado a buscarte.

Y ahí fue cuando dejé de preocuparme por Chaffinch. Mi boca se abrió un par de grados.

—¿Quiere verme?

—Ésa es la idea.

—¿Y no ha dicho para qué?

—No.

—¿No habrá mencionado la palabra «ranas», por casualidad?

—Que yo sepa, no.

Un pequeño rayo de esperanza me dijo que, al fin y al cabo, quizá no fuera a caerme encima la mano del destino. Me encaminé al dormitorio de la señorita Brinkmeyer y me encontré con que ya se había acostado y que el señor Brinkmeyer estaba de pie, junto a ella. La ropa que un momento antes estaba encima de la cama había desaparecido y con ella los zapatos y su siniestro contenido. Dónde podían estar era algo que ignoraba, pero todo parecía indicar que todavía no había llegado lo peor, y eso supuso tal alivio para mí que casi me volví locuaz.

—Vaya, vaya, vaya —dije, lleno de contento y frotándome las manos sin dejar de sonreír amablemente—. ¿Cómo estamos, hoy? ¿Cómo estamos?

Algo blando y húmedo me golpeó la cara. La paciente me acababa de arrojar una bolsa de agua caliente. Entonces comprendí lo que había ocurrido: me había mostrado demasiado animado. Siempre se corre ese riesgo.

—¡Haz el favor de dejarte de muecas y de sonrisitas! —me chilló. El buenazo de Brinkmeyer trató de calmar los ánimos con su acostumbrada amabilidad.

—Es que está nerviosa —dijo, tratando de excusarla—. Se acaba de llevar un buen susto.

—De eso estoy seguro —dije, desconectando la sonrisa a toda prisa y explotando la faceta de la compasión—. No debe de ser una caricia para el sistema nervioso eso de que a uno le echen a las piscinas a empujones. Eso es precisamente lo que me estaba diciendo cuando he visto lo que ocurría.

La señorita Brinkmeyer, que después de arrojarme la bolsa de agua caliente había vuelto a acomodarse entre sus almohadones con indiferencia, se incorporó.

—¿De modo que lo has visto?

—Oh, por supuesto.

—¿Y serías capaz de identificar a ese bribón?

—Al demonio —la corrigió el señor Brinkmeyer, que era siempre muy puntilloso con este tipo de cosas—. Tiene que tratarse del mismo demonio del que hablan los periódicos.

—Bueno, pues, ¿podrías identificar a ese demonio?

—Desde luego. Un individuo bajito, delgado y de rasgos delicados y atractivos.

La señorita Brinkmeyer soltó un resoplido.

—Nada que ver con eso. Era enorme y parecía un gorila.

—No lo creo así.

—¡Bah! —concluyó la señorita Brinkmeyer, con el encanto al que era tan propensa en mi compañía—. Este niño es un idiota.

El señor Brinkmeyer trató de apaciguar los ánimos de nuevo.

—Pues es una idea —dijo—. Podría tratarse de un gorila.

—¡Vaya otro idiota! —se quejó la señorita Brinkmeyer—. Peor que ese renacuajo.

—No, es que estaba pensando que, como la M. G. M. está rodando una película sobre el África negra…

—Oh, y dale que dale —dijo la señorita Brinkmeyer, con voz cansada.

—Bueno uno de los gorilas podría haberse escapado —insistió el señor Brinkmeyer, amable—. De todos modos, la policía va a llegar de un momento a otro. A lo mejor encuentran una pista.

—A lo mejor no la encuentran —repuso la señorita Brinkmeyer, que parecía tener muy poca confianza en las fuerzas del orden—. Pero dejemos eso por ahora. Te he mandado llamar para decirte que he cancelado lo de las Madres de Michigan.

—¿Cómo? —exclamé. Aquello era toda una noticia—. Les ha dicho que se vayan por donde han venido, ¿eh? ¡Espléndido! No podría haber hecho algo mejor.

—No digas sandeces, imbécil. ¿Cómo les voy a decir que se vuelvan por donde han venido? Me he limitado a posponer la recepción hasta mañana por la mañana. Hoy no me siento con fuerzas para recibirlas.

—Y tampoco va a poder asistir a la inauguración de la estatua —añadió el señor Brinkmeyer—. Es una lástima.

—¿Y cómo iba a poder? Lo único que espero es que entre tú y el chico no vayáis a estropearlo. Bueno, eso es todo. Y, ahora, quítalo de mi vista —pidió al señor Brinkmeyer, cerrando los ojos después de lanzarme una mirada, fugaz pero estremecedora, y de abandonarse de nuevo entre los almohadones con cansancio—. Tenerlo aquí delante me pone enferma. Creo que es esa mirada de bobalicón lo que peor me sienta. Así que llévatelo a su dormitorio y que se esté ahí quietecito hasta que llegue la hora de ir al estudio.

—Muy bien, querida —dijo el señor Brinkmeyer—. De acuerdo, querida. Y ahora procura dormir un poco.

El señor Brinkmeyer me condujo fuera de la habitación. Hasta que cerró la puerta, se comportó con esa tranquilidad y serenidad que tan agradable resulta apreciar en un hermano que se aleja de puntillas del lecho de su hermana enferma. No podía haberse conducido con mayor corrección. Sin embargo, ya en el pasillo pareció relajarse un tanto y, una vez dentro de mi dormitorio, estaba radiante como el sol de la mañana y me dio unos golpecitos en la espalda.

—¡Hurra! —exclamó.

El golpecito en cuestión fue tan enérgico que salí disparado hacia adelante tambaleándome. No me detuve hasta chocar contra la cómoda y me volví y le dirigí una mirada interrogadora.

—¿Cómo dice?

—Que no va a venir a lo de la estatua.

—Eso me ha parecido entender.

—¿Sabes lo que significa eso? —dijo el señor Brinkmeyer, tratando de darme un nuevo golpecito en la espalda, que yo esquivé por unos centímetros gracias a mi rápido juego de pies—. Pues quiere decir que no voy a ponerme el chaqué ni el cuello almidonado.

—¿Oh?

—Y que no voy a llevar ninguna gardenia.

—¿Oh?

—Y que no voy a llevar polainas.

Su entusiasmo era contagioso.

—Y el beso —aventuré—, nos lo vamos a saltar, ¿no?

—Por supuesto.

—Nos limitaremos a intercambiar unas inclinaciones de cabeza como personas civilizadas, ¿eh?

—Eso es.

—En realidad, ¿por qué no eliminamos de paso todo ese asunto tan desagradable del ramillete?

Una lástima, pues todo parecía indicar que no estaba dispuesto a ir tan lejos. El señor Brinkmeyer negó con la cabeza.

—No. Creo que tendremos que respetar la escena del ramillete. Es uno de los puntos que más van a reproducir esas periodistas de la prensa del corazón y, si mañana no lo viera en los periódicos, empezaría a hacer preguntas.

Tenía toda la razón. Esos presidentes de importantes empresas cinematográficas no se chupan el dedo.

—Sí —acepté—, es verdad.

—Pero nada de besito.

—Nada de besito.

—Y nada de cuello almidonado, ni gardenia, ni polainas. ¡Hurra! —exclamó de nuevo el señor Brinkmeyer y, después de esa breve muestra de alegría, se marchó.

Cuando se hubo ido, estuve un rato paseándome arriba y abajo por mi habitación en un estado de regocijo considerable. Es cierto que el futuro no había perdido por completo su aspecto sombrío: el asunto de las Madres de Michigan sólo se había pospuesto, no cancelado; la nariz de la estatua seguía tan roja como siempre y dos de mis ranas estaban todavía en libertad. Con todo, la adversidad me había enseñado ya lo suficiente para sentirme agradecido ante cualquier cosa que se pareciera a la suerte

y saber que T. P. Brinkmeyer ya no tendría que besarme en público era como para ponerse a brincar de alegría por la habitación. Y seguía dedicado a la misma actividad cuando, de pronto, me detuve en seco al ver que se abría lentamente la puerta de un armario. Al cabo de un momento, vi asomarse una cara. Se trataba de una cara que, a pesar de haberse afeitado recientemente el labio superior, no tuve dificultad alguna en reconocer.

—¡Hola! —me saludó el niñito Cooley saliendo del armario—. ¿Cómo va la cosa?

La indignación se apoderó de mí. Todavía no había olvidado cómo se había comportado por teléfono.

—Déjate ahora de cómo va la cosa —repuse con frialdad—. ¿Por qué diantre me colgaste de esa manera cuando estaba hablando contigo por teléfono? ¿Qué me dices del dinero?

—¿Del dinero?

—Te dije que necesitaba dinero para marcharme.

—¡Ah! Así que quieres dinero, ¿eh?

—Naturalmente que quiero dinero. Te expliqué la situación con puntos y comas. Si no consigo dinero dentro de un par de horas, tendré que enfrentarme a la catástrofe.

—Ya. Bueno, no llevo dinero encima, pero puedo mandártelo. Pensé que me había precipitado al juzgar a aquel muchacho.

—¿Lo harás?

—Pues claro. Y olvídate de eso. Díme, ¿has oído el alboroto que he organizado en el jardín? Vaya una suerte que he tenido al encontrarla tan fácilmente. No me esperaba que podría pasar a la acción tan deprisa. En realidad, no iba a la caza de ella, sólo quería recuperar mi cuaderno de notas —Joey Cooley se calló—. ¡Anda! ¿Has oído? Debe de ser la poli.

Abajo se oían voces. Una era la del señor Brinkmeyer y, combinada con ella, se distinguían unas notas más graves, como las que suelen proceder de las gargantas de los gendarmes. Aunque uno sólo haya oído en una ocasión a un policía de tráfico pedirle el permiso de conducir, no se le olvida ese timbre en la vida.

—Será mejor que te vayas inmediatamente —le aconsejé.

Joey Cooley no parecía asustado en absoluto. Es más, tenía el aspecto de la persona que lo tiene todo bajo control.

—No señor —dijo—. Aquí estoy muy seguro. Es el último sitio donde se les ocurriría mirar. Seguramente se imaginan que a estas alturas ya debo de andar muy lejos. Lo único que van a hacer es armar un poco de alboroto y luego se marcharán a hacer una redada y una buena batida por la ciudad. ¡Bueno, muchacho, estoy en la gloria! Me lo estoy pasando en grande. ¡Sí señor! Ayer, ese par de tipejos, esta mañana dos supervisores y ahora la señorita Brinkmeyer. Eso es lo que se llama un buen promedio de bateo. ¿Cómo van las cosas por estos barrios?

Era agradable contar con un oído atento al que explicar mis penas. Le conté lo de Chaffinch y se mostró de lo más comprensivo. Le conté lo de las ranas y dijo que, pasara lo que pasase, no tenía que olvidar que había hecho un trabajo impecable y muy digno. Cuando le conté lo del despido de Ann, le restó importancia con un ademán.

—No te preocupes. Va a conseguir un empleo como agente de publicidad. Bueno, tendré que ponerte en antecedentes.

—Ya lo hizo ella.

—¿Ah, sí? Bueno, entonces nada. Espero que lo consiga, porque es de lo mejorcito que hay, esa Ann. No me ha dicho para quién iba a trabajar, pero seguramente para una de esas grandes estrellas. Así que no te preocupes.

Podría haberle informado de que la futura estrella de Ann iba a ser April June, pero me pareció más prudente callármelo. La experiencia me había enseñado que el nombre de April June conseguía arrancarle algún que otro sarcasmo de mal gusto, lo cual siempre podía malograr aquella intimidad nuestra todavía tan reciente. No me apetecía en absoluto tener que sermonearle por haber hecho un comentario temerario, precisamente en ese momento en que me interesaba tanto que se mostrara conciliador y que no cambiara de opinión y me diera una excusa para lo del dinero. Por lo tanto, me limité a los prudentes «Oh, ah» de costumbre y pasé a una cuestión que tenía mucho interés para mí, es decir, el misterio del chico pecoso.

—Óyeme una cosa —le dije—. Hace apenas un rato, estaba en el jardín y un chico con pecas en la cara se ha asomado por detrás de un muro y ha soltado un «¡Bah!». ¿Quién puede ser? Parecía conocerte.

Se quedó pensativo.

—¿Con pecas?

—Sí.

—¿Y qué tipo de pecas?

—Pues del tipo ordinario. Pecas pecosas. Y era pelirrojo.

Se le iluminó la expresión.

—Creo que ya sé a quién te refieres. Tiene que haber sido Orlando Flower.

—¿Y quién es ése?

—Uno de esos actorcillos aficionados que tienen celos de los genios de la pantalla. No le hagas ni caso. No se lo merece. Una vez, trabajamos juntos en una película y se le ha metido en la cabeza que me las arreglé para colarme en la sala de montaje y cortar sus mejores escenas. ¿Dijo algo más aparte de «¡Bah!»?

—Me llamó pequeño lord Fauntleroy.

—Entonces era Orlando Flower. Siempre me llama pequeño lord Fauntleroy. Pero no te preocupes por ese lelo. Yo siempre le tiraba naranjas.

—¡Qué casualidad! Yo también le he tirado naranjas.

—Pues no podías haber hecho algo mejor. Mantente en esta línea. Es lo que se merece —Joey Cooley se calló un momento, se acercó a la ventana y se puso a

inspeccionar el terreno con ojo avizor—. Bueno, parece ser que esos polis ya se han largado, así que tendré que esfumarme yo también. Pero, primero dame ese cuaderno.

—¿Cuaderno?

—Sí, hombre, sí. Ya te he dicho que es a eso a lo que he venido.

—¿Qué cuaderno?

—Eso también te lo he dicho. ¿No te acuerdas? Te lo conté cuando estábamos los dos en la sala de espera. Ese cuaderno en el que solía anotar los nombres de la gente que se iba a llevar un buen puñetazo en los morros.

Lo miré con preocupación. Mis viejos temores acerca de que vería el nombre de los Havershot a la altura del betún volvieron a despertarse. Fueran cuales fuesen sus antecedentes, en ese momento era el cabeza de familia y, si lo encerraban en un calabozo, afectaría al orgullo del apellido Havershot. De acuerdo con sus propias palabras, ya era un sujeto susceptible de ser sometido a los procedimientos de la ley por agresión contra las personas de un agente de publicidad, un director, dos supervisores y la señorita Brinkmeyer y, en cambio, ahí estaba planeando nuevos abusos.

—¿No querrás seguir dándole a más gente en los morros? —le pedí.

—Naturalmente que quiero seguir dándole a más gente en los morros —repuso con entusiasmo—. ¿De qué sirve si no tener un gancho tan fenomenal como el tuyo, si no es para usarlo? Hay un montón de tipejos en esa lista, pero sin mis apuntes no consigo recordar todos sus nombres. Así que pásamela.

—Pero si no sé dónde está ese maldito cuaderno.

—Lo llevas en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué? ¿En el bolsillo de este pantalón?

—Exacto. Búscalo, muchacho.

Lo busqué, tal como él me pedía, y lo encontré. Se trataba de un cuadernillo con una elegante encuadernación en piel muy flexible de color malva, con un estampado de palomas plateadas. Joey lo cogió con satisfacción manifiesta.

—¡Eres grande, pequeño! —exclamó—. Louella Parsons me regaló este cuaderno por Navidad —me explicó, mientras lo acariciaba amorosamente—. Me dijo que anotara en él pensamientos bonitos. ¡Pues he cumplido! Está lleno de pensamientos preciosos. Gracias —añadió—. Adiós.

Joey se dirigió a la ventana.

—¿Te acordarás de hacerme llegar el dinero enseguida con un mensajero? —le insistí. Quería que eso le quedara muy claro. Joey se detuvo con una pierna al otro lado del alféizar.

—¿Dinero?

—El dinero que me vas a dar.

Joey se echó a reír con ganas. De hecho, su risa recordaba la de una asquerosa hiena.

—Mira, escucha —me dijo—. Cuando te he dicho que iba a darte ese dinero

estaba bromeando.

Me dejó patidifuso.

—¿Qué?

—¿Qué te creías? Estaba de guasa. Sólo quería que te lo tragaras para que me dieras ese cuaderno. Menudo memo sería si te diera ese dinero. Lo quiero todo para mí. —Se calló. Estaba hojeando el cuaderno y, de pronto, una sonrisa de satisfacción le iluminó el rostro—. ¡Vaya, quién anda por ahí! —exclamó—. ¡Si seré zoquete! ¡Un poco más y se me olvida! Aunque te parezca increíble, se me había olvidado por completo que la persona a la que más me apetece dar en los morros es April June.

Me volví a quedar patidifuso. Criatura, cuaderno y habitación parecían bailar ante mis ojos. Era como si aquel espantoso discurso suyo hubiera sido un puñetazo a la altura del tercer botón del chaleco.

Hasta que pronunció aquellas horribles palabras, sólo pensaba en el horror de esa traición en lo referente al dinero. Ni siquiera me había pasado por la cabeza que pudieran existir nuevos grados de infamia que fuera capaz de sondar. En ese momento, la cuestión del dinero se me había olvidado por completo. Solté un grito ahogado.

Joey hacía chasquear la lengua, como quien se hace un reproche.

—Me he dedicado a perder el tiempo en pequeñeces, cuando lo que tendría que haber hecho es darle su merecido inmediatamente. Bueno, tengo que largarme y atender este asunto.

Recuperé el habla.

—¡No, no!

—¿Cómo?

—No serías capaz…

—Desde luego que lo soy.

—¡Eres un demonio!

—¡Claro que soy un demonio! Lo dice la prensa todos los días.

Se metió el cuaderno en el bolsillo del pantalón, pasó la otra pierna al otro lado del alféizar y desapareció.

Al cabo de un momento, volvió a asomar la cabeza.

—¡Sabía que se me olvidaba algo! —dijo—. Mucho cuidadito con Tommy Murphy.

Se esfumó de nuevo. Oí unos ruidos seguidos de un golpe sordo. Se había descolgado hasta el suelo y se marchaba dispuesto a cumplir aquel odioso recado.

19

Me quedé horrorizado. Me fui tambaleando hasta la cama y me senté horrorizado. No tenía ni la más remota idea de qué había querido decirme aquel pequeño renacuajo con su advertencia de despedida, pero no dediqué ni un instante a tratar de desentrañar su misterioso significado. Todos mis pensamientos giraban en torno de la mujer a la que amaba y al terrible peligro que corría. Al pensar en la espantosa atrocidad que tenía en mente aquel pillastre, todo se volvió borroso ante mis ojos. La sangre se me heló en las venas y el corazón se me encogió apenado.

Y hablando de corazones, no me cabía en la cabeza cómo demonios le había tocado un corazón como ése. Como bien recordarán, a raíz de nuestra primera conversación me había hablando de una madre que vivía en Chillicothe, Ohio. Su madre bien debía de haberle enseñado la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal y habría inculcado en su tierno corazón los rudimentos de la hidalguía. Por lo menos, a mí me parecía que era el ABC de la maternidad. Si yo fuera madre, lo primero que haría sería educar a mi retoño en el respeto y deferencia que todo miembro del sexo fuerte debe al sexo débil y lo pondría al corriente de la vileza que supone emular a James Cagney.

Sin embargo, enseguida abandoné estas cavilaciones. No tenía tiempo para permanecer en la cama, enfermizo, especulando sobre la naturaleza de las madres. Tal como estaban las cosas, había que avisar a April sin perder un minuto. Tenía que ponerme en contacto con ella inmediatamente y advertirle que si lord Havershot —ese hombre por el cual había empezado a abrigar unos sentimientos mucho más profundos e íntimos de los que son propios de una amistad corriente— llamaba a su puerta y daba muestras de querer acercarse mucho a ella, era vital que se cubriera y tratara de esquivar el golpe. Siempre que fuera posible, seria recomendable además que permitiera que le inculcaran las nociones elementales del arte de agacharse para esquivar cualquier directo. Sólo así tendría alguna probabilidad de salvar la naricita más preciosa de Hollywood de una agresión brutal que podía dejársela torcida de por vida.

Al cabo de dos minutos ya volvía a encontrarme en la cabina telefónica y buscaba su nombre por las J del listín hecho un manojo de nervios.

Su nombre no aparecía. Tendría que haber recordado que en las guías telefónicas rara vez aparecen los números de teléfono de las estrellas famosas. Así pues, sería necesario ir a comunicárselo a su casa en persona. Salí de la cabina con ese propósito en mente y tropecé con el señor Brinkmeyer en el vestíbulo.

No cabía duda de que el presidente de la Brinkmeyer-Magnifico Motion Picture Corporation había salido muy airoso de la tarea de ahorrarse el programa chaqué-cuello almidonado. Lucía un amplio y cómodo traje de chevió que muy bien podía haber confeccionado Omar, el Fabricante de Tiendas de Campaña, y llevaba el cuello envuelto en suave franela. No había ni rastro de polainas en sus zapatos con forma de

funda de violín, ni flor alguna engalanaba su ojal.

Sin embargo, llevaba flores en la mano y me las ofreció.

—¡Hola! —me saludó, cordialmente—. Creía que estabas en tu habitación. Habrá que marcharse dentro de un momento. Sólo he venido a darte esto.

Le miré con expresión ausente. Estaba preocupado.

—El ramillete —me aclaró.

Lo cogí sin gran entusiasmo y el señor Brinkmeyer se echó a reír con ganas. Nunca había visto más contento a un presidente de una empresa cinematográfica.

—¡Qué gracia! —exclamó—. Vas más emperifollado que el cadáver de un gángster. Pareces uno de esos lechuguinos que están siempre esperando delante de la puerta del escenario. ¡Vaya! Eso me recuerda los viejos tiempos. Cuando llevaba el negocio de los trajes y abrigos solía plantarme delante de la puerta del escenario con un ramillete. Recuerdo que una vez…

Le hice enmudecer con un ademán.

—Si no le importa, preferiría que dejara la historia de su vida para más tarde —le atajé—. Tengo prisa.

—¿Cómo?

—Tengo una cita importantísima. Es un asunto de vida o muerte.

Se me quedó mirando con ojos como platos. Era evidente que le había dejado perplejo. Tenía la expresión del hombre que necesita una explicación más detallada de la situación.

—¿Cómo? —repitió.

Tengo que reconocer que no podía estarme de brazos cruzados ni un momento más. No me habría importado que hubiera seguido mirándome con ojos como platos y repitiendo «¿Cómo?», pero el problema era que, mientras lo hacía, permanecía allí sin moverse, como si hubiera echado raíces, y su voluminoso cuerpo me bloqueaba la salida. No podía pasar sí no se apartaba, y no era precisamente uno de esos individuos a los que se puede echar a un lado de un empujoncito. Por otra parte, si no me daba prisa y cumplía aquella misión de carácter humanitario, nadie daría un penique por la nariz de April June.

De haber seguido en aquel callejón sin salida, no sé cuál habría sido el resultado. Sin embargo, de pronto unos gritos muy oportunos, procedentes del piso superior, rasgaron el aire y estremecieron el firmamento; unos gritos de mujer. Los identifiqué inmediatamente por lo que eran: los gritos que salían del corazón de una mujer que acaba de descubrir una rana en su habitación.

—¡Cielo santo! —exclamó el señor Brinkmeyer, temblando de pies a cabeza como si acabara de oír las trompetas del Juicio Final.

El señor Brinkmeyer dio media vuelta y empezó a subir la escalera. Decir que la subió de un salto sería no atenerse a la verdad, pues supongo que habían pasado ya más de treinta años desde que había salvado un obstáculo de un salto por última vez. Con todo, sí salió disparado con la ligereza que resultaba más plausible en un hombre

de su tamaño. Así que, una vez volatilizado el obstáculo que se interponía entre la puerta principal y yo, eché a correr con brío y salí a la calle en menos que canta un gallo.

Había un automóvil esperando, con su chófer de porte estoico sentado al volante. Le di unos golpecitos en el brazo.

—Lléveme inmediatamente a la residencia de la señorita April June —le pedí.

El chófer era un hombre regordete y voluminoso, con una cara que parecía un budín de manteca. Era una de esas caras que no engañan al observador. Al verlo uno tenía la sensación de que ahí estaba sentado un hombre de magín lento y era un hombre de magín lento. Me miro con ojos saltones.

—¿Cómo ha dicho?

—Que me lleve inmediatamente a la residencia de la señorita April June.

—¿A la residencia de quién?

—De la señorita April June.

—¿Que quiere usted ir a la residencia de la señorita April June?

—Eso es. Inmediatamente.

El chófer se mordió los labios, pensativo.

—Tiene que ir al estudio.

—Sí, pero…

—Al estudio… Ahí es donde tiene que ir.

—Sí, pero…

—A mí me han dado instrucciones para que esté listo con el coche para llevar al señor Brinkmeyer y a usted al estudio.

—Sí, sí, pero…

—Y no puede usted ir al estudio hasta que el señor Brinkmeyer esté a punto. Pero le diré lo que vamos a hacer: mientras espera —me dijo, bajando del coche—, le recitaré «Gunga Din». ¿De acuerdo? Así, cuando salga el viejo, usted va y le dice: «¡Vaya un chófer más sorprendente tiene usted, señor Brinkmeyer! A mí me parece que dejar que conduzca un coche es desperdiciar su talento. Tendría que contratarlo para una película». Y ahora atento —me advirtió el chófer—. «Gunga Din», del difunto Rudyard Kipling.

Le hice llegar mi protesta bajo la forma de un sonido inarticulado, pero no hay manera de detener a los amantes de «Gunga Din» con sonidos inarticulados de protesta. Aspiró profundamente, alzó un brazo declamatorio y dejó reposar el otro encima de su estómago, sin duda con el fin de protegerse. Tenía más aspecto de budín de manteca que nunca.

—«Podéis hablar de cerveza y ginebra…».

—No quiero hablar ni de ginebra ni de cerveza.

—«Cuando estáis acuartelados a salvo ahí fuera…».

—Quiero ir…

—«… y os envían a luchar de tres al cuarto en Aldershot».

—Oiga…

—«Pero cuando al agua vais, sólo en la masacre pensáis», quería decir lo contrario, «y laméis las malditas botas del que tenga unas pocas gotas».

Entonces apartó la mano que reposaba en su estómago y la alzó, pero primero bajó la otra y la dejó reposar en el mismo sitio. Supongo que todos los recitadores aprenden a tomar este tipo de precauciones.

—«Y en el clima soleado de la India…» —y en eso, por lo visto, se dio cuenta de que el público estaba impaciente y de que le iba a ser difícil mantenerlo atento, porque añadió—: Etcétera, etcétera —como si tuviera la impresión de que era necesario condensar la cosa un poquitín—. «Estaba nuestro *bhistidel* regimiento, Gunga Din» —concluyó, apresuradamente.

Entonces hizo una pausa para recobrar el aliento y yo aproveché la oportunidad para ofrecerle diez dólares si se avenía a llevarme a la casa de April June.

Nadie hubiera dicho que aquello le haría brillar los ojos, pero así fue.

—¿Los lleva encima?

—No.

—Me lo figuraba… «¡Din! ¡Din! ¡Din! ¡Terrón de polvareda, cojeante, Gunga Din! ¡Eh! ¡Muévete *hitherao*! ¡Ve a buscar agua! *Panes lao*…».

Me rendí ante aquella misión imposible. Había un larguísimo trayecto hasta la preciosa residencia de April June, en la calle Linden, y abrigaba la esperanza de no tener que verme obligado a cubrirla a pie, pero estaba claro que no tenía otro remedio. Así pues, dejé al chófer farfullando no sé qué sobre «antiguos ídolos con narices de calamar» y salí como una bala a los grandes espacios al aire libre.

No había recorrido más de doscientos metros cuando, de pronto, un «¡Eh!» a mis espaldas me hizo parar en seco y, al volverme, vi a un hombre vestido con un traje de un gris sobrio y calcetines azul claro que terminaban en unos zapatos de ante de un gusto exquisito.

Por un momento pensé que la voz de la conciencia había estado susurrando a aquel oído renegado algo que le había hecho desistir de su espantoso empeño. Sin embargo, éste no era el caso. Sus primeras palabras me confirmaron que no estaba dispuesto a abandonar la lucha.

—De repente me ha venido a la cabeza que no sé la dirección de April June —me dijo—. Supongo que tú la debes de saber. ¿Dónde puedo encontrar a esa pelmaza, chaval?

Lo miré con toda la fría repugnancia de que era capaz. Aquello me sublevaba. Que esperara que yo, que ya le había dicho que amaba a aquella chica, le secundara en aquel repugnante plan que implicaba darle en los morros me parecía superar los límites de lo tolerable.

—Me la podrías dar —me incitó— y así yo te daría ese dinerito que tanta falta te hace.

—No —repuse con firmeza. No lo dudé ni un momento. A mi modo de ver, el

hombre que es capaz de vender a la mujer que ama a cambio de riquezas es como una garrapata, y conozco a muchos otros individuos que comparten mi opinión—. No, rotundamente no.

—Va, venga, hombre.

—No. Mis labios están sellados.

Se le ensombreció el rostro. Nunca me había figurado que pareciera un hombre bestial y peligroso cuando me ponía de mal humor. En aquella situación, su semejanza con un gorila era tal que no me habría sorprendido ni pizca si, de improviso, hubiera empezado a darse de puñetazos contra el pecho, como tengo entendido suelen hacer los gorilas cuando las cosas no les van muy bien. El espectáculo era para intimidar a cualquiera, pero, por extraño que pueda parecer, el sentimiento dominante no era el miedo sino un amor cada vez más ferviente por April June. Estaba convencido de que una chica que era capaz de considerar la posibilidad de contraer matrimonio con un sujeto con un cara como aquélla tenía que ser por fuerza una entre un millón.

Cerró un puño y di un paso al frente.

—Será mejor que desembuches.

—No pienso hacer tontería semejante.

—¿Y si te diera en los morros?

—Adelante.

—Un chico duro, ¿eh? ¿Qué harías si te diera?

—Pediría auxilio —dije, sin perder la calma—. Como observarás, no estamos solos —dije, apuntando hacia el final de la calle—. ¿Ves a ese chico que está de pie junto a la farola? Un mamporro por tu parte y un grito por la mía y estoy convencido de que saldría volando a buscar a la policía.

Mis palabras le afectaron mucho menos de lo que yo esperaba. Me había imaginado que, a esas alturas, estaría ya muy contrariado, pero no lo estaba. ¿Contrariado? De eso nada. Es más, me pareció advertir que sonreía de un modo muy desagradable, como he visto sonreír a algunos en la mesa de *bridge* cuando se canta un triunfo inesperado.

—¿Es amigo tuyo?

—No. No le había visto en mi vida. Pero no me cabe la menor duda de que tiene el suficiente espíritu cívico para prestar su ayuda en caso de vandalismo, a pesar de que no conozca a la víctima personalmente.

—Un tipo de aspecto robusto…

Hasta ese momento no había tenido ocasión de examinar a aquel chico con detenimiento, pero, en ese momento veía que tenía toda la razón. A juzgar por su edad, se trataba de un chico de musculatura bastante desarrollada. Sin embargo, no veía qué tenía eso que ver con el asunto. Yo en ningún momento le había dicho que esperara auxilio físico de aquel muchacho.

—Sí —concedí—, parece fornido.

—Te aseguro que lo es. Mira, ¿quieres que te cuente una cosa?

—Adelante.

Me dedicó otra sonrisa desagradable.

—Ahí va —dijo—. Antes de que Joey Cooley se convirtiera en el ídolo de las Madres Estadounidenses, un chiquillo llamado Tommy Murphy ocupaba ese puesto. Sus películas eran muy taquilleras. Y, entonces, aparecí yo y le dejaron en la cuneta. Nadie quería saber de él, así que no le renovaron el contrato y se llevó un buen disgusto. ¡Sí señor, menudo disgusto se llevó! Desde entonces, se pasea por ahí anunciando a los cuatro vientos que quiere ver correr mi sangre y asegura que un día lo conseguirá. Bueno, pues si ese muchacho no sólo ha intentado cogerme una vez, sino una docena y, créeme, hay que tener un juego de pies rapidísimo para librarse de él.

Tuve la sensación de que una garra helada me arrancaba las entrañas. Empezaba a captar a dónde quería ir a parar.

—Pues ese que está junto a la farola es el mismísimo Tommy Murphy. Se pasa casi todo el día esperando delante de casa, para ver si hay suerte. Me imagino que debe de haberte visto salir y te ha seguido.

La garra helada apretó con más fuerza. Era evidente que, desde que había adoptado la apariencia externa de aquel niño prodigio, me había metido derechito en una espantosa jungla, llena de alimañas monstruosas al acecho que podían echárseme encima en cualquier momento. Hasta que no me había convertido en uno de ellos, no tenía la más remota idea de que la vida de un niño estrella de Hollywood entrañara aquel incesante peligro. No me extrañaba que mi compañero deseara de todo corazón abandonar aquello para volver a Chillicothe, Ohio. Sólo con la señorita Brinkmeyer ya había suficiente para liar los bártulos y desaparecer por el foro. Si a eso añadía a Tommy Murphy ya tenía una situación que podía calificarse como por encima de las predicciones.

—Si te hubieras portado bien y me hubieras dicho dónde vive April June, me habría quedado contigo y hasta te habría acompañado a casa. Pero ahora no pienso hacerlo. Voy a marcharme y te quedarás solito… Siempre que no cambies de pareces y me pases esa dirección.

Bueno, convendréis conmigo en que era una situación tremendamente delicada para un enamorado. Eché una rápida ojeada a Murphy. Lo que vi no hizo sino confirmar mi opinión. Ya he dicho que tenía el aspecto de ser un chico fornido, y era fornido. Es más, era uno de esos muchachotes cuadrados y fortachones. Podría muy bien haber sido el hijo del chófer. Y en ese momento, que lo examinaba con mayor atención, era fácil detectar la hostilidad en su mirada. No sería exagerado decir que me miraba como un tigre delante de su comida del día.

Me pareció que todo cuanto había a mi alrededor vacilaba ante mis ojos y yo también vacilé. No me avergüenza reconocer que si comparaba el peligro que corría yo con el riesgo al que se exponía April June, no lo tenía muy claro.

Con todo, el Amor se impuso sobre el egoísmo.

—No —repuse—. Definitivamente, no.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Joey se encogió de hombros.

—De acuerdo. Se hará como tú digas. Bueno, no me gustaría en absoluto estar en tu pellejo. ¡No, señor! Porque no se trata sólo de Tommy Murphy… Cuando venía para aquí, he visto a Orlando Flower rondando por estos alrededores. Supongo que yo lo describiría como un muchacho más duro de pelar que Tommy. Aunque no sé, se parecen tanto… No me gustaría en absoluto estar en tu pellejo. De todos modos, se hará como tú digas.

Y, después de dedicarme otra de sus sonrisitas burlonas, se marchó y así fue como me quedé solito en el mundo.

Solito, claro está, sin contar a ese Murphy, que en ese preciso instante se me acercaba a grandes zancadas. Sus ojos resplandecían con un brillo espantoso —o más bien diría que echaban fuego— y no dejaba de relamerse.

Parecía un chico que sabe que sus sueños van a convertirse en realidad y que acaba de encontrar la buena estrella de su felicidad.

20

Al contemplar a ese Murphy parado delante de mí, midiendo las distancias, me resultaba extraordinariamente difícil de creer que hubiera sido alguna vez el ídolo de las Madres Estadounidenses. Esas Madres Estadounidenses tenían que ser absolutamente necias. A mis ojos, el chico en cuestión no poseía ni una sola cualidad digna de inspirar cariño. Es más, parecía salido de una película de gángsteres. No era en absoluto la clase de individuo que uno invitaría a su club.

Retrocedí un paso. En realidad, retrocedí varios pasos. Y, cuando ya iba por el octavo, noté que el suelo se volvía más mullido bajo mis pies, y descubrí que lo que estaba pisando era césped. Puede que no estén al corriente de ello, pero hay unas normas en Beverley Hills que obligan a los propietarios de las casas a mantener su residencia a una cierta distancia de la calzada, amén de cuidar un precioso césped delante de ellas y, teniendo en cuenta lo crítico de mi situación, estaba encantadísimo de que así fuera. No era difícil de prever que, en un futuro no muy lejano, me vería obligado a sufrir una buena dosis de caídas, así que todo cuanto tendiera a suavizar esas caídas sería bienvenido.

Tengo que aclarar que, hasta ese momento, los preliminares se habían desarrollado en el más completo de los silencios, silencio roto únicamente por la respiración estertorosa y amenazadora del matón Murphy y por un casi inaudible castañetear de dientes mío. De pronto se me ocurrió que una pequeña charla podría ayudar a aliviar la tensión. Es algo que ocurre con frecuencia. Entablen una conversación y, antes de que se hayan dado cuenta, ya habrán descubierto gustos comunes y estarán confraternizando.

Barmy Fotheringay-Phipps me contó que, una vez que se encontró frente a frente con un individuo con cara de pocos amigos que le exigía dos libras con seis peniques y once chelines por el servicio de entregas a domicilio, consiguió entablar una charla con él sobre las carreras y las apuestas que aquella tarde se iban a celebrar en Hurst Park y, al cabo de diez minutos, el sujeto con cara de pocos amigos estaba invitando a Barmy a una jarra de cerveza en una taberna cercana y Barmy daba un sablazo de cinco chelines al individuo en cuestión, con la promesa de devolvérselos sin falta el miércoles siguiente.

Bueno, no es que yo esperara precisamente un final tan feliz como ése, claro está, porque no tengo el pico de oro de Barmy y jamás lo he tenido, pero cabía dentro de lo posible que del hecho de entablar una conversación surgiera algo bueno, así que retrocedí un paso más y conseguí incluso esbozar una amable sonrisa.

—Bueno, hombrecito —dije, dejándome inspirar por el estilo de B. K. Burwash —. ¿Qué le pasa al hombrecito?

No me pareció detectar que su actitud se suavizara. Seguía respirando con la misma aparente dificultad. Sobrevino un alto en la conversación.

—No podré entretenerme mucho rato —dije por fin, rompiendo un silencio que

amenazaba con convertirse en algo molesto—. Tengo una cita. Encantado de haberte conocido.

Y, una vez dicho esto, intenté esquivarlo al pasar junto a él. Sin embargo, demostró ser un tipo tan difícil de esquivar como el señor Brinkmeyer. A pesar de ser distintos físicamente, ambos parecían compartir el don de bloquear cualquier salida. Cuando trataba de esquivarlo por la derecha, se desplazaba hacia la izquierda, y cuando lo intentaba por la izquierda, se movía hacia la derecha y volvíamos a estar en las mismas.

Lo intenté de nuevo.

—¿Te gustan las flores? ¿Quieres que te regale el ramillete?

Por lo visto, no. Extendí la mano para ofrecerle el ramillete, que fue a caer al suelo cuando el chico le arreó un golpe con una violencia tal que no hizo más que acentuar mi desasosiego. Me agaché, lo recogí y ataqué de nuevo.

—¿Quieres que te dé un autógrafo, hombrecito? —le pregunté.

Apenas pronuncié esas palabras vi que había dicho algo improcedente. En ese momento me daba cuenta de que el último tema de conversación que debía haber planteado era el de los autógrafos. Demasiado doloroso y cargado de recuerdos. Sin duda, en sus tiempos, aquel mozalbete que tenía delante debía de haber firmado autógrafos para sus admiradoras hasta que le salieron callos en los dedos, pero, desde el advenimiento del pequeño Joey Cooley a la pantalla, la demanda debía de haber bajado a cero. Por lo tanto, al mencionar el tema de los autógrafos no hacía sino despertar tristes recuerdos de glorias pasadas; en pocas palabras, estaba echando sal a una herida todavía abierta.

Si no me hubiera dado cuenta yo solito, su reacción se habría encargado de darme a entender que acababa de decir un despropósito.

—¡Autógrafo! —gritó, con un vozarrón grave, gruñón y desagradable, que parecía salirle por la comisura izquierda de la boca. Los ojos le centelleaban como los de un tigre y, una vez más, traté de comprender en vano cómo era posible que las Madres Estadounidenses lo hubieran mirado alguna vez con cariño.

Empezó a hablar. Hablaba bien y con soltura. Con demasiada soltura incluso, según se demostró; pues el hecho es que dejó para más tarde la acción en favor de una arenga a través de la cual me hizo partícipe de sus planes y objetivos.

Con toda seguridad, habrán advertido ya lo muy a menudo que se da esta situación en las novelas policíacas. Pero siempre acaba por tropezar con un fragmento en el que el malo tiene a nuestro héroe atado a una silla o encadenado a una cama y está a punto de golpearlo con un instrumento contundente. Sin embargo, en lugar de ponerse manos a la obra, el pobre bobo insiste en seguir hablando y a uno le entran ganas de decir: «¡Haz algo, hombre, haz algo! ¡No pierdas el tiempo con provocaciones memas!», porque sabes que, si sigue por ese camino, va a acabar por aparecer alguien que terminará con esa partida de dos. Pero siempre lo hace y acaba con que alguien se entromete.

Pues en esa ocasión ocurrió algo parecido. Una mente más preclara que la de Tommy Murphy habría visto enseguida que lo que había que hacer era ir al grano sin contemplaciones. Pero no, Tommy Murphy prefirió quedarse ahí plantado, levantando la barbilla, y explicarme con pelos y señales lo que se proponía hacer conmigo cuando estuviera listo para empezar.

Así que dijo, con aquel vozarrón áspero y desagradable, que parecía indicar que sufría un desarrollo anómalo de las amígdalas.

—Autógrafo, ¿eh?

Dijo:

—Autógrafo, ¿eh?

Dijo:

—Se te han acabado los autógrafos. Porque, ¿sabes lo que voy a hacer contigo? Te voy a dar una paliza de no te menees, para que lo sepas, si alguien te lo pregunta. ¿Sabes lo que voy a hacer contigo? Te voy a dar hasta que te salgan las tripas por la boca. Te voy a dejar como un lucio en el hielo de la pescadería. Te voy a poner tan a caldo que ya nadie más va a decir: «¡Oh!, ¿no os parece monísimo?», porque no te quedará cara para ser monísimo. ¿Sabes lo que voy a hacer contigo? Voy a…

Y en eso se calló… Y no porque hubiese terminado, pues saltaba a la vista que le quedaban aún un montón de cosas en el tintero, sino porque el suelo que pisaba pareció explotar de repente.

Vamos a ver, ocultos aquí y allá entre el césped de Beverley Hills, hay unos pequeños chismes de metal agujereados que ahí se usan para regar. Una pequeña vuelta a un grifo y la cosa se convierte en un surtidor. Y eso era precisamente lo que acababa de ocurrir. La mano invisible de algún japonés acababa de poner en marcha el tinglado, y ahí estábamos los dos, en plena lluvia.

Bueno, a mí no me fue del todo mal. Gracias a mi estrategia de seguir retrocediendo sin descanso, me encontraba en un punto que, por el momento, estaba relativamente seco. Pero dio la casualidad de que la excrecencia de Murphy estaba de pie precisamente encima de uno de esos chismes, con el resultado de que acabó por recibir el chorro en pleno ojo. Después de lo que me había dicho, tenía su gracia que acabara así.

Por un momento, eso distrajo su atención. Nadie puede evitar que la mente de uno divague un poquitín cuando se acaba de recibir tres cuartos litros de agua en plena cara y, por un momento, los pensamientos de Tommy Murphy divagaron un poquitín. Daba unos brincos de mil demonios, así que yo opté por actuar con astucia y rapidez. Mientras todavía estaba saltando por los aires, yo ya me había esfumado y corría carretera abajo. Me parecía recordar que, gracias a esta estrategia, el pequeño Cooley había conseguido librarse de buenos líos en otras ocasiones.

Hasta ese momento y exceptuando aquella pequeña sesión de tiro al blanco con naranja, todavía no había tenido la oportunidad de poner a prueba el cuerpo que tenía y averiguar de qué era capaz. El espejo ya se había encargado de decirme que se

trataba de algo puramente ornamental y yo ya me había dado cuenta de que no era excesivamente musculoso. Sin embargo, con una gran emoción y agradecimiento descubrí que corría como una centella. Como velocista de carreras lisas estaba hecho un campeón.

Proseguí calle abajo a un ritmo espléndido. Un galopar de lo más torpe a mis espaldas me decía que la persecución seguía en pie, pero tenía el convencimiento de que sabría cómo librarme de mi perseguidor. Esos chicos macizos y rechonchetes son siempre, en el mejor de los casos, caballos de carreras de segunda fila.

Mis sospechas no iban desencaminadas. La categoría acabó por imponerse. Entré en la avenida Linden con varios cuerpos de ventaja, y me había descolgado tanto que hasta habría sido capaz de alcanzar la meta a media rienda, si alguien no se hubiera interpuesto en mi camino y, ante aquel obstáculo insalvable, fui a caer de bruces entre unos arbustos.

Cuando hube logrado desenredarme y ponerme de nuevo de pie, me encontré de pronto frente a frente con la cara profusamente pecosa de Orlando Flower.

En otras palabras, mi situación era prácticamente idéntica a la del explorador que, después de lograr zafarse de la embestida de un rinoceronte furioso en África, y justo cuando empieza a pensar que se encuentra sano y salvo, descubre de pronto que está cara a cara con un puma devorador de hombres.

Al igual que Tommy Murphy, Orlando Flower resultó ser también propenso al diálogo. Ahí estaba, sacándome varios palmos y abriendo y cerrando los puños, pero decidió también aplazar sus medidas en favor de una buena charla.

—¡Yah! —exclamó.

Como recordarán, en nuestro anterior encuentro respondí a su «¡Bah!» con otro «¡Bah!» de vigor comparable. Con todo, en aquella ocasión un sólido muro se interponía entre nosotros, mientras que en ese momento, desprovisto de tal obstáculo, no me sentía con ánimos para enzarzarme en una charla. A aquella corta distancia había algo desconcertante y siniestro en el espectáculo de aquellos ojos verdes tan juntos, rodeados de pecas. Joey Cooley ya se había confesado incapaz de determinar cuál de los dos era más difícil de pelar, y yo me encontraba igualmente confuso a la hora de dictar mi veredicto. Pero de una cosa estaba seguro: no me veía con fuerzas para soltarle un «¡Bah!».

En consecuencia, mantuve un tenso silencio que él rompió nuevamente con otro «¡Bah!». Todavía resonaba en mis oídos cuando llegó hasta nosotros un grito ronco procedente del final de la calle y Tommy Murphy se acercó corriendo pesadamente. Al llegar se detuvo jadeando, pues saltaba a la vista que la carrera le había resultado agotadora. Transcurrieron varios minutos antes de que recuperara el habla. Cuando habló fue para exclamar: «¡Eh!».

El chico Flower pareció tomarse mal aquella interrupción.

—¿Y bien? —le dijo, bravucón.
—¡Déjalo en paz! —le ordenó Tommy Murphy.
—¿Quién, yo? —repuso Orlando Flower.
—Sé… tú —dijo Tommy Murphy.
Orlando Flower le dirigió una mirada profundamente desagradable.
—¿Huh? —dijo.
—Huh —dijo Tommy Murphy.
—¿Huh? —dijo Orlando Flower.
—Huh —dijo Tommy Murphy.
Hubo un silencio.
—Yo lo he visto primero —reclamó Tommy Murphy. Era un buen punto a su favor, desde luego; pero Orlando Flower estaba dispuesto a rebatirlo.
—¿Ah, sí?
—Sé.
—Pero yo lo he cogido, ¿no?
—Y yo lo he visto primero, ¿no?
—Pero yo lo he cogido, ¿no?
—¡Te digo que yo lo he visto primero!
—¡Y yo te digo que yo lo he cogido!
—¡Déjalo en paz!
—¿Quién, yo?
—Sé… tú.
—¿Huh?
—Huh.
—¿Huh?
—Huh.
Y puesto que habían regresado exactamente al lugar donde habían empezado, hicieron una nueva pausa y se quedaron el uno frente al otro, con la barbilla bien alta, mientras yo permanecía a la espera, ramillete en mano y hecho un lío.
Lo más importante de esto, naturalmente era una intuición bastante vivida. El hecho de tener que estar presente y escuchar a aquel par de brutos discutir y pelearse para decidir quién iba a tener el privilegio de zurrarme estaba lejos de ser agradable. Con todo, mezclado con ese temor despuntaba un cierto enojo y orgullo herido. Toda aquella situación resultaba extremadamente humillante para un antiguo campeón de combates de boxeo universitarios.
Al cabo de un instante, volvieron a los «Huh».
—Huh —dijo Orlando Flower.
—Huh —dijo Tommy Murphy.
—Huh —dijo Orlando Flower.
Hubo un nuevo silencio, pero Tommy Murphy habló:
—Huh —dijo, como si se le acabara de ocurrir una réplica de lo más aguda y

original.

La psicología de aquel par de pústulas era como un libro cerrado para mí. Sus asociaciones de ideas era algo que se me escapaba. Nada me había parecido apreciar en aquel último «Huh» que lo diferenciara de los «Huh» que lo habían precedido y, sin embargo, debía de tener alguna diferencia, porque la reacción del chico Flower fue inmediata. Orlando Flower se sonrojó bajo las pecas y, después de abalanzarse sobre Tommy Murphy, ambos rodaron por el suelo hechos un manojo de puños.

Bueno, no me considero un tipo especialmente inteligente, pero hasta un botarate como el chófer que me había recitado «Gunga Din» habría sabido qué hacer en una situación como ésa. Deteniéndome únicamente el tiempo justo para arrearles una patada en el estómago, proseguí mi camino sin más y puse pies en polvorosa.

Sólo al llegar ante la puerta de April y después de haber llamado al timbre me atreví a volverme para mirar por encima del hombro. Los dos combatientes se habían separado y estaban de pie, mirándome impotentes, burlados por mi habilidad y mis recursos. Me resulta difícil imaginar a otro par de chicos con un aspecto más ridículo.

—¡Bah! —exclamé, después de saludarles con un gesto burlón—. No, no era a usted —añadí, dirigiéndome al mayordomo que acababa de abrir la puerta y que me miraba con cierta sorpresa—. Charlaba con un par de conocidos que están al final de la calle.

21

Cuando expliqué al mayordomo que deseaba ver a April June, pareció dudar un momento sobre la conveniencia de anunciarme. Según me explicó, April esperaba una visita y le había dado instrucciones de decir a todo aquel que preguntara por ella que no estaba en casa. Afortunadamente, me dio la impresión de que llegaba a la conclusión de que un medio hombrecito como yo apenas si podía considerarse una visita cabal, por lo que acabé sentado en una silla del salón, lo que me permitió recuperar el resuello.

Y, mientras estaba allí sentado, una oleada de sentimientos se apoderó de mí. Aquélla era la misma habitación en la que tantas veces había hablado con April, había prestado oído atento a sus ideales y la había informado sobre el orden de prioridades inglés y sobre el derecho de las condesas a sentarse en los banquetes en un lugar preferente con respecto a las esposas de los vizcondes. Todo el ambiente rezumaba su agradable presencia y no me avergüenza confesar que suspiré. Es más, cuando pensé en lo desesperado de mi amor, estuve al borde de las lágrimas.

Mi nostálgica melancolía se acentuó más si cabe al ver mi fotografía colocada en un puesto de honor encima de su escritorio. Bien es verdad que había otras muchas fotografías esparcidas por la habitación: fotografías de mujeres con dedicatorias como «Con mi más afectuoso cariño, Mae» y otras de hombres con palabras como «Con mis mejores deseos, Basil»; pero el mío era el único retrato que había encima del escritorio y al verlo me sentí emocionado.

Y, cuando digo emocionado, quiero decir emocionado de agradecimiento, naturalmente; pero también de una pizca de horror espantoso, pues, teniendo en cuenta que aquella chica tenía mi retrato encima del escritorio, era fácil imaginar lo sencillo que le habría resultado al actual lord Havershot colocarse a la distancia adecuada y descargar un buen puñetazo. De no haber ido para ponerla sobre aviso y prevenirla de su gancho de izquierda, habría ocurrido lo peor. Me la imaginaba perfectamente, ajena a los bajos instintos de su enamorado, y la veía soltar una dulce exclamación de alegría al verlo entrar en la habitación y, desprevenida, ir a su encuentro para saludarle. Y, entonces, cuando estuviera frente a él, con el brillo del amor resplandeciendo en sus ojos… ¡Toma!

Un espectáculo de lo más horripilante y capaz de hacer estremecer a cualquiera. Seguramente, me habría estremecido mucho más de lo que lo hice, de no haber empezado a notar en ese preciso instante una sensación extraña que al principio no supe entender. De pronto comprendí lo que me ocurría y caí en la cuenta de que me estaba muriendo de sed. Debido a lo caluroso del día y al hecho de que acababa de hacer una buena dosis de ejercicio al aire libre, tenía la epiglotis como el papel de lija. Boqueaba ya como un pez varado en la playa y empezaba a considerar que, de no encontrar algo refrescante en un periquete, fenecería tras una espantosa agonía.

Apenas acababa de cruzar mi mente esta idea cuando, de pronto, advertí que

todos los ingredientes para una juerga modesta estaban dispuestos, como manda la hospitalidad, encima de la mesa en el rincón. Ahí estaba la buena botella de licor, el simpático sifón, la alegre cubitera y, en fin, todo lo necesario. Parecían hacerme señas, de modo que me acerqué a la mesa tambaleando, cual camello que se dirige a un oasis, y me preparé un combinado.

Es verdad que tenía que haberme dado cuenta de que, a pesar de que esa necesidad de tomar un par de copas rápidas era de lord Havershot, la capacidad de absorción etílica iba a ser la del pequeño Joey Cooley; pero tengo que confesar que en ese momento no se me ocurrió. Me llené un vaso grande y lo vacié de un trago.

No encontré el sabor tan bueno como esperaba, de modo que me preparé otra copa para averiguar si realmente me gustaba o no. Y, con el vaso lleno de nuevo y un cigarrillo de la caja que había encima de la mesa, volví a tomar asiento. Con todo, no debía de llevar demasiado tiempo sentado cuando, de pronto, sentí como una especie de zumbido extraño en la cabeza acompañado de un deseo incontenible de cantar. Aquello me dejó un tanto intrigado, pues, salvo en el baño, por lo general no soy una persona muy dada al canto.

Me quedé muy satisfecho al descubrir que tenía una voz excepcional. Si bien no estaba de humor para hacerme una autocrítica, tengo que reconocer que la actuación me encantó. El número que elegí para la función fue el viejo y conocido éxito *Canción de los remeros de Eton*, y me salió suave como la seda, aunque aprecié cierta tendencia entre las palabras a tropezar las unas con las otras. De hecho, al cabo de un rato descubrí que me salía mucho mejor si sustituía el libreto original por «trala-rala-lira» y «trala-rila-ro» y precisamente estaba entregado a este quehacer con gran empeño, agitando el vaso y el cigarrillo rítmicamente cuando, de repente, oí una voz a mis espaldas que decía: «Buenas tardes».

Me callé a mitad de un «trala» y me volví para descubrir que una mujer ya entrada en años acababa de entrar.

—¡Oh, hola! —la saludé.

—Buenas tardes —repitió.

Tenía el aspecto de ser un alma afable y afectuosa, y enseguida me cayó simpática. En realidad, lo que más me atrajo de ella fue que su cara era exactamente igual a la de un caballo que tenía y al que quería mucho. Aquello me hacía sentir como si estuviera entre amigos.

El instinto de los Havershot ante un miembro del sexo opuesto que entra en la habitación en la que están sentados es, naturalmente, el de levantarse de la silla como un cohete. De ahí que me avergonzara y no poco el hecho de descubrir que era incapaz de hacerlo. Tuve un par de intentonas, pero en ambas ocasiones me vi obligado a desplomarme en el asiento de nuevo. El viejo espíritu de *preux chevalier* funcionaba a seis cilindros, pero las piernas parecían tener las junturas un poco sueltas.

—Lo siento profundamente —me excusé—, pero me parece que no tengo fuerzas

para levantarme.

—Por favor, no se moleste.

—La ciática, supongo.

—Sin duda.

—O el lumbago.

—Muy probable —relinchó con gracia—. Me llamo Pomona Wycherley.

—¿Cómo está usted? Mi nombre es…

—No hace falta que me diga su nombre, señor Cooley. Soy una de sus admiradoras. ¿Ha venido usted a visitar a la señorita June?

—Sí, quería verla para hablar de…

—¿Y le ha traído estas preciosas flores? —dijo, mirando el ramillete que estaba junto a mi sillón y que ofrecía un aspecto lamentable, después de haber pasado por tantas vicisitudes—. ¡Qué amable!

La idea de darle el ramillete a April como prueba de mi estima no se me había ocurrido, pero en ese momento me parecía un plan estupendo.

—¿Cree usted que le gustarán?

—Por supuesto. Parece usted muy acalorado, señor Cooley. ¿Es que ha venido corriendo?

—¿Que si he venido corriendo? La verdad es que me venían persiguiendo un par de bergantes. Un chico que se llama Tommy Murphy…

—¿Así que Tommy Murphy le estaba persiguiendo?

—¿Lo conoce usted?

—Por supuesto. Lo conoce todo Hollywood. Tengo entendido que en algunos estudios se cruzan apuestas sobre si le cogerá o no.

—Me parece de un gusto más que dudoso.

—No le habrá cogido, ¿no?

—Por el momento, no. He conseguido darle esquinazo. De hecho, también me he zafado de un chico que se llama Orlando Flower. En realidad, me he librado de los dos. He tenido que emplearme a fondo en la carrera, naturalmente; y, como bien dice usted, me he acalorado.

—Y por eso se ha preparado un combinado.

Me sonrojé. Sus palabras dejaron claro lo descortés que había sido.

—Oh, ¿puedo ofrecerle una copa? —le propuse.

—No, gracias.

—Vamos, mujer.

—No, gracias. De veras.

—¿Seguro?

—Seguro, gracias. Todavía es muy temprano, ¿no le parece?

—¿Ah, sí? —dije, sorprendido—. A mí me parece la hora habitual para un trago.

—Habla usted como un experto. ¿Y toma a menudo eso que usted llama traguito a estas horas?

—Sí, claro.

—¡Me sorprende usted! ¿Whisky?

—Whisky, invariablemente.

—Y veo que también fuma.

—Ah, sí. En realidad, mucho más.

—¿Y siempre cigarrillos?

—A veces, cigarrillos. Pero prefiero la pipa.

—¡Vaya, vaya! ¿A su edad?

El sentido de aquella observación ya se me escapaba… probablemente porque el zumbido que sentía en mi cabeza se había acentuado todavía más. La agudeza de mi pensamiento parecía un tanto embotada.

—¿Mi edad? —me sorprendí—. Pero, hombre, ¡si tengo veintisiete años!

—¿Qué me dice?

—Lo que oye. Cumplo veintiocho en marzo.

—¡Caramba, caramba! ¡Quién lo diría!

—¿Usted no?

—No.

—¿Usted no lo diría?

—Desde luego que no.

Por qué me pareció tan gracioso es algo que no sabría explicar, pero la cuestión es que me divirtió muchísimo y solté una carcajada mayúscula. Y precisamente acababa de terminar aquella carcajada y me disponía a coger aliento para soltar otra cuando la puerta se abrió y apareció April, con un aspecto soberbio, ataviada con algo delicadísimo, *mousseline de soie*, diría yo, o algo por el estilo. Fuera lo que fuese, era algo delicado y casaba con su graciosa fragilidad divinamente.

He dicho que entró, pero, en realidad, no entró enseguida. Se quedó parada en el umbral, con ojos melancólicos y la mirada perdida, como si estuviera sumida en un estado de maravilloso arrobamiento. Sin embargo, en ese instante disparé mi segunda carcajada y le sentó como un tiro. Dio un respingo como si acabara de pisar una chincheta.

—¡Tú! —dijo, con un tono de lo más extraño y fulminante—. ¿Qué haces aquí?

Bebí otro sorbito de mi whisky con soda.

—Hevenidoaverlaparatratarunasuntodevitalimportancia —dije, muy serio y me fastidió que la frase me hubiera salido así, de un tirón—. He ve-ni-do a ver-la pa-ra tra-tar un a-sun-to de vi-tal im-por-tan-cia —repetí, procurando separar las palabras esta vez.

—Y le ha traído un ramo precioso —intervino la señorita Wycherley.

Lo del ramillete no pareció impresionarla mucho. Además, como no me sentía con fuerzas para recogerlo del suelo, lo acerqué a April con el pie y ella lo miró —o eso me pareció— con indiferencia. Tenía todo el aspecto de estar disgustada por algo. Tragó saliva un par de veces, como si tratara de reprimir un deseo irrefrenable.

—Bueno, pues aquí no te puedes quedar —dijo, por fin, haciendo un gran esfuerzo al hablar—. La señorita Wycherley ha venido a hacerme una entrevista.

Aquello me parecía interesante.

—¿De modo que eres periodista, muchacha? —le pregunté.

—Sí, trabajo para *Los Angeles Chronicle*. ¿Le importaría que le hiciera una foto?

—Adelante.

—No, no, no deje el vaso. Tal cual está. Con el cigarrillo en la boca, sí. Muy bien, estupendo.

April suspiró profundamente.

—Quizá —dijo—, preferiría que los dejara a solas.

—No, no te vayas —le pedí, amablemente.

—No, no —dijo a su vez la señorita Wycherley—. Me gustaría entrevistarlos a los dos. Encontrarlos a los dos aquí es una oportunidad irrepetible.

—Tiene toda la razón —concedí—. Dos tiros de un pájaro. Una idea estupenda. Vamos a ello —dije y cerré los ojos para poder oírla mejor.

Lo primero que recuerdo después fue abrir los ojos y notar que tenía el coco mucho más claro. Aquella sensación tan extraña de visión empañada se había desvanecido. Supongo que debí de quedarme adormilado unos instantes. Cuando volví a la realidad, April estaba hablando.

—No —decía, con una voz dulce y grave—, nunca he sido de esa clase de chicas que sólo piensan en sí mismas y en su carrera. Para mí el cine lo es todo. Cuando trabajo en una película, pienso únicamente en que sea un éxito, nunca en el éxito personal. Como muy bien dice usted, en esta última película muchas chicas se habrían quejado por el modo en que el director favorecía al pequeño Joey Cooley y le dedicaba las mejores tomas —hizo una pausa y me dedicó una mirada afectuosa—. Oh, ¿ya estás despierto? Sí, estoy hablando de ti, pequeño ladronzuelo de películas —dijo, con una sonrisa traviesa que casi me hizo caer rendido a sus pies en ese preciso instante—. Es un ladronzuelo de películas terrible, terrible, ¿a que sí?

—Bueno, no hay duda de que en esta última película se salió con la suya —admitió la mujer con cara de caballo.

—¡Si lo sabré yo! —se quejó April con una risita musical—. Me di cuenta desde el principio de lo que pretendía ese director, desde luego, pero me dije a mí misma: «El señor Bulwinkle tiene mucha experiencia. Sabe mejor que nadie lo que hay que hacer y, si el señor Bulwinkle quiere relegarme a un segundo plano por el bien de la película, pues yo encantada». Lo único que me importaba era el éxito de la película. No sé si me entiende usted.

La señorita Wycherley se apresuró a decir que la entendía perfectamente, y que eso decía mucho en su favor.

—Oh, no, no —dijo enseguida April—. No soy más que una artista. Cuando una es una artista, tiene que renunciar a la individualidad para convertirse meramente en parte de la película.

Con estas palabras se dio por concluida su parte en la función, pues en ese momento, al ver que la neblina del sueño se había disipado, la señorita Wycherley se volvió hacia mí y me preguntó cuál era mi opinión acerca de todo aquello. Pues bien, como resulta que tengo unas opiniones muy concretas sobre cine, a partir de ese momento acaparé prácticamente toda la entrevista. Le expliqué lo que me parecía mal de las películas, manifesté la opinión personal que me merecían algunas de las estrellas de cine más famosas —opiniones un tanto mordaces, quizá, pero justificadas— y, en pocas palabras, me despaché a gusto. Agradecí en lo que valía esa oportunidad que se me brindaba de manifestar mis opiniones, pues siempre que lo había intentado en Los Zánganos había notado una cierta predisposición por parte del público a decirme que me callara la boca.

Así pues, dediqué unos diez minutos a una exposición bastante razonada, y luego la señorita Wycherley se puso de pie, dijo que todo aquello le había parecido interesantísimo y que estaba segura de haber conseguido un material excelente para el periódico del día siguiente, pero que tenía que marcharse al despacho a redactarlo. April la acompañó hasta la puerta principal y se despidió de ella y, mientras tanto, al ver que uno de los cordones de mis zapatos se había desatado en la alocada carrera que me había visto obligado a echar, aproveché el momento para levantarme del sillón y atármelo.

Y seguía todavía agachado en la postura que requiere dicha tarea cuando me pareció oír ruido de pasos a mis espaldas. April estaba de vuelta.

—Será un momentito —le dije—, estoy acabando de…

La frase murió en mi garganta pues, mientras hablaba, una sensación de zozobra afectó a todo mi sistema nervioso y me propulsó hacia adelante hasta chocar contra el sofá. Por un instante pensé haber sido víctima de uno de esos terremotos tan característicos de la vida californiana. Pero la espantosa verdad no tardó en aparecérseme con toda claridad.

La mujer a la que amaba acababa de propinarme un señor puntapié en el trasero.

22

Me puse de pie presa del cúmulo de sensaciones que experimentaría un hombre que acaba de recibir la embestida del expreso de Cornualles allí donde la espalda pierde su nombre. Ella estaba de pie, mirándome con los brazos en jarras y sin dejar de hacer rechinar los dientes, así que le devolví una mirada cargada de reproche y de sorpresa, como Julio César a Bruto.

—¡Vaya! —exclamé.

Describirme como una persona que se había quedado pasmada ante lo que acababa de ocurrirle sería pintar un cuadro poco exacto del torbellino de emociones que se agitaban bajo la pechera de mi camisa de chorrera. Había perdido por completo la capacidad de discernimiento. En efecto, me parecía una de esas situaciones en las que no resulta fácil mantener una calma patricia.

Como es natural, a esas alturas me había más que acostumbrado a la idea de que no había prácticamente nada que no fuera susceptible de ocurrirle al pobre infeliz que había tenido la imprudencia de adoptar la identidad del pequeño Joey Cooley. Que T. Murphies y O. Flowers fueran por ahí esperando la oportunidad de cometer un acto de mutilación en mi persona era algo que todavía podía aceptar dentro del orden natural de las cosas. Si la del patadón hubiera sido la señorita Brinkmeyer, todavía lo habría comprendido. Puede que hasta le hubiera dado la razón. No obstante, aquella agresión en concreto me cogía completamente por sorpresa. Tratándose como se trataba de April June despachándose a gusto contra mis posaderas, francamente tenía que confesarme incapaz de seguir lo que el señor Brinkmeyer habría llamado la secuencia.

—¡Vaya! ¿Y eso? —dije.

Además de estar aturdido hasta la mismísima médula desde el punto de vista espiritual, no estaba en las mejores condiciones físicas. El golpetazo me escocía de lo lindo y hasta tuve que llevarme la mano a la cabeza para comprobar que la columna vertebral no se había asomado a la superficie. Desde los años de mi tierna adolescencia, época durante la cual, según tengo entendido, la natural vivacidad de mi comportamiento invitaba a este tipo de reacciones, no recordaba haber recibido una paliza como aquélla.

—¡Vaya! ¡Diantre! —exclamé.

No obstante, incluso entonces mi amor era tan profundo que, de haber pronunciado algo dentro de la índole de una disculpa o de un arrepentimiento y de haberme asegurado, por ejemplo, de que se le había ido el pie o algo por el estilo, creo que hasta habría dado el asunto por perdonado y olvidado para poder empezar de nuevo sin rencores.

Sin embargo, nada dijo dentro de esta tónica. Es más, parecía regocijarse en su discutible comportamiento y su actitud traslucía claramente triunfo y satisfacción.

—¡Toma! —exclamó—. ¿Qué te ha parecido? ¿A que no te ríes ahora?

Nada más alejado de mis pensamientos que el regocijo. En ese momento no hubiera podido reírme ni siquiera para complacer a una tía moribunda.

De pronto tuve la sensación de comprender lo que había ocurrido. Las condiciones de vida de Hollywood son tan agotadoras, con esa tensión incesante y ese trabajar sin descanso, que habían acabado por vencer la ya precaria fortaleza de aquella chica. Acababa de sufrir un trastorno cerebral. Había sido víctima de una crisis nerviosa. En pocas palabras: aplastada por el peso de esa gran maquinaria, se encontraba sumida en un estado de chifladura temporal.

Sentía una gran pena por ella. Olvidé mis doloridas posaderas.

—Bueno —dije y estaba a punto de sugerir la conveniencia de una taza de té calentita y de un buen reposo, cuando April añadió:

—¡A ver si esto te enseña de una vez a no arrastrarte como un gusano delante de los directores para que te dejen chupar cámara!

La venda se me cayó de los ojos. Comprendí que me había equivocado en el diagnóstico. La espantosa verdad me golpeó como una toalla húmeda. Aquello nada tenía que ver con una crisis nerviosa por exceso de trabajo. Por increíble que pueda parecer, después de haberse presentado como la artista que sacrifica la gloria personal por el éxito de una película, aquello no eran más que celos profesionales. Volvía a estar igual que con Murphy y Flower, sólo que un poco peor, porque para arreglar mis pequeñas diferencias con Thomas y Orlando había gozado de plena libertad de movimiento, mientras que en ese momento, encerrado entre cuatro paredes, ¿quién iba a predecir las consecuencias?

Desde el principio de este relato he dejado ya muy claro, creo yo, que lo que más me había atraído en April June había sido aquella especie de dulzura melancólica que parecía flotar como un halo a su alrededor. Como he asegurado ya en repetidas ocasiones, habría apostado todo cuanto tenía convencido de que, en ella, había encontrado un alma pura y sencilla.

En ese momento, en cambio, no quedaba ni rastro de esa dulzura y melancolía. Esos tiernos ojos azules que tanto había admirado me miraban con dureza y empezaban a echar chispas. La piel que tanto me habría gustado acariciar presentaba los síntomas del acaloramiento, la boca estaba contraída en una mueca rígida y tenía las manos crispadas. En pocas palabras, presentaba todos los atributos que caracterizan a esas asesinas aficionadas al martillo que aparecen en los periódicos y que se dedican a dejar fiambres a sus mandos de un buen golpe en la sesera, para luego esconder el cadáver en un baúl. Por consiguiente, me coloqué al otro lado del sofá con toda la rapidez de que fui capaz y la miré sin decir palabra. Fue entonces cuando experimenté por primera vez lo que debe de sentir un gusano frente a una gallina.

April siguió hablando de un modo que no se parecía en absoluto a aquella manera de hablar suya que tanto me había fascinado en nuestro primer encuentro. Las palabras brotaban de sus labios en un agudo y vibrante soprano que se me clavaba en

el alma como un punzón.

—Quizás así aprendas a no entrometerte cuando recibo a la prensa. ¡Vaya una cara la tuya, presentándote a meter las narices cuando voy a recibir a una representante muy especial de un periódico importantísimo y que está muy interesada en mis opiniones sobre el arte y los gustos del público! ¡Tú y tus ramitos de flores! —añadió y, mostrándome los dientes de un modo francamente desagradable, propinó un puntapié al ramillete—. ¡Si hasta me vienen ganas de hacértelo tragar!

Me alejé un poco más de ella y me atrincheré detrás del sofá. Cada vez me gustaba menos el giro que estaba tomando la conversación.

—¡Y yo que creía que en mi propia casa estaría a salvo de ti!… ¡Pero no! ¡Ya veo que te extiendes como una plaga!

De haberme dado la oportunidad, me habría gustado explicarle que tenía excelentes motivos para extenderme como una plaga, pues me había presentado con el único propósito de salvarla de un destino que, si bien no era peor que la muerte, sí podía llegar a ser decididamente desagradable. Pero no me dio esa oportunidad.

—Tratando de acaparar la atención de todo el mundo, como siempre. Pues bien, si crees que vas a salirte con la tuya, estás muy equivocado. Ya puedes quitártelo de la cabeza. No sólo quieres que te sirva para que tú te puedas hacer el gracioso delante de la cámara, sino que encima pretendes que me quede sentadita y sonriendo en un segundo plano, mientras tú vienes a meter tus narices en mi casa y me robas la entrevista.

Traté de tranquilizarla asegurándole que estaba totalmente equivocada al enfocar la situación de aquel modo, pero me volvió a tomar la delantera.

—¡Qué desfachatez! ¡Qué insolencia! ¡Qué…! ¡Pero bueno! —dijo de pronto, dejando la frase en el aire—, ¿de qué sirve perder el tiempo hablando de todo esto?

Estaba de acuerdo con ella. Tenía la sensación de que nada íbamos a conseguir prolongando aquella conferencia.

—Exactamente —dije—. Tienes toda la razón. Ya es hora de que me marche.

—¡Quédate donde estás!

—Pero es que yo pensaba que habíamos quedado en que…

—¡Déjame que te coja y verás!

No podía acceder a su petición, que hasta a ella misma tenía que parecerle poco razonable. Con un gesto rápido de la mano se había hecho con un cortapapeles grande, pesado y plano, así que lo último que estaba dispuesto a hacer era dejar que me cogiera.

—Escúchame —traté de decirle.

Sin embargo, no pude ir más lejos porque, aprovechando que le hablaba, April se había colocado al otro lado del sofá y comprendí enseguida que aquél no era el momento para palabras. Reaccioné con rapidez y di un brinco hacia atrás de casi dos metros, maniobra conocida en los Estados Unidos como salida nula. Con igual presteza, April dio un salto al frente de aproximadamente un metro y medio. A

continuación, y al oír el silbido del cortapapeles que me había pasado rozando los pantalones de golf, decidí dar un salto hacia un lado de quizás un metro. Mi astucia me salvó por el momento, pero no pude por menos de reconocer que mi posición estratégica había empeorado de manera considerable. En efecto, April había conseguido alejarme de mi atrincheramiento y me encontraba a campo abierto, susceptible de ser atacado por ambos flancos.

Parecía el momento indicado para otro intento de reconciliación.

—Todo este asunto resulta de lo más lamentable —me apresuré a decir.

—Y va a ponerse mucho peor —me aseguró.

Le rogué que no hiciera nada de lo que más tarde pudiera arrepentirse. Me agradeció la sugerencia, pero me garantizó que era yo quien me iba a arrepentir. April echó a andar hacia mí de nuevo, pero esa vez con pasos cautelosos, como un leopardo de la jungla y, mientras yo retrocedía con prudencia, pensé en lo mucho que puede uno cambiar la manera de ver las cosas en pocos minutos. No quedaba ya ni rastro del amor que apenas hacía unos instantes albergara mi corazón por aquella chica. El cortapapeles que blandía había puesto punto final a aquella tierna pasión. Cuando pensaba que no hacía tanto tiempo suspiraba por atravesar la nave de la iglesia junto a ella al son de *La voz que susurraba en el Edén* interpretada al órgano, mientras el capellán esperaba el momento para representar su papel, me quedaba maravillado ante mi imbecilidad.

Sin embargo, no me concedió el tiempo suficiente para nada que implicara largas meditaciones. April dio un salto al frente y la cosa volvió a animarse. No pasó mucho tiempo antes de que comprendiera que aquélla iba a ser una tarde bastante movida.

Describir con todo detalle este tipo de experiencias que entrañan grandes emociones resulta siempre considerablemente difícil. Mientras se encuentran todavía en proceso de desarrollo, uno no está en condiciones de observar, anotar y registrar en la memoria la secuencia de acontecimientos. Los recuerdos tienden a ser confusos.

Recuerdo perfectamente haberme impuesto un buen paso pero, aun así, dio en mis carnes en el lugar más apropiado para ello en dos ocasiones —una cuando me lié con la lámpara de pie colocada junto a la chimenea y la otra cuando tropecé con una silla baja— y ambas fueron unos golpes sin parangón. Sus ataques despertaron lo mejor que había en mí como experto en carreras lisas y de obstáculos, y salí disparado de tal modo que casi me llevé el piano por delante, ese piano en el que, en circunstancias más felices, había interpretado para mí antiguas canciones populares. De pronto volví a encontrarme parapetado detrás del sofá.

Era tal la agilidad que la proximidad del peligro me había infundido que estoy convencido de que, a esas alturas, ya habría conseguido alcanzar la puerta y, con ella, la salvación, de no haber sido porque mis pobres conocimientos acerca de las condiciones del lugar me llevaron a cometer un error estúpido. Al verla avanzar hacia mí con mucho brío por mi flanco derecho, como un pobre idiota pensé que sería mucho más rápido pasar por debajo del sofá que rodearlo.

Ya he aclarado antes que había estado sentado en ese salón muchas otras veces y que lo conocía bien, pero me refería concretamente a la parte de él que se hallaba a la vista. No estaba familiarizado con las regiones que escapaban a la mirada. Eso fue mi perdición. Como iba diciendo, convencido de que cogería un atajo si me escabullía por debajo del sofá para emerger al otro lado —maniobra que habría sido digna de Napoleón, todo hay que decirlo, pues de haber resultado me habría situado a una distancia decente de la puerta— me dejé caer al suelo. Sin embargo, al tratar de pasar serpenteando por debajo del sofá descubrí que los bajos del puñetero mueble no alcanzaban siquiera los treinta centímetros. Así pues, introduje la cabeza y me quedé atascado.

Antes de que pudiera ponerme de pie y buscar un refugio más apropiado, April June estaba ya muy ocupada con el cortapapeles.

Parecía querer castigarme hasta el alma. Recuerdo que, a pesar de lo supremo del momento, me pregunté cómo era posible que una mujer de fuerza insignificante y con un físico de apariencia frágil pudiera tener un juego de muñeca tan imponente. Siempre había considerado al director de mi primera escuela un maestro de la vara, pero no estaba a la altura de aquella chica esbelta de ojos azules. Supongo que es meramente una cuestión de coordinación de movimientos.

—¡Toma! —dijo, por fin.

Había conseguido rodear el sofá y ahí estábamos los dos, mirándonos el uno al otro con aquella barrera en medio. Aquel ejercicio tonificante había dado rubor a sus mejillas y brillo a sus ojos, y me pareció que estaba más bonita que nunca. Con todo, las cenizas de mi amor ya muerto no mostraban el menor signo de avivar el rescoldo de la antigua llama. Me froté donde me dolía y la miré sombrío. Saber que nadie la pondría sobre aviso de lo que le esperaba cuando Reginald, lord Havershot, acabara por encontrar el camino hasta su puerta me procuraba una cierta satisfacción un tanto triste.

—Bueno —dijo—, eso te enseñará. ¡Y ahora largo!

De no haber estado familiarizado con aquel término, el ademán que lo acompañó me habría hecho comprender que debía retirarme de su presencia y yo estaba más que dispuesto a ello. Cuanto más rápido mejor. Me dirigí hacia la puerta sin más dilaciones.

Y fue entonces cuando, a pesar de todo cuanto había ocurrido, mi lado bueno se impuso.

—Escúchame —le dije—, hay algo que…

April June blandió el cortapapeles ante mis ojos con gesto imperioso.

—¡Venga! ¡Fuera de aquí!

—Sí, pero escucha…

—¡Largo! —insistió con desdén—. Y eso va por ti.

Suspiré con resignación. Me encogí de hombros. No estoy seguro, pero creo que dije: «Así se hará». Sea como fuere, me encaminé hacia la puerta de nuevo. Fue

entonces cuando, con el rabillo del ojo, me pareció ver algo al otro lado de la ventana que me hizo parar en seco.

Fuera de la casa, con la nariz aplastada contra el cristal, estaban Tommy Murphy y Orlando Flower.

Me quedé helado. Enseguida comprendí lo ocurrido. Desde el momento en que estaban el uno junto al otro en aparente concordia, era evidente que las desavenencias que antaño les enfrentaban habían desaparecido. Seguramente, después de mi marcha habían vuelto a hablar del asunto y habían decidido que obtendrían mejores resultados si dejaban aquella competición despiadada y aunaban sus fuerzas. Habían concertado una alianza, aunque creo que el término técnico es «fusión».

Sus rostros desaparecieron de pronto. Sabía lo que eso significaba: aquel par de abusones habían ido a ocupar posiciones estratégicas junto a la puerta principal.

April June dio un paso al frente.

—¡He dicho que largo! —me advirtió. Pero yo vacilaba.

—Pero es que Tommy Murphy y Orlando Flower están ahí fuera —dije con voz temblorosa.

—¿Y qué?

—Pues que no estamos en muy buenas relaciones que digamos. En realidad quieren darme una paliza.

—Pues espero que se salgan con la suya.

April June me azuzó hasta tenerme junto a la puerta, la abrió y, después de colocar una mano firme en mi espalda, me dio un empujón. Salí disparado a la noche y, cuando la puerta se cerró de golpe a mis espaldas y oí gritos y rumor de pasos, comprendí, con una lúgubre visión del destino, que no tenía escapatoria. Lo único que podía salvarme era la ligereza de mis pies, pero ya no era ligero de pies. Nada hay que deje más planchado a un corredor que lo que acababa de pasar. Tenía las extremidades entumecidas y no estaba en forma para la carrera.

Cuando pude darme cuenta, unas manos me tenían agarrado y tras un ahogado: «¡A jugar limpio, sinvergüenzas!», me encontré en el suelo.

Sin embargo, cuando me disponía a propinar un buen mordisco al primer tobillo que se me pusiera a tiro —aunque sólo fuera por hacer algo insignificante antes de que se cerniera sobre mí el penoso final— ocurrió el milagro. Una voz gritó: «¡Alto, bestias!» y oí un melodioso bofetón en un par de caras que se llevaron sendos sopapos, seguido de dos alaridos desesperados y luego la noche se tragó a mis asaltantes.

Una mano me cogió por la muñeca y me ayudó a ponerme de pie, y de pronto me encontré ante la mirada compasiva de Ann Bannister.

23

Un resoplido de indignación me dijo que aquello había impresionado profundamente la buena naturaleza de Ann. A pesar de que estaba anocheciendo, noté que echaba chispas por los ojos.

—Esos bestias —me dijo—. ¿Te han hecho daño, Joey, cariño?

—Ni pizca, gracias.

—¿Seguro?

—Seguro. No han tenido tiempo. Gracias —añadí, con auténtico sentimiento en la voz— a lo oportuno de tu intervención. Has estado magnífica.

—No me he andado con rodeos. Creí que te iban a matar. ¿Quiénes eran?

—Tommy Murphy y Orlando Flower.

—Los metería en aceite hirviendo.

Yo también era de la opinión de que un ratito en aceite hirviendo no vendría mal a aquel par de monstruitos, y lamentaba que quedara fuera del ámbito de una política factible. Con todo, recalqué el lado bueno del asunto.

—Deben de haber dado un buen respingo con ese par de bofetones que se han llevado —comenté—. Por el ruido parecían buenos.

—Y lo eran. Casi me disloco la muñeca. No sé si será Orlando o Tommy, pero hay uno que tiene la cara dura como una piedra, el condenado. Pero bueno, bien está lo que bien acaba. ¡Eh! Yo creía que no te habían hecho daño.

—No.

—¿Entonces por qué cojeas?

Era una pregunta embarazosa. Después de la actitud que había adoptado en nuestra conversación de aquella tarde y de defender a capa y espada la dulzura y amabilidad de April June, revelar lo que podría llamar la faceta cortapapeles de su carácter me habría hecho sentir como un mentecato. Temía la carcajada a mandíbula batiente y el burlón «Ya te lo advertí». Ni la mejor de entre las mujeres puede reprimirse en estas cosas.

—Es que estoy un poco entumecido. Tanto rato sentado… —me justifiqué.

—Así que estar sentado te deja entumecido, ¿eh? ¡Menudo octogenario estás hecho! Siempre se te agarrotan las articulaciones. ¿Y qué hacías ahí, si puede saberse? ¿Has ido a visitar a April June?

—Sólo ha sido un momento.

—¡Sabiendo que Tommy Murphy y ese Flower estaban al acecho a la espera de su oportunidad! Joseph, tendrías que tirar a la basura esa cabezota que tienes. Te lo digo en serio. No vale la pena que la sigas manteniendo. ¿Y por qué querías ver a April June?

En ese punto me vi incapaz también de revelarle la verdad.

—Es que quería darle un ramillete.

—¿Un «qué»?

—Flores, ya sabes. Un ramo. Aquello la dejó aturullada.

—Imposible.

—Pues sí.

—Bueno, pues no me lo explico. No te entiendo, sencillamente, Joseph. Si alguna vez ha existido una personalidad poco corriente e inescrutable, ésa es la tuya. Te he oído repetir centenares de veces que April June te parece una pelmaza. En varias ocasiones, y a menudo, diría yo, te has referido a ella ante mi presencia como a una pesada de aquí te espero. Y aun así vas y te expones a terribles peligros sólo para ir a ofrecerle flores. Y, además, esta misma tarde, cuando me he atrevido a hacerle unas cuantas críticas te has puesto hecho una furia.

Los remordimientos se apoderaron de mí.

—Lo siento.

—Oh, no te disculpes. Lo que pasa es que me parece desconcertante. Por cierto, ¿cuánto pastel de cerdo conseguiste tragarte? Me fui enseguida, como recordarás.

—No mucho. También siento enormemente lo que pasó.

—Me lo imagino.

—No, lo que quiero decir es que has perdido tu empleo por culpa de esa buena acción.

—Oh, no te preocupes por eso. Tampoco lo consideraba el trabajo de mi vida. No le des más vueltas, Joey. Mañana a estas horas espero ser ya la agente de publicidad de tu reciente anfitriona. De hecho, venía a hacerle una visita para concretarlo, por eso estaba aquí. Supongo que debería volver, pero no me hace la menor gracia dejarte solo. No me sorprendería que Tommy y ese amiguito suyo estuvieran acechando en la oscuridad en alguna parte. Parecen hordas de madianitas. Siempre andan merodeando en busca de una presa.

Precisamente yo pensaba lo mismo. Así pues, le rogué con todas mis fuerzas que no me dejara solo por nada del mundo.

—Sí, creo que necesitas de la fuerza de mi brazo derecho. Te diré lo que vamos a hacer —añadió, después de quedarse pensativa un instante—. ¿Te apetece un helado?

—Pues claro.

—Muy bien. Entonces, si no te importa que te aleje un poco de tu camino, iremos al centro comercial de Beverley-Wilshire y te invitaré a uno. Ya llamaré desde allí.

Le aseguré que no me importaba lo mucho que me alejara de mi camino y un momento más tarde ya habíamos emprendido la marcha: ella me hablaba despreocupadamente de esto y de aquello, mientras yo permanecía en silencio, porque tenía el alma hecha un hervidero de emociones confusas.

Y si queréis saber por qué tenía el alma hecha un hervidero de emociones confusas, os lo diré. Pues bien, estaba así porque en el breve lapso transcurrido desde que Ann había propinado un par de sopapos a Tommy Murphy y Orlando Flower, el amor había renacido en mí. Sí, todo el amor que había profesado a aquella chica hacía dos años, que creía muerto para siempre después de aquella respuesta suya tan tajante

en Cannes, ocupaba de nuevo su lugar de antaño con más vigor que nunca.

No había duda de que muchas cosas habían contribuido a ello. En primer lugar, estaba la reacción ante el encanto engañoso de April June. Luego estaba la valiente actitud de Ann en su última aparición. Pero lo más importante creo que era su alegre y generosa simpatía, su amabilidad natural y su camaradería sana y jovial. Y, naturalmente, estaba también el pastel de cerdo. Pero, fuera lo que fuese, la quería, la quería y la quería.

Y, mientras con aire melancólico engullía un helado con nueces y ella hacía su llamada desde la tienda, pensaba con tristeza en lo poco que me servía quererla. De todas las palabras tristes existentes y por existir, las más tristes son éstas: pudiera haber sido y no fue. Si por lo menos hubiera tenido el buen sentido de darme cuenta enseguida de que no podía existir en todo el mundo otra chica para mí, no habría cometido la tontería de comer helado en la fiesta de April June, no habría tenido problemas con la muela y no habría tenido que ir a I. J. Zizzbaum al mismo tiempo que el pequeño Joey Cooley iba a B. K. Burwash, y, en pocas palabras, nada de todo esto habría ocurrido.

Tal como estaban las cosas, ¿qué iba a conseguir? Era la prometida de mi primo Eggy y, aunque no lo hubiera sido, no estaba en situación de pedirle que compartiera mi suerte. Todos los obstáculos que había visto ya interponerse entre April June y yo se interponían ahora con el mismo empeño entre Ann y yo. Además, aun en el caso de ser libre, ¿cómo se habría tomado una propuesta de matrimonio de Joey Cooley?

«¡Ay!» resumía bastante bien la situación y estaba murmurando para mis adentros decaído cuando Ann salió de la cabina telefónica y me acompañó en un segundo helado con nueces.

—He hablado con ella —me dijo—. Todo está arreglado.

No comprendía muy bien lo que quería decir con eso, pero de todos modos respondí con un «¿Ah, sí?» y ataqué el helado con nueces con tal ímpetu que, cuando Ann empezó con el suyo, yo ya estaba terminando el mío. Entonces me preguntó si me apetecía otro y yo le dije que sí y me lo pidió. Aquélla era una anfitriona digna de un príncipe.

—Bueno —dijo, retomando la conversación—. Habrás tenido una tarde muy ocupada.

Me eché a reír un tanto apenado.

—Sí, muy ocupada.

—¿Y cómo ha ido todo?

—¿Cómo dices?

—Lo de la estatua del señor Brinkmeyer. La inauguración de la estatua.

Di un brinco como si me acabara de propinar un mordisco en la pierna. Se me cayó un poco de helado con nueces de aquella cuchara poco firme. Aunque parezca increíble, entre una cosa y otra, se me había ido el santo al cielo y había olvidado por completo lo de la estatua.

—¡Cielos! —exclamé.

—¿Qué te pasa?

Transcurrieron unos instantes antes de que pudiera articular palabra. Y, entonces, con franqueza y sin ambages, se lo conté todo. Ann me escuchó con una atención de lo más halagadora y frunció un poco los labios cuando llegué al episodio de las ranas.

—¿Y tú crees que la señorita Brinkmeyer las habrá encontrado ya? —me preguntó.

—Si la voz de las mujeres no me engaña —le dije—, estoy convencido de que ya las ha descubierto. Y a estas alturas ya se habrá enterado de que no he ido a la ceremonia de la estatua y ya le habrán informado de que, al descubrirla, tenía la nariz roja. En pocas palabras, si alguien ha estado alguna vez en un lío de mil demonios, ése soy yo.

—No hay que decir «demonios», Joey.

—Hay momentos en los que a uno no le queda más remedio que decir «demonios» —repuse con firmeza—. Y éste es uno de ellos.

Pareció comprender mi punto de vista.

—Sí, no cabe duda de que te has metido en un buen avispero. Di por supuesto que la palabreja en cuestión era el equivalente estadounidense de «lío». Asentí apesadumbrado.

—Bueno, por lo menos, mañana ya se les habrá olvidado.

—¿De verdad lo crees así?

—Desde luego.

Su optimismo se me contagió.

—Eso es estupendo —dije. Ann se puso de pie.

—Lo mejor será que te acompañe a casa —dijo—. Venga, vamos. No te preocupes, todo va a ir bien.

Le permití que me escoltara hasta la residencia de los Brinkmeyer. Sin embargo, cuando me dejó ante la verja de la entrada reparé en que aquel razonamiento suyo presentaba un punto flaco. Teniendo en cuenta el trepidante ritmo de la vida en Hollywood, puede que se hallara en lo cierto en sus predicciones y a la mañana siguiente todo estuviera olvidado. Sin embargo, en sus cálculos había pasado por alto qué demonios iba a ocurrir aquella noche.

Poco a poco, mis pensamientos se fueron centrando en la señorita Brinkmeyer. Después de lo ocurrido, pensar que iba a encontrarla de buen humor era demasiado pedir. De hecho, cuanto más me acercaba a mi destino, más convencido estaba de que había que pensar en aquel cepillo de pelo suyo como una certeza.

Así pues, me encaramé al tejado del edificio anexo un tanto pesaroso. Y todavía no había afianzado ambos pies sobre él cuando empecé a presentir lo peor. Había luz en mi cuarto y la circunstancia me pareció siniestra.

Caminando sin hacer ruido, recorrí todo el tejado y eché una ojeada al interior. Era tal y como me lo temía. Aquella luz significaba dificultades. Las persianas no

estaban bajadas y eso me permitió tener un buen panorama de la situación.

Mi inspección reveló que la señorita Brinkmeyer estaba sentada muy erguida en una silla. Su rostro lucía una expresión pétrea y, sin embargo, se leía en sus ojos un cierto anhelo y melancolía, como si estuviera esperando algo. Llevaba una bata de color rosa y su mano crispada agarraba con fuerza un cepillo de pelo.

Aquello lo explicaba todo. Me estaba esperando.

Volví sobre mis pasos de puntillas y me deslicé hasta el jardín sin hacer ruido. Comprendí enseguida que lo que aquella situación requería era una reflexión rápida, profunda y clara. Y precisamente me estaba devanando los sesos a conciencia cuando, de pronto, advertí que había un individuo de pie junto a mí.

—¡Eh! —me llamó.

—¿Sí? —repuse.

—¿Eres el niño Cooley? —me preguntó.

—Sí —le confirmé.

—Encantado de conocerte —dijo. Un tipo educado.

—Lo mismo digo —contesté, pues no estaba dispuesto a dejarme ganar en el terreno de la cortesía.

—Muy bien —dijo.

A continuación, algo húmedo y blando me cubrió la cara y aspiré el olor a cloroformo. Y fue entonces cuando, de pronto, caí en la cuenta de que para acabar de rematar todas las vicisitudes que había vivido ese día, en ese momento me estaban secuestrando. Eso era la cereza que completaba el pastel.

—¡Estupendo, vaya un regalito! —recuerdo que dije para mis adentros antes de desmayarme.

Y lo decía en serio.

24

Resulta que el cloroformo es algo que no conozco en exceso —lo único que sé de él es lo que he leído en las novelas policíacas— pero, de todos modos, supongo que en circunstancias normales la persona a la que se administra no tarda demasiado en recobrar el conocimiento. De haber ocurrido todo esto durante las primeras horas de la tarde, no me cabe duda de que enseguida habría estado vivito y coleando otra vez, como nuevo.

Sin embargo, recordarán que había tenido un día bastante atareado, uno de esos días que ponen a prueba la constitución y minan la vitalidad y todo eso y, además, yo no estaba lo suficientemente fuerte para plantarle cara. La consecuencia de todo esto fue que, después de desmayarme como un corderito, seguí como un corderito y no mostré el menor interés por el curso de los acontecimientos durante un período considerable. Creo recordar vagamente haber ido en coche y detenernos delante de una casa en la que me metieron. Sin embargo, lo primero que recuerdo con claridad es despertarme en una cama y descubrir que ya había amanecido. Los rayos de sol se colaban por la ventana, un par de pájaros se dedicaban a los trinos a dúo y un repicar lejano de campanas de iglesia me dijo que era domingo.

Nada hay como echar un buen sueñecito para sentirse en forma. Hay quien lo llama el dulce restaurador de la naturaleza cansada, y no anda muy equivocado. Me quedé encantado al descubrir que, salvo un ligero entumecimiento en las posaderas, natural después del episodio del cortapapeles, me sentía en forma. Así pues, me levanté, me acerqué a la ventana y me asomé.

La casa se levantaba en uno de los extremos de una callejuela que desembocaba en una carretera importante, o algo por el estilo. Más tarde descubrí que se trataba del bulevar Ventura. Era una parte del país que desconocía y lo estaba examinando con interés cuando, de pronto, mi olfato detectó un agradable perfume de salchichas y café tan intenso y tentador que cogí mi ropa a todo correr y procedí a un simple aseo sin mayores preámbulos. Hacía apenas un momento que daba vueltas a la posibilidad de que los tipos que me habían secuestrado pudieran cortarme dedos y otros apéndices, para luego empaquetarlos y mandarlos con el fin de despertar el espíritu navideño en quien fuera que tuviese que apechugar con el rescate; pero en ese momento ya no parecía tener tanta importancia. Lo que quiero decir es que, si primero me permitían echar mano a aquellas salchichas, no sería quisquilloso con lo que tuvieran intención de hacerme luego.

Y ya casi estaba listo para bajar la escalera corriendo cuando, de pronto, alguien llamó a la puerta con gran alboroto y oí una voz que decía:

—¡Eh, el de ahí dentro! —exclamó.

—¡Hola! —le saludé.

—¿Cómo va?

—¿Cómo va qué?

—¿Cómo te encuentras?

—Con hambre.

—Muy bien. Tenemos salchichas y hojuelas.

—¿Hojuelas? —repetí, con una voz que me temblaba por la emoción.

—Pues claro —repuso el individuo invisible. Un malhechor de lo más amable—. Ponte algo cómodo y ven a unirte a la fiesta.

Al cabo de dos minutos ya estaba en el salón y echaba mi primer vistazo a la pandilla. Estaban todos sentados alrededor de una mesa, en la que había una fuente de salchichas tan grande que su simple visión me estremeció como un cuerno de caza. Estaba claro que ahí no había restricciones.

Como se trataba de los primeros secuestradores con quienes trababa amistad, los examiné de pies a cabeza con natural curiosidad. Eran tres y los tres lucían grandes barbas que les daban un cierto aspecto de esas celebridades victorianas que a veces se ven en fotografías de grupo. No diré que esa pelambrera les quedara muy *chic*, pero supongo que la gente de ese ramo siempre tiene que pensar más en el lado práctico de las cosas que en el aspecto personal. Sea como fuere, las cosas no estaban tan mal como pudieran haber estado. Las barbas eran postizas, pues se veía la goma elástica que les pasaba por encima de las orejas. En otras palabras, había caído en manos de una banda de criminales que no eran barbudos por voluntad propia, sino que habían adoptado aquel adminículo por imperativos del disfraz. Es muy posible que este descubrimiento me predispusiera en su favor, pero, de todos modos, tengo que reconocer que parecían unos tipos muy decentes. Mostraban un especial interés por procurar que su pequeño huésped se sintiera como en casa. Se presentaron, respectivamente, como George, Eddie y Fred y, después de comentar que esperaban que hubiera dormido bien, me invitaron a que me sentara a la mesa. George me sirvió las salchichas, Eddie me dijo que las hojuelas estarían listas enseguida y que, si las salchichas no estaban a mi gusto, no tenía más que decirlo, y Fred se disculpó con suma educación por lo del cloroformo.

—Lo siento, chaval —se disculpó—. Pero ya estás bien, ¿eh?

—Nunca me he encontrado mejor —le tranquilicé—. Nunca.

—Estupendo. ¿Sabes? George y Eddie se han estado burlando de mí todo el rato por cómo usé la esponja…

—Necesidad, necesidad, no había —dijo George, meneando la cabeza.

—Tampoco parecía que se fuera a poner a chillar —intervino Eddie.

—Sí, ya lo sé —reconoció Fred—. Pero las cosas, o se hacen bien o se hacen mal. Cada cual tiene su técnica, ¿o no? El artista que uno lleva dentro tiene que expresarse, ¿o no?

—Ya basta —zanjó George, que parecía algo así como el presidente de la organización, con un tono cortante de censura—. Ve a la cocina a ver como van esas hojuelas.

—Oh, vaya —rezongó Fred… que saltaba a la vista que se había ofendido, el

pobre diablo—. No veo por qué le han de censurar a uno la técnica.

Fred se metió en la cocina arrastrando los pies y George creyó necesario disculparle.

—Sin rencores, ¿eh? —me dijo—. Fred da mucha importancia a la técnica. Es su carácter, pero hay que saber perdonarle.

Le rogué que no diera más vueltas al asunto.

—De todos modos —dijo Eddie—, hay que decir que hace unas hojuelas que hay que probarlas para creerlo.

Al poco rato Fred ya estaba de vuelta de la cocina con una fuente humeante y comprobé que el juicio era correcto. No me avergüenza reconocer que engullí hasta reventar y tuvo que pasar un buen rato antes de que me encontrara en situación de prestar oídos a la conversación de sobremesa.

Al igual que todas las conversaciones que se estarían desgranando en aquel preciso instante, después del desayuno, en toda el área de Hollywood, la que nos ocupa giraba en torno del cine. George, que estaba enfrascado en la lectura del periódico del domingo y que removía el café distraídamente con el cañón de su automática, comentó que aquel nuevo Giro Hacia el Puritanismo parecía estar empezando a ganar terreno. Para corroborarlo, leyó en voz alta el párrafo de una noticia en el que se comentaba un rumor según el cual la próxima película de Mae West iba a ser *Alicia en el País de las Maravillas*.

Por su parte, Fred y Eddie dijeron que les alegraba mucho saberlo. Eddie, además, añadió que ya era hora de que alguien se decidiera a echar un buen cubo de agua fría que apagara las llamas de aquel incendio arrasador de libertinaje y que no hacía más que envenenar la mente del público, y Fred dijo que «Sé», que siempre lo había visto así.

—Esto va a ser toda una oportunidad para ti, chaval —dijo George—. Lo tuyo es decente.

—Eso —dijo Fred.

—Vas a subir como la espuma.

—Pues claro —convino Eddie—. Por fin tendrá lo que se merece.

—Eso —añadió George, con un tono de advertencia— si le proponen la historia adecuada. Decente o no decente, lo que hay que tener es una buena historia, fuerte y con emoción. Esa gente que te escribe las cosas, chaval, no tiene ni la menor idea de lo que es una buena historia.

—Eso —corroboró Fred.

—Tienes que andar con cuidado con eso, chaval —dijo Eddie.

—Es el sistema lo que no funciona —dijo George—. La culpa la tienen los responsables de los estudios.

—Los mongoles —aclaró Eddie.

—Los mandarines —puntualizó Fred.

—Los Hitler y los Mussolini del mundo de las películas —concluyó George—.

¿Qué hacen? Se traen a todo ese surtido de dramaturgos de Nueva York y novelistas ingleses y lo dejan todo en sus manos. A la gente de fuera con talento no le dan ni una sola oportunidad.

—Eso —dijo Fred.

—Mira, fíjate —prosiguió George—. Si a un tipo de fuera se le ocurre una idea fenomenal para una película, ¿qué ocurre? Pues que, cuanto más insiste en presentarla al departamento de guiones, menos interesados están. Yo, sin ir más lejos, ahora mismo tengo una idea genial para una película para ti, chaval, ¿pero de qué iba a servirme? Ni siguiera se dignarían leerla.

—¿La que nos contaste el martes? —preguntó Eddie.

—¿Aquella sobre el Enemigo Público Número Trece? —preguntó Fred.

—La misma —confirmó George—. Es de aúpa.

—Ya lo creo que es de aúpa —dijo Eddie.

—Eso es lo que es —sentenció Fred.

Terminé mi hojuela.

—Así que es buena, ¿eh?

—Ya lo creo que es buena —dijo George.

—Ya lo creo que es buena —dijo Eddie.

—Ya lo creo que es buena —dijo Fred.

—Seguro que lo es —dije yo.

—Escucha —empezó George, como si hubiera entrado en éxtasis—. Pon atención, chaval. Haz una buena provisión de hojuelas y luego dime si no son como las de tu madre. Está este gángster que se ha convertido en el Enemigo Público Número Trece, ¿no? Y resulta que es supersticioso, ¿no? Y cree que nunca más va a tener suerte mientras tenga que cargar con ese numerito gafe, ¿no? Así que, ¿qué hace?

—No te lo pierdas, chaval —dijo Eddie.

—No te lo pierdas, chaval —dijo Fred.

Estaban los dos con el cuerpo echado hacia adelante y se retorcían las barbas de emoción.

—Pues tiene demasiado buen corazón para dejar seco de un disparo a cualquiera de los Enemigos Públicos que le preceden en la lista, y eso que sabe que, si lo hiciera, se convertiría automáticamente en el Enemigo Público Número Doce…

—Yo creo que es un papel ideal para Lionel Barrymore —le interrumpió Eddie.

—O para Warner Baxter —dijo Fred.

—Para Bill Powell —atajó George con brusquedad, para ponerlos a los dos en su sitio—. Pues bien, se le ocurre una jugarreta que va a hacer que el gobierno se entere de lo bueno que es y que le permitirá escalar en la lista hasta el puesto número uno o dos, y la idea es la siguiente: él y su banda se embarcan en un transatlántico, que va a cruzar el charco cargado de oro y, una vez a bordo, reducen al capitán y a los oficiales y se hacen con el barco, ponen rumbo a América del Sur y, ya en tierra, vuelan en

pedazos el barco y huyen hacia el interior con el oro. ¿Me sigues?

No es que me gustara la idea de desalentar al pobre hombre, pero tenía que hacerle ver el defecto de todo aquello. Al fin y al cabo, para eso sirven las reuniones de guionistas.

—No querría desanimarle —le dije—, porque la idea es buena. Pero no acaba de cuajar.

George me miró alzando la barbilla.

—¿A qué te refieres? ¿Qué tiene de malo la secuencia del barco?

—Pues que lo has convertido en una comedia —dijo Eddie—. El capitán pasaría a ser un personaje cómico. Charles Butterworth, ¡como si lo viera!

—¡Joe Cawthorne! —dijo Fred.

—¡Edward Everett Horton! —dijo George.

—¿Dónde está la trama amorosa? —pregunté, sin perder la calma.

Era evidente que aquella pregunta les había cogido por sorpresa. George se rascó la barbilla y Eddie y Fred la mejilla izquierda y la cabeza, respectivamente.

—¿La trama amorosa? —repitió George. Se le iluminó la expresión—. A ver qué te parece: las costas de América del Sur, una chica que nada junto al barco anclado. El aire es denso, cargado de los exóticos perfumes del trópico…

—Flamencos —sugirió Eddie, respetuoso.

—Eso, flamencos —aceptó George—. El aire es denso, cargado de los exóticos perfumes del trópico y una bandada de flamencos rosa cruza perezosa el cielo, y ahí está esa chica, nadando prácticamente desnuda…

Meneé la cabeza.

—Demasiado tarde —objeté—. Cuando llegamos a América del Sur ya estamos en el cuarto rollo.

George descargó un puñetazo contra la mesa.

—Bueno, ¡pues al diablo con la trama amorosa! —se hartó.

—Pero es que tiene que haber un intríngulis amoroso —insistí.

—No, no tiene por qué si la historia es lo suficientemente buena. Ahí está *Sin novedad en el frente*.

—Eso —dijo Eddie—. Y *Skippy*.

—Eso —dijo Fred—. Y *La patrulla perdida*. ¿Cuánto crees que se recaudó con esta peli?

—Pues yo sigo diciendo que tiene que haber una trama amorosa.

—Déjate ahora de tramas amorosas —dijo George—. Vamos a retomarlo donde me interrumpiste. Esos gángsteres echan el barco a pique, ¿no? Y huyen en un bote, ¿no? Como en *Rebelión a bordo*, ¿no? Pues bueno, entonces…

—Entonces… —repitió Eddie.

—Pues bueno, entonces —volvió a decir George—, imagínate que en ese bote hay un niño de ricitos de oro, monísimo…

—Eso —dijo Fred.

—¿Me sigues? —preguntó George, poniéndose de pie—. ¿A que es bueno? Venga, Fred y Eddie, venid aquí. Poneos en cuclillas encima de esta alfombra. Atiende bien, chaval. La alfombra es el bote y a bordo de él sólo están los gángsteres y tú, ¿me entiendes? Pues tú vas y les dejas encandilados.

—Te adoran… —dijo Eddie.

—Eso —dijo Fred.

—Pues eso es lo que les pasa —dijo George—: te adoran. Y, como no tienen demasiada agua ni víveres suficientes, los gángsteres se van empujando los unos a los otros por la borda para que no te falte nada…

—Hasta que… —dijo Eddie.

—Sólo quedan… —dijo Fred.

—Hasta que sólo quedan el Enemigo Número Trece y tú —concluyó George.

—Y ahora no te lo pierdas, chaval —dijo Eddie—. ¿A que no adivinas quién es…?

—Eso, no te lo pierdas, chaval —dijo Fred—. ¿A que no adivinas quién es…?

—Eso, abre bien los oídos para el golpe de efecto final, chaval —dijo George—. ¿A que no adivinas quién es ese Enemigo Público Número Trece? Pues nada menos que tu padre, perdido hace largo tiempo. ¡Ahí lo tienes! ¡Chúpate ésa! Vaya un sorpresón, ¿eh? Resulta que tú llevas un guardapelo colgado del cuello, ¿entiendes?…

—Y ese tío decide echarle un vistazo mientras estás dormido, ¿entiendes?…

—Y va y encuentra el retrato de su difunta y amada esposa… —dice George.

Llegados a ese punto interrumpí la reunión de guionistas.

—¡Manos arriba! —les grité, apuntándoles con la pistola que el pobre papanatas de George habían dejado junto a su taza—. ¡Manos arriba, condenados bergantes!

25

Creo que nunca había visto a tres tipejos barbudos más desconcertados. Era de esperar. No es que esté demasiado versado en secuestradores, pero supongo que eso de que la víctima les salga de pronto con algo así y les ponga en un apuro semejante no debe de ocurrir demasiado a menudo. Cuando menos, para George, Eddie y Fred saltaba a la vista que se trataba de una experiencia totalmente nueva. Se pusieron de pie de un brinco y me miraron con la boca abierta.

Fred fue el primero en hablar.

—¡Hombre! —exclamó—. ¡Mucho cuidado con lo que haces con esa pipa!

—¿Acaso no te ha enseñado tu madre que apuntar a la gente con pistolas es peligroso? —me reprendió Eddie con severidad.

Luego George quiso que le aclarara si se trataba de alguna nueva técnica de interpretación:

—¿Se trata de una nueva técnica de interpretación? —me preguntó.

Todo esto me afectó mucho, desde luego. Me costaba mirar aquellos ojos cargados de reproches. Lo que quiero decir es que, apenas un minuto antes, éramos tan amigos, y no voy a negar que me había hartado de hojuelas hasta reventar. En cierto modo, era como si el invitado de honor de un banquete se hubiera levantado de pronto de su silla y hubiese empezado a lanzar todos los platos. Uno también compartía el mismo sentido de los modales en sociedad.

Pero logré vencer aquel momento de debilidad transitoria y volví a mostrarme firme.

—Me da igual —dije—. No haberme secuestrado. Eso de secuestrar a la gente es un truco muy rastrero. Lo sabe cualquiera.

Aquello pareció sorprenderles. Especialmente a George.

—¿Acaso no te lo han explicado? —me preguntó.

—¿Explicado el qué?

—George quiere decir si no te han puesto al corriente —me aclaró Eddie—. Si no te han advertido de que todo esto no es más que un truco publicitario.

—¿Qué?

—Sí, uno de esos montajes para la prensa —me explicó George—. Esa dama se presentó aquí…

—¿Qué dama?

—No dijo cómo se llamaba, pero sí nos explicó: «Soy la representante de esta gran estrella…», ¿entiendes?

—¿De qué gran estrella?

—Tampoco nos dijo su nombre. Pero, al parecer, esa dama es la agente de publicidad de una de esas grandes estrellas y quería que te cogiéramos, ¿entiendes? Y que te escondiésemos en algún sitio, ¿entiendes? Y, entonces, cuando todas las Madres Estadounidenses estuvieran al borde de la desesperación y no dejaran de

repetir: «¡Oh, Dios mío! ¿Es que nadie va a salvar a esa monada?», entonces la gran estrella se presentaría para salvarte, ¿entiendes? Y entonces saldría en primera página.

Se me escapó una sonrisita cínica. No estaba dispuesto a tragarme aquella mamarrachada así como así. Puede que fuera un asno, pero no un asno imbécil.

—¡Venga! —solté—. ¡Vaya una historia!

—Es verdad —insistió Eddie—. Palabra por palabra. Volví a sonreír.

—Es una solemne tontería, mi querido amigo.

—Pero…

—Si era un montaje publicitario, ¿por qué no se limitaron a pedirme que les acompañara de un modo educado y civilizado, en lugar de empaparme hasta arriba con vuestro maldito cloroformo?

George miró a Fred con unos ojos cargados de reproches.

—¿Ves? ¡Te lo advertí!

Eddie miró a Fred con unos ojos cargados de reproches.

—¡Te lo advertí! ¿Ves?

—Ya sabía yo que eso del cloroformo nos metería en un buen lío —se quejó George.

La barba de Fred languideció. Se veía enseguida que su situación le afectaba mucho. Masculló no sé qué sobre la técnica.

—No me creo ni una palabra —proseguí—. Habláis de esa agente de publicidad y ni siquiera sabéis cómo se llama, y habláis de esa estrella y tampoco sabéis su nombre. No había oído en mi vida una historia tan incongruente. No señor —dije, resumiendo—. La historia se reduce a lo siguiente: sólo sois una pandilla de tipejos de lo más ruin y me habéis secuestrado para haceros con una bonita cantidad, así que ya estáis saliendo de esta habitación y ya os estáis metiendo derechitos en la bodega, eso suponiendo que haya una, y cuando estéis ahí encerraditos llamaré a las autoridades y presentaré una denuncia.

Aquello les llegó hasta lo más profundo. Claro que resulta difícil estar seguro con individuos barbudos hasta las cejas, pero creo que se acobardaron.

—¡No, hombre, no hagas eso! —me pidió George.

—No serías capaz de hacernos algo así… —suplicó Eddie.

—Sería muy capaz —les confirmé—. Y, además, voy a hacerlo.

—¿Y eso después de todas esas hojuelas? —comentó George.

—Las hojuelas nada tienen que ver con esto —atajé irritado, porque era consciente de que por ahí no pisaba terreno firme. Sabía que, en cierto modo, estaba infringiendo las sagradas leyes de la hospitalidad, lo cual, como muy bien sabe todo el mundo, es una cosa muy fea y que, a la larga, puede conducir a que todo un condado le retire a uno la palabra. Cambié de parecer en cuanto a lo de llamar a la policía. Mantuve inalterable la inflexibilidad de mi actitud, pero en mi fuero interno decidí que, una vez encerrados en la bodega, me marcharía y daría el asunto por

concluido.

Sin embargo, como no podían leer mis pensamientos, aquellos pobres siguieron poseídos por el temblor.

—¡Cielos! —exclamó Eddie.

—¡Dios Santo! —exclamó Fred.

—Si llama a la pasma, ¿sabéis lo que va a pasar? —dijo George.

—¡Dios Santo! —exclamó Fred.

—¡Cielos! —exclamó Eddie.

—Os diré lo que va a pasar —prosiguió George—: nos tocará cargar con el mochuelo. Esa dama que nos pagó, ¿entiendes? va a jurar y perjurar que nunca hizo cosa semejante, ¿entiendes? Y, entonces, ¿qué ocurrirá? Pues que nos meterán en un calabozo acusados de secuestro.

—¡Cielos! —exclamó Fred.

—¡Dios Santo! —exclamó Eddie.

Se quedaron un rato callados, pensando.

—Yo creo que lo mejor que podemos hacer es abalanzarnos sobre él y arrebatarle el arma —propuso George.

—Eso es —aceptó Fred—. Tú te abalanzas sobre él, Eddie.

—Tú te abalanzas sobre él, George —propuso Eddie.

—Tú te abalanzas sobre él, Fred —dijo George—. No, escuchad, vamos a ser justos y así no habrá quejas. Vamos a contar: Pito, pito, colorito, ¿dónde vas tú tan bonito? A la acerca como-sea-que-se-lla-me. Te ha tocado, Fred.

—¡Muévete, Fred! —le animó Eddie.

—Sí, perdiendo el tiempo no vamos a arreglar las cosas —sentenció George—. ¡Pega uno de esos brincos tuyos!

—¡Como un leopardo! —le recordó Eddie.

—Sí, muy bien, ya sé, pero escuchad —dijo Fred. En ese preciso instante oí una voz.

—¿Qué significa todo esto?

April June estaba en el umbral de la puerta.

26

Fue una sorpresa de lo más desagradable. Estoy seguro de que, de no haberme hartado de hojuelas, me habría tambaleado. Decidí mantenerme firme desde el principio.

—¡Quédate donde estás, mujer! —le previne—. ¡Voy armado!

Su desazón era tanta como la mía.

—¡Cabeza de chorlito! —me espetó, con desasosiego—, ¿qué crees que estás haciendo? ¿Te han sorbido el seso? Mi agente de publicidad está al caer, con los reporteros y los fotógrafos, ¿y qué clase de equipo de salvamento van a parecer si te encuentran aquí de este modo? ¿Has perdido el juicio? —y, dirigiéndose a George, Eddie y Fred echando chispas por los ojos, prosiguió—: Mi agente de publicidad me ha dicho que ya les había explicado con todo lujo de detalles lo que esperábamos de ustedes y, aun así, me los encuentro aquí haciendo mamarrachadas. Se supone que los reporteros no deben sorprenderlos aquí, jugueteando con el crío. Ya tendría que estar atado a una silla y ustedes profiriendo amenazas. La primera fotografía que querrán tomar es una instantánea del niño atado, mientras ustedes profieren amenazas y yo les apunto con la pistola.

—Pero, señora —la interrumpió George—. Discúlpeme usted, señora, ¿pero es usted la señora de la que la otra señora dijo que era la agente de publicidad? ¿La gran estrella?

—Naturalmente que soy yo, ¡pedazo de besugo!

—Encantado de conocerla, señora.

—¡Me da igual que esté o no encantado de conocerme…!

—¡Hombre, si es April June! —exclamó Eddie.

—¡Claro! —dijo Fred.

—¡Naturalmente que soy April June!

—Escucha, George —dijo Eddie—, ¿cómo era aquella historia que se nos ocurrió hace un par de días… esa que tú dijiste que le vendría que ni pintiparada a la señorita June?

—Sí, hombre, sí, George —insistió Fred—. Esa sobre…

—Claro, hombre —dijo George—. Escúcheme, señora, si tuviera usted la amabilidad de dedicarme un minuto le propondría un pequeño guión que yo y los chicos hemos esbozado así, por encima. Es sobre el importante hombre de negocios que tiene una secretaria muy bonita…

April June golpeó el suelo con lo que, de no haberlo experimentado previamente en mi trasero, habría descrito como un piececito delicado.

—No quiero oír una palabra más. Lo único que quiero saber es por qué no le habéis atado.

George meneó la barba en señal de excusa.

—Nos faltó valor, señora.

—Además —añadió Eddie—, como estaba comiendo hojuelas…

—Teníamos pensado hacerlo más tarde —se excusó Fred.

—Pero, entonces, hemos empezado a dar vueltas a unas secuencias de un guión…

April descargó un nuevo taconazo contra el suelo.

—¡Y ahora puede que lo hayáis echado todo a perder sin remedio! Atadle, aprisa, vamos. Quizás ya es demasiado tarde.

—Pero, señora, ese Roscoe está cargado.

—¿Y para qué necesitabais una pistola cargada?

—Eso ha sido Fred —dijo Eddie, dirigiendo otra mirada cargada de reproches a su compañero—. Es tan concienzudo con las cosas…

—Le gusta hacerlas bien —aclaró George.

—Soy un artista —aseguró Fred, con tono desafiante—. Yo veía esa pistola cargada. Así es como lo sentía… aquí —añadió, dándose unos golpes en el pecho.

—Lo que ocurre es que Fred ya no ha vuelto a ser el mismo desde que trabajó como extra en *Leprosos de Broadway* —explicó George.

Fue entonces cuando April June se volvió hacia mí y me dirigió una mirada que, en cierto modo, era casi tan espantosa como un cortapapeles.

—¡Dame esa pistola!

Vacilé. Quería estar seguro de los hechos antes de hacer nada drástico.

—¿Es cierto lo que dice esta gente? ¿Es verdad que no es más que un montaje publicitario?

—Desde luego que es verdad. ¿Acaso no te lo han explicado ya un montón de veces? La señorita Bannister me dijo que ya te había preparado a fondo y que lo habías entendido perfectamente.

—¡Por Dios, sí, claro! —exclamé.

Entonces lo comprendí todo. De ahí todos esos comentarios que me habían parecido tan enigmáticos. ¿Recuerdan? Cuando Ann me dijo que a la mañana siguiente me esperaba un día muy ajetreado y todo eso y cuando el crío Cooley había dicho de pasada no sé qué sobre advertirme de algo.

—Anoche informaron a todos los periódicos de que te habían secuestrado…

Sí, claro. Por eso Ann estaba tan segura de que todas mis travesuras relacionadas con ranas y estatuas serían agua pasada a la mañana siguiente.

—… Y esta mañana estaba previsto que te encontrara y te rescatara. Así que dame esa pistola inmediatamente y deja que te aten, aprisa. Llega un coche.

Y, sin embargo, a pesar de todo, seguía vacilando. Para ella era muy fácil eso de pedirme que me dejara atar, pero ¿cómo podría estar seguro de que no era una treta? Sabía que aquella mujer era una adversaria temible y eso gozando de una completa libertad de movimiento en las extremidades y estando en situación de esquivar lo que fuera. Por lo tanto, exponerme a su furia en mi condición de atado podía suponer meterme en líos. Es más, no estaba dispuesto a someterme otra vez a uno de aquellos ataques unilaterales tan característicos de ella.

Estas difíciles reflexiones hicieron que descuidara la vigilancia. Bajar el arma y tener encima a aquella pandilla de bribonzuelos fue todo uno. Me llevaron a una silla y me ataron con cuerdas. Se oyó ruido de pasos fuera de la casa. April se hizo con el arma. Los bribonzuelos pusieron las manos en alto y cara de susto.

—¡Ni un paso más o disparo, bergantes! —les chilló April. Mientras lo decía, miró de reojo hacia la puerta. Sin embargo, no fue una bandada de reporteros y fotógrafos lo que entró, sino simplemente Ann Bannister… y sola.

Vaya un desengaño, ¿no? Al menos, eso es lo que me pareció y, por lo visto, April June compartía mi opinión. Parecía un personaje de ópera bufa que, después de exclamar con alegría: «Viva, chicas, ahí llega la escolta personal del rey» ve aparecer por la izquierda a un pobre y mísero tamborilero.

April se quedó allí inmóvil, con los ojos que parecían querer salírsele de las órbitas.

—¿Dónde están los reporteros? —preguntó.

—No los he traído —dijo Ann, sin más.

—¿Y los fotógrafos?

—Tampoco los he traído.

—¿Que no los has traído? —no voy a decir que April sacara espuma por la boca, pero poco le faltaba—. ¿Qué quiere decir eso de que no los has traído? ¡Cielo Santo! —exclamó, presa de unos seis sentimientos enfrentados—. ¿Es que nadie va a cooperar?

Los barbudos se miraron.

—¿No hay reporteros, señora? —preguntó George, torciendo el morro.

—¿No hay fotógrafos, señora? —preguntaron Fred y Eddie, enarcando las cejas.

—No —repuso Ann—. Ni uno. Y, si me conceden un momento, les explicaré por qué. Es inútil seguir con esto. La cosa está muerta.

—¿Muerta?

—Muerta —sentenció Ann—. Rescatar a Joey Cooley no vale ni un centavo. El nombre de ese pobre crío está totalmente desacreditado y su carrera cinematográfica acabada.

—¿Qué?

—Eso. Ahí tenéis un periódico del domingo. ¿No lo habéis leído? Sale en primera página.

—Sólo hemos leído la sección de la cartelera y las tiras cómicas —se excusó George.

—¿Ah, sí? Bueno, pues echadle una ojeada. Mira que eres zoquete, Joseph —dijo Ann, mirándome con lástima—. ¿Por qué demonios tuviste que hacerte el gracioso delante de una periodista? Ya te he dicho un montón de veces que por culpa de ese sentido del humor un día te ibas a meter en un buen lío. ¿Cómo quieres que supiera que estabas bromeando? ¿No vas a creerte que tus admiradoras se van a tragar que dijiste todas esas cosas sólo por divertirte? Mucho me temo que no vas a salir de ésta.

En primera página de *Los Angeles Chronicle* —dijo, volviéndose hacia April—, han publicado una fotografía en la que aparece Joey Cooley fumándose un cigarrillo y con una copa en la mano. Y, por si fuera poco, en sus declaraciones dice que tiene veintisiete años y que prefiere fumar en pipa.

April le arrebató el periódico y se puso a leer. George miró a Eddie. Eddie miró a Fred.

—Me parece, chicos, que ya no hay trato —dijo George.

—Eso —convino Fred.

Eddie asintió.

—No hay negocio —dijo.

—Aquí ya no pintamos nada —dijo George—. Si nos damos prisa, todavía llegaremos a tiempo a misa.

—Eso —dijo Fred.

—Eso —dijo Eddie.

Entonces menearon la cabeza con ademán reprobador, se quitaron las barbas, las guardaron en una alacena y, después de coger unos misales del mismo sitio, se marcharon de un modo que me pareció de lo más sospechoso.

Ann se volvió hacia mí consoladora y angelical.

—¡Pobrecito Joseph! —se lamentó—. Es tu eterna debilidad: cualquier cosa por una carcajada. Seguro que fue divertidísimo, pero mucho me temo que eso ha acabado contigo. Las Madres Estadounidenses nunca te lo perdonarán. Cuando me he marchado, sin ir más lejos, había seiscientas Madres de Michigan reunidas ante la casa del señor Brinkmeyer que pedían a gritos que te hicieran salir para poder untarte bien con brea y emplumarte y, encima, exigían que sufragaran los gastos del viaje desde Detroit, ida y vuelta. Así que me parece…

De pronto se oyó una especie de silbido lúgubre, como el viento del este que sopla entre las grietas de una casa encantada. Era April June que tomaba aliento.

—Ni una palabra sobre mí en toda la entrevista y me la he leído de cabo a rabo —se quejó con una extraña voz, dura y tranquila, que recordaba el primer soplo de un tornado o un ciclón—. ¡Ni una sola palabra! ¡Ni siquiera una mísera y solitaria sílaba de palabra inacabada! ¡«Mi» entrevista! —prosiguió, mientras la voz iba ganando volumen—, ¡«mi» entrevista privada y personal!, ¡«mi» entrevista individual y exclusiva! Y ese renacuajo tuvo que venir a meter las narices y acapararlo todo. ¡Cuando le coja!

Una especie de escalofrío pareció recorrerle el cuerpo y empezó a caminar por la habitación, abriendo y cerrando los puños. Tenía los dientes apretados, los ojos muy abiertos y echando chispas, entonces comprendí que Reginald podía tener problemas.

Con un movimiento rápido, Ann se interpuso entre nosotros.

—¿Qué pretende hacer?

—Mucho.

—A este crío no lo va a tocar —le advirtió Ann.

No alcanzaba a ver a April, porque Ann me la tapaba, pero la oí tomar aliento y el sonido resultaba de lo más desagradable. Pensé que iba a soltar uno de sus «¿eh?», pero no lo hizo. Dijo: «¿No?».

—¿No? —dijo.

—No —repuso Ann.

Hubo un silencio. Recuerdo que una vez, hace ya un montón de años, en la época del cine mudo, vi una película en la que la heroína, que había caído en manos de unos salvajes, se encontraba atada en un altar y lo único que la separaba del cuchillo del sumo sacerdote era el héroe, que le ordenaba que la soltara. Pues en ese momento comprendí cómo debió de sentirse la heroína.

—¡Quítese de en medio! —le ordenó April.

—No lo pienso hacer —dijo Ann. April resopló uno o dos compases.

—Queda usted despedida —dijo.

—Muy bien —dijo Ann a su vez.

—Y me encargaré personalmente de que nadie la contrate como agente de publicidad.

—Muy bien —repitió Ann.

April June se encaminó hacia la puerta con paso majestuoso, se detuvo un instante en el umbral, miró fijamente a Ann, me miró fijamente y se marchó con paso majestuoso.

Una chica desagradable, no comprendo cómo me pudo haber gustado alguna vez.

Ann cortó las ataduras y me pude levantar de la silla. Una vez de pie, me volví hacia ella y abrí la boca, pero volví a cerrarla. Tenía la intención de darle las gracias, con toda la elocuencia de que fuera capaz, por su espléndida conducta al salvarme por segunda vez del poder de las tinieblas, pero cuando le vi la cara me contuve.

No es que tuviera el rostro bañado en lágrimas, porque no era de la clase de chicas muy dadas a los lloros, pero tenía el aspecto de estar hecha trizas, y entonces caí en la cuenta de lo mucho que debía de significar para ella perder un trabajo así, un trabajo que le había costado tanto conseguir y del que tanto dependía. Todo aquel asunto era, sin lugar a dudas, un disgusto muy desagradable.

Por si fuera poco, había sacrificado todas sus ambiciones y sueños sólo para salvarme de la furia de April June. La admiración que sentía por su valentía y su altruismo hervía dentro de mí junto con todas las hojuelas que me había zampado y amenazaba con ahogarme.

—Oye —dije, tartamudeando un poquitín—. Lo siento muchísimo.

—No importa.

—Pero es que me sabe mal…

—No te preocupes, Joseph.

—No… no sé qué decir.

—No te preocupes, Joey, cariño. No me iba a quedar de brazos cruzados y permitir que…

—Pero es que acabas de perder el empleo.

—Ya encontraré otro.

—Pero ella ha dicho…

—Quizá no como agente de publicidad… Supongo que tiene la influencia suficiente para desprestigiarme en ese campo… Y, de todos modos, los trabajos como agente de publicidad tampoco abundan tanto… Pero ya encontraré algo.

De pronto se me ocurrió una idea que me hizo ver el lado positivo de la situación, si es que podemos llamarlo lado positivo.

—¡Pero, bueno, si en realidad tampoco necesitas un empleo! Vas a casarte —dije, dando un pequeño respingo al pronunciar esas palabras, porque la idea de que se casara no era de mi agrado… En realidad, era de mi agrado más o menos tanto como la estocada de una lanza en mis órganos vitales.

Ann me miró sorprendida.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Tuve que pensar deprisa.

—Oh… ah… Me lo dijo Eggy.

—¡Ah, claro! Ayer te dio una clase de dicción, ¿no? ¿Y cómo fue?

—Oh, bien.

—Debió de ir bien si ya le llamas «Eggy».

—Tiene bastante dinero.

—Eso tengo entendido. Pero de nada me va a servir, porque el compromiso se ha roto.

—¿Qué?

—Pues que se ha roto. Anoche. Así que, ya lo ves, tendré que buscarme otro trabajo. A lo mejor termino de ayudante de dentista. La chica que ayuda al doctor Burwash me dijo que se iba y a lo mejor me quedo en su lugar.

Aquello me dejó sin habla. La idea de la abominable traición de Eggy, que se había atrevido a dejar plantada a aquella chica tan noble, combinada con la visión de Ann, mi maravillosa Ann, malgastando sus espléndidas dotes al ejercer de cómplice de B. K. Burwash en sus tirones de muelas, me dejó las cuerdas vocales hechas un nudo.

—Pero ahora no vamos a perder un tiempo valiosísimo hablando de esto —dijo Ann—. Lo que tenemos que hacer es pensar en lo que va a ser de ti.

—¿De mí?

—Pues, claro, cielito. Algo habrá que hacer contigo. No puedes volver con el señor Brinkmeyer.

Tenía razón. Al pensar en su situación había pasado totalmente por alto que la mía no era precisamente boyante. El tormento que había pasado sentado y atado a aquella silla, con April June a punto de abatirse sobre mí, había ayudado a que se me fuera el santo al cielo. Cuando una mujer furiosa se escupe en las manos y se prepara para descargarle a uno un buen directo en la mandíbula inferior, uno tiende a concentrarse

en el futuro inmediato más que en el futuro lejano. Sin embargo, en ese momento ya estaba en situación de asomarme a él.

—¡Cielos! —exclamé.

—Todo un problemilla, ¿no? ¿Tienes algo pensado?

—Bueno, había pensado en irme a Inglaterra.

—¿A Inglaterra?

—Eso si consigo el dinero suficiente, claro está.

—Pero ¿por qué a Inglaterra?

En aquellas circunstancias, no era una pregunta fácil de responder.

—Bueno, era una idea.

—Pues tendrás que pensar en otra cosa, chiquillo. Siempre se te ocurren las ideas más disparatadas, Joseph. Dejando de lado el hecho de que, una vez allí, no tendrías dónde ir, ni siquiera tendrías la oportunidad de llegar. ¿Dónde tienes el pasaporte? ¿O acaso crees que en la oficina de embarque permitirían que se vendiera un pasaje a un niño de tu edad? Te retendrían, te harían un montón de preguntas y luego te facturarían de nuevo con la señorita Brinkmeyer.

Aquello me había pasado por alto. Al elaborar mi plan de marcharme a Inglaterra para establecerme en Biddleford, tengo que reconocer que me había limitado a esbozar las líneas generales del asunto y había dejado los detalles para el final.

—Sólo nos queda una posibilidad. Tendrás que regresar a casa, con tu madre, a Chillicothe, Ohio. Así que escúchame con atención. Como yo no puedo acompañarte hasta allí en coche, porque éste es prestado, te llevaré hasta el garaje más próximo y ya alquilaré algo que pueda llevarte a casa. Tu madre lo pagará cuando llegues. Yo ya se lo explicaré. Bueno y ahora me marcho. Adiós.

—Adiós.

—Vendré a despedirte. Y anímate, Joseph. Ya verás cómo las cosas se arreglan.

Y se marchó. En la fuente todavía quedaba una hojuela. Me la comí apesadumbrado. Pero luego, como me ahogaba un poco encerrado allí dentro, salí y me puse a andar callejuela arriba, chutando todas las piedras a mi paso.

Ann me había dicho que me animara, pero que me colgaran si podía. Me había dicho que las cosas se arreglarían, pero no veía cuándo se iban a arreglar. Cuanto más contemplaba el panorama general, más complicado me parecía.

Lo que quiero decir es que, dejando a un lado los apuros de Ann y concentrándome en los míos, ¿cuál era el estado de cosas? El amor sin esperanza me consumía el corazón y, con toda seguridad, iba a seguir así. Pero es que, además de eso, ¿cómo estaban las cosas?

El futuro se me aparecía tan negro como se pueda imaginar. Ser un niño prodigio de la pantalla no me había encantado precisamente, teniendo en cuenta que todos mis usos y costumbres iban más acordes con mi condición de tercer conde, pero era una situación infinitamente mejor que ser un exniño prodigio, como en ese momento era.

El hecho de saberse el ídolo de las Madres Estadounidenses siempre podía

procurar cierta satisfacción, pero hasta de aquello me habían despojado. Teniendo en cuenta la actitud de aquellos especímenes de Michigan, era obvio que el único sentimiento que podía despertar en aquellas Madres Estadounidenses era el de lanzarme un buen ladrillo a la cabeza.

Probablemente, tendría que llevar una vida de anónimo retiro con la madre de Joey Cooley en Chillicothe, Ohio. Y, a pesar de que el chico me había dicho que su progenitura preparaba un excelente pollo frito al estilo sureño, no puedo decir que la perspectiva fuera especialmente de mi agrado. Ya sabéis lo que supone que a uno le presenten a una mujer desconocida. Sentirse a sus anchas requiere mucho tiempo y, al principio, resulta difícil encontrar gustos comunes y temas de conversación de interés mutuo.

Con todas estas preocupaciones rondándome por la cabeza, no es de extrañar que desembocara en la carretera principal en un estado de profunda meditación. Lo que me hizo salir de aquel estado fue el estruendo de una motocicleta que venía hacia mí a una velocidad de mil demonios. Y, cuando me volví, fue para descubrirme con aquel artefacto encima.

Únicamente tuve el tiempo justo para reparar en que el ocupante del sillín de la motocicleta iba ataviado con un traje de un gris sobrio y que sus calcetines, que eran de color azul claro, se fundían en unos zapatos de ante de un gusto exquisito. De pronto se oyó un grito y un bocinazo, el manillar me arreó en la cabeza, di tres volteretas y ya no recuerdo más.

27

Cuando recobré el conocimiento, estaba tumbado junto a la carretera con los ojos cerrados y una desagradable sensación de pesadez en el cogote. Una voz me hablaba.

—¡Oye! —decía.

Lo primero que pensé fue que me encontraba en el cielo y que debía de tratarse de un ángel que tenía ganas de hablar conmigo, pero estaba demasiado atareado con lo de mi *cabeza* como para abrir los ojos y comprobarlo. Así que me quedé tumbado donde estaba.

—¡Oye! —repitió la voz—. ¿Estás muerto?

Un momento antes habría dicho que sí sin vacilar, pero la duda empezaba a ganar terreno. Las ideas se me estaban aclarando. Seguí pensando un rato más y me convencí.

—No —repuse.

Y, para presentar una prueba que corroborara mi declaración, abrí los ojos. Mi mirada se posó sobre algo que hizo que me incorporara de un brinco.

Por un instante me creí víctima de una de esas cosas que empiezan por «a» que suelen pasarle a la gente, pero la cabeza se me despejó todavía más y vi que no era así.

De pie, frente a mí, tenía al pequeño Joey Cooley en persona. No cabía posibilidad de error: ahí estaban los pantalones de golf y los ricitos de oro. Y, en el mismo instante, reparé en mis piernas, que se extendían hacia el horizonte. Eran largas y fornidas y estaban enfundadas en unos pantalones de un gris sobrio, rematados en los tobillos por unos calcetines de color azul claro que se fundían en unos zapatos de ante de un gusto exquisito.

Supongo que mucha gente se habría quedado estupefacta y, con toda probabilidad, hasta yo mismo me habría quedado estupefacto un día antes. Sin embargo, la ajetreada vida que había llevado últimamente había agudizado mis sentidos, de modo que, en un abrir y cerrar de ojos me di cuenta de la situación.

Volvíamos a estar como antes.

No era difícil adivinar cómo habían ocurrido las cosas. El porrazo se había encargado de devolver las cosas a su sitio. En el preciso instante en el que me había quedado inconsciente, el chico Cooley debía de haberse quedado inconsciente también y, mientras los dos estábamos inconscientes, se había producido otro de aquellos intercambios. Nada recordaba del incidente, pero no cabía duda de que nos debíamos de haber reunido en la cuarta dimensión y, después de hablar brevemente del asunto, habíamos decidido que era una oportunidad única para volver a lo que según creo, aunque no podría jurarlo, se llama el *status quo*.

—¡Vaya! —exclamé.

Después de lo ocurrido entre aquel jovenzuelo y yo en nuestro último encuentro, tenía todo el derecho a mostrarme un tanto irritado. Como recordarán, nos habíamos

separado bastante enfadados: Joey Cooley se había encogido de mis hombros, se había burlado de mí y después se había marchado y me había abandonado a mi suerte dejándome a solas con el furioso Murphy. Con todo, me sentía demasiado animado para mostrarme descortés. Estaba prácticamente rebosante de alegría ante aquel pequeñuelo.

—¡Vaya, vaya! —exclamé—. Oye, ¿has notado algo?

—¿Notado el qué?

—Hombre, pues nuestro antiguo *status quo*, si es que es ésta la expresión adecuada. ¿Has reparado en que volvemos a ser los de antes?

—Oh, sí. Eso ya lo he captado. ¿Cómo habrá ocurrido?

Como es natural, no había tenido el tiempo suficiente para pensarlo con detenimiento, pero le di mi opinión. Joey asintió con la cabeza como si comprendiera.

—Ya, la historia de siempre. Pero no ha sido culpa mía —dijo, un tanto enfadado y a la defensiva—. Yo he tocado la bocina.

—Eso sí es verdad.

—Además, ¿qué hacías paseando despistado por la carretera de esa manera?

—Estaba pensando.

—¿Y qué hacías aquí?

—Aquí es donde me han traído George, Eddie y Fred.

—¿Quiénes son George, Eddie y Fred?

—Unos individuos bastante respetables. Secuestradores.

Se le iluminó el rostro.

—¡Ah! ¿Así que el montaje publicitario del secuestro salió bien, después de todo?

—Sin tropiezos.

—¿Y aquél era el escondite? ¿Aquella casa que hay al final de la callejuela?

—Exactamente.

—¿Y qué ha pasado?

—Es una historia muy larga. Primero hemos desayunado…

Joey soltó una exclamación.

—¿Desayunado? ¿Así que era eso? En cuanto me he vuelto a meter en mi cuerpo, he notado enseguida que algo le tenías que haber hecho mientras yo estaba fuera. Me ha parecido más llenito y casi no notaba esa sensación de vacío. Conque desayuno, ¿eh? ¿Y qué has desayunado?

—Salchichas y hojuelas.

Los ojos se le iluminaron.

—¿Queda alguna?

—Es imposible que ya vuelvas a tener ganas de comer.

—Pues tengo ganas.

—A lo mejor queda alguna en la cocina. ¿Sabes preparar salchichas?

—No estoy muy seguro, pero se puede intentar. Y quizás hasta encuentre un poco de bacon y huevos y pan… Si tengo que volver con la vieja Brinkmeyer,

considerando que la cláusula B sigue vigente, tendré que cebarme.

Comprendí que había llegado la hora de darle la noticia.

—Yo de ti no volvería con los Brinkmeyer.

—No digas tonterías. Según mi contrato, todavía me quedan tres años.

—Ya no.

—¿Cómo?

—¿No has leído el periódico del domingo?

—No, ¿porqué?

—Bueno, pues siento tener que decirte que, involuntariamente, si es que sabes lo que la palabra significa, te he metido en un buen lío.

Con unas pocas palabras le puse al corriente de la situación.

No tenía por qué haberme preocupado: aquél era el chiquillo más feliz del mundo. Al suponer que le dejaría abatido la noticia de que su carrera profesional estaba totalmente acabada, me había equivocado de todas todas. Nada más lejos de eso.

—¡Sí, señor! —exclamó, mirándome con afecto—. ¡Menudo favor me has hecho! No podrías haberlo hecho mejor aunque te hubieras pasado noches enteras en blanco tratando de pensar en algo. ¡No, señor!

Me dejó estupefacto.

—¿Así que estás contento y me lo agradeces? —le pregunté, absolutamente incapaz de comprender.

—¿Cómo no voy a estar contento y agradecido? Me viene de perilla. Ahora ya puedo regresar a Chillicothe —pero de pronto se calló un tanto alicaído—. Porque puedo, ¿no?

—¿Por qué no ibas a poder?

—¿Y cómo voy a llegar hasta allí?

Levanté la mano para indicarle que se calmara, y el solo hecho de poder hacer un ademán con mi propia mano ya me pareció fantástico.

—Ah, bueno, eso está hecho.

—¿Ah, sí?

—Oh, desde luego. Dentro de un momento tendrás un coche aquí mismo que te llevará.

—¡Eso está de primera! ¿Y quién ha tenido la idea?

—Ann Bannister.

—Tenía que ser ella. ¡Menuda chica!

—¡Ah!

—¡Ésa sí que tiene la cabeza sobre los hombros!

—¡Y qué cabecita!

—La quiero.

—Yo también.

Eso pareció sorprenderle.

—¿Tú?

—Desde luego.
—¿Así que quieres a dos?
—Perdón, ¿cómo dices?
—Eso mismo me dijiste de April June.
Sentí un escalofrío.
—Hazme un favor —le pedí—. No vuelvas a mencionar ese nombre. ¡Cuánta razón tenías, Cooley, muchacho! ¡Qué equivocado estaba al juzgarla! Me refiero a cuando dijiste que era una pelmaza.
—Y es que es una pelmaza, de acuerdo.
—Definitivamente una pelmaza.
—Una enorme pelmaza.
—Una pelmaza insoportable.
—¡Sí señor!
—¡Sí señor!
En ese punto parecíamos estar totalmente de acuerdo. Pasé a otro punto.
—Qué raro que no leyeras el periódico del domingo —comenté—. ¿Acaso no acostumbras a leerlo?
Me pareció advertir que su rostro se ensombrecía ligeramente. Aquello debía de resultarle un tanto embarazoso, pensé.
—Sí, claro —repuso—. Siempre lo leo. Pero es que hoy no he podido… como si dijéramos.
—¿Que no has podido… como si dijéramos?
—Sí, que me han interrumpido, como quien dice, antes de que pudiera leerlo.
—¿Y quién te ha interrumpido?
—Ese poli.
—¿Qué poli?
Su embarazo iba en aumento.
—Mira —me dijo—, hay algo que deberías saber. Quería contártelo antes, pero como nos hemos puesto a hablar, entre una cosa y otra… Ha ocurrido lo siguiente: esta mañana he comprado el periódico y estaba a punto de empezar a leerlo en la calle que queda delante del Jardín de las Hespérides cuando, de pronto, se ha presentado ese poli en moto y me ha preguntado si yo era lord Havershot.
—¿A lo que tú has respondido…?
—Sí señor. Y entonces va y me dice sin más que estoy arrestado por asalto contra la persona de la Brinkmeyer. Además, es un caso cerrado, según me ha dicho, porque al parecer, mientras la perseguía alrededor de la piscina, se me cayó el tarjetero.
—¡Virgen santa!
—Pues sí. Pero espera, que todavía no has oído nada. ¿Sabes ese formidable gancho que tienes, ese que te sale recto unos veinte centímetros y luego termina en un tirabuzón, como un sacacorchos?
Me tambaleé.

—¿No serías capaz…?

—Sí señor. Directo en los morros. Se ha caído redondo, así que le he birlado la moto y me he largado pitando. Tenía la intención de llegar a México. Y deja que te diga una cosa: yo de ti, si ese cacharro de moto todavía funciona, seguiría ese camino. Eso si estuviera en tu lugar. ¡Sí señor! Y ahora creo que me marcho a ver si consigo echarme una salchicha al coleto, porque esas hojuelas que te has zampado están más que digeridas.

Y dicho esto desapareció callejuela abajo y yo fui derecho hacia la moto para echarle un vistazo. Si era verdad que aquel cuerpo mío, de cuyos atropellos debía volver a responsabilizarme, se había dedicado a ir por ahí atizando a policías, no cabía duda de que el consejo de atravesar la frontera con México era muy prudente.

La perspectiva era mucho más optimista que la que ofrecía la moto. Estaba hecha puré. Así que di por concluido mi postmortem y me marché. Aquella majestuosa cafetera no me permitiría ponerme a salvo.

Pensé que lo mejor que podía hacer era esperar a que llegara el coche alquilado que tenía que recoger al crío y pedirle que me llevara a su querido Chillicothe, por lo menos me dejaría en otro estado; así que me encaminé hacia la casa para preguntar al chico si le parecía bien. Me lo encontré en la cocina, listo para ponerse manos a la obra con una gran sartén, y me dijo que le parecía muy bien. Cuando menos tuvo la decencia de decir que estaría encantado de que le acompañara.

—Y, cuando hayas cruzado la frontera, podrás estar tranquilo —me dijo—. Ahí ya no pueden echarte el guante.

—¿Estás seguro?

—Pues claro que estoy seguro. Tendrían que extradirte, o como se diga eso.

Se oyó un bocinazo.

—¡Eh! —exclamó—. Hay alguien fuera. Si preguntan por mí, diles que todavía no estoy listo.

De pronto me asaltó una idea espantosa.

—¿Y si preguntaran por mí?

—¿Los polis, quieres decir? No puede ser.

—Podría.

—Bueno, pues si son los polis, dales un buen puñetazo en los morros.

Presa de una tremenda inquietud, me acerqué a la puerta principal y la abrí. No compartía la fe que profesaba el chico en los puñetazos en los morros como panacea para todos los males. Fuera había un coche y sentí un alivio considerable al descubrir que no se trataba de un coche de la policía, sino de uno de esos viejos biplaza que son moneda corriente en Hollywood.

Alguien se estaba apeando de él. Alguien que me resultaba extrañamente familiar.

—¡Caramba! —exclamé.

Acababa de reconocer a nuestro visitante. Era mi primo Eggy.

28

Como aquella bomba de succión humana era la última persona a la que esperaba encontrar, me quedé allí quieto y boquiabierto, mientras él hacía contorsiones para lograr salir del coche. Todavía tardó un rato en lograrlo, porque se trataba de un biplaza diminuto y él es más bien uno de esos tipos larguiruchos, delgados y desgarbados cuya complexión recuerda a la de una oruga o una manguera. Con todo, lo consiguió por fin y se acercó a mí con un jovial «¡Hombre, hola!» o, mejor dicho, con un jovial «¡Hombre!» y una especie de gorgorito ahogado. En efecto, antes de que tuviera tiempo de añadir el «¡hola!», me vio de pie en el umbral de la puerta y la visión pareció dejarle sin habla. Se echó atrás de golpe, como si acabara de tocar algo al rojo vivo y, durante cosa de un cuarto de minuto, se quedó inmóvil parpadeando y soltando un parloteo casi inaudible procedente de algún recoveco de su garganta.

Luego me dedicó una lánguida sonrisa.

—Hola —dijo.

—Hola.

—Buenos días, George.

—¿George?

—¡Qué digo! Buenos días, Eddie.

—¿Eddie?

—Lo que quería decir es buenos días, Fred.

Achaqué todo aquello a lo que me pareció la única explicación posible, a pesar de que no había visto así a aquel muchacho ni siquiera en el mejor de sus momentos.

—¡Vaya cogorza! —le dije.

—Nada de eso.

—Pues lo parece. Para que no te des cuenta de que soy Reggie… ¿Qué son todas esas sandeces de George, Eddie y Fred?

Volvió a parpadear.

—¿Me estás diciendo que eres Reggie, de verdad?

—Naturalmente.

Se estuvo un rato enjugándose la frente y luego se dirigió a mí con un tono ofendido.

—¿Y si dejaras de hacerme estas cosas, Reggie? No es la primera vez que te lo pido.

—¿A qué cosas te refieres?

—¡Hombre! De pronto apareces en sitios en los que nadie soñaría encontrarte y sales al encuentro de un individuo que esperaba encontrarse a alguien totalmente distinto. Al verte aquí me he llevado un susto de lo más desagradable, porque esperaba encontrarme a George, Fred o Eddie. Como es natural, he dado por sentado que eras George, Fred o Eddie y que mi vista me la había vuelto a jugar. Tendrías que tener más consideración. Ponte en el lugar del otro pobre individuo. Piensa en cómo

te sentirías si te lo hicieran a ti.

Me dejó anonadado.

—¿Conoces a George, Fred y Eddie?

—Naturalmente que los conozco. Unos tipos estupendos.

—¿Sabías que son secuestradores?

—Puede que se dediquen a eso en sus ratos libres. Yo los conocí en el Templo de la Nueva Aurora. Sin cillereros, mayordomos del templo, y los feligreses tienen muy buen concepto de ellos. Ayer Eddie me prestó su libro de himnos en las oraciones vespertinas y, como nos fuimos a tomar una limonada después del servicio, me dijeron que estaba invitado a comer al día siguiente y que jugaríamos una vuelta de golf. No son engreídos. ¿Conoces el Templo de la Nueva Aurora, Reggie?

—He oído hablar de él.

—Deberías unirte a nosotros. Es un sitio maravilloso. Una chica que se llama Mabel Prescott me llevó. Es una especie de combinado de reunión de evangelistas y Sanatorio de Curas Keeley. Ayer me inscribí.

—Pues ya era hora, diría yo.

—Más que hora. Ya estaba muy pasado de vueltas.

—Llevas un montón de años pasado de vueltas.

—Sí, pero estos últimos dos días, las cosas se pusieron muy mal, ya me entiendes. Ha sido una cosa extraordinaria. Yo llevaba la vida de siempre, del eterno despreocupado, me tomaba una copichuela aquí, un lingotazo allá, hasta que, de pronto, me sobrevino una especie de crisis. Me dejó desmoronado.

—¿Ah, sí?

—Te lo aseguro. Fue tal como Mabel me lo había advertido. No me detuve en los apeaderos, fui derecho a la estación terminal. Cuando supe darme cuenta, la vista ya me había hecho una jugarreta. Hay que decir que los síntomas fueron bastante curiosos. Empecé a ver cuerpos astrales. ¿Has visto cuerpos astrales enfadados alguna vez, Reggie? De lo más desagradable. Asoman la cabeza por detrás de los sillones.

—¿Y eso para qué lo hacen?

—¡Qué sé yo! Por capricho, sin duda.

—¿Y no será por afición?

—Llámalo afición, si te apetece. La cuestión es que lo hacen. El mío lo hizo. Era el cuerpo astral de uno de esos niños prodigio de la pantalla que se llama Joey Cooley. Resulta que estaba yo en tu bungalow del Jardín de las Hespérides y ahí estaba él, detrás del sillón. Y cuando digo «él» me refiero a su espectro, o espíritu, por supuesto.

—Ya veo.

—Yo también lo vi y me dio un susto de muerte. Pero, de todos modos, creo que habría seguido como antes y me lo habría tomado como un momento de debilidad pasajera de no haber sido por lo que me ocurrió al día siguiente. Te voy a contra una cosa, Reggie, que te resultará difícil de creer, amigo mío. Ayer por la mañana tuve

que ir a dar una clase de dicción a ese mismo crío, Joey Cooley y, después del desconcierto natural que me produjo ver en carne y hueso al que hacía apenas un día acababa de conocer en espíritu, o espectro, empezamos la clase. Y yo le dije: «Lo que tienes que hacer, chaval, es cuidar la pronunciación de la "o"». Es espantosa. Repite conmigo: «Como, lomo, todo, tomo y sólo a los bobos robo» y ¿a que no sabes qué me respondió?

—¿Qué?

—¡Pues que él eras tú! ¡Figúrate! «Creo que le interesará saber que soy su primo Reggie Havershot», me dijo.

—¿Ah, sí?

—Como lo oyes. «Debería mencionar así, de pasada, que soy tu primo Reggie Havershot», me dijo.

—Vaya, vaya.

—Exactamente. Comprendí enseguida lo que significaba todo aquello. Además de tener los ojos trastornados, ya no me podía fiar de los oídos. Bueno, cuando estoy cascado, sé que estoy cascado. Así que me fui al Templo de la Nueva Aurora y les dije que quería rellenar un formulario de inscripción. Y así fue como conocí a George, Fred y Eddie. Por cierto, ¿adónde han ido?

—Han comentado no sé qué sobre ir a misa.

—¡Ah! Se referían al Templo. Los mitines empiezan a las once, así que será mejor que vaya a reunirme con ellos. Pero dime una cosa, Reggie, ¿cómo es que has venido a parar a…? —pero se calló de pronto y olfateó el aire—. Oye, ¿no hueles a quemado?

Olfateé el aire a mi vez.

—Pues sí. Parece ser que… ¿Qué te ocurre? —le pregunté, porque acababa de dar un respingo y en ese momento estaba retrocediendo muy despacito, con los ojos muy abiertos y sin dejar de humedecerse los labios con la lengua a cada paso.

Me pareció que se tranquilizaba.

—Oh, no es nada… —repuso—, nada. Sólo una pequeña recaída. La dolencia de siempre que vuelve. Supongo que, durante un tiempo, tendré que acostumbrarme a este tipo de cosas. ¿Recuerdas que estábamos hablando del cuerpo astral de Joey Cooley? Bueno, pues ya vuelve a estar aquí. Justo detrás de ti. Pero no hay que darle pie. Es mejor hacer como que no lo vemos.

Me volví. El crío Cooley estaba de pie en el umbral de la puerta con una sartén humeante en la mano, de la que procedía aquella repugnante pestilencia a salchichas quemadas.

—Oye —dijo.

—¡Voces! —dijo Eggy, presa de otro sobresalto—. ¡Acaba de hablar!

—Oye, me parece que eso de preparar salchichas no se me da —se quejó el chico —. Se encogen y se ponen todas negras. Anda, ¿quién es éste?

Le dirigí una mirada cargada de intención.

—¿Te has olvidado de tu profesor de dicción? —le dije, con segundas.

—¿Eh?

—¡Sí, hombre! Ayer por la mañana. Tu profesor de dicción. El tipo que vino a corregir tu dicción.

—¡Ah, sí, claro, claro!… Sí, mi profesor de dicción. ¡Ahora lo recuerdo! ¿Cómo está usted, profesor de dicción? ¿Cómo va?

Eggy se le acercó con cautela.

—¿Eres real? —le preguntó.

—Supongo que sí.

—¿Te importa si te pellizco?

—Adelante.

Eggy lo hizo y exhaló un suspiro de alivio.

—¡Ah! No es que dudara de tu palabra. Es que… Bueno, es que todo esto resulta de lo más confuso —dijo, un tanto malhumorado—. Me refiero a que a veces eres real y otras veces no. Por lo visto no hay una regla fija. Bueno, de todos modos, sigo sin comprender qué estás haciendo aquí.

—Estoy tratando de prepararme unas salchichas, pero al parecer no se me da muy bien. ¿Sabe freír salchichas?

—Oh, bastante bien. En el colegio era un experto. Podía freír una salchicha ensartada en una pluma. ¿Quieres que te ayude?

—¿No le importa?

—Desde luego que no.

Eggy se encaminó hacia la cocina, pero yo di un salto al frente y lo agarré de la chaqueta. Entre una cosa y otra, se me había ido el santo al cielo y había olvidado por completo que aquél era el hombre que había dejado plantada a Ann, sin más, y había roto el compromiso de aquella manera tan cruel.

—¡Espera! —le advertí—. Antes de que te marches, Egremont Mannering, quiero una explicación convincente.

—¿Sobre?

—Sobre tu indigna conducta. Pareció sorprendido.

—¿Qué quieres decir con eso? Yo no me he comportado de modo indigno en absoluto.

—¡Ja! —exclamé, soltando una carcajada—. El compromiso se ha anulado, ¿no es cierto? Has querido escabullirte y no casarte con Ann, ¿eh? Si tú no llamas indignidad a conquistar el amor de una chica para luego soltarle: «La primavera la sangre altera, se acabó», hay gente que no es de tu parecer. Apelo a ti, Cooley, jovencito.

—A mí me parece muy indigno.

—A ti y a cualquier chiquillo con tu corazón noble —le dije.

Eggy parecía desconcertado.

—Pero, ¡caramba!, si eso nada tiene que ver conmigo.

—¡Ja! ¿Has oído eso, Cooley?

—No fui yo el que rompió el compromiso; fue Ann.

Me dejó estupefacto.

—¿Qué?

—Pues eso.

—¿Ella rompió el compromiso?

—Exactamente. Anoche. Fui a visitarla para decirle que me había inscrito en el Templo y entonces fue cuando me envió a freír espárragos. Con mucha dulzura y amabilidad, eso sí; pero me mandó a freír espárragos. Y si quieres que te diga por qué creo que fue, haz retroceder tu memoria a lo que te dije hará un par de noches en aquella fiesta. Tú me insistías para que lo dejara y yo te dije que, si lo hacía, Ann me daría calabazas, porque en realidad me había aceptado sólo porque pretendía reformarme. Sigues la psicología, ¿Cooley?

—Pues claro.

—Si una chica se compromete con un individuo para reformarlo y, entonces, él va y se reforma solito pues hace que ella se sienta como ridícula.

—Desde luego. Es justo lo que ocurre en *Pickled Lovers*.

—Pues eso es lo que debe de haber ocurrido, ¿lo entiendes? Y ahora vamos, Cooley, chaval. ¡A ver esas salchichas!

Volví a agarrarle de la chaqueta.

—¡No, espera! —le dije—. ¡Espera! No te vayas todavía, Eggy. Lo que pasa es que no entiendes el meollo de la cuestión.

—¿Qué quieres decir con eso del meollo de la cuestión?

—Me refiero a lo grave de la situación. Cuando, anoche, Ann te mandó a freír espárragos, era una chica independiente. Tenía un buen trabajo en perspectiva. Hoy está en apuros. Lo del empleo no ha salido como esperaba. Y resulta que sé que está sin blanca. Así que alguien va a tener que cuidar de ella, porque lo único que se interpone entre ella y tener que vivir en la mayor miseria es un trabajo como ayudante de dentista.

—¡No puede ser!

—Lo es. Tendría que llevar una bata blanca y decir: «El doctor Burwash le espera».

—Y eso no le gustaría.

—Lo detestaría.

—Le haría sentir como un pájaro encerrado en una jaula de oro.

—Exacto, como un pájaro en una jaula de oro. Así que sólo nos queda una solución. Tendrás que ir a pedirle que te acepte de nuevo.

—Oh, pero es que eso no puedo hacerlo.

—Naturalmente que puedes hacerlo.

—No puedo. Hay ciertos problemas de tipo técnico que me lo impiden. La realidad del asunto, amigo mío, es que anoche, justo después de que Ann me diera

calabazas, salí tambaleándome como pude, fui a ver a Mabel Prescott y ahora soy su prometido.

—¿Qué?

—Eso. Y no es precisamente de la clase de chicas a la que puedes ir a visitar al día siguiente de haberte comprometido con ella sólo para decirle que has cambiado de parecer. Es… bueno, yo diría que es bastante susceptible. Es una reina, no vayas a creer, y la quiero con locura, pero es susceptible.

—¡Vaya!

—En el mejor de los casos, si fuera a decirle que ha habido un cambio en el programa, me retorcería el pescuezo y pisotearía mis restos. Pero, óyeme una cosa —prosiguió—, Ann sabe cuidarse. ¿Por qué no puede trabajar como enfermera de este joven mercachifle de salchichas?

—Porque la despidieron ayer.

—¡Por Dios! De modo que la despiden de todas partes, ¿eh? Si es lo que me digo siempre: ¿de qué sirve conseguir un empleo? Sólo se consigue perderlo.

El crío Cooley, que hasta ese momento se había limitado a fruncir el entrecejo, con cara de estar pensando, mientras se rascaba la barbilla con el mango de la sartén, decidió hablar.

—Ahí va mi sugerencia, chicos. A lo mejor de nada sirve, pero hay que hacer lo que se pueda por el final feliz de la función. ¿Por qué no te casas tú con Ann?

Me estremecí.

—¿Quién, yo?

—Sí, hombre. Me has dicho que la querías.

—¿Ah, sí? Vaya, eso está bien —comentó Eggy.

—Fenomenal —precisó el chico—. No podía estar mejor.

En ese momento se dieron cuenta de que soltaba una risita apagada.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó Eggy.

—Ann ni siquiera me miraría.

—¡Naturalmente que te miraría!

—¡Pues claro que te miraría! —corroboró el chico—. Es un «aristrócata» —añadió, volviéndose hacia Eggy.

—Ya lo sé que es un «aristrócata». Y la clase de «aristrócata» de la que Inglaterra se siente orgullosa, y con razón.

—A cualquier dama le gustaría casarse con un «aristrócata».

—No se me ocurre algo más efectivo, para que una dama se decida, que una semana en Skegness —dijo Eggy, con optimismo.

Por lo visto, los dos parecían tener muy claro el asunto, pero yo seguía meneando la cabeza.

—No me miraría —repetí—. Soy el último tipo del mundo con el que se plantearía casarse.

Aquella media personita de Cooley se dirigió a Eggy en lo que supuse pretendía

ser un susurro confidencial. Sin embargo, parecía que estuviera reprendiendo a alguien.

—Es que piensa en su cara.

—¡Ah! —comprendió Eggy—. ¡Oh, ah, sí, claro! ¡Sí, naturalmente! —y tosió—. Yo no me preocuparía por tu cara, Reggie —dijo—. Puedo asegurarte que, desde ciertos ángulos… y con una iluminación adecuada… Lo que quiero decir es que hay una cierta tosca honradez en ella…

—¿Y qué más da la cara que tenga el individuo? —le interrumpió Joey Cooley.

—Precisamente.

—El aspecto nada significa. ¿Acaso no se casó Frankenstein?

—¿Ah, sí? —se sorprendió Eggy—. No lo sabía. Nunca me lo han presentado. Un individuo horripilante, supongo.

—Es la fuerza y la pasión lo que cuenta —dijo el niño Cooley—. Lo único que tienes que hacer es mostrarte duro. Ve directo a ella, agárrala de la muñeca, mírala fijamente a los ojos y saca pecho.

—Exacto.

—Y suelta un gruñido.

—Eso, eso, suelta un gruñido —convino Eggy—. Claro que, cuando dices que suelte un gruñido, no te referirás únicamente a que suelte un gruñidito como un pequinés al que sorprenden comiéndose un pastel que no debía, sino que más bien tendría que acompañarlo de las palabritas apropiadas, ¿no?

—Desde luego. Algo así como: «Escucha, mu-ñe-ca». Si hace lo que le digo, caerá como una mosca.

—Bueno, Reggie, pues te dejamos con eso. Ahora lo único que tienes que hacer es encontrarla. ¿Sabe alguien dónde puede estar a estas horas?

—Estará aquí dentro de un momento.

—Bueno, entonces todo está arreglado —dijo Eggy—. Y ahora trata de matar el tiempo y pule un poco esos gruñidos, amigo, mientras yo me meto en la cocina con ese jovencito Ricitos de Oro y le enseño cómo se preparan unas salchichas que van a hacer que su cuerpo astral se chupe los dedos. ¿Estás listo, chavalín?

—Listo, compañero. Vámonos.

Y se encaminaron a la cocina y yo me quedé paseando en la callejuela, con los ojos clavados en la carretera sin decir palabra. De pronto vi un coche y distinguí a Ann al volante.

Me metí en la calzada y Ann pisó el freno a fondo y soltó un chillido sobresaltada.

29

—¡Reggie! —exclamó.

Se sorprendió al verme, como es natural. Y no la culpo por ello. Seguramente, era el último individuo del mundo con el que esperaba toparse.

—¡Reggie!

—Hola, Ann —la saludé.

Se apeó del coche, tomándose su tiempo, y me miró atónita. Primero se había ruborizado un poco y luego había palidecido, pero en ese momento volvía a ruborizarse. El proceso que mi cara estaría sufriendo en ese momento es algo que se me escapa, pero no hay duda de que debía de tener el aspecto de un perfecto idiota.

Hubo un largo silencio. A continuación, Ann dijo:

—Te has afeitado el bigote.

—Sí.

Hubo otro silencio. Le dirigí una de esas miradas atormentadas e impotentes que el pequeño Joey Cooley habría dirigido a una salchicha si una barrera infranqueable se hubiera interpuesto entre ambos. Lo hice porque sabía que no tenía la menor oportunidad. Todo lo que me había dicho hacía un par de años en Cannes, cuando rompimos nuestras relaciones, me volvió a la memoria. Ninguna chica estaría dispuesta a volver a aceptar a un individuo que respondiera a la descripción que había hecho de mí en esos tensos momentos que siguieron al contacto de mi puro encendido con su nuca.

Volvió a hablar.

—¿Qué…? —dijo, y creo que iba a añadir «¿estás haciendo aquí?», pero se contuvo. De pronto se volvió distante—. Si has venido hasta aquí siguiendo a April June como un corderito, hace ya mucho rato que se ha marchado. Seguramente la encontrarás en su casa.

Aquello me encolerizó definitivamente.

—¡No he venido hasta aquí siguiendo a April June como un corderito!

—¿En serio?

—No tengo por costumbre seguir como un corderito a la dama que acabas de mencionar.

—Oh, ¿de verdad? Pues en todos los clubes se rumorea…

—¡Malditos sean los clubes y las historias que se rumorean en esos antros! —solté una de mis carcajadas—. ¡April June! —añadí.

—¿Por qué dices «April June» de ese modo?

—Porque es del único modo en que se puede decir April June es una pelmaza.

—¿Cómo?

—La cojas por donde la cojas, es una arpía. Ann enarcó las cejas y me miró.

—¡Reggie! ¡Decir eso de la mujer que amas!

—No la amo.

—Pues yo creía…

—Ya sé lo que creías, pero no la quiero. Es una historia que se ha exagerado mucho.

Estaba muy molesto. Todas aquellas tonterías sobre que yo quería a April June… era más que suficiente para que cualquiera perdiera los estribos. Sólo había una chica a la que quería… o, tal como lo veía en ese momento, a la que quería desde siempre. A saber, la ya mencionada Ann.

Por primera vez desde que habíamos entablado aquella conversación, Ann sonrió.

—Bueno, esas palabras me parecen música celestial, Reggie, pero no te molestes si me quedo un tanto sorprendida. Después del modo en que bebías los vientos por ella hace un par de días.

—En un par de días pueden ocurrir muchas cosas.

—¡Si lo sabré yo! ¿Qué te ha pasado?

—Eso no importa.

—Sólo lo preguntaba. Bueno, gracias a Dios que se te ha caído la venda de los ojos. Menudo peso que me he quitado de encima.

Me estremecí ligeramente y la voz me salió un poco ronca.

—¿Así que estabas preocupada por mí, Ann?

—Naturalmente que estaba preocupada por ti.

—¡Ann!

—Me preocuparía por cualquiera que se estuviera planteando casarse con April June.

—¿Oh? —dije, como si me acabaran de echar un cubo de agua fría y volvió a hacerse un silencio. Miró hacia la carretera.

—Estoy esperando un coche —me dijo. Asentí con la cabeza.

—Ya lo sé.

—¿Clarividencia?

—No, es que he estado hablando con el niño Cooley.

—¿Qué? ¿Conoces a Joey Cooley?

Cuando dijo eso casi me da un ataque de risa.

—Sí. Lo conozco.

—¿Desde cuándo? ¿Dónde?

—Nos arrancaron una muela a los dos el mismo día y confraternizamos en la sala de espera de Zizzbaum-Burwash.

—Ah, ya. ¿Y dices que has estado charlando con él? Reggie, todavía no me lo has aclarado. ¿Qué estás haciendo aquí? Cuando te he visto he dado por sentado que venías siguiendo a April June, pero ahora me dices…

Tuve que pensar muy deprisa.

—He salido a dar una vuelta con mi moto y entonces le he visto y me he parado a pasar el día con él.

—¿Estás insinuando que estaba aquí, en la carretera?

—Sí.

Aquello la inquietó.

—Espero que no se habrá ido a dar una vuelta por el campo. Tenía que haberse quedado quietecito en casa hasta que regresara.

—Pues ahora está en casa. Está en la cocina con Eggy.

—¿Eggy? ¿No estará por aquí?

—Sí. Ha venido a pasar el día con unos amigos suyos, los dueños de la casa.

—Ya. Al principio me pareció un milagro. ¿Has hablado con él?

—Sí.

Entonces bajó los ojos y deslizó un pie por el hormigón con aire distraído. Tenía todo el aspecto de querer chutar una piedra, siempre que la hubiera habido.

—¿Te ha comentado…?

—Sí.

—Entonces, eso lo sabes también —y se echó a reír, pero sin muchas ganas—. ¿Sabes? Tenías toda la razón cuando has dicho que en dos días pueden ocurrir un montón de cosas, Reggie. Desde que te vi en aquella fiesta, he roto mi compromiso y he perdido un par de empleos.

—Eso tengo entendido —vacilé—. Estás un tanto apurada, ¿no, Ann?

—Sí, un poquitín.

—¿Dinero?

—No mucho.

—¿Algún trabajo en perspectiva?

—No demasiado emocionante.

—¿Y qué vas a hacer?

—¡Oh, no te preocupes!

Me pasé un dedo por el interior del cuello de la camisa. Algo me decía que de nada serviría, pero tenía que intentarlo.

—¿Y si te casaras conmigo?

—No.

—Ya me lo figuraba.

—¿Porqué?

—Oh, por nada, pero me figuraba que no querrías…

—Bueno, pues tenías razón. No me gusta la caridad.

—¿Qué quieres decir con eso de caridad?

—Me refiero a lo que me estás ofreciendo. «Cophetua hizo un juramento real: “esta chiquilla indigente ha de ser mi reina”». De haber estado allí habría dicho: «¿Ah, sí?».

—No comprendo qué pretendes decir con eso.

—Sí lo comprendes, Reggie. No has cambiado. Ya te dije una vez que tenías un corazón de oro y sigues siendo el mismo bonachón dulce de siempre. Te doy lástima.

—¡Nada de eso!

—¡Oh, sí! Y no vayas a creer que no aprecio tu gesto. Es muy considerado de tu parte y muy propio de ti. Pero el orgullo de los Bannister es algo tremendo. No, no me voy a casar contigo, Reggie… pero que Dios te bendiga y gracias de todos modos por habérmelo pedido.

Entonces dio un respingo, como un perro que sale de un estanque y se sacude el agua. Era como si quisiera ahuyentar toda aquella sandez de casarse conmigo. «¡Bueno, ya está!», parecía decir aquella sacudida.

Pasó a otro tema de conversación.

—¿Has dicho que Joey estaba en la cocina?

—Cuando lo he visto por última vez iba para allí.

—Pues será mejor que vaya a avisarle que el coche se retrasará un poco, no vaya a preocuparse. Y eso que no se me ocurre cosa alguna capaz de preocupar al pequeño Joseph. No lo describiría precisamente como un crío neurótico. He alquilado un coche para que lo lleve a su casa, a Ohio ¿sabes?, porque es preciso que desaparezca cuanto antes. ¿Has leído el periódico de esta mañana? ¿Has visto la entrevista?

—Oh, sí.

—Va a ser el fin de su carrera cinematográfica, pobre diablillo.

—No parece estar muy apenado.

—Me alegro.

—De hecho, está muy animado. Quiere regresar con su madre. Le prepara pollo frito al estilo sureño.

—Ya lo sé, me lo ha comentado un montón de veces. Bueno, pues podrá marcharse tan pronto como llegue el coche. Los mecánicos del garaje lo están poniendo a punto —exhaló un leve suspiro—. Voy a echar de menos al pequeño Joseph… Es una lata eso de que la gente desaparezca de tu vida, ¿no te parece?

—Pero cuando vuelve a aparecer, ¿qué?

Me miró extrañada.

—Bueno… a veces se queda una un tanto turbada. ¡Qué curioso que nos hayamos encontrado así, Reggie!

—De lo más gracioso.

—No quería decir eso exactamente… Bueno, adiós.

Se calló con brusquedad y me tendió la mano. Si hubiera querido aprovecharla, aquélla era una oportunidad única para agarrarla de la muñeca, mirarla a los ojos fijamente y sacar pecho, tal como me había aconsejado el pequeño Cooley. Pero la dejé pasar. Puede que tuviera razón cuando decía que aquel procedimiento nunca fallaba —nadie podía decir que no fuera un chavalín inteligente—, pero no la aproveché. Una sensación de desesperanza, desánimo y tristeza se apoderó de mí.

—Adiós —me despedí.

Ann soltó un grito ahogado.

—¡Reggie!

Me estaba mirando y su respiración era entrecortada. No comprendía qué le

ocurría. Eché una ojeada a mi chaleco. Impecable. Eché un vistazo a mis piernas. Los pantalones estaban impecables. Y los calcetines. Y los zapatos, también.

—¡Reggie! ¿Qué es eso que tienes en la cabeza?

Bueno, un sombrero no podía ser, porque no llevaba. Me llevé la mano a la cabeza y la palpé.

—¡Anda, caramba! —exclamé—. ¡Si es sangre!

Señalaba la cuneta, un tanto aturdida, o eso me pareció.

—¿Qué es eso?

Le eché una miradita.

—¡Ah, eso! Son los restos de una moto.

—¿De la tuya?

—Bueno, por lo menos la llevaba yo.

—¿Has… has tenido un accidente?

—Un pequeño resbalón, sí.

Una palidez verdosa se apoderó de su rostro. Tenía los ojos muy abiertos y un pequeño problemilla con las cuerdas vocales. Entonces se puso a cloquear como una gallina y avanzó hacia mí con los brazos extendidos, como un ciego que andara a tientas.

—¡Oh, Reggie, cariño! ¡Te podrías haber matado! ¡Reggie, cariño! ¡Te podrías haber matado! ¡Te podrías haber matado!

Y ahí fue cuando ocultó el rostro entre las manos y prorrumpió en lo que, según tengo entendido, se llaman sollozos incontenibles.

Estaba anonadado: a) por sus palabras b) por su actitud. Ni lo uno ni lo otro parecía casar con su reciente manera de conducirse.

—¿Has dicho «cariño»? —le pregunté, vacilante.

Ann levantó la cabeza. Su tez tenía todavía aquel mismo tono verdoso, pero los ojos le resplandecían como… bueno, lo que más se le parecía era un par de estrellas gemelas.

—¡Por supuesto que he dicho «cariño»!

Seguí preguntón.

—¿Pero, no me querrás, por una de esas casualidades…?

—¡Claro que te quiero, tontorrón!

—Pero en Cannes me dijiste…

—¡Olvídate de lo que te dije en Cannes!

—Y hace apenas un momento…

—¡Y olvídate de lo que te he dicho hace apenas un momento!

Ya no me anduve por las ramas.

—Entonces… sólo quiero aclarar un poco los hechos… ¿Vas a casarte conmigo, a pesar de todo?

—¡Por supuesto que voy a casarme contigo!

—¡Buena chica!

—¿Acaso crees que voy a permitir que andes solo por ahí después de esto? No me importa que sólo te cases conmigo por lástima y… por caridad.

Y entonces hice un comentario sobre la lástima y la caridad tan ácido e incisivo y, dicho sea de paso, tan poco apropiado para los delicados oídos de una mujer que, a pesar de su emoción, Ann dio un pequeño respingo sobresaltada. Entonces me puse a hablar.

Con toda seguridad, habréis vivido la experiencia de descorchar una botella de champán y de ver el líquido brotar espumeante. Pues bien, en esa coyuntura yo era como esa botella y alguien acababa de descorcharla. Abrir la boca y brotar las palabras de golpe fue todo uno. Por regla general, no es que sea precisamente un hacha en eso de las palabras enternecedoras, pero en esta ocasión me las arreglé bastante bien. Solté todo lo que llevaba dentro. Ni siquiera me interrumpí por no encontrar la palabra adecuada. Dije esto, aquello y lo de más allá; y todo sin dejar de besarla a discreción.

Y entonces, cuando estaba sumido precisamente en el más profundo de los éxtasis, si ésta es la palabra… en el preciso instante en el que iba a besarla por cuadragésima quinta vez, un pensamiento escalofriante lo echó todo por tierra, a saber: que en ese momento en que todo se apoyaba sobre aquella base tan sólida, como es natural esperaría que regresara con ella a Hollywood, para poner en marcha los preparativos de las futuras nupcias.

Hollywood, ¡mira por dónde!, cuando la policía estaría extendiendo sus redes y poniendo toda la ciudad patas arriba en mi busca.

¿Cómo diantre iba a explicarle que tenía que dejarla para marcharme a Chillicothe, Ohio?

Lo que quiero decir es: ¿qué excusa iba a darle? ¿Cómo podía conseguir que pareciera plausible aquel deseo repentino de marcharme a Chillicothe, Ohio? Aquello suponía hacer una declaración en toda regla, en cuyo caso, lo más probable era que me tomara por un lunático y rompiera el compromiso, no fuera a ser contagioso.

Y entonces se me ocurrió el modo. Tengo que admitir que no me gustaba la idea de tener que dejar al pequeño Joey Cooley solo por completo a tan tierna edad. Sonaría muy duro, eso desde luego, pero…

De pronto reparé en que me estaba hablando.

—¿Eh? —dije.

Ann resopló un tanto impaciente. La Ann de siempre.

—¿No me escuchas?

—Lo siento muchísimo. Estaba un poco distraído.

—Bueno, pues escucha, mi queridísimo tontorrón y cabeza de chorlito, porque es importante. Se trata del pequeño Joseph.

—¿Ah, sí?

—Estaba pensando que es tan niño todavía… No sé si debería hacer un viaje tan largo solo. De modo que…

El corazón me dio un vuelco, cual salmón que remonta el río.

—¿Quieres que lo acompañe?

—¿Lo harías?

—¡Encantado!

El aire se llenó de un repicar de campanas. Estaba salvado. Adiós a las explicaciones tediosas… Adiós a las declaraciones… Adiós a la ruptura de compromiso por locura temporal de una de las partes…

La besé mucho más.

—¡Eres un ángel, Reggie! —dijo—. Pocos hombres se habrían mostrado tan generosos y se habrían ofrecido de este modo.

—No es nada —dije—. No es nada.

—Creo que tendrías que marcharte lo antes posible.

Así lo hice, pero antes la besé de nuevo.

—Y cuando puedas regresar a Hollywood…

—¡No! —la atajé—. Nos encontraremos en Nueva York.

—¿Y eso por qué?

—Lo prefiero.

—Quizá sea mejor.

—Mucho mejor.

La besé de nuevo hasta alcanzar la barrera de los cien, diría yo. Luego, cogidos de la mano, bajamos por una callejuela guiados por un aroma de salchichas fritas, que me decía que Eggy no había sobre-valorado sus aptitudes culinarias y que el pequeño Joey Cooley debía de estar haciendo acopio de víveres en previsión del nuevo día.

Notas

[1] *Eggy*: diminutivo de Egremont, y *eggs*: huevos. (*N. de la T.*) <<



[2] Juego de palabras con el doble significado de *cat* gato, pero también mujer malvada, arpía. (*N. de la T.*) <<

[3] *White Tistle*: caldo blanco. (*N. de la T.*) <<

[4] *Prune*: ciruela pasa. (*N. de la T.*) <<